

## **Prefacio a la Primera Edición, 1832**

Hay una especie de instrucción que se deriva de la lectura atenta de las vidas de destacados santos, la cual, en la actualidad, se ha vuelto más valiosa e importante que nunca; porque aunque la edad en la que vivimos se caracteriza por un celo inusual por la extensión externa del reino de Dios en el mundo, aun así, los ejemplos vivos del completo predominio de este reino en el corazón, son raros y poco frecuentes. Mientras se aplica toda la energía a la propagación de los primeros principios del Cristianismo, el gran fin y objetivo de éste—a saber, la conformación a la imagen de Dios mediante el incremento en la participación de la naturaleza divina, y la muerte de la voluntad de la carne—es en gran medida descuidado y pasado por alto.

Este lamentable declive en la piedad ha traído como consecuencia, que cuando leemos en la Biblia de aquellos que “por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, obtuvieron promesas, fueron hechos fuertes,” estamos dispuestos a considerar que fueron dotados por Dios para algún propósito particular que ya no existe hoy, y que los Cristianos en nuestros días no están autorizados a esperar manifestaciones tan extraordinarias del favor divino, a pesar de la exhortación del apóstol a ser seguidores “de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas;” y de las palabras de nuestro Señor mismo: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre.”

Por lo tanto, los que sinceramente desean crecer en la gracia y conocimiento de la verdad, no pueden dejar de cosechar consecuencias beneficiosas, al ver en la historia de los piadosos que han muerto, la manifestación de esa fidelidad y favor divino que no hace acepción de personas, sino que en cada época, está dispuesto a conceder sus inestimables bendiciones a todos aquellos que diligentemente las busquen; y al ver que incluso en los últimos tiempos, el mismo Espíritu que habitaba tan ricamente en los miembros de la iglesia primitiva, es todavía dado a los que se someten a sus enseñanzas y se dedican completamente a Dios. El traductor considera que estos benditos resultados son ejemplificados en grado sumo, en la vida del individuo de quien se adjunta un breve relato.

La historia de la vida de Tersteegen no sólo establece la excitante verdad de que Dios, en la dádiva de Su Espíritu, es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos,” sino que también muestra la manera de experimentarla. Como todo verdadero seguidor de Cristo ejemplifica en su medida, la vida de Cristo, y dado que una característica destacada de esa vida era la aflicción, así encontramos que el peregrinaje terrenal de este devoto siervo de Dios, especialmente al comienzo de su recorrido espiritual, estuvo marcado por el sufrimiento y la prueba; porque “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.” Hay muchos que se jactan de su adopción en la familia del cielo, pero el que no haya soportado los castigos paternales de Dios, no tiene derecho de hacerlo; porque es imposible que el cuerpo de pecado dentro de nosotros sea destruido de alguna otra forma, o de que la voluntad pervertida del hombre sea conformada a la divina voluntad, sino por la sumisión a ella bajo las circunstancias más difíciles y

dolorosas.

La total rendición a la voluntad de Dios es, por tanto, la primera lección que tenemos que aprender. Sin embargo, a fin de alcanzar una completa renuncia del yo, no es necesario que sigamos el modo particular de vida que otro haya encontrado de beneficio; sino que nos encomendemos por completo a la Guía divina, con la firme convicción de que la situación en la que nos coloque, por mucho que difiera de nuestras opiniones y deseos, es la que mejor se adapta a nuestro avance en la santidad. Con respecto a nuestra conducta en ella, el Espíritu Santo nos instruirá suficientemente, si sólo escuchamos atentamente sus dictados.

Tal como la lectura atenta de la historia de Tersteegen puede ser ventajosa para arrojar luz sobre las dispensaciones externas de la providencia de Dios hacia Su pueblo, así también, el estudio de sus escritos mostrará, de una manera muy clara, las operaciones internas del Espíritu sobre el corazón, y el progreso de la vida de Dios en el alma. Además de la palabra de Dios, hay pocos autores cuyas obras haya leído el escritor con mayor satisfacción y beneficio, y cuyos escritos están tan evidentemente impregnados de la unción divina que los distingue notablemente de las obras religiosas en general, las cuales, especialmente en el presente, llevan más el sello del ingenio y habilidad humano, que el de la sabiduría que viene de arriba. Apenas es necesario agregar, que sus obras continúan siendo leídas y apreciadas en Alemania por aquellos que tienen apetito de comida espiritual y ya no se contentan con las producciones superficiales e insatisfactorias de los que, aunque sean verdaderamente versados en el conocimiento de la letra de las Escrituras, en realidad, poseen poco de su espíritu.

—SAMUEL JACKSON

*Norwood, 7 de agosto de 1832*

## **Prefacio a la Tercera Edición, 1837**

Hay entre los Cristianos en el presente un sentimiento generalizado e imperante, de que estamos al borde de grandes cambios, tanto en el mundo externo y visible, como en el interno y espiritual; porque “la noche está avanzada, y el día está por llegar.”

En realidad, muchos han sido despertados de su sueño, y según sus ideas, son personas convertidas; pero en lugar de ‘desechar las obras de las tinieblas y vestirse de las armas de luz’, han sido arrulladas nuevamente bajo el sonido de la tradición y enseñanza humana. Se vuelven, es cierto, pero sólo de un lado hacia el otro; y si previamente soñaban con los tesoros y placeres del mundo, ahora sueñan que son espiritualmente ‘ricos, y que están enriquecidos, y que no tienen necesidad de nada’; mientras que ante

el ojo de Dios que todo lo ve, todavía son ‘desventurados, y miserables, y pobres, y ciegos, y desnudos’. Sueñan que ‘pelean la buena batalla de la fe’, que ‘corren la carrera que tienen por delante’, y que al morir recibirán una corona de gloria, mientras todavía reposan en el lecho de su naturaleza no regenerada, sin vencer a un solo enemigo espiritual, o erradicar una sola propensión terrenal. Sueñan que están vestidos de la justicia de Cristo, y que se presentan delante del rostro del Padre sin contaminación y sin mancha, mientras que al mismo tiempo, virtualmente niegan el poder de la sangre de Cristo para limpiarlos durante la vida presente de la corrupción de sus naturalezas y de las impurezas que contrajeron. Y finalmente, sueñan que tienen comunión con Dios y con Cristo, y comunión con Sus santos, mientras no creen en la posibilidad de oír la voz de Dios dentro de ellos, y bajo la influencia de principios prejuiciosos y carnales, se unen exclusivamente a alguna secta o partido en particular, y rechazan todo lo que no sea de su forma de pensar.

Algunos, en efecto, empiezan a abrir sus ojos y a ver la necesidad de un andar religioso más decidido, y de un mayor fervor en la consecución de la santidad. Ven también, que la unión hace la fuerza, y que una ‘casa dividida contra sí misma no puede permanecer’; o en otras palabras, que en tanto las sectas y divisiones continúen en la iglesia Cristiana, el reino de Cristo sólo puede prosperar parcialmente. De ahí que se escriba y se enseñe tanto, con el fin de alcanzar estos objetivos, pero generalmente de una manera superficial. Para que ellos sean realmente efectuados, ‘el hacha debe estar puesta a la raíz del árbol’, la herida debe ser examinada hasta el fondo, ‘las cosas viejas deben pasar, y todas las cosas deben ser hechas nuevas’; debe suceder una completa y total renovación de todo el hombre, y una restauración a la imagen de Dios a través de la operación del Espíritu Santo. Una vez que el árbol es hecho bueno, entonces naturalmente dará fruto bueno; un solo espíritu animará entonces a todas estas personas, y al ser el Espíritu de Dios, los llevará a la comunión con Dios y entre sí, lo cual es el plan y propósito de Dios con respecto al hombre caído. (Juan 17)

La necesidad de esta total regeneración, los medios para alcanzarla, y los caminos secundarios que se desvían de ella, constituyen el tema de la siguiente obra. Dos ediciones de la cual, tras haber tenido una rápida venta, se solicitó una tercera. Al traductor le agradaría interpretar esta circunstancia como una prueba de que el número de los que desean recorrer las sendas de la vida interior está en aumento, y espera también que sea una señal del nacimiento de un mejor y más brillante día.

—SAMUEL JACKSON, 1837

## **La Vida y Carácter de Gerhard Tersteegen**

Gerhard Tersteegen nació el 25 de noviembre de 1697, en la capital del principado de Moers. Su padre,

Henry Tersteegen, era comerciante y ciudadano de dicho pueblo, y murió poco después del nacimiento de su hijo Gerhard. Parece haber tenido inclinaciones religiosas, y por sus papeles, de haber tenido correspondencia con personas piadosas de otras partes.

Gerhard era el más joven de los ocho hijos, seis hijos y dos hijas. Uno de sus hermanos era predicador, los otros estaban involucrados en negocios. De los últimos, uno de ellos llamado Johannes, estaba muy apegado a su hermano menor. Poseedor de considerables habilidades, Gerhard fue enviado por su madre a la escuela de latín, donde pasó por todos los niveles. Se aplicó con gran diligencia igualmente al griego y al hebreo, así como también al latín; e hizo tal progreso en el último, que en una ocasión, durante una solemnidad pública, declamó una oración en latín en verso, que fue aplaudida por todos, lo cual indujo a uno de los principales magistrados a aconsejarle a su madre que le permitiera a su hijo dedicarse enteramente al estudio. Su madre declinó la propuesta debido a las circunstancias de la familia, y lo destinó a la vida mercantil. Por lo tanto, a los quince años fue contratado como aprendiz por un período de cuatro años por su cuñado, un comerciante en Mülheim junto el Ruhr.

Fue aquí, cuando sólo tenía dieciséis años, que recibió las primeras impresiones religiosas, pero no se sabe con certeza a través de qué medio; excepto, que en Mülheim conoció a un comerciante piadoso de quien recibió muchas excelentes amonestaciones. También se le oyó decir, que una vez había sido profundamente afectado al leer una oración de acción de gracias, de un clérigo moribundo. Por estos y otros medios similares, fue llevado, por la sabiduría de Dios, a buscar con fervor un cambio de corazón; por lo que pasaba noches enteras leyendo, orando y en otros ejercicios devocionales.

La siguiente circunstancia parece haber tenido un efecto muy beneficioso sobre su mente. En una ocasión, que fue enviado a Duisburg, se apoderó de él un cólico tan violento en los bosques de Duisburg, que no esperaba nada más que la muerte. Se salió un poco del camino, y fervientemente le rogó al Señor que lo librara de su dolor y prolongara su vida, a fin de tener tiempo para prepararse de mejor manera para el mundo eterno. Con lo cual, el dolor súbitamente lo dejó, y se sintió muy poderosamente impulsado a dedicarse sin reservas a Dios, quien había sido tan bueno y misericordioso con él.

Por este tiempo, le fueron hechas muy evidentes la vanidad y mutabilidad de todo lo de esta naturaleza terrenal, y la infinita importancia de las cosas celestiales y eternas. También percibió que la vida de comercio y la continua asociación con todo tipo de personas, distraían mucho sus pensamientos y obstruía su crecimiento en la gracia. Por esta razón, cuando expiró el tiempo de su aprendizaje, tomó la decisión de dedicarse a una ocupación más retirada. La relación que tenía en ese tiempo con un tejedor piadoso, lo determinó a aprender ese oficio; pero su habitual debilidad corporal, frecuentes jaquecas y dolores en los intestinos lo obligaron a abandonarlo. Posteriormente eligió el arte de hacer cintas, y no tenía a nadie con él, excepto a la persona que torcía la seda. Continuó viviendo en Mülheim junto el Ruhr, donde pasó el resto de su vida.

En esta nueva situación vivió en la práctica de la más grande negación al yo; su ropa era tosca y su

comida, que a menudo preparaba él mismo, era de lo más común, y consistía principalmente de harina, agua y leche. En los primeros años de su reclusión, sólo comía una vez al día, y no bebía té ni café. Aunque sus ingresos eran muy limitados, aun así se mostraba extremadamente generoso con los pobres. Al anochecer, cuando no podía ser reconocido, entraba en las viviendas de los enfermos y necesitados, y dividía entre ellos todo lo que podía ahorrar de sus ingresos. En la división del patrimonio de su padre, los herederos le asignaron una casa, para evitar que donara todo; pero en diferentes momentos recibía de su hermano Johannes el valor del edificio en moneda corriente, e igualmente daba la mayor parte de ésta a los pobres. Por esta razón sus parientes estaban más indignados con él que nunca; y estando él frecuentemente enfermo por varias semanas seguidas, sin poder ganar nada, cayó en la mayor pobreza y necesidad.

La siguiente carta que le escribió a un amigo personal, fechada 24 de octubre de 1766, atestigua la veracidad de esta afirmación. “Es fácil,” dice, “hablar de pobreza mientras estamos rodeados de amigos ricos que están dispuestos a ayudarnos. El que escribe esto ha experimentado el momento en que no sabía dónde encontrar comida para el día siguiente; y no tenía un amigo que estuviera al tanto de la situación. Trabajaba desde la cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, y ocasionalmente pasaba en cama o en el desván diez o doce semanas, sin que aquellos con quienes se alojaba se molestaran en enviar a uno de sus ociosos sirvientes a darle un trago de agua. Pero siempre pensé que era necesario.”

En otra carta escribe: “Una vez estuve enfermo en cama con una fiebre ardiente, y pensé que moriría de sed. Le rogué a la criada de mi hermano, en cuya casa me encontraba enfermo, que me llevara el valor de medio stiver<sup>1</sup> de cerveza de mesa;<sup>2</sup> pero como la joven estaba distraída y su señora le dio algo más que hacer, se olvidó por completo de mí. Yo estaba en una habitación en la planta alta, y nadie pensó más en mí. Por tanto, me vi obligado a permanecer acostado desde la mañana hasta bien entrada la tarde, sin una gota de algo que me refrescara. Finalmente escuché a la criada en las escaleras, y le pedí a Dios que me guardara en el espíritu de mansedumbre.”

En esta y otras pruebas similares, su confianza filial en el cuidado de su Padre celestial permaneció firme e inquebrantable, y sentía un estímulo interno y poderoso hacia ella. En una ocasión, al observar que parte de su ropa estaba desgastada, y que no sabía dónde podría encontrar dinero para reemplazarla, quedó fuertemente grabado en su mente que no debía ‘estar afanado por nada’ (Filipenses 4:6). Esto lo fortaleció grandemente a esperar en la bondad divina; y la tierna misericordia de Dios, como se mostrará a continuación, cuidó abundantemente de él y no permitió que le faltara nada bueno. En ese tiempo, nuestro difunto amigo disfrutó verdadero contentamiento. “No puedo expresar,” dijo en una ocasión, “cuán feliz fui durante el tiempo que viví sólo. A menudo pensaba que ningún monarca sobre la

---

1 Una moneda holandesa de aproximadamente el valor de medio centavo de libra esterlina, o el centavo de los Estados Unidos.

2 La cerveza de mesa era un tipo de cerveza con poco alcohol que bebían personas de todas las edades, ya que en general se consideraba más limpia y segura que el agua disponible en aquella época.

tierra podía vivir tan felizmente como yo en ese tiempo. Cuando comía, no sabía qué era lo que estaba comiendo, ni a qué sabía, y con frecuencia no veía a nadie por una semana seguida, excepto a la joven que me llevaba la comida.”

Este período de contentamiento fue seguido por un estado de aflicción interior, al que el Señor lo condujo gradualmente. Tuvo que pasar a través de muchas pruebas y tentaciones, y por muchas tinieblas internas. El Señor retiró de él la percepción sensible de Su favor, a fin de poner su fidelidad y sufrida paciencia a prueba, y prepararlo también para futura utilidad. Este estado espiritual de tinieblas continuó por cinco años; hasta que al fin, mientras viajaba a un pueblo vecino, la Aurora de lo alto lo visitó nuevamente, y la misericordia expiatoria de Cristo se hizo tan profunda y convincentemente evidente para él, que su corazón quedó en completo reposo. En esta ocasión compuso ese hermoso himno, “Mi gran Sumo Sacerdote, cuán bondadoso es Tu amor, etc.”

Esto me hace recordar la siguiente sorprendente circunstancia que a menudo relataba. Reflexionando sobre las diversas divisiones en la iglesia Cristiana, fue atacado por una tentación tan poderosa, que casi empezó a dudar de la existencia de Dios; pero el Señor pronto lo liberó de esa tentación, no sólo iluminando completamente su entendimiento, sino también a través de una comunicación divina, la cual le resultaba imposible de expresar con palabras. Por este medio fue tan confirmado en el conocimiento esencial de Dios nuestro Salvador, que posteriormente pudo hablar y escribir sobre esto de manera poderosa y por experiencia, y con mucha unción divina. Es probable que por esta época haya compuesto esa noble dedicación de sí mismo a Dios, que aparece en el prefacio del primer volumen de sus cartas.

Aproximadamente un año después de la fecha de esa dedicación, (1725), accedió, tras repetidas solicitudes, a recibir en su alojamiento a un joven llamado Sommer, que deseaba aprender el arte de hacer cintas. Lo hizo, no sin considerable vacilación, al estar muy indisposto a renunciar a la soledad que había encontrado tan agradable. En compañía de este joven amigo—por recomendación del piadoso difunto señor Hoffmann, un candidato al ministerio—llegó a ser menos rígido en su manera de vivir, y se acostumbró a tomar café con él. En dichas ocasiones, después de haber cantado un himno, leían una porción del Nuevo Testamento; y después del café, Tersteegen ofrecía una breve oración, y luego ambos se dirigían en silencio a trabajar.

Ellos dividían el día de la siguiente manera: Se reunían a las seis de la mañana y trabajaban hasta las once, cuando se separaban por un hora con el propósito de orar. A la una, retomaban sus labores, que continuaban hasta las seis de la tarde, después de lo cual quedaban libres y pasaban nuevamente una hora en oración privada; un estilo de vida que duró casi tres años. Tersteegen empleaba su tiempo libre en la traducción de obras edificantes, tales como *The Compendium of True Godliness*,<sup>3</sup> y *The Hidden Life with Christ in God*,<sup>4</sup> etc., del eminente piadoso Bernières de Lauvigny. Por este tiempo también escribió

---

3 *Compendio de la Verdadera Piedad.*

*The Pious Lottery*,<sup>5</sup> y preparó materiales para *The Spiritual Flower Garden*.<sup>6</sup>

No mucho después, en el año 1727, empezó a hablar en reuniones privadas. La persona que ocasionó esto, fue el difunto señor Hoffmann mencionado antes. Este piadoso hombre no sólo hablaba en la reunión que había sido instituida en Mülheim por el difunto reverendo Theodore Undereick, sino también en otras ocasiones, durante el año 1725 y especialmente en el año 1727, cuando se produjo un gran despertar en esa vecindad, principalmente en el ducado de Berg. Estando Hoffmann muy familiarizado con el profundo conocimiento y experiencia de Tersteegen, lo instó a que dijera una palabra de edificación en Mülheim y en otros lugares. El resultado demostró los benditos efectos que tuvo esto. Muchos que no estaban despiertos, fueron tan afectados por sus poderosos sermones, que experimentaron una completa y permanente conversión; mientras que otros, que ya estaban despiertos, fueron inducidos por sus impresionantes disertaciones a acudir a él con mayor confianza, en busca de consejo en toda clase de tentación, prueba y sufrimiento; y por sus sabios consejos, fueron confirmados en su confianza y dependencia en Dios.

El gran número de los que acudían a él por consejo, no sólo personalmente sino también por carta, junto con su debilidad corporal, que se había incrementado considerablemente por sus estudios nocturnos, lo obligaron, por este tiempo, a renunciar a su empleo. Cabe preguntarse, ¿de dónde obtenía entonces su sostén? Hasta entonces había rechazado de manera afectuosa muchas ofertas generosas que le habían hecho. Una vez lo visitó un comerciante, y debido a la gran estima que le tenía, le ofreció una anualidad de por vida. Una piadosa dama, que nunca lo había visto, lo nombró en su testamento albacea de su patrimonio, que ascendía a 40,000 florines, con la condición de que tomara de ellos lo que necesitara. Un caballero holandés le ofreció un bono de 10,000 florines, y le rogó con lágrimas que los aceptara. Él declinó todas estas y otras ofertas del mismo tipo, pero al ser cada vez más incapaz de trabajos manuales, aceptó las ofertas de amor de unos pocos amigos, por quienes era cordialmente estimado, y a quienes él a su vez amaba con especial confianza; además de lo cual, otros amigos le legaron ciertas sumas en sus testamentos. Por estos medios, no sólo quedó en posición de suplir sus propias necesidades, sino también de mostrar su generosidad a los pobres en variedad de formas. Incluso a su muerte, quedó un poco de dinero disponible, que él, sin embargo, ordenó en su testamento que fuera inmediatamente repartido

---

4 *La Vida Escondida con Cristo en Dios*.

5 *Lotería Piadosa*. Su Lotería Piadosa era un juego de cartas compuesto por 365 naipes que contenían palabras de sabiduría y consejos para los creyentes. Seleccionando al azar una carta de la baraja, el jugador piadoso realizaba dos actividades al mismo tiempo: jugar a un juego de cartas aleatorio y practicar una devoción de mentalidad cristiana. El libro de oraciones de Tersteegen tuvo éxito gracias a la popularidad de la práctica de la lotería profana del siglo XVIII, de la que su juego se apropió y adaptó para los propios fines de Tersteegen. Él anunciaba su juego como una lotería sin peligro de perder.

6 *Jardín de Flores Espirituales*. En 1724, cuando instruía a los hijos de su hermano y de su hermana, escribió para su uso: “*Esbozo imparcial de los principios del Cristianismo*.” Nunca publicó esta pequeña obra, pero su valor puede inferirse de la siguiente circunstancia. Un piadoso ministro reformado vio este tratado después de la muerte de su autor. Solicitó permiso para leerlo, y luego le testificó a un amigo, quien lo encontró ocupado leyéndolo, que había obtenido no poco beneficio de él.

entre algunos seguidores pobres de Jesús, y del que sus parientes recibieron también una parte, junto con su mobiliario.

Aunque él había dejado de lado su anterior empleo, mantuvo una especie de labor manual hasta el fin de su vida. Al tener un valioso conocimiento de medicina, preparaba ciertas medicinas que les administraba gratuitamente a unos pocos amigos y a algunos pobres, y que al final eran tan solicitadas, que se vio obligado a aceptar los servicios de un ayudante.

Alrededor del año 1740, cuando se suspendieron las reuniones de los jueves que habían sido iniciadas por el reverendo T. Undereick, Tersteegen se hizo más conocido por la publicación de varias obras, lo que le ocasionó muchas visitas. También recibió la petición de hacer un viaje una vez al año a Holanda. Cierta hombre en ese país, que lo había conocido a través de sus escritos, se encariñó tanto con él que lo invitó a ir a verlo; pero como Tersteegen retardaba su visita, el caballero aludido decidió hacer él mismo el viaje a Mülheim.<sup>7</sup> Habiendo recibido información secreta de esto, y temiendo que pudiera inclinarse a pasar más tiempo con él del que podía disponer, Tersteegen decidió no esperar su visita, sino ir él mismo a verlo, y después de una corta visita, regresar a casa. Posteriormente, fue cada año a Holanda a disfrutar, en compañía de este amigo, de unas pocas semanas de tranquilidad y reposo; pero esto no duraba mucho tiempo. Por lo general, pronto se sabía de su llegada, y llegaban amigos de varios lugares a visitarlo y a conversar con él del estado de sus almas. También había muchos a los que amaba cordialmente, y con quienes mantuvo una correspondencia regular y una amistad íntima hasta su muerte.

Tersteegen se alojó en una casa hasta el año 1746, en la que había dos habitaciones en el piso superior, y adonde le llevaban la cena. Ese año rentó una casa completa, pero siguió viviendo en la parte de arriba con su amigo; una conocida suya—junto con el hermano de ella y su cuñada—ocupaba la planta baja de la casa, le preparaba la comida, y cocinaba a su cargo para un número de personas pobres y enfermas.

El mismo año, su querido hermano Hoffmann cayó enfermo de un trastorno en el pecho, el cual, después de un confinamiento de varias semanas, terminó su carrera terrenal y lo condujo a una feliz eternidad. En esta ocasión, Tersteegen le dio muchas pruebas de su amor y afecto. Lo asistió vendando sus heridas, y animándolo mediante sus frecuentes visitas, consoladoras conversaciones y fervientes oraciones hasta su muerte.<sup>8</sup> A su muerte, Tersteegen alquiló de sus parientes, la cabaña en la que él había vivido, donde

---

7 Este caballero holandés era de alto rango y ocupaba una posición destacada en el gobierno; no obstante, puso su rango, posición, equipo, etc. a los pies de nuestro amado Redentor, y llevó una vida retirada y escondida con Cristo en Dios, en una pequeña y pobre habitación en Ámsterdam hasta su muerte.

8 Hoffmann le había pedido a Tersteegen que después de su fallecimiento, le diera gracias a Dios en su casa por su feliz salida, junto con algunos de sus más íntimos amigos. El siguiente relato, que Tersteegen le dio a un amigo en el campo, fechado 30 de agosto, mostrará la manera en que esto sucedió. “Como mi difunto amigo Hoffmann, quería que pocos días después de su muerte yo invitara a sus amigos más íntimos a reunirse en la casa donde había vivido y muerto, para agradecerle al Señor los favores que le había mostrado y su liberación final, cumplí con su pedido. Sin embargo, me tomó por sorpresa. Uno se lo contó a otro, por lo cual, en dos horas se supo el asunto, y hallé en el lugar, según mi cálculo, más de ciento cincuenta personas reunidas, lo que al principio me confundió; pero como me sentía obligado a cumplir, en lugar de una oración de acción de gracias, hablé durante dos horas seguidas sobre Judas 20-21. Todos los



se alojaba y hospedaba a sus amigos que llegaban a verlo desde lejos, por cuya razón obtuvo el nombre de cabaña del peregrino, que lleva hasta hoy.

Además de los muchos conocidos que Tersteegen tenía en el ducado de Berg, Mettman, Homberg, Heiligenhaus y otros lugares, también era bien conocido en Barmen, lugar que visitó por primera vez en el año 1747, tras una apremiante invitación. Con la bendición divina, muchas almas fueron despertadas ahí a través de él, a quienes visitó los siguientes años, y fue igualmente visitado por ellos en repetidas ocasiones. Ellos no podían admirar más sus distinguidos dones espirituales. Su amor, longanimidad y paciencia con el débil y vacilante, la especial sabiduría que desplegaba al llevar a cada uno a un franco descubrimiento de su estado, su mano amiga en todo tipo de pruebas y dificultades, así como también su poderosa manera de interceder en oración, quedó indeleblemente impreso en sus corazones. Él le hizo a un amigo íntimo el siguiente relato del mencionado viaje.

Me he dejado inducir a aceptar las incesantes invitaciones de una pareja de ancianos, que residen a casi veinte millas de este lugar, y que creen haber llegado a la convicción por medio de mis escritos, y debido a que ellos mismos son incapaces de venir aquí, me han presionado por año y medio para que les haga una visita. Los dos hijos de ellos son también decididamente piadosos, y ocasionalmente han venido a verme. Mi intención era hacer el viaje de incógnito, pero me resultó imposible; porque en el lugar adonde estaba no sólo había muchos a quienes no había visto antes, sino que fueron despertados y tan profundamente afectados, que me resultó difícil permanecer firme, en medio de las muchas lágrimas derramadas por los nuevos convertidos y al momento de separarme de ellos, pues también fui constreñido a viajar por el ducado de Berg por once días seguidos, y estuve rodeado de personas desde la mañana hasta la noche. En una ocasión, cuando estaba a unas millas de cierto lugar, descubrí que unas personas me estaban esperando en el camino. Me llevaron a un granero, donde encontré a unas veinte personas, la mayoría de ellas desconocidas para mí, y que estaban deseosas de oír de mí una buena palabra. Puede que pienses, querida hermana, que me olvido de mí mismo a menudo, en lo que se refiere a mi cuerpo y a mi alma, pero sería muy desagradecido si no reconociera que el Señor me sostiene en ambas cosas, y al menos en apariencia, me concede Su bendición. Hacia el final, experimenté ataques de fiebre y cogí tal resfrío, que mi voz escasamente podía ser oída. Entonces, el Señor me mostró que debía regresar a casa. Pero por la mañana, hacia las ocho, cuando estaba a punto de montar en mi caballo, encontré al menos a veinticinco personas reunidas, a quienes sólo pude dirigirles una muy breve palabra. Algunas de ellas habían llegado desde varias millas de distancia, porque estaban en el campo. Puedes ver por medio de esto, cuán extraordinaria es mi presente manera de vida, y cuán opuesta es a mis inclinaciones. Mi ardiente amor por el retiro y el reposo parece haberme sido dado para hacer más pesado lo contrario, y tal vez, para que también sirva como contrapeso y me guarde de entrar demasiado hondo y vivir mucho en los ejercicios externos. En todas

---

presentes quedaron profundamente afectados, pero la emoción de los sentidos es, en el mejor de los casos, sólo flor sin fruto. Aun así, puedes inferir de esto que la gente aquí tiene hambre del pan de vida. Si yo lo hubiera dado a conocer dos días antes, en lugar de dos horas, no habría habido espacio suficiente para contener a toda la gente. Pero no me siento llamado, ni enviado, a hacer ejercicios de esta naturaleza, porque yo mismo sólo soy un pobre infante ignorante, y no sé, ni poseo nada, excepto en el Señor, y no tengo control sobre lo que le pertenece a otro.”

partes encuentro hambre entre las personas, y no hay quien les brinde alimento; la comida acostumbrada ya no los satisface. El que tenga gracia para orar, que le ruegue al Señor de la mies, que envíe obreros a Su mies.

*3 de octubre de 1747*

Después de que sus predicaciones públicas habían sido descontinuadas durante algún tiempo, por el año 1750 se despertó un joven estudiante de Duisburg, y celebró reuniones en Spelldorf, Styrum y también en Mülheim, en donde llamó fervientemente a las personas al arrepentimiento. Por este medio muchas de ellas fueron llevadas a una saludable preocupación por sus almas, y muchas fueron a Tersteegen para exponerle sus estados pecaminosos, y para ser instruidas por él en el camino de santidad. Su conversación tuvo tal bendito efecto sobre muchas, que a través del sincero arrepentimiento obtuvieron fe en nuestro Señor Jesucristo; y por Su gracia, han continuado firmes hasta hoy. Los relatos que él hizo sobre este tiempo en diferentes ocasiones, en confidencia a una amiga, merecen ser vistos aquí.

Por algunos días me he sentido otra vez bastante mal, y creo que es por el resfrío que cogí, o tal vez también, por el poco descanso que he tenido durante las últimas tres o cuatro semanas; porque el despertar que parece haber tomado lugar en varias personas, me ocasionan muchas visitas. Como el segundo día de Navidad me sentía bastante bien, sentí la libertad de ir a una reunión y predicar un sermón, algo que no había hecho por más de un año. Nunca había visto tantos presentes aquí en una ocasión similar. Por este sermón, parece que ocasioné que me visitaran aún más. Siento que debo gastarme y ser gastado. Sería algo insignificante poner la salud e incluso la vida misma en la balanza, con el fin de cumplir la buena voluntad de Dios y ser de utilidad para los demás; pero confieso que no tengo certeza en este asunto. Hago lo que puedo en el momento, y le pido perdón a Dios, no sea que haya sido de algún modo perjudicial para otros. Una cosa sé, que si yo siguiera mi propia inclinación y encontrara la libertad de hacerlo, preferiría retirarme por completo. ¡Que el Señor nos dirija en todas las cosas!

*14 de enero de 1746*

En otra carta dice:

Hay, gracias a Dios, un gran despertar y agitación entre las personas aquí. Por algunas semanas seguidas, desde la mañana hasta la noche, se vieron obligadas a esperar, una detrás de otra, para tener una oportunidad de hablar conmigo. Muchas tuvieron que regresar cinco o seis veces, antes de que pudieran encontrar un cuarto de hora para conversar a solas conmigo; y en ocasiones, tuve diez, veinte e incluso treinta almas ansiosas conmigo al mismo tiempo. Los sermones de N\_\_\_\_\_, aunque sencillos, son de ventaja para aquellos que son despertados por estos medios. A su solicitud, y de muchos que estaban hambrientos del pan de vida, me permití ser inducido a celebrar una reunión con él a principios del presente mes. Hacía mucho tiempo que no hablaba en público. Se reunieron tres o cuatrocientas personas; y como la casa estaba llena desde la misma puerta, colocaron escaleras

contra las ventanas para poder oír. Esto produjo una gran sensación, y confío en que no haya sido sin bendición. Nuestros clérigos, los tres Reformados, así como también el Luterano,<sup>9</sup> dieron la voz de alarma sobre esto. Dos de los primeros fueron a ver a los magistrados para presentar sus quejas, y rogaron que se pusiera fin a las reuniones. Yo no sabía nada de esto, pero sospeché algo por el estilo, y me sentí obligado a escribirle a nuestro juez de paz, con el fin de darle cuenta de nuestra reunión y pedirle que no tuviera nada que ver en el asunto. Y en efecto, el secretario ya había recibido la orden que debía ser copiada y publicada al día siguiente. El juez, quien me tiene mucho afecto y no sabía que yo estaba involucrado en el asunto, hizo que la orden fuera devuelta desde la secretaría, y me la envió privadamente con una carta muy amistosa escrita de su puño y letra. Tras lo cual, les escribí a tres de nuestros ministros y les hablé, de manera seria aunque amigable, de su comportamiento desagradable, ofreciéndoles además, junto con N\_\_\_\_\_, hablar en presencia de ellos, con la seguridad de que si daban su sincero consentimiento, la iglesia se llenaría de nuevo, porque la gente vería entonces que ellos estaban unidos a la buena causa; mientras que, por el contrario, en la actualidad la iglesia permanecía vacía. Entonces, parece que ellos confiaron en el alcalde, quien era enemigo de las reuniones. Por lo tanto, le escribí una carta bastante fuerte y le expuse cuán contradictoriamente actuaría, si prohibía reuniones de esa naturaleza, y al mismo tiempo permitía curanderos, charlatanes, casas de juego y tabernas; preguntándole cómo esperaba reflexionar sobre estas cosas en su lecho de muerte. En resumen, el alcalde, así como también los otros magistrados, cedieron y reconocieron que yo estaba en lo correcto.

*1 de enero de 1751*

En otra ocasión escribe:

El despertar aquí y en otros lugares, continúa. Cada vez se añaden más, y me veo obligado a dedicarme casi desde la mañana hasta la noche, a conversar con personas piadosas, sea individual o colectivamente. Desde la última vez, sólo he hablado en una ocasión fuera de casa en una reunión pública. Considero que había cuatrocientos oyentes. Estoy ocupado constantemente con un individuo o con varios a la vez. El pasado jueves, a las ocho, cuando apenas me había levantado de la cama, y eso a duras penas, para responder una carta que había recibido en entrega inmediata, me avisaron que estaba entrando en la casa toda una tropa de campesinos, que deseaban hablar conmigo; y antes de que hubiera pasado media hora, se habían reunido casi cincuenta, que me pidieron que les predicara, lo que hice en consecuencia de Isaías 55:10 etc. Mientras hablaba, una poderosa emoción se manifestó en el auditorio, y si yo no la hubiera evitado de manera imperceptible e indirecta, se habría producido una confusión, porque dos personas fueron presa de un violento temblor y se tumbaron en el piso; pero este tipo de cosas, si me es posible, trato de detenerlas en silencio. Durante el sermón, uno de nuestros predicadores llegó a visitarme, y abajo se le dijo que yo me estaba dirigiendo a un número de amigos que habían llegado inesperadamente, y se le pidió que subiera las escaleras y me oyera hablar, ya que al parecer tenía prejuicios contra tales reuniones. Al oír esto se ofendió y preguntó quién había dicho que él tenía algo en

---

9 La iglesia Protestante en Alemania está dividida bajo dos cabezas, los Luteranos y los Reformados.

contra de que yo hablara, y se fue. Pero esa misma tarde regresó. Le dije que yo había hablado en la mañana, y de qué texto. Ante lo cual, me aseguró que él no tenía nada en contra de que yo hablara; que ellos de buena gana me darían permiso, pero no N\_\_\_\_\_, etc.

Anteriormente, me había negado a admitir tal número de personas un domingo durante el servicio, por lo que parecía que se habían unido para tomarme por sorpresa. Después de hablar, les permití a algunas de ellas, que estaban en un estado de gran ansiedad sobre sus almas, conversar conmigo en privado. Entre esas había una viuda que parecía terriblemente agitada. Ella se lanzó a mis pies sobre el piso, pero yo inmediatamente le dije que se pusiera de pie. Ante esto, ella me confesó sus pecados sin que yo se lo solicitara, los cuales reconocí que eran grandes. Como me pareció que ella estaba en gran desesperación, la animé a decirme todo lo que estaba en su mente, asegurándole que yo mantendría el secreto. “[Qué!,” dijo ella, “¿mantenerlo en secreto? ¡Cuéntaselo al mundo entero! Yo no temo ser deshonrada ante la opinión de la humanidad. Gustosamente soportaría los tormentos más severos, y estoy dispuesta a ser consumida, incluso hasta convertirme en un esqueleto, con tal de encontrar el favor ante los ojos de Dios.” Puedes formarte una idea de lo que se tiene que hacer y sufrir, entre tantas pobres almas de este y de los lugares vecinos.

Niños de diez, doce y catorce años se están despertando. Sólo me referiré a un ejemplo. Una mujer que un tiempo antes había sido despertada y estaba preocupada por su alma, vino recientemente a verme junto con otras catorce personas, y trajo con ella a su hijo que tenía cerca de once años. Después de estrecharle la mano, antes de que partiera con los demás, también le di al niño mi mano, y le pregunté si él también deseaba convertirse en un joven piadoso, añadiendo unas pocas palabras en concordancia con la capacidad del niño; pero parecía que él no deseaba escucharme. Sin embargo, al llegar a la casa le dijo a su madre: “El diablo me quiso estorbar para que no atendiera a lo que Tersteegen decía; sin embargo, escuché cada palabra muy bien y resistí al diablo, etc.” Desde ese momento, el muchacho se ha vuelto muy silencioso, y a menudo se va sólo a los campos o a cualquier otro lugar, donde puede esconderse para orar; y llora en secreto por sus pecados, de manera tal, que incluso su padre, que antes se oponía a la verdad, parece estar muy afectado y golpeado por ella.

En estas ocasiones, debo esforzarme fuertemente para evitar hundirme. No puedo negar que el Señor ha sido bueno y misericordioso conmigo de varias maneras, y que me ha concedido más paz interior y entrega de corazón, en medio de cada perturbación y distracción de afuera, de las que habría podido esperar alguna vez; pero en cuanto a las emociones agradables, no puedo decir nada; a veces vivo como si estuviera muerto.

*23 de febrero de 1751*

Además escribe lo siguiente:

Desde mi última carta, la gente apenas me deja descansar. Ocasionalmente trato de retirarme a la fuerza, pero es en vano. El pasado domingo, escasamente me había levantado de la cama, cuando me vi obligado a dirigirme a más de sesenta personas que se habían agolpado dentro de la casa, lo que hice a partir de Mateo 25:5. Después

de que había hablado, tuve que conversar con varias personas hasta la noche. Y ayer por la mañana, después de que había pasado la noche con fiebre, al menos doscientas cincuenta personas se reunieron en el granero y en la habitación contigua, a quienes les hablé, con la misericordiosa ayuda del Señor, de Gálatas 1:3-5. También me he visto obligado a hablar esta mañana temprano, sin saberlo un cuarto de hora antes; y ahora me siento bastante cansado. Hoy hablé de las últimas palabras del Señor Jesús: “[Consumado es!,” y me he consolado con la esperanza de que mis fatigas y dificultades también terminarán pronto. Sin embargo, ahora espero arreglar los asuntos de manera tal, que me vea libre de la necesidad de pronunciar un sermón formal. Si las reuniones se celebraran regularmente, no encontraríamos suficiente lugar. Entre una y otra me dedico a recibir visitas, o a escribirles a los amigos que están lejos.

*9 de abril de 1751*

En otra dice:

Desde mi última carta han ocurrido eventos tan extraños, que no he podido responder tu agradable carta del 9 de julio antes de hoy. Ya has sido en parte informada por nuestro amigo S\_\_\_\_, de lo que sucedió durante mi viaje al ducado de Berg, donde estuve detenido una semana más de lo que yo había previsto, como consecuencia del número de personas que se congregaban. Me vi obligado, en contra de mi deseo, a hablar ahí varias veces en público. Después de mi regreso, reflexioné en un plan para aligerar la carga en alguna medida; para lograrlo, decidí celebrar una reunión cada quince días, si el Señor lo permitía, porque de otro modo, me vería en la necesidad de hablar tan a menudo como las personas me llegaran a ver. Pero como ellas saben en sus propias mentes cuándo me propongo hablar, la asistencia es tan numerosa que no tengo dónde acomodarlos. El día después de la partida del señor S\_\_\_\_ de aquí, el número aumentó, de modo que no tenía espacio suficiente, aunque pude acomodar a cerca de seiscientas personas; pues llegaron de distancias hasta de quince o veinte millas con el ferviente deseo de oír. Los magistrados ya dieron la alarma, pero ya pasó.

Yo les dije, que si ellos tenían la libertad de consciencia de prohibirme hablar, en ese mismo instante me encontraría en la libertad de obedecerlos, cosa que no haría, si tuviera la certeza de haber sido llamado divinamente a hacerlo. Ellos respondieron que no tenían el deseo de impedírmelo, pero que la gente que se congregaba era demasiado numerosa. Yo les respondí, que yo no les pedía que vinieran, ni le diría a ninguna que se fuera. Finalmente, estuvieron dispuestos a dejarme hablar, no así N\_\_\_\_ y otros. Me mantengo tranquilo; en realidad, no fui a ver a los magistrados por causa mía, ni porque me mandaran a llamar; sino voluntariamente, y para evitar el mal que iba a caer sobre otros.

*20 de agosto de 1751*

En una carta posterior le dice a la misma persona:

Todavía tengo algo particular que relatar. El día después de que envié la última carta, los amigos de C\_\_\_\_

enviaron inesperadamente un coche a las orillas del Rin para recogerme. Como estaba muy débil y confinado en la cama, envié a nuestro amigo S\_\_\_\_\_ allí con una nota; y decliné por completo ir. Entonces los amigos vinieron aquí con el coche, y al día siguiente me vi obligado a acompañarlos. Tan pronto como se informó que yo estaba en el pueblo, el Consejo Directivo Menonita se reunió, sin que yo me diera cuenta, y me enviaron a sus dos predicadores a pedirme que fijara un día para predicar en la iglesia de ellos, ya que sabían que yo me quedaría hasta el domingo. La petición, como puedes fácilmente suponer, me pareció extraña; sin embargo, decidí aceptarla en el nombre de Dios, como indicación de la voluntad divina. El miércoles 25 de agosto por la mañana, los ministros llegaron y me condujeron al púlpito. Al entrar en la iglesia, la encontré llena de personas de todas las persuasiones, pero principalmente de las persuasiones Reformada y Menonita; y el Señor me capacitó para hablar de 2 Pedro 3:2. Si le he agradado a Dios con esta temeridad tanto como a los oyentes, todo irá bien. Las personas estaban profundamente afectadas, y algunas tanto, que es de esperar que las impresiones sean duraderas, etc.

A medida que aumentaba el número de los despiertos y de los hambrientos del pan de vida, nuestro difunto amigo era inducido una y otra vez a hablar en público. Todavía viven muchos que pueden atestiguar, con cuánta impresión, poder divino y unción lo hacía. En 1751 escribió su sermón sobre las palabras de 2 Corintios 5:14, “El amor de Cristo me constriñe,” y lo publicó.<sup>10</sup> Con lo cual, la demanda por sus sermones era tan grande, que ocho escritores se colocaban en las escaleras, donde podían oír claramente, y escribían las palabras que salían de sus labios. Por este medio se recopilaron treinta de sus sermones, y posteriormente fueron publicados bajo el título *Spiritual Fragments (Geistliche Brosamen)*.<sup>11</sup> Las siguientes cartas dan cuenta de los muchos sermones que predicó, y de las visitas que tuvo que recibir en ese tiempo.

Hasta el día de hoy apenas puedo usar mi cabeza o mis ojos, y mi mano tiembla mucho; el poco descanso que he tenido debido a la afluencia de personas, puede ser la razón principal de ello, a lo que también se debe añadir las muchas cartas que tengo que escribir. No puedo pensar qué buscan las personas en una criatura tan pobre. Hace poco, una persona totalmente desconocida para mí, pero un verdadero Natanael, vino a visitarme tras caminar doscientas millas a pie, con mal tiempo, y a quien sólo le pude dedicar un par de horas; pero ¿quién puede retirarse completamente en tales ocasiones? El 25 de febrero recibí nuevamente la visita de unas doce personas del campo. Tan pronto como nuestros amigos aquí se enteraron, se llenó la casa, de modo que tuve que dirigirme a cientos de personas sobre el cántico de Simeón: “Ahora, Señor, permite que Tu siervo se vaya en paz, conforme a Tu palabra; porque mis ojos han visto Tu salvación” Lucas 2:29-30. Algunos dicen, pero ignoro por qué razón, que he predicado mi propio sermón fúnebre.

Es al menos mi deseo, apartarme de toda consolación humana y encomendarme completamente a la guía del

---

<sup>10</sup> Una traducción de este sermón se encuentra en el cuerpo de este trabajo.

<sup>11</sup> Fragmentos Espirituales (Geistliche Brosamen.)

Espíritu de Dios, y ser hallado exclusivamente esperando la salvación de Israel. Si yo tuviera incluso la justicia, piedad, revelaciones de Simeón y los dones que él poseía, yo, con él, de buena gana los habría olvidado y abandonado, vivo o moribundo, con el fin de cambiarlos por el niño Jesús, la única consolación de Israel. Es motivo de asombro, adoración y deleite, ver cómo el Señor puede inducirnos a dejarlo todo. Todo parece tan frívolo, insatisfactorio, trivial y superficial, incluso las cosas buenas y espirituales que anteriormente nos proporcionaban tanta gratificación y de las que éramos muy tenaces, pero que, por esa misma razón, sólo servían para interponerse entre nosotros y Dios, y eran perjudiciales porque las sosteníamos muy firmemente. *Jesús solo es suficiente, y sin embargo insuficiente, cuando no es completa y exclusivamente abrazado.* ¡Oh, que le plazca al Señor confirmar y establecer los corazones de todos aquellos que están preocupados por sus almas inmortales, y les permita encomendarse enteramente a la guía e influencias de Su Espíritu Santo, quien a Su debido tiempo, los conducirá al verdadero templo de Dios, donde podrán estrechar sustancialmente al Salvador en los brazos de sus espíritus!

20 de marzo de 1753

Contemplé la cercanía de la Navidad con sentimientos de ansiedad, estando temeroso de recibir muchas visitas, y por eso, ocasionalmente daba a conocer que estaba demasiado indispuesto para tener compañía. No obstante, unos pocos días antes de Navidad, me sentí algo mejor; entonces vinieron de lejos muchas personas que no esperaba, y entre ellas había varias a quienes no había visto antes. El Señor me permitió hablar con mucha compostura en dos ocasiones diferentes, sobre Isaías 9:6, “Porque un niño nos es nacido, etc.,” aunque durante la noche había estado con mucha fiebre. El lugar estaba bastante lleno de personas, y entre ellas estaba presente el magistrado principal. Él había mandado a preguntar si yo tenía la intención de hablar; le respondí que pensaba hacerlo; con lo cual, envió a su sirviente a pedir que se le reservara un asiento. Después del sermón, me dijo, entre otras cosas: “No se me escapó ni una sola palabra y te escucharé mañana.” Él se refirió a las divisiones del sermón, y me aseguró que estaba muy complacido. También escuché que le dijo a otros: “Los que injurian, sólo deben hacer como yo, venir y oír por sí mismos.”

No puedo decir que tenga algún presentimiento o impresión particular en mi mente de parte de Dios, con respecto a mi partida de este mundo. Hablo y pienso según siento en el momento, o según contemplo con el ojo de la razón las consecuencias de esta o aquella enfermedad, aunque en tales ocasiones, a menudo quedo muy corto de la verdad, y no puedo comprender la maravillosa manera con la que el Señor trata conmigo. ☐A Él sea la gloria! El gran número de amigos aquí y en otros lugares, me ocasiona continuo trabajo, y encuentro difícil apartarme de ellos, especialmente de las personas enfermas y afligidas, por las que me tomo el riesgo. Como somos un espectáculo tanto para los ángeles como para los hombres, y como fácilmente se puede suponer que ocurren toda clase de casos, no siempre puedo ser indulgente conmigo mismo, ni cuidar de mí mismo. Se me ocurre decirte, que en nuestra última reunión, que fue la primera del presente año, me expresé de la siguiente manera en el saludo de año nuevo: “Si es, pues, mi porción, continuar un poco más como una pequeña y brillante estrella en el firmamento de esta nuestra iglesia, no me retiraré del todo. Sé lo que soy y cuánto

dependo completamente del Señor, pero ni el temor del hombre, ni las sugerencias de la carne, podrán detener mi boca. Espero que las conciencias de todos ustedes testifiquen ahora, y en la presencia de Dios, que los he dirigido a Cristo y no a mí mismo. Denme, entonces, como en la presencia del Señor, la mano de la comunión nuevamente, y apóyenme por medio de sus intercesiones y su fiel caminar con Dios. Sin embargo, aún debo decir, mis queridos amigos, que durante el año pasado algunos entre ustedes me afligieron a menudo hasta el corazón y me desanimaron; eso no fue correcto; ¿que el Señor lo expíe!”

Estas últimas palabras conmovieron a algunos de ellos, quienes después llegaron a pedir perdón.

Alrededor del año 1756, cuando la asistencia era tan numerosa, que se veía obligado a alcanzar cinco o seis habitaciones de la casa con su voz, nuestro difunto amigo sufrió una lesión corporal debido a su esfuerzo al hablar; lo que lo obligó a interrumpir sus sermones públicos y sus viajes al campo, excepto por una cabalgata ocasional por los alrededores de Spelldorf, Duisburg y Essen, para darle a su debilitado cuerpo un poco de ejercicio, y al mismo tiempo visitar a sus amigos ahí. Cuando hacía buen tiempo, en primavera y verano, también hacía un poco de ejercicio a pie en compañía de otros pocos inválidos, especialmente cuando era visitado por amigos del campo. Él, generalmente iba con ellos a un bosque que estaba a poca distancia, donde tomaban té, mientras oían su edificante conversación, y ocasionalmente cantaban un himno, después de lo cual terminaban con una oración.

Aquí podríamos terminar la historia de la vida de Tersteegen, e inmediatamente seguir con el relato de sus últimos momentos, pero no cabe duda, que será de gran utilidad para el lector, si en alguna medida lo colocamos en condiciones de conocer mejor sus dones especiales, la notable gracia que le fue impartida, y la espiritualidad de sus opiniones y sentimientos. Sus escritos, en especial sus sermones, impresos bajo el título de “*Fragmentos Espirituales*,” en los que el lector no es detenido por mucho tiempo con la cáscara de la sabiduría humana, sino que es llevado de inmediato al grano, muestran suficientemente cuán iluminado estaba su entendimiento, y el profundo conocimiento de la palabra de Dios que le había sido concedido.

Sus escritos también evidencian, de manera igualmente luminosa, su íntimo conocimiento de Dios y Sus caminos. Entre otros que podrían mencionarse, se dirige al lector a ese magnífico himno que comienza: “Oh, Dios, Tú no eres conocido correctamente,” y a otro que escribió algunos años después: “Alégrese, el Señor es Dios supremo.” En ambos, cuando las divinas y elevadas opiniones del escritor, su ser, características y perfecciones son contempladas en silenciosa devoción, se encontrarán las más hermosas evidencias de su conocimiento por experiencia. Él podía decir, y en varias ocasiones hizo uso de la muy sugestiva expresión: “Le agradezco a Dios que me haya permitido vivir el tiempo suficiente para llegar a conocerlo;” palabras, que entre otras, le repitió con gran énfasis a un amigo que le daba el último adiós—cuando se encontraba enfermo en el año 1738, y sin la más mínima esperanza de recuperación—y añadió: “Con respecto a mí mismo, estoy perfectamente tranquilo en Dios, y también con respecto a mis escritos, los cuales te dejo. Con respecto a ellos, no siento ningún tipo de ansiedad o reprensión interna, como si



tuvieran algo dudoso o erróneo. Todo lo que he escrito, yo mismo lo he experimentado como verdades importantes, y por ello, puedo entrar en la eternidad con consuelo.”

En otro lugar escribe: “Cuando deje este mundo, entraré al siguiente como una criatura pobre e indigna, que desea y confía plenamente en ser aceptada sólo a través de la gracia, y de manera más que la usual. Mientras tanto, le agradezco a Dios que me haya permitido vivir tanto tiempo como para llegar a conocerlo internamente; esto, a pesar de mi miseria, no lo niego, y por esto deseo alabar la gratuita gracia de Dios. Anhele una eternidad para poder alabarlo adecuadamente por Su gracia. ¡Oh, qué tesoro es dejar a un lado toda luz espiritual y los dones de la gracia, con el único fin de conocer que Dios es lo que es; que conocerlo a Él es, en efecto, vida eterna! El deseo de los hombres por tener mucho conocimiento, incluso de las cosas espirituales, es una poderosa prueba de que no conocen a Dios en realidad. Dios es en todos los sentidos *todo-suficiente*; sólo Él puede satisfacer y alegrar las amplias capacidades del alma, y eso entera y eternamente.”

No puede ser sino agradable para el lector, que se le presenten los siguientes extractos de ciertas cartas de nuestro difunto amigo, como obvios testimonios de su conocimiento superior y por experiencia.

Te informo en este momento, que le ha placido al Señor visitarme con una enfermedad. Al principio de mi condición, yacía y me sentaba estupefacto, sin sentimientos, incluso, casi sin ningún recuerdo de Dios o de mi propia alma. Actualmente mi mente es conducida con silencioso placer a contemplar la existencia de Dios, Su bondad, sabiduría, poder, santidad, etc.; todas estas infinitas perfecciones son en grado sumo amorosas y adorables, de modo que es verdad, que Dios y lo que hay en Él, y todas Sus obras y caminos, son el alimento y la felicidad propios de un espíritu creado. En Él está todo mi tesoro.

*1 de febrero de 1746*

Sabemos que sólo Dios es supremamente bueno; que Él soporta a Sus criaturas y a Sus hijos en Cristo, los prepara para disfrutar de Él mismo con incomprensible misericordia, y los ama con especial ternura. Nosotros, sin embargo, estamos tan inclinados a descansar en nosotros mismos, y a volvernos hacia nosotros mismos, que a menudo me asombro de mi propia debilidad. He ido a la escuela por mucho tiempo con el mejor de los maestros, y ya estoy empleado para darles a otros sus lecciones, y sin embargo, sigo siendo un infante indefenso. En la actualidad, según todas las apariencias, puedo en sencillez de corazón, encomendarme a mí mismo y todo lo que tengo al Señor. Puedo dejarlo todo, y aún sentirme tranquilo. Soy pobre, y sin embargo, en un lugar rico. Estoy débil, pero contento. Esos trabajos, fatigas, aflicciones, pruebas y peligros, que en otro momento me parecerían insuperables si el Señor no me impidiera contemplar el futuro, puedo olvidarlos fácilmente ahora, y no me causan aquella ansiedad mental, que normalmente es tan característica en mí. Pero no debo representar el cuadro demasiado bonito; tal vez parezca diferente ante los ojos del Señor. Se lo dejo a Él, sea como sea. Importa poco cómo sea, si es como Dios quiere. No puedo ni quiero depender de nada excepto de Él.

*9 de febrero de 1748*

Si yo tuviera que explicarte cómo me siento en mi estado de debilidad, te diría que no lo sé; y tal vez nunca haya sido menos consciente de éste. Creo profundamente en la total insuficiencia del yo y de todo bien creado, tanto interna como externamente; pero en el fondo, no estoy intranquilo, ansioso, ni asustado, aunque no sé la razón de ello. Por motivos de la debilidad de mi cabeza, a menudo soy incapaz de pensar en Dios o en mi propia alma; pero sé que Dios existe, que Él es el grande, bueno y siempre bendito Dios. El mero recuerdo de esto, cuando el Señor me lo concede, me refresca mucho y hace que toda dificultad desaparezca inmediatamente. ¡Cuánto debemos regocijarnos de que Él sea un Dios así; que sea todo bondad, perfecto, infinitamente glorioso y feliz, y suficiente para hacer que todo en nosotros sea bueno y feliz!

*8 de marzo de 1748*

¡Cuán maravillosos, cuán incomprensibles son los caminos de Dios! ¡Cuán contrarios a nuestras expectativas! Tan pronto como pensamos en recuperar un poco el aliento, somos nuevamente confrontados. Nunca dejamos de perder, hasta que nos volvemos tan pobres que ya no tenemos nada más que perder; y tan avergonzados, que ya no nos atrevemos a mirar a nuestro alrededor. ¡Perseveremos sólo en el nombre de Dios! ¡Que sólo Él sea exaltado, glorificado y complacido, para que al abandonarnos por completo, podamos entrar a Su felicidad, Su reposo, Su gozo! Debemos ser llevados finalmente, a mirar las cosas tan inocentemente como un bebé en la cuna. Nos conviene afirmar alegremente, adorar profundamente y decir cordialmente: “El Señor es bueno y misericordioso; todos Sus caminos son misericordia y verdad,” sin examinar sobre qué está fundada la expresión. Aún en plena consciencia de nuestra total pobreza y miseria, no podemos evitar desear que todas las almas sean igualmente pobres. ¡Oh, cuán raramente nos encontramos con aquellos que son completamente de Dios, y cuán felices son tales personas! El Señor de buena gana se convierte en la porción, el tesoro y el todo de ellos. Mi más sincero deseo es que este sea nuestro caso. Ora también por mí, mi querida hermana, y ruega al resto de tu familia que haga lo mismo, porque lo necesito.

*22 de octubre de 1751*

Me pierdo en adoración, cuando pienso que el camino que Dios ha escogido hacia la felicidad eterna, quita todo de la criatura y lo da todo a Dios, y en consecuencia, dulcemente nos obliga a unirnos más estrechamente a Él, a permanecer y vivir en Él, a depender de Él, y a continuar siempre pobres para que podamos poseer en realidad todas las cosas; un camino para niños, pero sólo para niños desnudos—un camino que el sabio pasa por alto. Mientras queramos poseer y retener, el camino será estrecho; y el que lo busque de lejos, pasará de largo; pero el que sigue la pista del amor que se le lanza, lo encuentra cerca. ¡Que el Señor Jesús mismo les proclame a los pobres el año agradable!

Rara vez nos vemos cara a cara, pero aun así nuestros corazones nos dicen que nos pertenecemos el uno al otro, y que pertenecemos a una misma familia. Nuestros corazones se gozan de que todavía estemos juntos en el camino, y de que poseamos el uno en el otro lo que poseemos; al menos así lo encuentro en mí; y además de Dios, lo atribuyo a las oraciones de Sus hijos que yo siga siendo lo que soy. Dios debe ser el bien todo suficiente; porque sé que todos los que por experiencia han llegado a conocerlo un poco, no pueden hacer otra cosa más que amarlo y alabarlo cordialmente, aunque después caminen por años seguidos en esterilidad y tinieblas. Yo, de hecho, puedo decir algo sobre este tema, pues en ocasiones he tenido que suspirar bajo mi carga a lo largo del camino, encontrándola a veces muy pesada de llevar; y la parte más pesada de ella se ve muy poco externamente. En la actualidad, tengo mucho que soportar, tanto interna como externamente, aunque los que me oyen, podrían ser llevados a suponer que gozo continuamente de sol. Sin embargo, qué puedo decir de Dios sino que es bueno, que en las más severas pruebas de la fe puede sostener el alma, y que en verdad lo hace, para que no desmayemos en el camino. (1 Reyes 19:8) Aquel que se encomienda completamente a Dios y le confía todo a Él, nunca quedará corto; y cuando lo hacemos, lo honramos. En nosotros no hay nada sino debilidad y miseria, pero en Jesús hay abundancia de todo lo que necesitamos. ¡Cuán cierto es esto, y sin embargo, sólo se experimenta en el grado en que la debilidad y la miseria sean realmente sentidas!

*8 de marzo de 1754*

¡Hasta aquí me ha ayudado el Señor! Y Su ayuda hasta este momento me anima a esperar que Él me ayudará hasta el fin. ¡Qué Dios tan bueno y fiel! ¿No deberíamos amarlo totalmente, arriesgarlo todo en Su nombre, y con los ojos cerrados encomendarnos ciegamente a Su guía? El Señor sabe muy bien que nuestros corazones se pueden vencer mejor por medio del amor, por cuya razón hace tanto por nosotros; y cada uno de nosotros puede por sí mismo, echarle un vistazo a la larga cuenta de amorosa bondad y fidelidad de Dios. Dios muestra Su amor hacia nosotros en tantos detalles, y éste es Su último y más grande intento para recuperar al hombre. Si el amor de Dios y las bendiciones que fluyen de él no nos constriñen a un amor recíproco y cordial hacia Él, y a un progreso valiente en el camino de santidad, ciertamente ningún otro medio lo logrará. Mi corazón todavía rebosa de gratitud por toda la bondad, refrigerio y sostén divinos que he disfrutado en mi último viaje y en tu compañía—es esto lo que me inclina a escribir de esta manera; y observo por tus tiernas cartas, mi querida hermana, que tú y otros sienten lo mismo. ¡Que el Señor mismo afine nuestros corazones para alabarlo y glorificarlo en todas nuestras acciones! Siento que más de mi corazón permanece contigo que antes, y que la ausencia corporal no nos separa, ni puede separarnos.

*5 de julio de 1754*

No puedo expresarte, querida hermana, cuán inútiles y despreciables me parecen esta vida y las cosas del tiempo, y con frecuencia me aflijo como un niño, de que la humanidad, e incluso las personas piadosas, sean tan triviales y no empleen mejor su tiempo. A menudo me duele ver que Dios, que es un omnipresente bien, sea tan

poco buscado, conocido, amado y glorificado como se merece. En un momento la compasión me hace hablar de ello; y en otro me siento inclinado a renunciar a todo, a fin de no perder mi propio tiempo y vivir más para Dios y la eternidad. Pero la voluntad de Dios debe ser mi comida y mi bebida. Con frecuencia puedo perderme en ella, y olvidar todo mi dolor infantil. Todavía hay bastantes personas por aquí en quienes puedo pensar con gozo y con gratitud a Dios. En verdad el Señor es bueno y misericordioso con Su pueblo. Él es hermoso en Sí mismo y hermoso en Sus hijos. (Salmo 16:2)

*1 de noviembre de 1754*

Sus puntos de vista de las verdades evangélicas que pertenecen a la economía de la redención humana, eran tan puros como grandes eran su intuición y experiencia. Para convencerse de esto, sólo se necesita leer en conjunto sus escritos, particularmente *The Way of Truth*,<sup>12</sup> con una mente imparcial. Incluso, al principio de su conversión, él contemplaba las verdades fundamentales de la religión en la luz pura y escritural. Lo siguiente son pruebas de esto. Una persona fidedigna, que aún vive, relata que la primera vez que lo visitó en 1727, la acompañó parte del camino de regreso, y al despedirse de él, le recomendó expresamente las siguientes cuatro cosas: La expiación de Jesús, las palabras de Jesús, el Espíritu de Jesús y el ejemplo de Jesús. Una prueba obvia de que dirigía a aquellos con quienes se asociaba, solamente a Jesucristo, y lo proclamaba en todo momento, como la única causa procuradora de nuestra salvación y completa redención. Otro ejemplo: Una vez cierto individuo lo acusó de que sus puntos de vista y sus motivos no eran suficientemente puros, a lo que él respondió: “¡Cuán sinceramente me regocijo, cuán feliz me considero, cuando soy tenido por digno de dar testimonio de las verdades seguras, esenciales y preciosas de la religión interna, que es considerada con tanto recelo por muchos piadosos, así como también por personas impías! Creo que sería de indecible consolación para mí, si a la hora de mi muerte y comparecencia ante la presencia de Dios, yo pudiera proclamar una vez más a todo el mundo, que sólo Dios es la fuente de vida, y que no hay otro camino para encontrarlo y disfrutarlo, sino el camino estrecho de la oración interna, la negación al yo y la vida escondida con Cristo en Dios, abierto para nosotros y consagrado por la muerte del Salvador.” Muchos de sus himnos en *The Spiritual Flower Garden*,<sup>13</sup> muestran que los sentimientos y opiniones del autor, y el fundamento de su fe, eran puros y no adulterados.

Él estaba bien cimentado y establecido en las doctrinas de la salvación, de las que tenía una percepción muy clara. La perspectiva espiritual que le fue concedida, tras la experiencia de sus cinco años de oscuridad interna, permaneció después ininterrumpida, excepto porque de vez en cuando obtenía más conocimiento práctico de ella. Si se leen sus cartas detenidamente, se hallará que prevalece una íntima armonía desde la primera hasta la última, excepto que las últimas parecen más tiernas y poseen más

---

<sup>12</sup> *El Camino de la Verdad*

<sup>13</sup> *Jardín de Flores Espirituales*

unción divina. Nuestro difunto amigo era buscado por todos los partidos, y aun así, no se unía a ninguno, excepto a los que sinceramente se esforzaban por vivir de acuerdo con la palabra escrita de Dios, y las enseñanzas de Su gracia. Nunca ocultó la luz y el conocimiento de la verdad que poseía, incluso cuando eran mal recibidos. Le escribió lo que sigue a un ministro Reformado, que había tomado a mal una carta de advertencia contra los moravos.

¿Debo decir lo contrario a lo que siento, como es ahora tan habitual? He releído y examinado la carta en la presencia de Dios, pero no puedo, no debo, ni voy a decir, que reconozca que contiene sentimientos erróneos; aunque todo el mundo (como tú pareces hacer en tu carta), considere este aferramiento a las verdades fundamentales, como sectarismo y falta de pobreza de espíritu. [Oh, Señor. No permitas que incremente la pecaminosidad que ya ves en mí, con una infidelidad tan vergonzosa, como la de renunciar o apartarme, por debilidad o hipocresía, un cabello del querido depósito de esa verdad que Tú me has encomendado, porque este u otro buen hombre, o grupo de personas estén opuestos a ella!

Él podía estar así de confiado en la expresión de sus sentimientos en temas de esta naturaleza, porque se le había concedido un don particular para probar los espíritus. Unos pocos ejemplos de esto pueden resultar agradables para el lector. En sus primeros años, él fue frecuentemente atacado por espíritus extraños e influencias sobrenaturales, que atribuía a haberse asociado con algunos que estaban relacionados con ellos. En este período, cuando dejaba su trabajo para orar en privado, se apoderaba de él tal temblor, que todos sus miembros se estremecían. Consciente, sin embargo, por su conocimiento del carácter divino, de que esto era contrario a dicho carácter, nunca cedió a esa influencia extraña, desordenada y aterradora, sino que simplemente regresaba a su trabajo. Después de repetir esto unas cuantas veces, el temblor cesó y la tentación llegó a su fin.

Otro ejemplo: Una mujer que estaba en mal estado de salud, creía oír una voz sobrenatural que la llamaba a levantarse y orar, pero al ser invierno, su débil cuerpo apenas podía soportar el esfuerzo. Por lo tanto, consultó a Tersteegen sobre el asunto, quien la aconsejó que no se levantara en el frío, sino que cuando creyera que la llamaban de nuevo, en lugar de levantarse, reanudara sus devociones en la cama. Hecho esto, la mujer no oyó más la voz sobrenatural; y otras cosas singulares, que habían ocurrido anteriormente, también cesaron. A esto puede añadirse el siguiente relato.

Una vez lo visitó un amigo, que era muy cercano a una persona que poseía un alto grado de devoción filial con Dios, pero que había visto muchas visiones extraordinarias, y a quien le habían ocurrido muchas cosas extrañas. Ella también decía muchas cosas edificantes y predecía eventos, algunos de los cuales iban a ocurrir después de su muerte. El amigo antes mencionado le contó esto a Tersteegen, quien le dio la siguiente respuesta: “No prestes atención a todas esas cosas extraordinarias, que sólo son peligrosas y tienden a estorbar el crecimiento en la gracia. Admiro sinceramente el cambio sustancial que la gracia divina ha obrado en ella, pero tú y yo viviremos lo suficiente para ver que nada resultará de todas esas cosas, por muy deseables que sean.” El resultado confirmó esta opinión. Después de su muerte, el amigo

arriba mencionado lo visitó de nuevo, y expresó su pesar por no haberle prestado más atención a su consejo; a lo que dijo: “Este suceso será útil, y servirá para preservarte en el futuro, y guardarte de ser arrastrado por cosas singulares y extraordinarias, y dejarlas pasar.” El buen hombre, no obstante, no despreciaba los dones extraordinarios, luz o visiones, sino que su consejo fue, que debían ser cuidadosa y completamente examinados, porque las personas que se entregaban a ello, podían ser fácilmente engañadas por la influencia de espíritus extraños.

El don de Tersteegen para probar espíritus se manifestó particularmente con referencia a los Moravos. Esa secta de Cristianos se había tomado todas las molestias posibles para llevarlo a sus principios, con la esperanza de que muchos otros lo siguieran; pero Dios no lo dejó sin la asistencia de Su luz, y le concedió la gracia necesaria para probar a ese pueblo.

El conde Zinsendorff hizo todo lo que pudo para ganárselo. Al principio lo intentó por medio de cartas escritas a él de la manera más tierna, que le fueron enviadas abiertas por algunos de los hermanos. Finalmente, en el año 1737, uno de sus principales maestros, y hombre muy capaz, llegó donde él, se arrojó a sus pies y le imploró su bendición, para ganar su afecto de esta manera. Pero a pesar de todo esto, Tersteegen permaneció firme en sus principios, y no se dejó engañar por halagos de esta naturaleza. Por el contrario, llevó a muchos que ya se habían unido a la secta a un mejor entendimiento, al exponerles tan claramente las peligrosas consecuencias que fácilmente podrían levantarse de ella, que no dudaron en abandonarla.<sup>14</sup>

Las opiniones que Tersteegen tenía de los Moravos, provocó una correspondencia desagradable con un amigo suyo, un ministro Reformado en el norte de Alemania, que estaba relacionado con esa secta. El 6 de marzo de 1750 le escribió, entre otras cosas, lo que sigue:

Creo que la secta de los Moravos no es agradable a los ojos de Dios; creo de ellos lo que te mencioné personalmente, y lo que te he escrito al respecto. Y a fin de ser breve, y no fastidiarte y entrar en detalles, creo que es verdad y no una fábula, lo que Abbot Steinmetz dice de ellos en su última publicación, y que tú también conoces; y por esta y muchas otras cosas, ellos son justamente censurables, cuya clase de errores e insensateces nunca podré aprobar, ni consentir. No es porque me avergüence de su presunto nombre, por lo que no mantengo más correspondencia con los Moravos, mucho menos para excluir de su sociedad a toda persona bien intencionada, como tú erróneamente supones; sino en parte, por repugnancia a sus principales errores que son suficientemente conocidos, y en parte, por temor a andar por un camino más ancho que el que mi Redentor y todos Sus santos han pisado y enseñado.

La razón por la que no mantengo más correspondencia con aquellos que se asocian con los Moravos mucho, o están relacionados con ellos, es porque como les escribo en un estilo fraternal y familiar, afirman por todas

---

<sup>14</sup> Al principio, los Moravos eran culpables de muchas inconsistencias que luego fueron enmendadas.

partes que me he unido totalmente a ellos, y porque mis cartas sirven para atraer a su sociedad a los que están unidos a mí, etc. Este ha sido con frecuencia el caso conmigo y con otros. Sinceramente espero que poco a poco se den cuenta de su error y se enmienden, para lo cual el misterio de la cruz interior y exterior, que les es completamente desconocido, quizás pueda servirles como una medicina saludable para su humillación. Es cierto que he recibido información directa de La Haya sobre el estado de las cosas ahí, y que se han establecido nuevas reglas y medidas con respecto a mejoras. Sin embargo, como sus más graves errores no sólo son dados a conocer al mundo por sus oponentes a través de la prensa, sino que son audazmente sostenidos por sus principales maestros en un lenguaje inequívoco; y dado que la burda ligereza de sus ministros y miembros es, por desgracia, manifiesta e innegable, para oprobio de la preciosa sangre y heridas de Jesucristo, les resultará difícil librarse de la manera habitual.

La negación rotunda, las respuestas tortuosas, el evadir de manera agradable, ni siquiera, las mejoras superficiales, les ayudarán a salir en lo más mínimo del laberinto, pero si realmente desean devolverle a Dios Su gloria, alcanzar la paz de consciencia, y encontrar el favor de los hombres de entendimiento, deberán humilde y abiertamente, confesar y retractarse de sus errores y equivocaciones, y suplicar perdón por la ofensa que han causado.

A pesar de todo, él les dejó ver a los Moravos su imparcialidad hacia aquellos que se convertían a la verdad, cualquiera que fuera la denominación a la que pertenecieran. En una importante ocasión, en el año 1741, se sintió inclinado por la comunidad antes mencionada, que tanto cortejaba su atención, a expresar brevemente esta imparcialidad en una carta, de la cual lo siguiente es un extracto:

Mis convicciones y mi religión son estos: Como alguien reconciliado con Dios a través de la sangre de Cristo, permito que el Espíritu de Jesús, mediante la obra de la cruz, la aflicción y la oración, me aleje del yo y de todo bien creado, para vivir seguro para Dios en Jesucristo; y aferrándome por fe y amor a Él, espero llegar a ser un espíritu con él, y obtener la felicidad eterna a través de Su misericordia sólo en Cristo. Tengo la misma religión con todos aquellos que son de la misma mente, y los amo como hijos de Dios tan cordialmente, como a aquellos que pertenecen a la misma persuasión y son de las mismas convicciones que yo.

En otros aspectos, estoy perfectamente satisfecho, cuando en lo que se refiere a lo no esencial, cada uno escoge un camino particular para sí mismo que considera que es el más adecuado para alcanzar el fin que tiene en la mira; y puedo amar a todos aquellos que no andan en hipocresía y sectarismo. Por tanto, sinceramente aprecio a todos aquellos entre los Moravos, que tienen los sentimientos arriba descritos, y estoy unido a ellos como hijos de Dios. Pero no tengo nada que ver con lo que distingue a los Moravos del resto de los hijos de Dios; ni concuerdo con ellos de ninguna manera. Me aflige mucho que ya hayan tantas divisiones en el mundo religioso, pero me aflige mucho más, cuando se crean nuevas divisiones.

Tersteegen manifestó invariablemente esta imparcialidad. Siendo interrogado en una ocasión por uno

de los tres piadosos ministros Reformados—con quien mantenía una relación muy cercana, y con quien estaba asociado y mantuvo correspondencia fraternal hasta su muerte—sobre la religión de las personas que llegaban a verlo, respondió: “No les pregunto de dónde vienen, sino hacia dónde van.”

El íntimo conocimiento de Dios y de la verdad divina que poseía Tersteegen, influyó en sus sentimientos hacia Él. La presencia de Dios parecía estar profundamente impresa en su corazón. Él sabía que Dios veía todo lo que pasaba en su interior; por tanto, le abrió lo más íntimo de su alma a este Sol de justicia, para ser iluminado, calentado y renovado por Sus rayos. De ahí que sus acciones no procedieran de una obediencia forzada, ni de un impulso de su propio espíritu, sino que eran el resultado de la influencia del amor de Dios. Además de esto, él se ejercitaba constantemente a sólo dirigir su mirada a Dios, para que por la contemplación de Él, pudiera ser cada vez más iluminado y recibir renovado vigor de la presencia directa de Su Dios y Salvador. También les recomendaba a otros la presencia divina en el alma como un favor especial, y al mismo tiempo les recordaba, que la luz que es de arriba no era el resultado de nuestros propios esfuerzos, sino que debía ser producida en nosotros por la dulce, poderosa y vivificante presencia de Dios; y en todos sus escritos se esforzó tanto como pudo, por imprimir esto en las mentes de sus lectores. En esas ocasiones también les recordaba, que además de la presencia especial de Dios dentro de nosotros, debíamos igualmente creer en Su presencia universal, que Dios llenaba el cielo y la tierra, que estaba en nosotros y a nuestro alrededor, y que tenía Su mano en todos los eventos y circunstancias que nos ocurren. “Es cierto que hay épocas,” decía, “en las que Dios retira Su amorosa presencia de nosotros por un tiempo, o en los que Se esconde de nosotros mediante una adversidad extrema, profunda aflicción, temor y pavor; entonces, es necesario creer, ante la ausencia del sentimiento, que Dios está presente, incluso bajo tales circunstancias; que Su amor paternal domina todas las cosas para nuestro bien, nos defiende de variedad de males, y misericordiosamente nos sostiene bajo tales pruebas.”

Al mismo tiempo vivió en habitual dependencia de Dios y de Su guía, como se desprende de la siguiente carta:

[Qué la promesa divina en Oseas 2:6, “Por tanto, he aquí yo rodearé de espinos su camino, y la cercaré con seto, y no hallará sus caminos;” sea cumplida en nuestra experiencia! Prefiramos sufrir mil aflicciones con Dios, que andar en nuestros propios caminos, aunque sólo sea en grado mínimo. Yo he experimentado el cumplimiento de la mencionada promesa de Dios, en varios momentos, en varias situaciones y en varias formas. Al principio, a menudo sentía mucha ansiedad, angustia y temor después de haberme descarriado, hasta que me quedaba quieto y era consciente de que había hecho algo que desagradaba a Dios. Después, experimentaba un sentimiento interno, que por su unción, me calmaba y contentaba completamente; y la insatisfacción que hallaba en todo lo demás, era la barrera, lo que hacía que me volviera de nuevo a Dios. Actualmente, no puedo decir nada sobre el tema; paso mi vida de la mejor manera que puedo, y tengo, en general, poca certeza de si voy bien, y qué es lo que me preserva y cerca mi camino; aun así, todavía creo que soy realmente preservado. Cuando puedo estar contento con mi pobreza e insuficiencia, y con la situación en la que me encuentro en el momento, me parece que estoy en casa y en reposo. En tales momentos estoy muy contento, aunque no sea claramente consciente



de la operación de la divina influencia dentro de mí. Pero si no permanezco en mi estado de nadedad, o si busco y deseo ser algo más de lo que soy, me confundo (por así decirlo) en todo lo que hago, y todo me parece sombrío y difícil, sin saber por qué, hasta que vuelvo. Esta confusión, dificultad, etc. son, pues, los espinos por los que soy preservado, cuando más incapaz soy de hacer nada por mí mismo. Entonces seré con gusto débil, para no correr sin Dios, a fin de que Su poder y Su gloria se perfeccionen en mi nadedad. ¡Gracias, alabanzas y adoración a nuestro Dios, que es nuestro fiel guía, y que hace que nos adhiramos cada vez más a las saludables verdades de nuestra nadedad y de Su toda-suficiencia!

*15 de enero de 1745*

¡Que Jesús mismo, mediante Su Espíritu, nos guíe por el camino de toda verdad! (Juan 16:13) Porque somos como niños insensatos, que cuando se dejan solos, se extravían del camino continuamente, y no pueden depender de la luz de ayer. Creo que cada día me vuelvo más tonto e ignorante, y por tanto, estoy asombrado de que todavía sea bueno para algo, o haga algo de manera apropiada. Pero la experiencia nos enseñará, que una dependencia incesante de nuestro Guía interno, nos conducirá absolutamente bien, aunque no nos lo parezca; y que lo ensuciamos y estropeamos todo cuando no confiamos plenamente en Él, y deseamos guiarnos por medio de nuestra propia luz y sabiduría.

*14 de enero de 1746*

Deseo ser hallado fiel y no negligente en aquello que el Señor me deja ver que requiere de mí. También deseo estar en continua disposición a sacrificar, abandonar y perder en Dios, por así decirlo, todas mis supuestas buenas intenciones, buena voluntad y buenas inclinaciones. ¡Oh, cuán profunda paz resulta de voluntariamente dejar ir todo lo que poseemos, aparte de Dios! Entonces disfrutamos todas las cosas, mientras no deseamos nada, o mientras sólo anhelamos a Dios. Creo y a veces digo: “¡Qué me priven de todo lo que deseo, más allá de lo que necesito en este preciso momento y lugar!” Los que son naturalmente perezosos e infieles, a menudo se imaginan en dicho estado, y se esfuerzan por imitarlo, pero sabes tan bien como yo, que el Espíritu de Jesús es el único que puede impartir verdadera rendición, y cualquier otra virtud fundamental. La influencia pura de este poder vivificante, que está extremadamente cerca de nosotros, es la única que puede destruir el yo, y suavizar y aplacar el ardiente fuego de la naturaleza, para que podamos correr con paciencia (Hebreos 12:1) y sentarnos quietos sin estar ociosos (Juan 11:28-29); porque de esta manera, Cristo mismo se convierte en nuestra voluntad, nuestra vida y nuestro deleite. Por tanto, ¡Cuán felices son aquellas almas que caminan por la senda del corazón, y se retiran silenciosamente en su interior, esperando, orando y dándole lugar a la operación de Aquel que es el único que da vida! Tal vez, sólo un poco de tiempo más, y nos encontraremos en esa bienaventurada eternidad—que es nuestra patria natal—con indecible gozo, para alabanza y gloria infinitas de nuestro Dios, que nos ha llamado y nos ha permitido encontrarnos en esta tierra de exilio. ¡Amén, Jesús!

*3 de agosto de 1753*

¡Cuán tranquilamente me puedo sentar cuando mi trabajo está terminado! ¡Cómo será entonces ese descanso que disfrutaremos finalmente! Por tanto, no nos cansemos de servir a ese Amo tan bueno y fiel, cuyo servicio ya es en sí mismo nuestra felicidad. Es verdad que todas nuestras acciones son pobres, sin importancia e imperfectas—por lo tanto, no las tomemos en cuenta, sino considerémoslas, no tanto como un deber, sino como nuestra felicidad y salvación. Si demoráramos el hacer el bien hasta que pudiéramos hacerlo perfectamente, tendríamos que esperar demasiado. Es una máxima para mí, que un hombre debe seguir adelante, aunque sea imperfectamente; que el tal sólo persevere en orar, sufrir, negarse a sí mismo, ser fiel, etc., aunque todavía se mezcle con ello mucho que requiere ser separado. Estos deben ser siempre nuestros sentimientos. Un corazón de niño se esfuerza diariamente y de buena gana por mejorar, y se regocija cuando alguien le muestra sus fallos. ‘El Señor guía a los mansos (a saber, los que se alegran de que se les digan sus faltas) y les enseña Su camino. Es un escudo para aquellos que caminan rectamente’. (Proverbios 2:7) La firme y sincera decisión y determinación de servir al Señor, es en sí mismo suficiente para alegrar el corazón; ¿qué hará entonces el progreso y la finalización? Es una tentación peligrosa del adversario, cuando las mentes rectas se dejan abatir completamente, ante la vista incrédula (casi digo orgullosa) de sus debilidades en la realización de buenas obras; tales individuos sólo deben declararse culpables, humillarse y seguir adelante. El que ama y se ejercita en la oración, a su debido tiempo será gradualmente trasladado del yo a Dios—de la obra impura e imperfecta en su propia fuerza, a la obra a través de Dios y para Dios. Sólo deseo que todos, desde el comienzo mismo de su camino, consideren la piedad o el servicio a Dios en la luz apropiada, es decir, como la felicidad y salvación a las que estamos llamados y que Dios condesciende darnos; y que cuanto más pronto y más se abandonen a sí mismos, y abandonen las cosas creadas mediante la oración y la negación al yo, más pronto se acercarán a Dios, incluso cuando no lo vean ni lo sientan, y consecuentemente sean más felices; porque Dios mismo es esencialmente nuestra salvación y nuestro fin. Cuánto más cordial y completamente vivamos para Dios, más felices seremos a partir de ese momento. ¡Oh, esto es extremadamente cierto! Sin embargo, el que no busca la comunión con Dios a través de la oración, no puede entenderlo correctamente.

*11 de marzo de 1755*

Él también se rindió completamente a Dios. Sobre este tema escribe lo siguiente:

No puedo decir mucho de mí mismo, pues es un tema demasiado oscuro para mí; se lo dejo todo a Dios. Me veo constantemente obligado a escribir, hablar y hacer muchas cosas, lo cual no parece concordar con mi estado de ánimo. No busco nada, pero no deseo escapar de nada. En todos los casos, sólo deseo seguir al Señor, pero no puedo decir que lo logre, y estoy lejos de pensar que obro sólo en el Señor, aunque lo desee. Tal vez me estorbe asociarme y tener demasiada correspondencia con otros, pero no me atrevo a pensar en esto. Debo entregarme por completo. Si algún mérito tengo, ese consiste en mi debilidad y miseria, porque parece que éstas me han ayudado mucho, y todavía me ayudan a encomendarme totalmente a Dios, después de haber buscado en vano apoyo en mi propia fidelidad. No veo nada más dentro de mí, pero no estoy perturbado por ese motivo; todo lo contrario, poseo una impresión muy tierna, pero a la vez general, de la infinita bondad y belleza de Dios,

aunque no se me conceda el deleite de ello.

Jesús, cierra nuestros ojos en la vida y en la muerte, para que ya no nos contemplemos a nosotros mismos, ni lo que nos concierne, sino que nos encomendemos desnuda, ciega y enteramente a Ti, consintiendo voluntaria y sinceramente nuestra propia nadedad, y así, en la ingenua despreocupación de la fe, vivamos y muramos Contigo y en Ti. Amén.

*29 de agosto de 1741*

Cuanto más se separen el alma y el espíritu por la Palabra viva y eficaz de Dios (Hebreos 4:12), y por Sus dispensaciones purificantes, más imperturbable será nuestra paz en medio de los cambios y vicisitudes, cuando Dios nos conduzca a ello. No obstante, en cuanto a mí mismo, encuentro que soy deficiente en todos los puntos. Hago, o me esfuerzo por hacer, lo mejor que puedo. Deseo vivir y seguir, no a mí mismo, sino al Señor. Experimento que Él es indeciblemente bondadoso conmigo en todas las cosas. Ocasionalmente percibo que mi mente está en paz, pero en otros momentos no soy consciente de ello y debo contentarme.

*25 de enero de 1748*

Mientras la unión con Dios es perceptible, la comunicación sólo se hace a través de los sentidos. Me hallo tan débil y miserable, que con respecto a mí mismo, preferiría no escribir nada sobre el estado de mi alma. Pero sin embargo es verdad, que ocasionalmente me parece experimentar algo de la comunicación divina, que es sobremanera preciosa, pero que sólo dura unos momentos. Debemos procurar no hacer nada y no retener nada, sino entregarnos a nosotros mismos, y entregar todo lo que tenemos y somos en las manos del Señor. Todo lo bueno viene de Él, y Él puede dar o quitar según Su beneplácito. A veces pienso que lo que es realmente bueno, no me parecería así si estuviera en mi posesión; pero estoy infinitamente complacido de que sólo el Señor sea bueno. En esto—tal vez hable demasiado de mí, aunque no es mi intención hacerlo—ni me atrevo a preocuparme; el Señor, sin embargo, me capacita para entregarme a mí mismo, entregar todo lo que soy y tengo tranquilamente en Sus manos. ¡Qué Él sea amado y glorificado por toda la eternidad! Amén.

*4 de noviembre de 1742*

Te deseo mucha gracia, que te permita, con un espíritu de niña, olvidarte y abandonarte a ti misma, para que seas recibida en y por el Señor, y seas guardada hasta el fin. Sí, mi querida hermana, sólo en el Señor está nuestra salvación y nuestra gloria. ¿No lo sientes así? ¿Qué más requiere Él de su sierva sino que se entregue, tal como es, en Sus manos, y que en adelante se considere insignificante, como algo que ya ha sido entregado? ¿No cuidará Él suficientemente de nosotros? ¿No nos redimirá y santificará Él, mejor de lo que nosotros podemos hacerlo? ¿Careceremos de algo en Sus manos? ¡Ojalá que todos los que están en circunstancias de

prueba y aflicción se sientan persuadidos de esto! [Oh, Señor, concédeles esto, y concédenoslo a todos nosotros hasta el fin! Amén.

*8 de mayo de 1753*

Mira, mi querida hermana, ¿no hace el Señor todas las cosas bien? ¿No trata Él conmigo amablemente y como un padre? Oh, sí; yo en realidad estaría en buena medida tranquilo y en reposo, si me dejaran más en paz externamente. Pero aun así no debería decirlo, a menos que tuviera más de la mente y temperamento de un niño, que considera poco lo que es bueno o dañino, o lo que es capaz o incapaz de hacer. Debería encomendarme a Dios en sencillez de corazón, continuar viviendo a expensas de Su gracia, y crearme capaz en Él y con Él, de hacer y de sufrir todo lo que Su providencia de tiempo en tiempo me dé a realizar y soportar. En mi presente estado de debilidad, no experimento ninguna comunicación interna perceptible, y ocasionalmente no pienso con frecuencia en mí; sin embargo, qué el Señor sea alabado, estoy bastante bien y tranquilo en Él.

*20 de mayo de 1755*

Estoy en circunstancias singulares, incluso más de lo que soy consciente, o de lo que puedo expresar, y tal vez sería mejor si del todo no supiera ni dijera nada al respecto. A veces estoy tan asombrado de mi pobreza y debilidad, que nadie lo creería; en otro momento estoy asombrado de mi fuerza y de lo tranquilo que estoy. A veces, y de hecho en general, soy tan ignorante de todo, que si me pusiera a reflexionar en ello, me sentiría bastante perdido en la circunstancia más pequeña; y antes de darme cuenta, empiezo a hablar y actuar otra vez como quien va a trabajar con un gran grado de luz y certeza. Desconozco por completo mi camino, y no sé si alguna vez he leído algo similar. No siento tanto cuando cometo un evidente error, como cuando hago una simple consideración de mi propio estado, cuando cuido de mí mismo o cuando intento ayudarme. En tales ocasiones, sólo resultan reprensión y desasosiego; pero cuando me olvido de mí mismo y simplemente continúo viviendo en la gracia de Dios, instantáneamente estoy tranquilo y contento, como quien está en su puesto. Incluso parece como si algo grande y excelente estuviera cerca—una fuerza en la debilidad, un conocimiento en la ignorancia, una unidad en la variedad. Sé muy bien que algunos de los santos han atravesado estados en los que tal vez se habrían expresado de la misma manera; pero este no es el caso conmigo. No sólo soy miserable, sino extremadamente miserable, y esto lo sabe bien el Señor. Estaría aterrado, si comparara mi estado con los de estos hombres santos; y mientras escribo esto, verdaderamente temo, querida hermana, que concibas ideas demasiado exaltadas de mi estado. ¿No es maravilloso ver cosas tan diferentes en sí mismas y en aparente contradicción, en la misma persona? ¿Qué harías con ello, o cómo lo explicarías? Por lo tanto, sólo debo cerrar el relato diciendo: “Dios es un perfecto todo; la criatura una pobre nada;” y regresar a lo que reconozco como lo mejor, y que produce la mayor paz mental, es decir, olvidarme de mí mismo tanto como pueda y continuar viviendo simplemente en la gracia de Dios. [Oh, Señor, confirmanos en esta renuncia de nosotros mismos, para que nunca regresemos a nosotros mismos, y para que todo lo que está dentro de nosotros cante con tu sierva

Ana: “No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti”! (1 Samuel 2:2). Amén.

*Julio de 1747*

Él tranquilizaba su mente en todas las ocasiones en la sabia y buena voluntad de Dios:

Este es mi empeño sin fatigarme, poder reposar en mi propia nadedad y pobreza, como las siento en el presente, deseando vivir únicamente en y por amor. Me veo diferente en diferentes momentos. En un momento me parece que en diferentes aspectos soy un guerrero, y en otro, soy la debilidad y la pobreza mismas, de modo que me apiadaría de mí mismo, si continuara albergando tales pensamientos. Pero alabado sea el Señor, que no me permite hacerlo por mucho tiempo, y a menudo despierta en mí una secreta satisfacción al pensar lo que Él es, y que sólo Él es bueno.

*11 de octubre de 1746*

Todo dentro de mí me inclina al retiro, a la tranquilidad, a la inactividad de la imaginación y a la unidad en Dios y con Dios. Poder vivir así, es en realidad la vida. Creo que ésta es mi posición, mi comida, el objeto de mi llamado—vivir retirado, ser despojado de todo, estar sólo con Dios en el Espíritu y separado del mundo, en reposo y silencio, dándole lugar a Dios y a las cosas divinas, de las que sólo resultan la verdad, la fuerza, la vida y la salvación. [Cuán queridos son para mí los momentos que puedo dedicar a ese fin! Pero parece que no me permitieran disfrutar mi comida en paz y quietud. Mientras doy, o más bien, parece que le doy a otros, ocasionalmente imagino que yo mismo recibo unas pocas migajas. Estoy bastante consciente de que la voluntad de Dios puede y debe ser mi comida, pero, ¿cuándo poseo la voluntad de Dios?

Quiero decir, que no siempre sé cuál es la voluntad de Dios; y al contrario, a menudo se me ocurre preguntar, si una criatura hace bien en dar mucho de su tiempo a otros. Pero ya estoy cansado de quejarme, y espero inducirte por este medio a que me presentes mucho más en tus oraciones a Dios, para que pueda agradecerle en todas las cosas, porque no deseo otra cosa; sí, lo repito, no deseo otra cosa más que agradecerle, ser Suyo y vivir para Él en el tiempo y en la eternidad. Y prefiero esto, con todas las cargas, dolores e inconveniencias que lo acompañan, a vivir para mí mismo, poseyendo todos los placeres y gratificaciones, si tal cosa fuera posible. En este asunto, no pregunto si esta determinación es enteramente pura y sincera, o si en lo profundo de ella yace algo muy diferente. Le dejo eso a Dios, de quien solamente es mi salvación; y mi espíritu se alegra de que la salvación y la gloria de mi alma sólo vengan de Él y estén en Él. [Así pues, sigamos adelante, confiando solamente en Su gracia, con la sencillez de los niños pequeños, y haciendo para el Señor lo que nuestras manos encuentren para hacer, sin tener mucha consideración de nosotros mismos o de nuestras propias obras!

*5 de octubre de 1748*

Deseo vivir y sufrir según la voluntad de Dios. Puedo recordar el tiempo cuando podía sufrir, por decirlo así, con el valor de un héroe; pero ahora debo actuar como un niño que llora de vez en cuando, cuando tiene dolor y no tiene la menor noción de la paciencia. Y cuando mi cabeza está muy débil, a menudo no sé dónde está mi mente, sino que debo vivir una vida meramente natural. Ocasionalmente soy consciente de que estoy en buenas manos, pero por lo general no lo sé, y en esos momentos no debería desear nada más. No sé si tengo algún deseo en la tierra, o si deseo albergar otro que el de Pablo—el deseo de agradar a Dios, ya sea en el hogar celestial o en el cuerpo. De esta circunstancia percibo que hay una santa ambición; porque el original literalmente se traduce: “Tenemos la ambición de partir, etc.” El amor al yo piensa, “¿qué puedo hacer mejor que estar en el cielo?” y no escatimará el precio con tal de conseguirlo; pero el amor divino no considera tal cielo; porque su cielo, su honor, su gloria es la complacencia de Dios. Es a esto, estrictamente hablando, a lo que el amor divino, en su naturaleza y propiedades, tiene respeto; y la santa ambición de este amor, le impulsa suave pero poderosamente a buscar continuamente complacer más y más a Dios; no es consciente de un mayor honor o felicidad en el tiempo o en la eternidad que el de complacerlo, ya sea en el hogar celestial o en el cuerpo. ¡Oh, Señor, danos este amor Tuyo y concédenoslo más abundantemente, para que podamos servirte de manera digna, y no nos privemos de Ti ni de Tu paz celestial, por aferrarnos a nosotros mismos! Amén.

*14 de agosto de 1750*

Nuestro difunto amigo tenía al mismo tiempo, una firme confianza en Dios; de lo que la siguiente carta da testimonio:

Sigo viviendo internamente en la gracia divina. Siento que no debo hacer nada, ni desear nada, y dejar que Dios haga lo que a Él le parezca bueno, y estar contento como un niño. La visión de mí mismo me confunde, a menos que el Señor me lleve a ella. Es extraño que nosotros podamos ser tan miserables y buenos para nada, y sin embargo, ser capaces de confiar de tal manera en Dios. ¡Oh, qué Ser tan benévolo! ¡Oh, qué Bondad tan grande! Mientras nos ama, no considera lo que somos en nosotros mismos; y al amarlo, es Su voluntad que nos olvidemos de nosotros. Él es todo lo que puede hacernos pacíficos y felices. En un momento nos deja ver y experimentar lo que Él es para nosotros y lo que obra en nosotros; y en otro, nos deja vernos y sentirnos a nosotros mismos; y luego, vuelve a esconder de nuestra vista Su camino y Su propósito para con nosotros, con el fin de simplificarnos y limpiarnos, y animarnos a no considerar nada salvo a Él, y rendirnos más enteramente en Sus manos.

*3 de diciembre de 1745*

Toda verdad la experimentamos como verdad, según nuestra medida de fe y de los misericordiosos propósitos de Dios en Cristo para con nosotros. Por muy miserable que pueda ser yo, debo confesar que en los tratos de nuestro gran Redentor con nosotros, haciendo que gradualmente todo sea quitado de la criatura y restaurado

a Dios, por lo que todo motivo de confianza y expectativa en nosotros mismos es destruido, y sólo Dios se convierte en nuestro único sostén, expectativa y salvación eterna; veo cada vez más, y a veces podría decir también, que gusto algo extremadamente dulce, deseable y celestial. ¡Cuán excelente es esto, cuánto debería deleitar nuestros corazones! Si fuera posible encontrar en nosotros algún motivo de confianza, ¡Cuán razonable sería desear su destrucción, para tener la felicidad de confiar sólo en Dios! Recibir la salvación como un mero don gratuito, es, creo, la única salvación. ¡Pero Señor, quién de nosotros entiende esto como debe ser entendido! En cuanto a nosotros, ¡quién sabe, según nuestra medida, que el camino del Señor que nos conduce a ella no siempre es según nuestras ideas y gustos! ¡Cómo debería inducirnos esto a entregarnos ciega, desnuda e incondicionalmente a Dios y sin mirarnos a nosotros mismos, para dejar que nuestro Redentor trate con nosotros como a Él le parezca bien! Bueno, es Él quien debe concedérselo y obrar en nosotros aquello a lo que estamos llamados. ¡Bendito sea Su nombre por toda la eternidad! Amén.

*17 de Noviembre de 1750*

Creo que el niño Jesús nos invita amablemente a ir a Él, mostrándonos Su plenitud y preguntándonos, si no encontramos en Él lo suficiente. ¡Oh, si pudiéramos cerrar mejor nuestros ojos vagabundos, abandonarnos y renunciar a todo, pronto encontraríamos, en la desnuda inocencia de la fe, otro modo de existencia, y al no contemplar ni encontrar nada en nosotros, sino pobreza y necesidad, nos deleitaríamos en el Señor, en quien encontraríamos todo lo que nuestros corazones desean, y a quien podríamos encomendarle nuestro camino sin vacilar! (Salmo 37) Pero aun así, mi querida hermana, no debes formarte una opinión demasiado favorable de mí a partir de esta carta, como si yo viviera continuamente en abundancia y deleite. ¡Oh, no, ciertamente lo sabes mejor! ¡Pero, alabado sea Dios! Tengo suficiente, aun cuando no poseo nada; tampoco puedo decir que desee particularmente disfrutar mucho aquí en la tierra. Mi pan de cada día es suficiente; sé que Dios lo es; ¡gracias a Su nombre! Sé que Él es el Dios de nuestros corazones, y que todas las cosas están en Él. Por lo tanto, a menudo me gozo con sencillez, como si todas esas riquezas, que sé que posee mi Señor, fueran mías, si bien deseo que Él sea el dueño exclusivo de ellas; y ocasionalmente les recomiendo estas riquezas a otros de manera tal, que de seguro me consideran rico, mientras que al mismo tiempo soy pobre y miserable, e incluso, a veces me hago aún más pobre, cuando no puedo con suficiente sencillez, olvidarme de mí mismo; porque eso tampoco está en mi poder. Tú me entiendes bien, y no te olvides, junto con los otros queridos hijos de Dios, de recordarme delante del Señor, algo de lo cual tengo mucha necesidad.

*31 de diciembre de 1753*

Yo soy débil, pero el Señor es poderoso, y puede manifestarse como tal dentro de nosotros, según Su beneplácito. Creo que lo mejor para nosotros y más apropiado para nuestra condición, es que seamos pobres, desvalidos, nada; y que todo lo que hay dentro de nosotros se incline ante Su nombre, ¡el Único que puede decir “Yo soy”! ¡Ojalá pudiéramos sólo mirarle a Él, y buscar para siempre en Él nuestro deleite, y nuestro

verdadero y único reposo!

*10 de agosto de 1753*

La magnitud de las riquezas que Tersteegen encontró en Dios, era igualada por la pobreza que él encontró en sí mismo. Esto se hace evidente a partir de muchas de las cartas precedentes, e igualmente de las siguientes:

No sé cómo me encuentro. Dios no me permite retener nada en lo que pueda colocar dependencia; quiero decir, ya no puedo apegarme a nada con algún grado de afecto o placer. Estoy como suspendido en el aire. No tengo, al parecer, un lugar estable, ni una ocupación fija. No se me permite mirar o reflexionar más allá del suelo que piso. Por decirlo de alguna manera, estoy siendo apresurado hacia adelante. Estoy lleno de miseria y enfermedad, pero no se me da tiempo para mirar a mi alrededor. Desearía servirle al Señor y complacerlo, pero ignoro si el deseo es completamente puro o no. ¡Ves, mi querida hermana, cuán sorprendente es mi camino, y cuán necesario es que tú y los demás oren por mí! Soy visto como una persona muy distinta de la que en realidad soy—Dios los sabe. ¡Qué Él gobierne todas las cosas para Su gloria!

*15 de agosto de 1749*

No puedo decir otra cosa sino que Dios ha sido bueno conmigo, y que lo sigue siendo, concediéndome continuamente gracia para pasarme por alto y olvidarme de mí, como algo inútil; y mediante un alegre asentimiento a mi propia nadedad, por decirlo de alguna manera, escapar de mí mismo, descansando y gozándome con sencillez en que Dios es tal como es. ¡Esta es una verdad tan grande e importante, y un tema tan hermoso, que es lo único capaz de satisfacernos y contentarnos total y perfectamente! Querida hermana, ¡Cuán pobres y despreciables y pecadores somos en nosotros mismos! ¿Quién lo creería y quién podría soportar verlo, si Dios no nos diera una visión de Sí mismo por la fe, que cubre, por decirlo así, nuestra pecaminosidad y compensa ampliamente nuestra indignidad? Podemos mirar el tema desde cualquier punto que queramos, el fundamento firme sobre el cual debemos edificar y confiar es sólo Dios, y Él eternamente. Cuando al aceptar alegremente nuestra propia pobreza, le damos realmente la gloria, Sus entrañas se mueven, incluso hacia el más miserable. ¡Gloria sea dada a nuestro Dios por los siglos de los siglos! Amén.

*3 de diciembre de 1751*

¡Ah, mi querida hermana! No estoy en posesión de lo que tú supones que soy; y cuando lo tengo, que quizás sea el caso a veces, es sólo por un tiempo. Antes y después, soy como un pobre hombre, que no tiene nada en reserva; pero no siempre como un pobre niño, porque entonces desearía no saber ni poseer nada. No siempre tengo esta disposición, pues de buena gana miraría un poco delante de mí. ¡Quiera el Señor que esto también



tienda hacia mi humillación!

A menudo he deseado ardientemente, no haber sido nunca infiel o culpable de un solo pecado; pero después de una mirada retrospectiva del asunto, y después de haber hallado una expiación en Cristo, mis pecados de omisión y de comisión, que aborrezco, sólo deben servir para una mayor exaltación de la gloria de Dios y de Su gracia. Tengo razones palpables para humillarme y confesar, que en verdad, no hay nada bueno sino Dios. Tengo obvios motivos para abandonarme y dejarme caer, para que sólo pueda ser hallado en Jesús. Tengo evidentes causas para acercarme a Dios en la más grande desnudez y pobreza de espíritu, y consecuentemente, mucho más puramente, incluso más que si pudiera recordar todo un registro de fidelidad y virtud. ¡Por desgracia, el poder y las riquezas de los méritos de la sangre de Jesús, rara vez son reconocidos de la manera que deberían reconocerse!

*1 de noviembre de 1754*

Es increíble lo pronto que comenzamos a depender en alguna medida de nosotros mismos, en momentos de luz y fuerza y comunicación discernible con Dios; y a esto es a lo que tú como yo mismo, le tememos tanto, al considerarlo el más grande de los males; porque entendemos nuestra salvación como sólo en glorificar a Dios. El primer título aplicado a nuestro Señor y Salvador es, “Admirable” (Isaías 9:6), y así es también Su manera de tratar con nosotros. Para llevarnos a la salvación recién mencionada, Él a menudo nos despoja (después de haber obtenido un firme control sobre nosotros) de nuestra luz y fuerza, y de las gloriosas bendiciones que por tanto tiempo habíamos anhelado tan ardientemente, para que las busquemos más puramente en Él, mientras nos regocijamos en nuestra propia nada y en Su total suficiencia. Debemos, pues, sin demora, abandonarnos a nosotros mismos, para que olvidándonos así de nosotros mismos podamos obtener verdadero reposo y paz.

*10 de enero de 1755*

Nuestra mutua unión y comunión en espíritu compensa la interrupción que por un tiempo ha ocurrido en nuestra correspondencia. Sin embargo, para mí, dicha unión y comunión fueron suficientes, y a menudo resultaron refrescantes para mi corazón. Te encontré y te encuentro todavía muy cerca de mí; y a veces te digo mucho más de lo que la pluma o la lengua pueden expresar. No puedo dejar de pensar, que a veces el Señor comunica algo de esto a tu espíritu, y hace que te acerques a Dios conmigo para adorarlo, glorificarlo, amarlo y perdernos en el abismo de Su bondad, la cual no tiene en cuenta nuestra total indignidad. Esta indignidad me parece un abismo, y si no la viera en la luz de la divina gracia, haría que me sintiera reacio a entrar en comunión social con Dios y con Sus hijos; pero desde este punto de vista, me parece deseable, porque la encuentro muy útil para mi humillación; un estado de ánimo que es requisito indispensable para verdaderamente ser capaces de acercarnos a Dios como debemos. Cuanto más pobres, más humildes y más desposeídos seamos, más incondicional, libre y puramente podremos unirnos a Dios y a Sus hijos, y más capaces seremos de participar del favor divino. Una vez fue susurrado en mi corazón: “Ven como un niño desnudo, y entonces te recibiré en mi seno.” El

amor al yo nos hace temer los sufrimientos y las privaciones, y los presenta delante de nosotros en una luz melancólica; pero lo opuesto es la verdad, porque tan pronto como nos sometemos alegremente a ellos, los hallamos placenteros y saludables; pero cuanto más les negamos la entrada, más tristeza producen de corazón y de semblante, y con frecuencia son la razón de muchos sufrimientos tediosos.

Cristo “se humilló a sí mismo,” (Filipenses 2). Nosotros no podemos humillarnos a nosotros mismos, pero debemos dejar que se nos humille. Cristo nos humilla guiándonos y por medio Su Espíritu; y así Él nos hace aceptos para con Dios en y a través de Él. Esto debe ser una gran consolación, incluso para los más miserables; porque sólo necesitan acercarse como tales, para recibir de Dios toda gracia y virtud necesarias. E incluso para los que ya están más o menos en posesión de estos favores divinos, la humillación que Cristo obra en ellos debe ser altamente apreciada y valorada; porque por medio de ella son hechos verdaderamente grandes (2 Samuel 22:36). Su comunión con Dios se hace así más pura y se cimienta más firmemente, y aprenden por experiencia a doblar sus rodillas ante el nombre de Jesús, lo cual es el comienzo de la salvación. Debemos aborrecer sinceramente toda infidelidad y pecado pasado y presente, y toda clase de mal; debemos anhelar ardientemente ser liberados completamente de ello, y fervientemente seguir en pos de la santidad, sin la cual nunca contemplaremos el rostro de Dios. Pero cuánto me regocijo al examinar tanto el bien como el mal, al encontrar que la conclusión del asunto es, que después de aceptar plenamente nuestra nadedad, debemos darle el honor y la gloria sólo a nuestro Dios por medio de Jesucristo! Sí, amén. Porque oh, Señor, tuyo es el reino, y el poder, y la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

*12 de septiembre de 1755*

Su pobreza de espíritu le permitió caminar en humildad no fingida. Por estas conversaciones y escritos vemos que él fue, sin lugar a duda, de bendición para muchos; sin embargo, él hizo tan poco caso de esto, que una vez en la primera parte de su vida, sinceramente confesó, que nunca había pasado por su mente creer que Dios lo usaría para el beneficio de otros. Sólo una vez se expresó en el siguiente sentido, cuando hablando de cierto individuo—que nunca lo había visto y vivía a más de cien millas de distancia—dijo que si Dios alguna vez lo había usado para algún propósito, sería para esa persona. A otro, que lo consideraba muy piadoso y dijo algo muy elogioso de él, le respondió: “He tenido que retirarme a una casucha para llorar mis pecados.”

Él evidenciaba en todas las ocasiones esta humildad genuina, acompañada de una sinceridad que le era propia. Cuando estaba en compañía de personas despiertas, solía decir al despedirse: “Mis queridos hijos, cuando me siento entre ustedes, me siento como si fuera indigno de ello, y lo mismo debería ocurrir en ustedes.” Estando una vez en Holanda, en compañía de varios amigos, uno de ellos, que tenía una elevada reputación por su piedad, le contó muchas cosas acerca de las persecuciones que había sufrido, sus duras pruebas y experiencia personal. Tersteegen con mucha modestia replicó: “Si ya hemos gustado y experimentado mucho, y pasado por muchas pruebas, el resultado debería ser un espíritu bajo, sencillo

sin artificios.”

La siguiente mansa respuesta que le dio a cierto amigo que lo acusaba de parcialidad, amor al yo y vanidad, también convencerá suficientemente al lector imparcial de cuán miserable era ante sus propios ojos, a pesar de todos los dones y gracias que poseía. La respuesta fue: “Confieso delante de Dios, con toda sencillez, que nunca me he considerado ni he declarado estar completamente libre del amor al yo y de la vanidad, pero que me entristecería creer que estaba apreciando algo de ese tipo, por latente que esté. Sé que todavía necesito muchas cosas, y no pretendo como supones, estar profundamente cimentado en la pobreza de espíritu, aunque a través de la gracia he alcanzado el deseo de serlo. Por tanto, créeme, que tu actual deseo de que yo crezca a la estatura del varón perfecto, es mucho más agradable para mí, que tu aparente suposición de que soy casi un hombre y un padre en Cristo, cosa, que gracias a Dios, nunca ha pasado por mi mente afirmar; pero si lo que ahora escribo te parece una pretensión de humildad, debo callar y contentarme con esto: que mi corazón me absuelve en la presencia de Dios, y que en realidad y en concordancia con la verdad, pienso así de mí mismo. ¡Oh, Dios, tú ves que sé que soy un pobre, débil e indefenso niño! Permíteme regocijarme siempre de que los demás me conozcan así y no me tengan en cuenta. Pero aunque soy tal como Tus ojos ven que soy, Tú me has dado, sin embargo, amarte, aunque mucho menos de lo que debería, e infinitamente menos de lo que mereces, pero tengo esta confianza: que en Tu luz he llegado a conocerte a Ti y a Tu verdad, y contemplo y coloco en Ti solamente toda mi felicidad. ¡Oh, Tú que escudriñas lo más íntimo del corazón, juzga si esto no es en realidad y sinceramente la verdad!”

Otro ejemplo de su humildad que se puede citar, es de una respuesta confidencial que dio cuando se le preguntó si era apropiado llamar a ancianos y a experimentados Cristianos “padres y madres.” Él escribe: “Siempre me ha disgustado sinceramente y humillado delante de Dios, cuando ocasionalmente y muy inmerecidamente me han llamado padre.”

En otra ocasión dice: “Me considero totalmente indigno, y me siento humillado cuando un hijo de Dios me llama hermano, y deseo mucho menos el apelativo de padre.”

Él sólo le daba a Dios toda la gloria. Era su deleite, y su comida y su bebida alabarle y magnificar Su grandeza, excelencia y total suficiencia. Nunca omitió testificar de Él cuando podía hacerlo, ya fuera por escrito o en una conversación. En este sentido él gustosamente habría hecho aún más, pero su estado físico debilitado y otras circunstancias, no se lo permitían. Lo que dice sobre este asunto en el prefacio de uno de sus himnos, es muy notable.

Durante mi corta carrera, por gracia he experimentado muchos favores de la mano de Dios mientras estaba bajo la cruz, y se me enseñaban muchas cosas con respecto a Él. Obsérvese, *por gracia*. Tuve, pues, hace veinte años, la intención de componer antes de mi deceso, cien himnos de acción de gracias, como sacrificio de alabanza a Dios por las misericordias que Él me ha mostrado y dejado experimentar. Pero muchas otros deberes y las

debilidades de mi avanzada edad, me privan de la esperanza de lograrlo en este lado de la eternidad. Deseo que el último acto de estos labios en este mundo sea alabar a este Dios bondadoso, y espero, por Su misericordia, una eternidad interminable y feliz, en la que pueda cumplir mis votos a Dios y ofrecerle junto con todos los santos glorificados, más de un centuplicado tributo de alabanza. Amén. ☐Aleluya!

Una vez le dijo a un amigo, que él invariablemente había recibido las más grandes bendiciones y manifestaciones del favor divino, en la enfermedad y en otras privaciones externas e internas; y cuando la misma amiga una vez le mencionó, que el tiempo apartado para la oración, era para ella tan pesado como si estuviera en un campo de batalla, le hizo esta seria pregunta: “¿Es extraordinario que los ángeles alaben a Dios?” Ella respondió: “No, porque si nosotros estuviéramos en su lugar, haríamos lo mismo.” “Esa es mi opinión también,” replicó él, “pero cuando Job alababa a Dios, mientras estaba sentado en su muladar, era algo noble, y esta alabanza le complace más que la de los ángeles.”

A su humildad, arriba aludida, puede añadirse con razón, su sorprendente paciencia en los sufrimientos, su mansedumbre e indulgente disposición hacia sus adversarios, y su compasión y benevolencia para con los que habían caído. Continuamente tenía oportunidad de ejercitar la paciencia. Por lo que ya se ha dicho y por sus cartas, es suficientemente obvio que desde su juventud, trabajó bajo muchas enfermedades y dolencias; y estuvo particularmente sujeto a ellas durante los últimos treinta años de su vida, lo que hizo que sus muchas ocupaciones, como atender a los enfermos, recibir visitas, su extensa correspondencia, y una variedad de enojosas circunstancias que las acompañaban, fueran tal vez mucho más opresivas. En resumen, toda su vida no fue sino una continua y dolorosa enfermedad; de la que aquí se citan unos ejemplos. “Hace una semana,” cuenta él en una carta a un amigo, “fui atacado por un resfrío que se instaló en el lado izquierdo de la cabeza—en, detrás y alrededor de la oreja—con un dolor tan agudo y continuo día y noche, que mi cabeza palpitaba convulsivamente en todo momento. A esto se unió fiebre. Me vi obligado a permanecer acostado, pero apenas podía hacerlo. Uno o dos días después, sufrí una severa debilidad; el resfrío se bajó a mi cuello y pecho, y me hizo toser mucho, lo cual fue muy doloroso, tanto para mi cabeza como para mi cuerpo. El final de nuestras lamentaciones es: ir a casa.”

En otra ocasión, le escribió a un amigo como sigue: “El viernes por la mañana antes de Pentecostés, tuve que escribir una carta urgente, y mientras lo hacía, se apoderó de mí un temblor de la cabeza a los pies. Por la tarde fui atacado por la fiebre y por un fuerte dolor en las extremidades, el cual, durante la noche, se convirtió en un reumatismo confirmado en la parte gruesa de la pierna, de modo que no sabía donde ponerme debido a la agudeza del dolor, y esto fue acompañado por una gran repulsión a toda clase de alimentos. Sin embargo, en esta situación me vi obligado a recibir, mientras estaba confinado en cama, a cuatro amigos de C\_\_\_\_\_, a tres de E\_\_\_\_\_. Gracias a Dios, que me ha ayudado hasta ahora. No he sufrido como un héroe, sino como un enfermo. Pero debo interrumpir aquí; un sudor frío que me ha sobrevenido, no me permite escribir más.”

A un amigo que lo visitó, le dijo una vez: “Tengo una erupción en todo mi cuerpo, y mi espalda está tan

irritada, que se me pega la camisa; además de lo cual, tengo una herida en el cuerpo por la que sufro mucho dolor.” La persona a quien le contó esto, manifestó mucha compasión por él, pero dijo: “El viejo hombre ha pecado, y por lo tanto, debe sufrir.” En los últimos años de su vida, por causa de su debilidad estomacal, soportaba tan mal la comida, que decía: “Siempre me aflijo cuando me suben la cena, porque la comida más liviana me causa mucho dolor y dificultad.”

Además de sus aflicciones corporales, tuvo que sufrir mucho en sus últimos años, no sólo por parte de un mundo desdenoso y blasfemo, sino también por parte de amigos, de cuyas imperfecciones hizo uso el Señor para perfeccionarlo más. A algunos, les parecía que hacía demasiado; a otros, que hacía muy poco; otros lo envidiaban por causa de sus dones, y porque era muy amado y estimado por muchos. Pero él llevó todo esto con ejemplar paciencia. Cuando sufría los dolores más agudos, los soportaba con tanta sumisión, que apenas se notaba que sufría bajo ellos. En el ejercicio de la paciencia manifestaba tal fortaleza, que durante un violento dolor de muelas, una vez dijo que tenía necesidad de paciencia, y sin embargo, cantó el himno, *Venture Boldly*, etc.

Un amigo relata el siguiente ejemplo de su paciencia, benevolencia y compasión con los caídos. “En compañía de Tersteegen, había disfrutado por varios años muchas bendiciones, por su edificante conducta y conversación; pero después de un tiempo fui desobediente a la gracia de Dios, de modo que mi corrupción y las artimañas del adversario, me ocasionaron una grave caída. Habiendo afligido tanto al buen hombre con esto, y estando avergonzado de mí mismo, y temeroso de recibir una reprimenda de él, dejé de visitarlo. Después de haber observado esto por un tiempo, me mandó a llamar. Fui donde él con la plena expectativa de ser duramente reprendido por él, de lo cual yo estaba completamente consciente que merecía; en su lugar, me recibió con el afecto de un padre y me abrazó tiernamente, por lo que mi corazón se afectó profundamente, y mi amor y confianza en Dios y en su querido siervo se despertaron de nuevo. Él me dio, al mismo tiempo, las instrucciones necesarias respecto a mi conducta, y me exhortó a obedecer la gracia de Dios. Después de esto, mantuvo una vigilancia más estrecha sobre mí hasta su muerte. En otro momento me dijo a mí y a otros tres amigos: “Hijos, estén alerta y eviten toda ocasión de pecar. Los hombres del mundo, a menudo pueden guardarse más fácilmente de caer por medio de sus poderes racionales, que aquellos que han llegado a ser piadosos por la gracia, a menos que eviten cuidadosamente la oportunidad de ofender, porque el enemigo trata de atraparlos, más que a los primeros.”

Cuando Tersteegen se enteraba de que alguno de sus amigos había regresado al mundo, o había sido en algún grado infiel en su conducta externa, a menudo le provocaba noches de insomnio y arrancaba de él los más tristes suspiros. En una ocasión se expresó de la siguiente manera: “¡Oh, qué carga de ansiedad y preocupación me ocasionan los que son divinamente llamados, y caminan infielmente delante del Señor! Me provoca tanto dolor, que con frecuencia me veo obligado a arrojarme sobre mi rostro delante del Señor. ¡Si sólo supieran la aflicción que me provocan los que viven en un estado de tan falsa seguridad!”

Su disposición mansa y pacífica hacia sus oponentes era igualmente notable. Él tuvo que soportar mucha

oposición, amargura y enemistad por parte de ellos, aunque cuando llegaban a criticarlo, sabía muy bien cómo recibirlos tan afectuosamente, que era imposible para ellos mostrar algún grado de pasión en su presencia.

A pesar de todo, nunca se desvió ni un ápice cuando se trataba del honor de Dios y del testimonio de la verdad. Dios le concedió tanta sabiduría y mansedumbre, que la mayoría de las personas fueron convencidas de la verdad, se avergonzaron de sí mismas, y fueron positivamente vencidas por su comportamiento afectuoso y pacífico. Nunca se ha oído decir de él, que hubiera tratado a sus adversarios con pasión, ni personalmente ni por escrito. Este hecho será corroborado por los siguientes ejemplos. Él le escribió a un amigo lejano la carta que se adjunta, quien lo había atacado con mucha amargura:

En el futuro, deja de atacar a un hermano de la manera en que lo has hecho, o de desear que se avergüence en la presencia de Cristo por cosas que nunca han entrado en su mente. ¡Dios sabe que es algo realmente rudo y desconsiderado! Lo olvidaré. En el nombre de Jesús y en humilde confianza en Su misericordia, auguro para ti y para mí mismo algo mucho mejor; a saber, que aunque no seamos unánimes ni nos entendamos en este asunto, aun así, si nos amamos el uno al otro, y nos esforzamos por alcanzar el objetivo de nuestro llamado, pronto nos abrazaremos en la presencia de Jesucristo con el más tierno y sincero afecto, sin ser avergonzados; y no tendremos nada que perdonarnos, ni nada que reprocharnos el uno al otro. ¡Bendito Jesús, este querido hermano quiere que me avergüence ante Tus ojos! ¡Mi Dios, mi Salvador, sólo Tú sabes cuánta razón tengo para estar verdaderamente avergonzado y profundamente humillado en Tu gloriosa presencia, por causa de mi nadedad y multiplicada miseria por naturaleza! Pero, ¿no cayeron sobre Ti mi pecado y mi vergüenza? ¿No me permitirás, por tanto, contemplarte, y eso con tal calma y libertad que mi rostro no se avergüence? (Salmo 34:5) ¡Queridísimo Amigo, que eres el más cercano a mi alma, mi gozo y toda mi gloria, permítele ver a mi hermano para su consuelo, que Tu rostro no me condena por lo que su pluma me imputa. Llena su corazón de gracia y paz, y bendícelo eternamente! Amén.

El año anterior, estando en Holanda, una persona de alto rango lo invitó a ser su huésped. Esta persona creía haber alcanzado un estado particular de paz interior, y por tanto, aprovechó la oportunidad durante la cena, para criticar a Tersteegen por ser demasiado activo, y por no conocer suficientemente el terreno sobre el que trabajaba. Tersteegen atendió mansa y silenciosamente todo lo que se dijo, pero cuando terminó la cena ofreció una ferviente oración, en la que encomendaba a su anfitrión al Señor en términos de tal afecto y compasión, que este gran hombre de temperamento apasionado se impactó y afectó tanto por ello, que lo abrumaron sus sentimientos y cayó sobre el cuello de Tersteegen y le pidió perdón.

En otra ocasión mientras estaba en Ámsterdam, asistió a una numerosa asamblea de varios amigos, algunos de los cuales eran sus más allegados, pero otros eran de diferente tipo. Entre estos había un anciano piadoso a quien se le prestaba mucha atención, y que además era un hombre de mucho talento y respetabilidad. La simpleza, franqueza y falta de artificio de Tersteegen, parecieron extrañas

y sospechosas a los ojos de este individuo, por lo tanto, empezó a hacerle diversas preguntas y a plantear toda clase de objeciones. Tersteegen las respondió breve, clara y prudentemente, y condujo al interlocutor, sin que nadie lo observara, de la circunferencia al centro del círculo. Finalmente, concluyó todo con una afectuosa oración de despedida y con una bendición, de modo que todos lo saludaron y se despidieron de él muy amablemente.

Esto brinda una oportunidad muy adecuada para decir algo, de la manera en la que él trataba a los que estaban buscando la salvación. Se le haría una gran injusticia suponer que buscaba que ellos se asociaran con él, o que se esforzaba por procurarse seguidores; se puede inferir, incluso a partir de sus propias palabras, cuán lejos estaba de eso. Una vez, cierta persona quería que él mandara a llamar a una piadosa dama que vivía lejos y deseaba conocerlo, ante lo cual envió la siguiente respuesta, fechada 19 de septiembre de 1766.

La hermana N\_\_\_\_\_ es una de las personas que más amo y estimo en H\_\_\_\_\_; ella tiene una mente noble e inquisitiva, pero no puedo invitarla aquí, porque la situación era muy diferente cuando yo cantaba,

*Sabes cuándo me regocijo al ver*

*Las almas que se entregan a Ti.*

Yo en ese tiempo vivía en el anonimato, incluso cuando inesperadamente tenía compañía, y amaba, por decirlo así, a distancia, sin ceder ante ello, puesto que no se esperaba nada de mí. Pero, por mucho que los amara, no recuerdo un momento en el que mi principal deleite estuviera en la compañía o labores de otros. El conocimiento vivo de tan todo-suficiente y omnipresente Dios, producía en mí una inclinación profunda y habitual a vivir retirado y a estar a solas con Dios. Lo que he hecho, por deficiente que haya sido su ejecución, ha sido hecho únicamente en concordancia con las indicaciones de la Providencia y con lo que creía que era mi deber. ¡Ah, nuestros semejantes a menudo son un obstáculo para nosotros y nosotros para ellos! Mi máxima sigue siendo, “alegrarse de disfrutar la compañía de los hijos, pero mucho más la del Padre.”

Él le escribió a la misma persona, bajo la fecha 3 de abril de 1767, como sigue:

Esta semana ya he recibido cuatro visitantes del ducado de Berg; y un amigo de S\_\_\_\_\_, que tiene el objetivo correcto en mente, ha estado aquí algunos días. El proverbio en latín, Qui bene latuit, bene vivit (quien vive retirado, vive bien), cobra más importancia para mí, día con día. ¡Oh, de cuánto tiempo y fuerza nos privan nuestros semejantes! ¡Cuán fácilmente nos hacemos daño, aun cuando pensamos que somos útiles para otros! Las pruebas y aflicciones que lo acompañan, bien pueden servir como un remedio y conservador adecuado. El Señor gobierna todas las cosas para bien, y nos atrae poderosamente a Sí mismo, y nos concede verdadera fidelidad en el ejercicio de la oración ferviente y del retiro interior, para que podamos darle lugar a las operaciones e influencias divinas, desde donde debemos obtener, entera y únicamente, nuestra fuerza, vida y ser, tanto en la adversidad como en la prosperidad.

En otra ocasión: “¡Dios, qué ventajas poseen aquellos que no tienen otra cosa más en qué pensar que en sí mismos y en Ti; y cuán sucia se vuelve con frecuencia la perla, cuando pasa por tantas manos! ¡Qué Tu beneplácito sea nuestra constante comida, y Tu hermosa presencia nuestra fuerza!

Lo que Tersteegen expresó en estas cartas con palabras, lo demostró con hechos. Para escapar del apego y compañía de los hombres, durante el verano, a menudo se retiraba a un bosque donde podía tener comunión con su Dios en soledad. Así solía pasar días enteros, lo que con frecuencia llamaba su tiempo más dulce, y sólo se sostenía con una pequeña merienda que llevaba con él.

Yendo en una ocasión con un amigo a una reunión, donde se esperaba que predicara, le dijo: “Preferiría esconderme de todo el mundo, que dejarme ver y oír.” Y en otro momento dijo: “Yo sinceramente deseo, que el nombre de Tersteegen sea olvidado por todos, y por el contrario, que el nombre de Jesús quede impreso en todos los corazones.”

Adjuntamos otro notable pasaje, de una carta que le escribió a un amigo Moravo que lo acusaba de sectarismo:

Espero nunca haber mostrado, durante todos los años de mi llamado, que buscaba formar un partido o conseguir seguidores. Hasta hoy, continuamente oigo quejas de cerca y de lejos, de que me retraigo mucho. [Oh, Dios, luz que nunca adula, Tú me conoces! Sospecho de mi propio corazón en todas las ocasiones, y ante Tu vista no puedo, ni quiero justificarme—pero mira cómo me juzga un hermano! Sabes cuán doloroso ha sido para mí el sacrificio de renunciar a mi tiempo, fuerza, tranquilidad, y de mi amada soledad por el bien de los demás. ¿Acaso no lo he hecho sólo por Ti, por imperfecto que pueda ser, y por temor a desagradar a otros haciendo lo contrario? ¿Acaso no busco más que conducir almas hacia Ti y no hacia mí mismo? [Oh, si esto último es el caso, destiéralo lejos de mí. Luego, aparta de mí los corazones de los hombres en este sentido, y déjame vivir despreciado y olvidado, sólo Contigo! Porque sé y puedo apelar ante Ti, la verdad de la afirmación, de que sé que Tú, Dios mío, eres lo único todo suficiente para mí.

*6 de marzo de 1750*

Pero a pesar de sus intentos de escapar del apego de sus semejantes, el resplandor ampliamente divulgado de su piedad y dones superiores, causaba que lo visitaran muchos de cerca y de lejos. Recibía visitas de Suiza, de todas partes de Alemania, Holanda, Inglaterra, Suecia y otros países. Su correspondencia con personas que habían sido despertadas, era igualmente extensa y considerable. Era visitado por persona de todos los rangos, desde los más altos hasta los más bajos, y también por teólogos y piadosos, algunos de los cuales se servían de su consejo en casos y asuntos de importancia. A un amigo suyo que lo visitó en una ocasión, le dijo: “Anteayer el Conde W\_\_\_\_\_, junto con su mayordomo y amigo, me visitó de incógnito.”



Pero de todos los que llegaban a verlo, ninguno le proporcionaba mayor placer, que aquellos que se habían ofrecido enteramente a Dios, y que llevaban en sus amigables temperamentos y disposiciones, las características distintivas de Sus hijos—éstos eran su único deleite en la tierra. Visitaba ocasionalmente a algunos de estos que vivían en el campo y estaban débiles o enfermos, y hasta sus últimos momentos, sintió especial gratificación y alivio en compañía de ellos.

Él había recibido del Señor un don notable, que se manifestaba en la sabiduría de su conducta hacia las almas despiertas y piadosas. Un corazón herido rara vez salía de su presencia, sin sentirse consolado y vigorizado. A la misma vez era tan humilde, tan insignificante ante sus propios ojos y tan afectuoso, que los que llegaban a verlo le confesaban, sin reservas, los pecados con los que estaban cargados; ante lo cual los dirigía admirablemente hacia el Salvador de los pecadores, y sabía bien convencerlos completamente, de que la misericordia y perdón sólo se encuentran en Él. Les decía además, que si ellos querían alcanzar entera paz para con Dios, también debían ser obedientes a las invitaciones y amonestaciones de la gracia divina. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos a que el Espíritu de Jesús viviera y reinara en el corazón.

Él se oponía totalmente a los meros intentos humanos de formar y restringir la mente, y a menudo decía, que aquel que tiene que ver con las almas de los demás, debe actuar como una niñera, que sostiene al niño con cuerdas, y se limita a prevenir que se caiga y se haga daño, pero por lo demás, lo deja ir a donde quiera. Cuando alguna persona se retrasaba demasiado y era negligente en su caminar y conducta, él le podía mostrar con mucha mansedumbre y sabiduría su falta, y hacer que Dios y la eternidad fueran más importantes que nunca para ella.

Cuando estaba en compañía de los que realmente estaban rendidos a Dios, parecía estar en su elemento; entonces eran muy afectuoso y comunicativo; y cuando se planteaba una pregunta que le abría una oportunidad, sus labios rebosaban de sabiduría celestial. Todo lo que decía estaba lleno de gracia y poder, y era tan profundo y comprensivo, que sus oyentes se veían obligados a decir, “sí y amén,” a todo lo que afirmaba. Siempre recreaba a los que estaban presentes con una conversación edificante, a menudo motivado por objetos externos. Él los usaba como ejemplos espirituales, y en tales ocasiones, a menudo decía cosas maravillosas. Por este medio, toda conversación inútil era evitada en su presencia, y por esta razón algunas conciencias tiernas eran inducidas a abstenerse de compañía, a menos que él estuviera presente.

La siguiente declaración de un amigo, servirá para dar una idea de su conducta cuando estaba acompañado. “Cuando acudía a él con mi mente distraída—lo que era frecuentemente el caso—su presencia, que era muy impresionante, o un corto tiempo en su compañía, era suficiente para recoger mis pensamientos dispersos. Y cuando tenía algo en mi mente, por lo general sucedía, que después de contárselo, mis dificultades se desvanecían antes de dejarlo, o bien quedaba libre de ellas en el transcurso de unas pocas horas, por la misericordia divina y la intercesión de nuestro noble amigo. Sus oraciones, cuando estaba en compañía de otros, eran extraordinariamente poderosas. ¡Cuán a menudo me siento renovado

cuando pienso en ellas! ¡Cuán sinceras, tranquilizadoras y desapasionadas eran, y cómo se sentía uno internamente recogido y poderosamente vigorizado por ellas! Nunca he oído a nadie más orar de manera semejante. En resumen, todo lo que se dice de él es insuficiente. Su vida estaba escondida con Cristo en Dios. ¡Oh, cuánto brillaba la imagen del Señor Jesús a través de él—de modo que yo a menudo pensaba, que si un rayo pequeño emitía tal resplandor, cómo sería el Señor mismo, que es la fuente de la luz divina!”

No sólo era de gran beneficio para los que gozaban de salud, sino también para los enfermos. Su cuidado paternal, su conversación consoladora y oraciones eficaces, edificaban y fortalecían a tantos, que por ello eran capaces de confiar más firme y filialmente en su Dios y Salvador. Cuando era necesario, se quedaba con ellos la mitad de la noche, y a veces toda. Citamos sólo un ejemplo, del que él le dio cuenta a un amigo con su propia mano, con respecto a una querida hermana en Cristo que visitó durante su última enfermedad:

Durante la cena del jueves, me llamaron repentinamente a \_\_\_\_\_. El ataque pasó en unas pocas horas. Me quedé toda la noche con ella, y reflexioné en su partida; también fui capacitado para decir y orar muchas cosas con ella. Continuó serena, tranquila y en posesión de su infantil confianza hasta el final. Ella no sólo entendió mis palabras y clamores, sino que también las selló con un “sí y amén.”

Las últimas palabras a las que ella asintió, fueron los dos últimos versos del himno: “Adelante paso a paso, etc.” Después agregué: “¡Recibe bondadoso y querido Salvador, el espíritu de esta tu hija, a quien Tú has redimido! ¡Deja ahora que Tu sierva parta en paz, para que sus ojos te contemplen a Ti, su Salvador!” Y cuando sus ojos se cerraron el miércoles a las diez de la mañana, le agradecí sinceramente a Dios su bondadosa liberación, sostén y misericordia que le habían sido concedidos. Esto lo sobrellevé con tolerable fortaleza, pero después, mientras les decía unas palabras al hermano de ella y a la familia, y les recomendaba su ejemplo, me venció la debilidad y me vi obligado a interrumpirme abruptamente.<sup>15</sup> Ella sufrió mucho y por mucho tiempo, por lo que mis sentimientos también se afectaron, aunque no se lo dejé ver, y por el contrario, fui capaz de ser un medio de fortaleza. Durante todo esto, su tranquila y alegre paciencia fue tal, que uno no puede pensar en ello sin admiración y acción de gracias. La serenidad de su mente y la inquebrantable confianza en Dios hasta el final, siguen siendo de grande y continua consolación para mí. ¡Gloria a Dios, que lo dio todo!

De esta manera animó y consoló Tersteegen a muchos enfermos y moribundos, y fue usado como un instrumento para la consolación, sostén y edificación de ellos hasta la muerte. No sólo ministró a sus amigos en sus enfermedades, sino también a otros, aunque fueran depravados. Es más, cuando los

---

<sup>15</sup> Cuando posteriormente se le preguntó cómo había podido ser tan infantil como para llorar, respondió: “Confieso que fue infantil; pero créanme, que me siento cada vez más deprimido en el mundo, cuando aquellos que están tan enteramente dedicados a Dios se van de él.” En otra ocasión también dijo: “No deseo la indiferencia de los estoicos, y participo voluntariamente en las alegrías y tristezas de mis hermanos.”

judíos estaban enfermos, le mandaban a pedir medicinas; y se cuenta que durante su enfermedad, ellos convocaron una reunión para orar por su recuperación.

Nuestro difunto amigo se comportó con amabilidad hacia todos los hombres. Trabajó con todas sus fuerzas para hacer la obra de Aquel que le había asignado su lugar en el mundo, y para promover su propia salvación y la de los demás. Puede decirse con verdad de él, que era un siervo de siervos, y que se hizo de todo para a todos, a fin de ganarlos para Cristo; y que para este propósito no escatimó trabajo ni dolor, e incluso, que sacrificó su propia salud; y que particularmente en los últimos años de su vida, se esforzó mucho. Apenas se levantaba por la mañana y reunía un poco sus débiles fuerzas, se veía rodeado de los que buscaban consejo y ayuda de él, unos para sus almas enfermas, otros para sus cuerpos enfermos; y con respecto a lo último, podría llamársele con propiedad, “el médico de los pobres y necesitados.” Tan pronto era libre de estos visitantes, tenía que responder una gran cantidad de cartas; y cuando éstas eran despachadas, escribía o traducía algún libro edificante, y así gastaba sus facultades mentales y físicas al servicio de Dios y de su prójimo. En cierta ocasión, le dijo a una amiga que lo visitó y observó su rostro cubierto de un sudor frío: “Estoy muy débil, tengo muchas visitas, ya he escrito mucho, y todavía quedan seis cartas sin abrir ahí.” Como ella estaba a punto de irse para no molestarlo y dejarlo en paz, él le dijo: “¡Oh no, quédate; no debemos preocuparnos por Tersteegen; Tersteegen no debe tener descanso!” Y al ver que ella se sentía angustiada, se levantó y caminó por la habitación cantando un par de versos con voz alegre, tratando de animarse a sí mismo y a su visitante, lo cual continuó haciendo después de entablar conversación con ella. Una prueba evidente, de que servir a su prójimo y serle útil era su ámbito natural.

Tersteegen no se relacionaba con los hombres del mundo, excepto cuando había necesidad de hacerlo; pero cuando se veía obligado a estar en su compañía, sabía comportarse de manera tal, que ellos se sentían edificados por ello, e impulsados a sentir gran veneración por él. Un posadero, que vivía en el lugar donde moraba Tersteegen, una vez le hizo una observación a un amigo con respecto a esto: “Todo el tiempo que paso por la casa de ese hombre, un sentimiento de reverencia se apodera de mí, y el mero recuerdo de él, a menudo me causa una impresión tan profunda, como la de muchos sermones.” A esto, puede que haya contribuido en gran medida su comportamiento servicial y amigable, unido a las nobles y brillantes cualidades de su mente.

En otros aspectos, Tersteegen, por lo general guardaba silencio en compañía de personas con mentalidad mundana; pero cuando encontraba una oportunidad para decir una palabra de edificación, nunca dejaba de aprovecharla. Lo siguiente es un ejemplo de esto:

En una ocasión, durante un viaje a Holanda, y encontrándose en el barco con un grupo de comerciantes y personas de respetable apariencia, inclinó su cabeza hacia atrás y cerró sus ojos, como si estuviera dormido. Después de que habían sido relatadas toda clase de historias, y se había pospuesto un juego de cartas, abrió los ojos y dijo, que él tenía un excelente mazo de cartas en su equipaje. Cuando le pidieron

que las mostrara, sacó un Nuevo Testamento, y al verlo, le dijeron que ese libro enloquecía a las personas. Entonces respondió: “¿No son ustedes los que están locos?,” y repasó toda su conversación tonta e improductiva, y trató de convencerlos con las propias palabras de ellos, de cuán tontamente actuaban al desperdiciar su valioso tiempo con cosas tan inútiles. Algunos aprobaron lo que dijo; y los demás, al menos se abstuvieron de llevar a cabo la intención que tenían.

Los sentimientos de Tersteegen con respecto al uso de los medios externos de gracia, pueden ser suficientemente comprobados a partir de las cartas de él que han sido publicadas. Tenía en gran estima lo que servía para dirigir a los hombres a Dios y a Jesucristo, y recomendaba un uso sabio y fiel de ello. Si alguno lo acusaba de mantener a las personas lejos de la iglesia y de los sacramentos, dicha acusación era infundada—nadie que hubiera sostenido una relación con él habría podido afirmar lo contrario. Él dejó a cada uno en perfecta libertad de hacer lo que le pareciera mejor ante los ojos de Dios.

Si alguien tenía escrúpulos y le pedía consejo, él lo daba según la naturaleza del caso. Por ejemplo, a un amigo que no se sentía en libertad de participar del sacramento—pero era presionado por el ministro para que lo hiciera—después de examinar su estado le dijo: “Ve a ver a tu ministro y dile: ‘Señor, te pido de manera amigable, que me des libertad con respecto a la comunión, porque en este momento no puedo participar de ella apropiadamente, pero si tú no puedes hacerlo, me acercaré a la mesa del Señor a tu orden.’” El ministro, inducido por esta sujeción, lo dejó actuar como él pensaba que era apropiado. A otros, que tenían escrúpulos más fuertes, los dejó en paz, diciendo: “Un hombre no debe hacer nada contrario a la consciencia; lo que no proviene de fe, es pecado.”

Algunos han creído también, que era enemigo del estado matrimonial, pero esto tampoco tiene fundamento; porque él les aconsejó a muchos, según las circunstancias del caso, que lo contrajeran; por no mencionar la entrañable e íntima amistad en que vivía con muchas personas casadas. Con respecto a sí mismo, pasó su vida soltero, porque creía que así podría amar a Dios más y servir mejor a su prójimo, que si tenía que proveer para una esposa e hijos. En muchas de sus cartas pueden verse claramente cuáles eran sus sentimientos en otros aspectos relacionados con el estado matrimonial.

Llegamos ahora al periodo de la feliz partida de Tersteegen de este valle de lágrimas. Durante toda su vida estuvo externamente enfermo, débil y afligido. Esto tuvo tal efecto sobre su cuerpo, que a menudo se veía como un cadáver. Sus obras y su fidelidad, que sólo cesaron con su vida, son, por tanto, más admirables. De esto resulta evidente, que el Señor lo sostuvo de la forma más extraordinaria, y lo preservó por mucho, contra todas las expectativas, como un instrumento escogido para emplearlo en Su servicio y en el de sus semejantes. Pero la vida que vivió en el espíritu, escondida con Cristo en Dios; la lucha, vigilancia y oración, la angustia, ansiedad de alma, aflicción, agonía y sufrimiento que soportó, con respecto a muchos con quienes estaba relacionado y mantenía correspondencia, no puede contarse, porque sólo se conoce la parte más pequeña de ella.

Su última enfermedad parece haber sido un tipo de hidropesía, que se manifestó hacia finales de marzo

de 1679, y le causó mucho dolor y falta de aliento. El 30 de marzo, estaba externamente muy débil, pero internamente rebosaba de amor, y estaba rendido a la voluntad y beneplácito de Dios. El 31, a la una de la tarde, sufrió un severo ataque que le produjo convulsiones en las extremidades. A partir de ese momento, parecía estar muriendo poco a poco. Pasó la noche siguiente en una silla cómoda con gran dolor, especialmente por su respiración entrecortada. Sin embargo, cuando algunos de sus queridos amigos, que percibían los indicios de que el fin se acercaba y se despidieron de él para la eternidad, les habló a cada uno de ellos, según sus circunstancias particulares, en una forma tan edificante, afectuosa y consoladora, que todos se conmovieron profundamente, incluso hasta las lágrimas. Él permaneció internamente firme y completamente rendido a Dios, y a Su santísima voluntad.

Entre estos amigos y conocidos, también estaba el reverendo E\_\_\_\_\_, quien le pidió al santo moribundo una bendición, ante lo cual, sonriendo levantó su mano y dijo: “¡Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, que se sienta a la derecha de Su Padre celestial, levante Sus manos desde Su santuario y te bendiga con amor y paz en tu corazón, y te otorgue gracia y sabiduría en tu ministerio!” Este predicador poco después siguió a Tersteegen al mundo eterno. A otra persona, que se despidió de él, le dijo: “¡Oh, hermana. El camino es un buen camino; sigue al Cordero con alegría, adondequiera que te guíe!” A un tercero, le habló así: “¡Te encomiendo por la gracia, al amor de Jesús! Deja que el momento presente también sirva para animarte a rendirte completamente a nuestro querido Salvador, y a suplicarle Su gracia, como hizo la mujer de Caná. Esta gracia debe ser solicitada sin tener en cuenta las cosas temporales, que son de menor valor de lo que generalmente se supone. Y cuando nos veamos obligados a separarnos de ellas, ¡qué gran felicidad será para nosotros experimentar que, en Cristo, tenemos un Dios tan misericordioso!” Les habló de esta manera, a todos los que estaban presentes con mucha energía, afecto y unción divina.

Del 1 al 3 de abril, por causa del asma se vio obligado a permanecer sentado por cuarenta y siete horas seguidas en su sillón. A veces, se inclinaba hacia atrás por unos pocos minutos en él, y luego se inclinaba de nuevo hacia adelante sobre un almohadón que estaba sobre la mesa. Pasó estas cuarenta y siete horas en gran agonía, y sin embargo, nunca se le oyó quejarse, excepto después de haber dormido unos pocos minutos, y al despertarse de nuevo decía: “¡Oh Dios! ¡Oh Jesús! ¡Oh, dulce Jesús!”

Durante todos sus sufrimientos extremadamente dolorosos, no hubo ni la más pequeña expresión de impaciencia visible en su semblante. Esta extraordinaria paciencia y completa rendición a la voluntad y beneplácito divino, fue de gran consolación para los que estaban a su lado, como también su filial confianza en Dios, Cuya voluntad era perfeccionarlo así a través de los sufrimientos, y hacerlo semejante al Capitán de su salvación. Sin esta consolación, habría sido imposible para ellos, como ellos mismos afirman, haber soportado la visión de sufrimientos tan agudos, en alguien a quien tanto amaban. Hacia el mediodía del 2 de abril, era evidente que se aproximaba su partida; los ratos de sueño se hicieron más profundos y se acortaron los ratos en que estaba despierto. Era necesario recordarle constantemente lo que tenía que tomar. Durmió casi continuamente a las seis y a las siete, y a las nueve fue casi imposible despertarlo para que tomara lo que se le había recetado. Su sueño se fue haciendo poco a poco más

profundo, y a medianoche no se le pudo despertar más. Continuó dormido hasta las dos de la mañana, cuando exhaló su alma en los brazos de su Dios y Salvador, y murió feliz el 3 de abril de 1769. Los que estaban presentes, se imaginaron rodeados por una multitud de ángeles, que recibían con gozo al espíritu que partía y lo conducían triunfalmente al reino eterno de éxtasis y deleite, donde ahora él, junto con todos los santos ángeles y las huestes redimidas, le atribuyen eterna aleluya a Dios y al Cordero, y en la plenitud de la bienaventuranza celestial, se une a sus más exaltados cánticos. ¡Amén! ¡Alabanza, honor, acción de gracias, sabiduría y gloria sean dadas a nuestro Dios y al Cordero, por los siglos de los siglos! ¡Amén!

## **Selección de Cartas de Gerhard Tersteegen**

Es una verdad establecida entre los Cristianos, que no hay estancamiento en la vida divina, como tampoco lo hay en el mundo natural, en el cual todo tiende hacia su fin, ya sea de perfección o de disolución; y es la convicción de esto, lo que hace que el crecimiento en la gracia sea tan importante para la mente de todo aquel que sinceramente desea ser seguidor del Señor Jesús.

Por lo tanto, nos corresponde investigar en qué consiste este avance, no sea que lo confundamos con algo más y finalmente perdamos nuestro objetivo. Creo, además, que nadie negará que consiste en asemejarse gradualmente a la imagen divina; o en otras palabras, en participar cada vez más del Espíritu de Jesús. Porque según la medida de Su misericordiosa morada en nosotros, así será nuestra aproximación a la humildad, mansedumbre, rendición, negación al yo, paciencia, benevolencia y santidad de Dios, manifestada en la carne.

¿Pero cómo se obtiene esto? ¿Se puede asegurar mediante un comportamiento externo prudente, mediante una asistencia regular a las ordenanzas externas, mediante mucho estudio, o haciendo largas oraciones, o extenuantes esfuerzos para difundir el evangelio? ¡No! Hemos visto cómo aquellos que eran los más destacados en todos estos ejercicios externos, y que mostraban gran fervor y ardor al principio, con el tiempo se enfriaron nuevamente y perdieron el poder de la piedad, mientras que algunos sólo retuvieron la forma, y otros abandonaron incluso por completo el camino de la justicia y han vuelto a los míseros elementos del mundo. ¿Cuál fue la razón? ¿No son estas cosas buenas en sí mismas y están inseparablemente relacionadas con un crecimiento en la gracia? Indudablemente lo son, en gran medida. Pero el error radica principalmente en esto: En darles demasiada importancia y considerarlas más como el fin, que como el camino para llegar a él. Es suficientemente evidente, que para asemejarnos a Dios y ser llenos de toda Su plenitud, se nos debe comunicar nada menos que una medida continua y creciente de influencia divina, luz y vida. Sólo queda mostrar, de qué manera podemos participar mejor de ella.

Señalo, entonces, que esta comunicación es natural y propiamente interna. Así como el cuerpo recibe su alimentación de objetos corpóreos y está sujeto a sus influencias, así debe obtener el espíritu su fuerza y estar bajo la influencia de objetos espirituales; es decir, de cosas que no se ven pero que se sienten y se experimentan internamente. Si fuera posible escuchar la voz de Dios con nuestros oídos externos, la comunicación no sería tan directa ni tan perfecta como cuando le habla al espíritu internamente, porque entonces sería indirecta y a través de un medio. Por lo tanto, ¡cuánto más imperfecta debe ser esta comunicación, cuando pasa por diversas manos que le agregan o le quitan, según carezcan de iluminación divina!

Así pues, cuánto más espiritual se vuelve una persona, menos busca a Dios y la dádiva de Sus influencias vivificantes a través de objetos externos. El corazón, o en otras palabras, el centro más profundo del alma, es el recipiente de estas influencias, y cuando está completamente purificado, es el lugar donde Dios erige Su trono y fija Su residencia. Es allí donde debemos esperar pacientemente las prometidas influencias del Espíritu Santo, retirando nuestras mentes y afectos tanto como sea posible de los objetos externos, y dirigiéndolos internamente hacia Aquel que está siempre presente. Buscando en Él, el cumplimiento de Sus bondadosas promesas, y esperando y quietamente aguardando Su salvación. Este estado mental es acertadamente descrito por el salmista en los primeros dos versículos del Salmo 123; esa espera de Dios, o en Dios, que tan a menudo se inculca en las Escrituras, y esa adoración a Dios en espíritu, es la única verdadera adoración.

Este tema de gran importancia se abordará de manera más completa en las cartas adjuntas, las cuales han sido seleccionadas para el uso y beneficio de aquellos que sinceramente desean crecer en la gracia y en el conocimiento de Dios, y que están dispuestos a someterse a las enseñanzas del Espíritu Santo, para ser guiados por Él a toda verdad.

En conclusión, permítanme añadir una palabra de seria y amistosa amonestación a los que han emprendido el camino de la vida, y advertirles sobre un error muy peligroso, y me temo, que muy común: Imaginarse a sí mismos estar muy avanzados en la carrera Cristiana, cuando en realidad sólo han dado algunos pasos preliminares hacia ella. Por lo tanto, para determinar su estado sólo tienen que prestar atención a lo que sucede en sus corazones, y compararse con la descripción del verdadero Cristiano dada por nuestro Señor en su Sermón del Monte. Entonces, por la gracia divina, llegarán a ver que hasta ahora han estado construyendo su casa sobre la arena, y en el futuro buscarán poner su fundamento sobre esa roca, que la hará permanecer firme en cada tormenta y desafiar cada tempestad.

Que Aquel, cuya bendición ha acompañado estas cartas en su idioma original, también la conceda a esta traducción de ellas, para que su santo Nombre sea honrado y glorificado en mayor medida, por aquellos que se llaman a sí mismos por ese nombre y profesan ser Sus seguidores. ¡Por amor a Su bien amado Hijo, nuestro Salvador!

—SAMUEL JACKSON

## *Carta 1*

*Que la gracia de Dios en Jesucristo, reine en nuestra alma, a través de las influencias del Espíritu Santo! Amén.*

Querido hermano en el Dios trino, y mi compañero de peregrinaje,

El amor con el que el Señor nos ha unido bondadosamente en Él, y por eso no puede ser fortalecido ni debilitado por la presencia o ausencia física, me constriñe a saludarte externamente mediante la presente carta. Que la providencia de Dios sea sinceramente agradecida, pues hizo que nos encontremos en esta tierra extranjera, de modo que hemos tenido motivos para regocijarnos juntos en la gracia de Dios—tal como la hemos experimentado en nuestras almas—y para alabar Su bondad por ello. Sí, que nuestras almas exalten Su nombre desde lo más profundo, porque Él nos ha permitido conocer, en cierta medida, la lamentable esclavitud de nuestro espíritu inmortal bajo el dominio de las tinieblas—mientras éramos impulsados por el enemigo de las almas por medio de afectos, pensamientos y deseos vanos—habiendo despertado nuestras conciencias, que dormitaban en el pecado; de modo que, por Su gracia, hemos buscado escapar de la profundidad de nuestra perdición y satisfacer las demandas de la conciencia.

¡Pero ay de nosotros! Tenemos que lamentarnos por las muchas veces que hemos fallado en este aspecto, como sin duda lo testificarán nuestras conciencias. E incluso, cuando habíamos hecho lo que la convicción de nuestras conciencias exigía, ¡con cuánta pereza, falta de voluntad y obligación se realizó! Y cuando finalmente se logró, ¡con cuántas fallas y con cuánta mezcla de egoísmo se manchó, de modo que, después de todo, nuestras conciencias no pudieron quedar satisfechas con ello! ¡Y con qué facilidad y sutileza nos lo atribuimos a nosotros mismos, como si fuéramos algo! Y por otro lado, ¡cuán a menudo se vio obstaculizada la libertad de acceso al trono de la gracia, por faltas ocasionales!

Y debido a que poseíamos tan poco de esa fe que es obra del Espíritu de Dios, ¡cuán imperfectamente imprimíamos en nuestras mentes la gracia y méritos de Jesucristo como expiación ante el Padre! Es cierto, que desde lo más profundo de su ser, nuestras almas se habrían retirado gustosamente del servicio de la vanidad y de las pasiones, para rendirse de nuevo a su legítimo Señor, y con un corazón dispuesto servirle y complacerle perfectamente; pero para esto, faltaban el poder y la fuerza requeridos. Porque me parece que sucede lo mismo con la conciencia, como creo haber leído en alguna parte acerca de la ley, que nos hace conocer nuestra miseria y nos dice sus exigencias, cuyo cumplimiento nos hace anhelar y procurar por todos los medios a nuestro alcance, pero no nos da la suficiente fuerza para cumplirlas, de modo que a menudo exclamamos en esta condición con Pablo: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará?” (Romanos 7)

Ahora bien, querido hermano, me parece que el fiel Capitán de nuestra salvación nos lleva a estas estrecheces, para que nos desesperemos por nuestra muy imperfecta justicia, y perdamos todo el valor para intentar escapar, por medio de nuestra propia habilidad y esfuerzo, de nuestros pecados y de nuestra miseria, a fin de que ninguna carne se jacte en la presencia de Dios, sino que toda la gloria sea dada



a Él. Y para que después de haber agotado suficiente y previamente toda nuestra fuerza, de habernos cansado y haber quedado casi desfallecidos, por decirlo así, por nuestros propios intentos de alcanzar la santidad y la justicia, acudamos cansados y cargados a Jesús, en el centro de nuestras almas, donde se manifestará según Su promesa (Juan 14:21). Y allí podamos acercarnos a Él en el ejercicio de una fe y de un amor incesantes hacia Él, buscándolo con urgencia y esperándolo con perseverante paciencia, como hacían los santos del Antiguo Testamento que esperaban Su venida y exclamaban: “¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras...” “¡Oh, que de Sion saliera la salvación”, hasta que Él se revele en nosotros, erija Su morada dentro de nosotros y nos renueve; y hasta que estemos revestidos internamente de Él. Entonces, Él mismo cumple en nosotros toda la justicia de la ley (Romanos 8); y Él en nosotros y nosotros en Él, obedecemos Sus mandamientos con placer y deleite, los cuales ya no parecen difíciles, ni imperfectos, sino perfectos e intachables. Ya no intentamos ejercitar primero una virtud y luego otra; porque cada virtud procederá natural, esencial, incesante y libremente del hombre nuevo, Cristo Jesús, que nace en nosotros por la regeneración y el amor divino, que nos es impartido por este medio. Entonces nos veremos liberados de una vez de la esclavitud de las pasiones, pensamientos y deseos, y de las tormentosas acusaciones de la conciencia; y en su lugar, escucharemos en nuestras almas la encantadora voz de la gracia del Evangelio.

Ahora bien, como Dios mismo, mediante el envío de Su Hijo, obra en nosotros lo que era imposible que lograra la ley, y sería eternamente imposible para nosotros lograrlo con nuestros propios esfuerzos, podemos inferir de aquí que Cristo no vino a destruir la ley, sino a cumplirla; y que la fe no anula la ley, sino que la establece (Romanos 3). Entonces, a partir de nuestra experiencia viva, aprenderemos a atribuir nuestra justificación a la gracia y misericordia gratuitas del Dios de amor, y a la fe en Jesucristo, en virtud de la cual podemos vencer al mundo, y obtener sostén y refrigerio de la fuerza de Jesús, quien entonces es hecho para nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención según la voluntad de Dios.

Por lo tanto, mi amado hermano, no nos cansemos de mantener castamente nuestros corazones, mentes y pensamientos, tanto como sea posible, lejos de cualquier otro objetivo, con el fin de que anhelándolo a Él en fe sincera y amor filial, Lo instemos a manifestarse en nuestro interior, y diaria y pacientemente esperemos Su venida, a fin de que Él mismo emprenda la obra y nos capacite para servirle de manera voluntaria, gozosa y perfecta, y para agradecerle directamente en Su presencia y ante la luz de Su rostro; mientras nos guía fuera de la oscuridad de los terrores de la ley, y mientras somos alimentados por Él como niños pequeños, en deliciosa tranquilidad, con la leche de Su gracia y amor, y encontramos descanso para nuestras almas (Mateo 11); y que de esta manera, posea el Dios trino Su reino en nuestro interior, en el cual es adorado, honrado y glorificado incesantemente en espíritu y en verdad. Por lo tanto, no permitamos que desfallezca nuestro ánimo. Para Él es poca cosa, hacer que en un momento encontremos en nuestras almas sin problema, lo que tal vez hemos buscado durante años externamente con mucho esfuerzo. ¡Qué el Dios de amor, cuyo deleite está con los hijos de los hombres, nos ayude a alcanzar este estado dichoso! Amén.

He escrito así, querido hermano, en sencillez y en la presencia de Dios, tal y como me vino a la mente, no como si no supieras estas cosas, sino para que nos regocijemos juntos en la esperanza de todas las cosas buenas que nos son dadas en Cristo. ¡Qué el Señor nos conceda la experiencia viva y esencial de ellas en nuestras almas, aunque se nos olvide el conocimiento de ellas!

Saludo cordialmente a todos los queridos hermanos, con quienes a través de la providencia de Dios, estuve en contacto en aquel momento, especialmente a N\_\_\_\_\_, y a todos los demás que buscan al Señor, cuyos nombres se me han escapado. Me encomiendo a sus oraciones y permanezco como,

Tu querido hermano en Jesús.

## *Carta 2*

Amado hermano en la gracia de Jesucristo,

“Somos del Señor”. Desde el mismo momento, cuando con sinceridad de corazón nos rendimos a Él, le pertenecemos a Él con todo lo que somos, y no a nosotros mismos. Debemos considerarnos siempre desde esta perspectiva y perseverar en ella, o de lo contrario, hacer una revocación tan solemne, como nuestra previa rendición, ide lo cual, que el Señor nos preserve!

Somos de Él, repito, y Dios nos considera como tales. Sin embargo, esto no es todo, la mente debe apartarse por completo de cualquier otro objetivo, el corazón debe purificarse del amor al yo, y todo propósito y afecto deben dirigirse de manera más pura sólo a Dios, para que podamos unirnos íntimamente a Él. Con este fin, nos hemos entregado a Jesús y a la guía de Su Espíritu; porque Él es nuestro Salvador. De nuestra parte, no tenemos más que hacer, que permanecer con Él de acuerdo con nuestro grado de luz y estado, y seguirle tanto *activa como pasivamente*.

Permite que tu corazón, así como tus pensamientos y afectos, se vuelvan hacia el siempre presente Dios de manera espontánea e infantil, pero al mismo tiempo en sinceridad y verdad. Sigue con un consentimiento inmediato pero atento, las impresiones e inclinaciones que Él te pueda dar, para retirar tu amor, deleite y vida de cualquier otro objeto y fijarlos únicamente en Él. Permítele ser realmente, el Señor y Maestro en tu corazón, y deja que tu voluntad y todos tus poderes le obedezcan sin vacilación, en concordancia con las instrucciones que Él te imparta de vez en cuando. Esta instrucción es algo muy distinto de ese sentimiento incierto, ansioso e intranquilo que se levanta de la reflexión y del recelo. La instrucción o guía del Espíritu de Jesús es una impresión pacífica interior, una inclinación o luz interior que guía el alma hacia Dios, y que no requiere consideración, sino únicamente, una simple tranquilidad y recogimiento de corazón. No nos enseña misterios grandes o específicos, sino sólo uno: Cómo podemos morir a nosotros mismos y vivir para Dios. De esta manera seguimos al Señor de manera *activa*.

Lo sigues de manera *pasiva*, cuando recibes todo lo que te sucede—en todas las ocasiones, directamente

o indirectamente, con respecto al cuerpo o a alma, con reverencia y disposición—como algo que proviene de Dios mismo, y que es bueno y útil para ti. A esta categoría pertenecen las circunstancias de tu indisposición corporal. Dios sabe mejor que tú, mi querido hermano, lo que es bueno para ti y si puedes servirle mejor estando enfermo o sano. Y a esta categoría también pertenecen esa oscuridad, esas ideas angustiantes, esa melancólica experiencia de tus fallas, tu incapacidad de renunciar a ti mismo, los pensamientos errantes y los deseos carnales. En todas estas cosas y otras de similar naturaleza, sigues al Señor de manera pasiva, cuando las sufres sumisamente y de la manera más pacífica posible, aceptando tu propia nadedad y miseria. Y al mismo tiempo, descansando únicamente en Dios o rindiéndote a Él, con la confianza de que tu salvación vendrá de Él, a su debido tiempo y manera. No obstante, la voluntad debe separarse sinceramente de cada sugerencia e idea que en sí mismas sean perversas y pecaminosas. Estas también deben ser soportadas, pero de manera tal, que el ojo de Dios vea que no consientes en ellas. También debemos despojarnos, en la medida de lo posible, de la melancolía sombría que forma parte de la complexión natural, o al menos no alimentarla, sino más bien esforzarnos, con una mente sencilla y rendida, por disiparla de alguna manera. Debemos soportar las divagaciones de la imaginación sin seguirlas. Si no podemos evitar los pensamientos carnales en la oración, debemos despreciarlos y continuar pacíficamente cerca de Dios, con nuestros corazones inclinados hacia Él, y por Su causa, llevar la corona de espinas.

Dios cuida de ti, mi querido hermano. Sométete a Su voluntad durante todo el día, y lo que no puedas hacer, súfrelo. El Señor lo cumplirá. No nos busquemos a nosotros mismos, ni nuestro propio beneficio, en esta corta vida, ni siquiera cuando sirvamos a Dios, sino busquémoslo sólo a Él. ¡Oh, si Dios está complacido, deberíamos sufrir con gusto la privación de los goces corporales y espirituales! Todo pasa como un sueño vacío. Dios es nuestra salvación, y en Él seremos eternamente bienaventurados.

¡Que Jesús viva y se glorifique en ti!

### *Carta 3*

Mi querido amigo,

El pasaje de las Escrituras que me has presentado: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3), hace referencia tanto a la vida que actual como a la venidera. Los hijos de Dios comienzan su felicidad internamente aquí y la consuman en el futuro. Comienza aquí, pero hay dos cosas que no debemos olvidar.

I. Que esta felicidad no es sentida o palpablemente experimentada por todos, ni en todo momento. Dios no siempre permite que el alma perciba su bienaventuranza, debido a su amor al yo. Su pueblo debe caminar a menudo en la oscuridad de la fe (Hebreos 10:36-38) y atravesar aflicciones, para que siendo bien purificado, pueda participar de la santidad de Dios, la que en tales momentos no siempre parece

gozosa ni bienaventurada (Hebreos 12:10-11), aunque en realidad lo es. Cuando el alma sólo desea a Dios y trata de aferrarse a Él por la fe, oración y rendición, el individuo puede estar contento aunque no experimente nada en la vida presente. Sin embargo, no tengo duda, de que si confiamos plenamente en Dios y rechazamos toda ayuda y consolación de las cosas creadas, el maná celestial no nos faltará por completo en este desierto.

II. Debemos recordar siempre, que el Cristiano experimenta la bienaventuranza en esta vida poco a poco. Aquel que en su primer arrepentimiento va a Cristo cansado y cargado, será aliviado por Él. En ese momento recibe el perdón de los pecados pasados, sólo por gracia y por los méritos de Cristo. Si esto es palpablemente sentido, entonces conocemos al Padre y sentimos una medida de bienaventuranza, de la misma manera que es descrito en las Escrituras (Salmo 32:1-2; Efesios 2:8). Pero no debemos detenernos aquí. Pablo exhorta a los creyentes que ya han sido bendecidos en un primer grado, a que se ocupen de su propia salvación; no mediante sus obras o actos, sino estando atentos y siendo obedientes a la gracia de Dios que debía obrar en ellos, y en nosotros también, tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad (Filipenses 2:12-13). Estas operaciones divinas tienen como objetivo principal, destruir todas las obras del diablo dentro de nosotros, tal como el pecado, la carne y el amor al yo; buscan hacer que Dios y las cosas invisibles sean más importantes para nosotros; y atraernos más y más a Su presencia salvadora.

Entonces, el alma es capaz de experimentar lo que está escrito en Juan 14:21-23 y en 2 Corintios 6, es decir, que el Señor Jesús se manifiesta internamente a ella, e incluso fija Su morada en ella. Y aquel que verdaderamente experimenta esto, encuentra una medida mucho mayor de bienaventuranza, que la encontrada en el primer grado, que consistía meramente en el perdón de pecados, o en algunas manifestaciones del favor divino. Juan, hablando de este tema dice: “El que tiene al Hijo, tiene la vida”; y esto también tiene sus diferentes grados. Pablo había experimentado todo esto, y sin embargo, esperaba experimentar aún más en esta vida (Filipenses 3).

En general, tanto el conocimiento de Dios y de Su Hijo Jesucristo, así como también la bienaventuranza que se levanta de dicho conocimiento, pueden seguir aumentado continuamente en la vida presente, y se completarán en la eternidad; sin embargo, todavía hay suficiente para ser experimentado en esta vida, como parecería imposible para un incrédulo. En esta vida podemos llegar a ser “partícipes de la naturaleza divina”, y el que se une al Señor, llega a ser un espíritu con él (1 Corintios 6:17). Es cierto que estas cosas son maravillosas y divinas, pero Dios las ha prometido en Cristo Jesús y las concede de buena gana a cada uno de nosotros. Por lo tanto, teniendo estas promesas, debemos purificarnos de toda corrupción de la carne y del espíritu, y nunca detenernos, sino buscar perfeccionar nuestra santidad en el poder de la gracia divina.

Espero que mi querido amigo comprenda ahora, en alguna medida, lo que quiero decir, y que en lo dicho arriba, encuentre respondida su segunda pregunta, “¿Cuándo y de qué manera tiene lugar esta manifestación de Dios?”, porque no ocurre en ningún otro lugar, sino en lo más profundo del corazón.

El pecado, el infierno y la perdición tienen su asiento en el interior; la redención y la salvación deben ser igualmente experimentadas en el interior. En tanto Dios y Su salvación permanezcan en el exterior, no tendremos un conocimiento adecuado de ellos. El Señor, nuestro Salvador, está indeciblemente cerca de lo más profundo de nuestra alma. Él nos atrae al interior, para que podamos llegar a ser partícipes de Él y de Su salvación ahí. Si seguimos las persuasiones de Su amor, abandonando las cosas creadas mediante la negación al yo, y nos acercamos afectuosamente a Él mediante la oración interior, entonces cumplirá Su promesa en nuestra experiencia.

Este es, pues, el camino infalible para alcanzar el fin que nos proponemos; y al andar en este camino, siempre podremos estar satisfechos, sin importar lo que el Señor haga con nosotros, ya sea que nos deje sentir y claramente experimentar mucho o poco en esta vida. La eternidad es suficientemente larga para disfrutarla. Sólo comencemos abajo y sigamos al Cordero, dondequiera que nos guíe. Todo estará bien al final. Encomiendo a mi querido amigo a la misericordiosa providencia de Dios, y permanezco muy cordialmente, etc., como,

Tu afectuoso amigo y hermano.

### *Carta 4*

Querido y apreciado amigo en la gracia de Dios,

Tu carta del 27 de enero me complació; porque según lo que he experimentado en mi medida, a través de la gracia divina—tanto la condición infeliz de un pecador inconverso, como la feliz del verdadero convertido—me regocijo de corazón cuando veo a un hijo pródigo que vuelve en sí, y se levanta para ir a su Padre. Yo también fui cuidador de cerdos una vez, y cuando después de mil amenazas e invitaciones, finalmente llegué, tal como sucedió, a convertirme en lo que no era, sólo necesité rogar y esperar un poco, antes de que fuera infinita y más misericordiosamente recibido de lo que podría haber esperado o imaginado.

Ahora que estoy familiarizado con el corazón paternal de Dios, no puedo hacer otra cosa sino animar al pecador que regresa y se arrepiente, asegurándole que el fin será glorioso. Esto también me impulsa a responder la carta de mi querido amigo, aunque gustosamente hubiera preferido permanecer en el anonimato. No deben esperarse de mí extraordinarios misterios. La mía es una sencilla senda evangélica, y toda mi teología puede expresarse en pocas palabras: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19)

Este reconciliado y misericordioso Dios en Cristo, está indeciblemente cerca de nosotros. Él llama a la puerta de nuestros corazones, y nos ruega que nos volvamos del pecado y nos reconciliemos con Él. Toda ansiedad con respecto a nuestro peligroso estado; toda visión de nuestras propias corrupciones, tinieblas e insuficiencia; todo nuestro dolor y tristeza por causa de nuestros pecados, son los efectos de este cercano

e íntimo amor de Dios en Cristo. Sólo tenemos que confesarnos tal como somos, ante el ojo escrutador del omnipresente Dios, sin querer exculparnos o ayudarnos a nosotros mismos, y sólo anhelar con humilde confianza esa gracia y amor que son revelados en Cristo. Mientras estamos así comprometidos, es el mismo amor eterno de Dios el que despierta en lo profundo del alma, el inextinguible anhelo de apartarnos de las cosas creadas, del pecado y del yo, y de regresar a nuestro Padre y a nuestro origen. Este ferviente anhelo a menudo se ve muy obstruido por el incrédulo, especialmente cuando no es dirigido a la gracia pura de Dios, y cuando el alma espera mucho de sí misma; pero con frecuencia es reanimada e impulsada a simplemente unirse a Aquel que está tan cerca y es tan fiel.

En el ejercicio de esta fe, el Señor no permite que una sola alma sea avergonzada. Cuando llega su hora, Él abre su corazón paternal, nos sana y nos renueva, a menudo en un simple y feliz momento, mediante la impartición de Su amor y el resplandor de Su aparición. Aunque no podamos ver ni experimentar perceptiblemente que el Señor es bueno, aun así debemos creerlo, de acuerdo con las Escrituras y el testimonio de los que lo han experimentado, y por lo tanto, entregarnos completamente a Dios. Él es la fuente de todo bien y el único suficiente para satisfacernos, tanto en el tiempo como en la eternidad. Pero siendo este el caso, Él también desea de nosotros que renunciemos a todos los demás deleites, y ofrezcamos lo que es más querido y precioso para nosotros, por cordial amor a Él, quien es un Amigo tan fiel e invariablemente está tan cerca de nosotros, que nos ha perdonado nuestros pecados, sólo por gracia, y nos ha llamado con un llamamiento santo, para que sólo Él llegue a ser nuestro tesoro. Todo por todo; esa es toda la cuestión; no obstante, no es una compra, sino una ofrenda de amor voluntaria de ambas partes.

No te inquietes porque no tengas a nadie que te guíe y no conozcas personas piadosas; porque la providencia de Dios te lo proveerá cuando sea necesario. Demasiados instructores a menudo son un obstáculo. Ocasionalmente nos topamos con muchas y buenas personas que merecen nuestro amor, pero los amigos que realmente son de provecho para nosotros en Dios, no se encuentran en dicho número. Dios conecta a tales personas con nosotros cuando lo ve conveniente; pero Él mismo está más cerca de nosotros de lo que cualquier amigo pueda estarlo. Él ve y nos conoce totalmente. Él nos indica cómo caminar, de manera más apropiada de lo que pueda hacerlo cualquier otro amigo; y lo que dice, lo da. Acostúmbrate a la presencia de Dios y Él te guiará correctamente.

Es bueno y necesario para ti haber renunciado a todo pecado revelado, pero todavía sientes que la fuente misma es impura. Retírate a tu interior con humilde confianza, y aprende a esperar al Señor. No te involucres en demasiadas actividades externas; aquello que puede ofrecerte consuelo ahora y deleite eternamente, se halla dentro, en el corazón.

No me sorprende, que la misma luz que te manifestó tu miseria, al mismo tiempo te deje ver las corrupciones del mundo, y la declinación de la iglesia externa. Esto es generalmente así; pero la prudencia es necesaria para que no volvamos nuestros ojos demasiado a lo externo, y seamos hallados vituperando

contra una Babel externa, mientras nosotros mismos estamos internamente todavía en esclavitud y confusión. Apaguemos primero el fuego en nuestra propia casa, y luego podremos ayudar a nuestro prójimo—pero con agua. No puedo negar la corrupción externa de la iglesia, pero creo, mi querido amigo, que ahora tienes cosas más necesarias que atender, que ocuparte de ella. *En el interior! En el interior! Sólo con Dios!* Tampoco te recomiendo que te separes de la iglesia y del sacramento. No se obtiene ningún beneficio material de tal separación, y a menudo ha sido dañina para muchos. No debes, sin embargo, actuar en contra de tu conciencia; pero si encuentras tu conciencia oprimida por participar del sacramento, será mejor que te abstengas y esperes un tiempo, para ver si el Señor te da más luz sobre el tema. No me gustaría participar del discurso de un blasfemo, o de alguien que es todavía evidentemente carnal. Si las circunstancias lo exigen, uno puede abstenerse por un tiempo sin tomar decisiones para el futuro, y mucho menos juzgar a otros que actúan de forma diferente. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. (Romanos 14:17)

Aquí me debo detener, encomendando cordialmente a mi querido amigo al reconfortante amor de Jesús; y permanezco como tu sincero amigo y compañero de peregrinación.

## *Carta 5*

Querido y estimado hermano en la gracia de Jesucristo,

Tu última carta del 5 de este mes, así como también las dos anteriores, han sido debidamente recibidas. Mi tardanza en responder no ha sido por ociosidad o egoísmo, sino principalmente por indisposición física. Rara vez soy capaz de escribir, debido sobre todo a la debilidad de mi cabeza y de mis ojos. Mi tiempo libre está bastante ocupado recibiendo visitas y escribiendo, por lo que no puedo responder muchas cartas. Ni tampoco soy un guía espiritual; soy demasiado deficiente para tal propósito. Sin embargo, no me resisto a dar testimonio de la verdad eterna, según Dios me ha concedido misericordiosamente experimentarla, ni a extender la mano de comunión a mis hermanos, según mi habilidad, como un niño lo hace con otro.

En otros aspectos, mi querido amigo, tú no tienes necesidad de recurrir con tanta ansiedad a tan pobre criatura como yo, para pedir consejo. Tú tienes al mejor Guía y Maestro indeciblemente cerca de ti. Su compasivo ojo ve toda tu aflicción, y Él mismo es quien despierta en lo más profundo de tu alma, esa hambre secreta y esa búsqueda inquietante de ayuda y liberación. El Señor, tu maestro y ayudador, está presente en los secretos rincones de tu alma, de donde se levanta esta hambre. Cree esto, aunque no lo sientas o no lo percibas, y en rendición mansa y sincera, retírate a Él en tu interior, según te capacite Su gracia para hacerlo. Muéstrale con humildad y serenidad tu enfermedad, y con paciente confianza espera de Él la cura. Esta espera es de gracia y nos beneficia también; pues apaga el fuego ardiente de la naturaleza. Dios es un ser puro y apacible; nada áspero puede acercarse a Él. El yo no se gana el premio. Dios se entrega voluntariamente al espíritu aislado, después de que ha sido humillado, empequeñecido y

purificado mediante aflicciones como estas, bajo las cuales estás trabajando en este momento.

Persevera en el nombre de Dios y no te canses ni te impacientes. Continúa postrado delante del Señor y agrádecele por permitirte hacerlo. Él sabe cómo y cuándo ayudarte. No reflexiones demasiado en ti mismo, ni en tu propia miseria cuando te veas obligado a sentirla y verla; sólo aléjate de ella con un calmado disgusto, y busca olvidarte y escapar de ella; ningún otro esfuerzo o lucha es necesario (Éxodo 14:13-14). Si no puedes olvidarla y escapar de ella, sopórtala ante los ojos de Dios tan tranquilamente como puedas; no será imputada a nosotros por causa de Jesús. Sufrir el mal es el camino hacia la santidad. Por encima de todo, no te desanimes aunque estés herido; sino encomiéndate confiadamente al Señor, incluso en ese estado, a pesar del amor al yo, que no quiere aparecer tan contaminado.

Dios realmente te ama; por lo tanto, ámalo también, y ofrécete a Él por causa de Su amor. En especial, te recomiendo el camino del amor; sólo éste puede sanar suficientemente toda tu miseria y tus debilidades, tanto del espíritu como del cuerpo. No me refiero a un amor sensible o susceptible, que a menudo es como una flor sin fruto y tiende a nutrir el amor al yo, sino a un amor sólido. Cree en la cercanía interna del amor; realiza, niega y sufre todo desde una intención amorosa; en todas tus devociones no busques satisfacerte a ti mismo, sino al Amigo de tu corazón, a quien amas. Si no puedes hacerlo o encontrar algo que Le complazca, soporta tu miseria e incapacidad por amor a Él. Él acepta las intenciones del amor, aún en medio de la esterilidad y de las tinieblas; esto aprendemos a conocerlo a su debido tiempo. No le digas a Dios lo que debe hacer por ti, sino somete secretamente la voluntad de tu mente, a la perfecta voluntad de Su amor y de Sus tratos contigo, aunque tu voluntad natural se oponga a ella.

Desear amarlo completamente y aferrarse a Él y a las cosas eternas, es la base y el objetivo de ese deseo que Su amor gratuito te ha impartido. Esto es suficiente. No le digas al Señor lo que debe darte, o por cuales medios cumplir Su propósito en ti. Ríndete a Él incondicionalmente, deja que haga contigo lo que le parezca bien, y entonces todo estará bien.

En una de tus cartas afirmas, que raramente puedes percartarte de la presencia de Dios de manera palpable, en algún momento o periodo particular. Dios está inmutablemente presente con nosotros—en el precioso nombre de Jesús—como nuestro Dios y como nuestro bien supremo. La fe se aferra a esto; por encima de toda concepción o percepción, se aferra con cordialidad a un Ser tan maravilloso, se confía a Él, honra y ama a este adorable Amigo, y lo espera todo de Su infinita bondad. Pero con respecto al sentimiento o especial y bondadosa manifestación de la presencia divina, no puede lograrse por ningún esfuerzo externo, ni debemos intentarlo, porque sería inadecuado y resultaría un obstáculo para nosotros; tanto lo uno como lo otro depende solamente del beneplácito de nuestro Dios. Si sólo seguimos afectuosamente la guía de Su gracia, y nos ejercitamos por medio de ella en la oración y negación al yo, entonces estamos en ese estado mental en el que el Señor puede obrar en nosotros, e impartirse a nosotros a Su placer; de modo que como hijos, podemos encomendarnos confiadamente a la sabiduría de nuestro Padre. Considero por todos los medios bueno y necesario, retirarse por ciertos períodos—cada uno según sus



circunstancias—para lo oración y recogimiento. No debemos, sin embargo, anhelar en dichos momentos ninguna comunicación perceptible, sino continuar tan contentos como seamos capaces, incluso en medio de la oscuridad, esterilidad, pensamientos errantes y tentaciones, si no somos conscientemente la causa de ellas. Rendir culto, adorar y ofrecernos a Dios es en sí mismo suficiente felicidad.

Tu emprendimiento de algún empleo externo es necesario para ti, y de agrado para Dios. La idea que nos asalta de que todo es temporal y transitorio, y por lo tanto, inútil, brota meramente del disgusto y melancolía del temperamento. Fuimos expulsados del paraíso por el pecado, y por ello, nos hemos vuelto corruptibles, indignos y miserables, y según la sabia disposición de Dios, ahora debemos arar la tierra llena de cardos, como penitencia y para nuestra enmienda, y ser ejercitados en la realización de cosas tan inútiles. Sería tonto dudar sobre el tema. No obstante, no debemos entrar a ellas con demasiado fervor y cargarnos a nosotros mismos pesadamente, sino hacer todo lo que hacemos para el Señor (Colosenses 3:23; Efesios 6:7), entonces, no sólo no serán perjudiciales para el espíritu, sino de provecho para él. De modo que, por esta simple intención de hacerlo todo—sea pequeño o grande—para el Señor y por amor a Él, incluso las cosas más pequeñas se vuelven importantes, y la tierra se convierte en oro. Para tales personas, las cosas externas ya no son temporales y perecederas, sino que la forma externa y la intención detrás de ellas las hace eternas y duraderas, y un servicio hecho para Dios.

Mi edad, por la que preguntas, se acerca a los cuarenta y siete años. El número de mis años no es grande, pero en ellos he aprendido a conocer mucho de la vanidad del mundo, o de la corrupción del corazón humano, y de la paciencia e incomprensible bondad de Dios en Cristo, y sigo aprendiendo cada día más. ¡Bendito sea el Señor, que hasta aquí me ha ayudado! Hace unos veintisiete años, Dios misericordiosamente me llamó a salir del mundo, y me concedió el deseo de pertenecerle completamente a Él, y de estar dispuesto a seguirle. ¡Qué Su gracia preserve firme esta disposición en nosotros hasta el final! En la misma gracia permanezco como,

Tu afectuoso amigo y hermano.

## *Carta 6*

Querido y estimado hermano en la gracia de Jesucristo,

Tu amable carta del 2 de diciembre, así como también la anterior del 23 de noviembre, me han llegado debidamente, y ahora las voy a responder hasta donde me lo permita la debilidad.

Según la luz que poseo para hablar del tema, encuentro que tu estado está descrito con bastante exactitud en Romanos 7, y que la feliz liberación de él no consiste en algo más, sino en que te entregues rendida y completamente a la gracia de Dios en Cristo Jesús, lo cual ocasiona la muerte del amor al yo, pero es vida y paz para el espíritu. Ser salvado y santificado por gracia, no es tan fácil como muchos suponen.

Se descubre que es lo contrario, cuando la luz y la disciplina de Dios son aplicadas a nuestras almas; entonces percibimos que sin la profunda pureza, no se puede esperar unión con Dios. Se hacen esfuerzos para satisfacer las demandas de la gracia, pero la profunda y radical herida no puede ser sanada por nuestros propios esfuerzos. Si nos descubrimos incapaces de hacer algún progreso, perdemos nuestro ánimo y humor. Si tenemos éxito, se levanta la justicia propia y secretamente se insinúa en el alma, de modo que incluso sus mejores obras continúan contaminadas por el amor al yo. Si avanza por un tiempo, se halla de repente otra vez en medio del fango. Entonces, ¿qué se debe hacer? Creer que debemos seguir siendo pecadores miserables todas nuestras vidas, es un consuelo desesperanzador. Confiar en el mérito y muerte de Cristo es muy apropiado, y el único fundamento de nuestra salvación; pero Él se dio a Sí mismo por nosotros para poder santificarnos (Efesios 5:26-27). Él no vino a destruir la ley, sino a cumplirla (Mateo 5:17). ¿Qué ayuda hay, entonces? El alma debe seguir adelante, y no puede. Debe dar algo, y sin embargo, no tiene nada. La hipocresía y la pretensión, ya no sirven. Sólo queda un medio, es decir, que tomemos la cruz y humildemente reconozcamos y aceptemos nuestra impotente condición; y cesemos de nuestros propios esfuerzos, para que Dios pueda llevar a cabo Su obra en nosotros. Y así, mediante una rendida y creyente dedicación, e inmersión en la fuente abierta de gracia y amor de Jesús, esperemos la feliz hora cuando el poderoso Redentor se revele, y cumpla en nosotros la justicia que la ley demanda (Romanos 8). Y esto es justamente lo que los escritores iluminados dicen, cuando nos dirigen al ejercicio de la oración y retiro internos, para que sólo busquemos y encontremos ayuda en la tranquilidad y confianza.

Mi querido amigo puede aplicarse a sí mismo, sin vacilación, lo que estos autores iluminados dicen con respecto a este estado, con esta única excepción: cuando hablan de formas más exaltadas de purificación, en las cuales, esas almas a las que hacen referencia, no pueden activamente volverse a Dios, recogerse y negarse a sí mismas, porque por la repetición de sus esfuerzos, ya han obtenido inconscientemente su objetivo; yo digo, que esto no te concierne, a menos que esté equivocado en mi conocimiento de tu estado. Debes volverte a Dios, no mediante algún esfuerzo mental, o por algún otro medio violento, sino por medio de un interno y a la vez rendido anhelo hacia Él; por medio de un apego real, cordial y confiado a Dios; y por una espera dulce y respetuosa de Él, en Su presencia interna. Tenemos este libre acceso por la sangre de Jesús. Estando reconciliados con Dios a través de Cristo, Él está favorablemente dispuesto hacia nosotros, de modo que podemos retirarnos internamente a Él con la sencillez de un niño, suplicarle Su perfecta ayuda y esperar Su respuesta. Aquel que escudriña el interior, ve que el alma, al volverse afectuosamente hacia Él, se aparta en la sinceridad de su voluntad (y sin pensarlo) del mundo, del pecado y de todo lo que pertenece al yo; por lo cual, nada de esto se nos imputa por amor de Cristo. Y por este mismo acto de retirarnos internamente, permanecer expuestos, etc., somos purificados de todas las corrupciones de la carne y del espíritu de la mejor y más fácil manera.

Mi querido amigo no debe ir en busca de su propia miseria; suficiente de ella aparecerá cuando Dios lo crea conveniente. No dejes que tu depravación sea el principal objeto de tus pensamientos. Dios, como

tu Amigo y Salvador; Dios, presente en tu corazón, debe ser ese objeto. Y cuando seas obligado a ver y a sentir tus corrupciones, sopórtalas en la presencia de Dios, tal como un niño enfermo sobre el regazo de su madre, hace que el dolor que siente sea percibido sólo por la conmovedora expresión de sus ojos. Mirarnos a nosotros mismos nos desordena; nuestra cura está en mirar a Dios. Recibamos, pues, el descubrimiento de nuestra miseria, como un verdadero favor de las manos de Dios, y soportémosla valerosamente delante de los ojos de Aquel, cuyo nombre es Salvador, sin buscar consolación en ningún otro lugar. El Señor conoce el momento oportuno. Incluso la espera es un avance imperceptible. El desánimo es consecuencia del amor al yo. Nuestra debilidad y nuestra miseria deben hacer que desconfiemos de nosotros mismos, pero nunca que desconfiemos de Dios, cuyo amor puro puede consumir más pronto nuestras miserias—cuando nos encomendamos a Él confiadamente—de lo que tarda el fuego en consumir la paja.

Ahora, amigo mío, no te sucede nada extraño; las mismas aflicciones son cumplidas en otros de tus hermanos en el mundo, aunque no en la misma medida y durante el mismo tiempo en todos ellos. No esperes nada de ti mismo, sino todo de la bondad de Dios, la cual está internamente muy cerca de ti.

Es una tentación común en tales estados, que el alma imagine que esto o aquello no le conviene, que una persona no conoce su situación exacta, que otra la juzga demasiado favorablemente, y cosas semejantes. No te ocupes de tales reflexiones. No te señalo a ti. Sé, que como yo, eres hijo de Adán. Todavía no has alcanzado el final de tu camino, pero tu ruta es correcta; y el amor eterno de Dios sólo espera que tú y yo nos dejemos caer en Su regazo tal como somos. Amén. ¡Qué así sea!

## *Carta 7*

### *A una Noble Señora*

Puedo fácilmente imaginar, que a pesar de tu alto rango, no faltarán sufrimientos y disgustos de varios tipos, y también estoy en parte consciente de que este es el caso. Tampoco debe sorprendernos que ellos sean dolorosos para la carne y sangre, como mencionas. Pero al mismo tiempo sabemos, que la carne y sangre de ninguna manera heredarán el reino de Dios, y que debe ser crucificada. Tu mente es ciertamente demasiado noble para permitir que por este motivo, se le impida prestar juramento de eterna lealtad al querido Capitán de nuestra salvación, y de perseverar con firme sinceridad en oración, en la buena batalla de la fe, y bajo el estandarte de la cruz de Cristo, esperando de Él la victoria sobre todos los poderes opuestos de la naturaleza. El destete de un niño del pecho de su madre no es tan útil para él, como cuando Dios nuestro Padre celestial se propone desprendernos, mediante la amargura de esta vida, del destructivo apego del alma a las cosas que se ven. ¡Oh, es gracia infinita cuando Él quebranta nuestras voluntades y rodea nuestro camino con espinos, no para que nos veamos obligados a separarnos de Él, sino para que podamos correr hacia él! Si pudiéramos reconocer las altas intenciones de Dios para

con nosotros cuando nos infringe dolor, besaríamos la vara de Su amor paternal, y lo amaríamos y nos aferraríamos a Él más cariñosamente.

Siento una gran inquietud cuando veo a los que todavía están en el estado de la naturaleza, haciéndolo todo a su propia manera; aquellos que o no conocen las decepciones, o siempre están buscando escapar de ellas mediante diversiones dañinas. Cuánto más conocemos a Jesús y el gozo de la comunión con él por feliz experiencia propia, más abiertos son nuestros ojos para ver todo lo demás con una visión nueva, es decir, sobrenatural. Su cruz se vuelve querida y amada en nuestra estima y Su reprensión honorable; mientras que por el contrario, el mundo y sus más nobles cosas ya no nos agradan. Pues Cristo y el mundo son demasiado opuestos entre sí, como para que habiten juntos en un mismo corazón.

Por lo tanto, aquel que estima como pérdida y basura todo lo que el mundo le pueda ofrecer, para poder ganar a Cristo, la perla de gran precio, es sabio y feliz tanto aquí como en el futuro. Amén.

## *Carta 8*

Querido hermano en la gracia de Jesucristo,

Aunque me tardo en responder a tus siempre bienvenidas cartas, de modo que podría parecer que surge de la indiferencia o falta de estima, te aseguro que nada está más lejos de mis pensamientos. Te amo; tu progreso es un asunto de importancia para mí, y a menudo me siento persuadido, en sencillez, a presentarte al Pastor y Obispo de nuestras almas, al estar en alguna medida familiarizado con tu estado.

Puedo creer fácilmente, que hayas sido ejercitado este verano con variedad de tentaciones y perplejidades. Sin la prueba y el ejercicio no podemos alcanzar el bien deseado. Es, sin embargo cierto, que en gran parte somos responsables de esto; pero la infinita bondad de Dios en Cristo nos sostiene, nos ayuda y nos recibe de nuevo con maravillosa y adorable paciencia. ¡Bendito sea nuestro misericordioso Dios en Cristo, que nos ha ayudado hasta aquí! ¡Amémosle! A menudo nos iría mejor, si sólo continuáramos en la sencillez de corazón, sin desear, aunque con buena intención, ser grandes y sabios demasiado pronto; porque es más difícil comenzar otra vez el A, B, C, después de haber empleado en vano mucho tiempo y preciosa fuerza. La intención es muy loable; deseamos crecer en piedad, y con este fin, leemos, examinamos, oímos y vemos una variedad de cosas, que en ese momento no comprendemos plenamente, ni podemos armonizar ni asimilar. Por lo tanto, necesariamente causan mucha confusión y ansiedad a la mente que tiene hambre de Dios. Sé lo que he tenido que pasar en ese sentido; y en esta hora, mi alma está agradecida con Dios por haberme preservado en mis años más tempranos, de una multitud de relaciones y oportunidades de oír y ver diversas cosas.

No me sorprende, por lo tanto, que la sociedad y la conversación con amigos a veces no te hayan generado satisfacción. Recuerdo bien lo que sentí cuando oí por primera vez de ti, y la razón por la que

no te di oportunidad de relacionarte con esta o aquella persona en particular, aunque observé que tú tenías inclinación a hacerlo. Era mi creencia que caminarías de manera más quieta y segura sin tales sociedades, y que a su debido tiempo, la providencia de Dios te enviaría compañía según tu necesidad; y por eso no me alegró verte obtener una multitud de obras teológicas de varias descripciones. No que yo tenga algo en contra de tales libros o sociedades, salvo que no todo lo que es bueno en sí mismo, es bueno para nosotros. Muchas verdades, y muy importantes, podrían confundirnos y estorbarnos si estuviéramos ansiosos de conocerlas antes de tiempo. (Juan 16:12) Por lo tanto, es mi plan encomendar en gran medida el alma a la libre guía de la gracia divina, y no conducirla a nada, sino a eso que Dios tiene la intención de conducirla, según mi mejor juicio. Pongo atención únicamente a los tratos de Dios, y exhorto a la persona cuando veo que está en peligro de sufrir daño. Yo me relaciono con algunos que buscan caminar de manera cordial y sincera delante de Dios, a quienes nunca les he dicho una palabra de los libros que yo mismo he publicado, porque no creí que les fuera de utilidad. Dios debe ser el maestro en todas las cosas, y nosotros debemos continuar siendo Sus alumnos, y aplicarnos estrictamente a la lección que se nos da para aprender.

Conocemos cómo Su amor eterno nos ha buscado e internamente nos ha encontrado en Cristo. Ahora encontramos en lo más íntimo de nuestro corazón, un anhelo y una inclinación profundos y secretos de ser liberados del pecado, del mundo y del yo, y de ser unidos nuevamente a la fuente de la que emanamos. Para lograr esto, no necesitamos ocuparnos en las cosas externas, ni hacer grandes preparativos, ni pensar en cumplirlo en nuestros propios esfuerzos. La sinceridad es necesaria, es cierto, pero una sinceridad en la humillación, retiro interno y paciente espera. El poder para cumplir esto está muy cerca. Sólo debemos mantener este deseo secreto e interno, y ceder ante él. Porque es por esta inclinación del corazón, que el poder de Dios y nuestro querido Redentor están presentes; de quien sólo debemos esperar ayuda y salvación. Aferrémonos a Él con el espíritu de un niño, con humildad y confianza, creyendo en Su misericordiosa presencia, adorando a Aquel que está presente en nosotros, amándolo, encomendándonos enteramente a Él; en una palabra, teniendo comunión con Él, como nuestro Dios y nuestro mejor amigo, quien es completamente suficiente para nosotros. Si actuamos así—y cuando Él percibe que nuestro único objetivo es agradarle de la mejor manera posible—Él viene a nuestra ayuda, y obra en nosotros virtudes sustanciales y mil bendiciones según nuestra necesidad. Él entonces nos enseña, desde el amor a Él, a amar la cruz, a hacer morir toda ambición del yo, y a renunciar a toda otra vida e inclinación, para que todo dentro de nosotros se vuelva única y simplemente hacia Él, y sólo Él sea nuestra vida y nuestro tesoro. En resumen, aquel que sólo se ejercita en la sencillez infantil en este importante punto, sin prestarle mucha atención a algo más, puede confiar en que el Señor le proveerá maravillosamente. Si lo necesita, Él le enviará un libro o un amigo fiel para que lo fortalezca y lo anime; y si está dispuesto a permanecer en ignorancia infantil, estará en el estado mental que lo capacita para ser guiado por el Espíritu de Jesús a toda verdad, según Su beneplácito, y para que haga de él lo que Le plazca.

Por lo tanto, comprenderás, mi querido hermano, que no te desaconsejo por completo que te asocies con amigos, o que leas; mucho menos que yo considere sospechoso, o de poca importancia, eso mediante lo

cual un alma puede nutrirse en lo principal; esto sería orgullo espiritual. Sólo te advierto contra la superabundancia, contra vivir en las cosas externas, contra juzgarlo todo sin la debida distinción y examen, y contra entrar demasiado profundamente en compañía con otras personas y en reflexión intelectual. La siguiente manera de examinar estas cosas es muy sencilla: Lo que nos fortalece en lo principal, lo que entra en la mente sin forzarla, y la serena durante el tiempo de retiro y oración, es de utilidad para nosotros; pero nada más. No obstante, no debemos rechazar otras cosas, sino dejarlas. “¿Qué es esto para ti?”, Jesús todavía dice: “¡Sígueme!” Con respecto a asociarte con otros, mi consejo continúa siendo: “Amistad con todas las buenas personas, pero comunión con pocas”. Y si la providencia de Dios nos da esas pocas, a quienes hemos encontrado fieles, amémoslas y estimémoslas más, puesto que tales personas son raras de ser halladas en el presente, teniendo cuidado, sin embargo, de no idolatrarlas.

Camina con sencillez; sigue adelante con confianza, mi querido hermano, siempre atendiendo lo principal: la oración, la negación al yo, amando y sufriendo. No temas los pensamientos errantes que te acosan contra tu voluntad; soportando estos y otras cosas con disgusto, pero al mismo tiempo con confianza, es la manera de ser liberado de ellas. Hay mucha depravación en nosotros, y tanto el descubrimiento de ella como nuestra redención de ella, son por gracia.

Es Dios quien debe obrar en nosotros el recogimiento interior y todas las otras bendiciones, en lugar de que ésto sea el resultado de nuestros propios deseos y esfuerzos. Aun así no debes ser demasiado escrupuloso en tus ejercicios devocionales; los buenos hijos hacen lo que se les da a hacer, lo mejor que pueden, y están deseosos de mejorar cada día. ¡Qué el amor filial te gobierne en todas las cosas! Recoger una paja, con la intención de agradar a Dios, es de mayor valor ante Su vista, que mover una montaña sin tal intención. ¡Qué nuestro querido Redentor mismo obre en nosotros todo lo que es agradable ante Su vista! Él es fiel y lo hará. Ora por mí, así como yo también lo hago por ti, aunque en debilidad, y permanezco a través de la gracia como,

Tu agradecido compañero y hermano.

## *Carta 9*

Querido amigo en la gracia de Dios,

He recibido debidamente tu breve carta a través de un amigo, y me ha complacido, y aunque mi tiempo es limitado, te escribiré algo en respuesta, como me lo has pedido, y según me capacite Dios.

Repito, pues, mi última amonestación: Ama y ejercítate más que nunca en soledad, oración y negación al yo. La soledad es la escuela de la piedad. Estás llamado—¡piensa qué gracia!—a conversar con Dios; debes, por tanto, evitar por todos los medios toda conversación innecesaria con los hombres.

Esto es especialmente necesario, mientras sigamos muy débiles; debemos escapar del enemigo, y no

acercarnos demasiado a la perspectiva del mundo ni de la criatura, para que no perdamos de vista la cercanía del Creador, y para que el mundo no nos deslumbre, venza y tome cautivos de nuevo. No debemos mirar demasiado a la criatura, para que así podamos perder gradualmente el recuerdo y el afecto por ella, y nos convirtamos en verdaderos extranjeros que caminan únicamente con Dios en el cielo.

¡Ama orar! Que orar sea tu constante ocupación desde la mañana hasta la noche. Que tu corazón y tus deseos sostengan continuamente una conversación con Dios, en sencillez de corazón; porque ‘Sus delicias son con los hijos de los hombres’.

Reflexiona a menudo, y si es posible, incesantemente—con sentimientos de amor y reverencia—en Él, en Su presencia y en Sus perfecciones, y ofrécele a menudo tu corazón—con todo lo que tienes y eres—y toda tu habilidad en espíritu y verdad, tan cordial y sinceramente como te sea posible. Si por debilidad o infidelidad abandonas este ejercicio, que es tan increíblemente útil y hermoso, todo lo que tienes que hacer es comenzar de nuevo mansa y sinceramente; y no te canses de ello, aunque al principio no encuentres ninguna ventaja o no hagas un rápido progreso en ello. No es cierto que tal estilo de vida sea difícil; es fácil y placentero para el espíritu, y a su debido tiempo, se convierte en algo así como un cielo sobre la tierra. Sólo se necesita un poco de paciencia y valor. Con respecto a los tiempos expresos y particulares de oración y recogimiento, ya conoces mis sentimientos. Sé igualmente fiel en este aspecto, no te permitas ser apartado de ello por cualquier objeción que la razón te plantee, o por la pereza de la naturaleza.

La negación al yo hace la oración más fácil, y la oración aligera a la vez, la negación al yo. Alégrate cuando se presente la oportunidad de negar tu propia voluntad o placer, o cualquier otro asunto, sea el que sea, por amor al Señor. Actúa en santa oposición contra tu naturaleza depravada en todas las cosas, e incluso, declárale la guerra en los asuntos más pequeños. Cuánto más restringida esté la carne, más libertad y deleite experimenta el espíritu al vivir con Dios y en Dios, su verdadero elemento. Examina con frecuencia a qué estás más apegado; niega eso primero y sacrifícalo valientemente, a fin de que puedas dedicar todo tu corazón, amor y deseo a Dios en castidad virginal. Sé fiel a las más pequeñas convicciones de tu espíritu, y si se levantan miles de impedimentos de tu voluntad corrupta, carnal y natural, apártate de ellos con la renovada voluntad de la mente que Dios te ha dado, y que ningún poder del infierno es capaz de constreñir. De esta manera conversas con Dios y Dios contigo, y a Su debido tiempo Él te liberará de toda atadura. Huye, en especial, de las pasiones juveniles que tanto oscurecen la mente y nos alejan de Dios. Nuestros cuerpos deben ser un templo puro para el Señor.

Ábrete paso, mi querido amigo, en todos los aspectos, especialmente en el asunto del que conversamos recientemente. No dudes ni un momento. Dios, en este caso, requiere de ti un sacrificio voluntario, y no te dejará descansar hasta que le des tu consentimiento completo y sincero. Repito; no te dejes persuadir de que el servicio a Dios es desagradable, difícil e impracticable; en su lugar, preséntatelo a ti mismo como una vida hermosa, agradable—y a través de la gracia divina—fácil, lo cual es en realidad así para el espíritu, cuando comienza correctamente en el nombre de Dios. ¡Qué nuestro misericordioso Señor, que

por Su gran misericordia me ha llamado a mí y a ti a servirle, nos dé todo lo que es necesario para seguir fielmente Su llamado! Concluyo con esto y permanezco como,

Tu afectuoso amigo.

### *Carta 10*

Querido hermano en la gracia de Jesús,

Tus cartas del 25 de enero y del 22 de mayo, han llegado a mis manos. Mi ardiente apego a la vida escondida con Cristo en Dios, produce en mí una continua indisposición a ampliar mi círculo de conocidos y correspondencia; pero el Señor a menudo lo ordena en contra de mi inclinación, y no puedo ni quiero resistir Su mano en nada.

Ahora me siento en la libertad, querido hermano, de asegurarte con sencillez mi afecto cordial, y que con frecuencia te saludo en el espíritu de amor de Jesús, y que tus cartas me han complacido y refrescado. Me regocijo de que Dios te haya concedido un gusto por el retiro y la vida interior, a la que Él te está persuadiendo. Es un gran favor, y a la vez inmerecido, ser llamado a esta preciosa vida, la cual debe ser correspondida por nuestra parte con gran fidelidad. Dios nos invita a Su amorosa comunión; Él se propone preparar nuestros espíritus para que sean Su habitación y templo, y que en este santuario interno, contemplemos la belleza del Señor. ¡Oh, qué misericordia! Entonces, si los desbordamientos del amor de Dios hacia nuestras almas indignas son tan excesivamente abundantes, nosotros, querido hermano, también debemos ser muy liberales, y no retenernos en ningún aspecto de este eterno Bien que busca tenernos única y completamente para Él. Pertenecer enteramente a Dios es el verdadero secreto de la vida interna o mística, de la que la gente se forma ideas muy extrañas y horribles. No hay nada más simple, seguro, agradable e influyente que esta vida del corazón, que no es el resultado de la lectura o el ejercicio mental, sino que es completamente conocida y experimentada muriendo a las cosas creadas y amando al Creador; es consecuentemente más la obra del Espíritu de Jesús en nosotros, que nuestra obra. Estar atento a la operación de Su Espíritu y de Su atractiva influencia, satisfaciéndolas y siguiéndolas, nos separa internamente y nos hace espirituales. Cuando este espíritu de amor es debidamente atendido, le imparte al alma la misma mente que estaba en Cristo Jesús, y es conformada a Su imagen, casi tan imperceptiblemente como es formado un niño en el vientre. La conduce cada vez más profundamente al abandono de todas las cosas creadas, y de sí misma también, hacia una rendición sin reservas a Dios. Él no requiere dicha rendición con severidad legal, sino que conduce al alma obediente a dicha rendición, y le da al individuo una inclinación central y sobrenatural, que lo hace estar dispuesto a pesar de sí mismo, y a seguir al Cordero dondequiera que vaya.

Cuanto más sincera y serena sea nuestra devoción interior, y más a gusto nos sintamos en ella, tanto mejor y más puro es nuestro caminar. El ejercicio específico de la oración interna, o retiro interior, sirve



principalmente para que con sencillez infantil, estemos atentos a la delicada guía del Espíritu Santo, y le demos el completo dominio sobre nosotros. Las formas y esfuerzos del yo son inútiles aquí, son sólo un estorbo; debemos permanecer como una pobre y amorfa arcilla en las manos del Alfarero. Entonces la mano del divino amor nos forma según Su propio diseño; nos conduce a una sencillez ingenua y a una amorosa humildad; nos hace mansos y sumisos; nos enseña a desistir de todas nuestras propias intenciones, y a hacer que Dios sea nuestro único objetivo; nos coloca en una completa separación del egocentrismo; Dios se convierte en el único y completo tesoro de nuestra alma, y se glorifica a Sí mismo en ella según Su beneplácito.

Que ésta sea, entonces, toda nuestra preocupación en el futuro, mi querido hermano, seguir ciega y claramente a Aquel que nos ha llamado con un llamamiento santo. Estoy seguro de que este es el modo en el que Dios desea que lo busquemos y aprendamos a servirle en espíritu y verdad, aunque yo mismo sea bastante miserable. La verdadera vida interior no es algo nuevo o extraño, es la antigua y verdadera adoración, la vida Cristiana en su belleza y apropiada forma. Aquellos que viven verdaderamente retirados en el interior, no conforman una secta particular; si todos siguieran la vida y doctrina de Jesús, bajo la guía de Su Espíritu, todos estarían sin ninguna duda, en el interior, y el mundo estaría lleno de Cristianos místicos.<sup>1</sup>

No sé la razón por la que escribo así, viendo que tú, mi querido hermano, ya has obtenido del Señor suficiente certeza de este tema. Permanezcamos, pues, sólo en el Señor y encomendémonos a Él más sinceramente, porque Él es muy compasivo; es decir, en las pruebas de aquellos que le aman, Él es eternamente todo suficiente para nuestros espíritus. Si el Señor, en alguna medida, ha condescendido a bendecir mis cartas imperfectas para tu alma, sólo a Dios sea la gloria, que da de comer al hambriento, aunque tenga que convertir piedras en pan.

Si es la voluntad del Señor que nos veamos otra vez, me será grato; si no, nos separaremos en el corazón de Jesús, y nos saludaremos, abrazaremos y bendeciremos ahí, en el nombre de Aquel que nos ha amado. Preséntame como una ofrenda a Su hermosa Majestad, según la gracia que Él te ha concedido. Yo haré lo mismo con todo mi corazón. ¡Qué Jesús te bendiga, mi querido hermano, y te conforme a Su propio corazón, en el que continuamos unidos, aunque ausentes en cuerpo! Permanezco a través de la gracia de Dios como,

Tu muy afectuoso hermano.

---

<sup>1</sup> Todo lo que es obrado por el Espíritu de Dios, es un misterio para la mente carnal, y por eso los hombres del mundo, y los que sólo están parcialmente iluminados, llaman “místicos” a los que han alcanzado un grado de luz y conocimiento divino mayor que ellos.

## *Carta 11*

Querido hermano en la gracia de Dios,

Recientemente he sido favorecido con tu agradable carta a través de nuestros queridos amigos, con quienes tengo la intención de enviar la presente, y siento en mi mente completo acuerdo con las observaciones que haces.

Es cierto, que con frecuencia uno no puede mirar la conducta y las prácticas de las personas que han sido despertadas, y la algarabía que crean, sin una santa aprensión y preocupación. Sin embargo, no debemos apresurarnos a rechazarlo y desaprobarlo por completo, porque hay muchas que parecen necesitar guía y apoyo—debido a la miserable incapacidad de la mente errante y perturbada—para poder percibir y distinguir la atracción interna y la operación de la gracia divina. Sería bueno que dichas personas no continuaran siempre en el mismo ciclo de prácticas, sino que con diligencia se apresuraran a su objetivo, y sabiamente ordenaran y moderaran todo lo demás hacia la meta de la santidad sustancial, en comunión interna con Cristo, para que no permanecieran siempre lejos, ni gastaran sus débiles pero nobles poderes de gracia, en cosas que no son provechosas.

Lo que guía a la mente escrutadora directamente hacia la muerte de la criatura, de la sensualidad y del yo; lo que nutre, vigoriza y recoge el corazón, y lo llena de amor y reverencia hacia la omnipresente majestad del Dios de amor, y en algún grado puede contribuir con esos fines, es digno de toda aceptación, por más indigna y externa que pueda ser la cosa en sí misma. Si realmente deseáramos conocer el árbol por sus frutos, pronto seríamos capaces de distinguir si muchas de las prácticas y movimientos del mundo religioso sirven para promover u obstruir el reino de Cristo, y hasta qué punto.

Un ojo no iluminado e inexperto apenas puede creer, cuán grande es la incapacidad de un hijo de Adán para una interacción y comunión sustanciales con su Dios y origen, y cuán bajo, y con cuánta paciencia, debe condescender este Bien eterno con nosotros y conducirnos como niños, para que podamos ser gradualmente despojados de toda aleación, ser llevados cerca de Él, y ser hechos aptos para Él. Él pasa por alto miles de tonterías, conduce la intención sincera a través de todas las cosas, y sabe cómo separarlo todo a su debido tiempo. Si hemos experimentado esto en nosotros mismos, aunque sea en parte, nos conduciremos modestamente con respecto a los demás, consideraremos las buenas intenciones y motivos, y gustosamente los dirigiremos hacia el objetivo deseado.

No es sin el permiso, dirección y cooperación divinos que surge un rumor de avivamiento, primero en un país, período y pueblo, y luego se siente en otro por un tiempo, y anima a muchos a lo que es bueno. No obstante, esto no ocurre sin la entremezcla de mucho de lo que es humano, sectario e imperfecto entre la mayor parte, tanto de los instrumentos como de los que son despertados; aun así, el paciente amor descende y bendice la bien intencionada e imperfecta obra. En resumen, se echa la red al mar y se recoge una multitud. Después de un tiempo, gradualmente se calma y parece disminuir. Muchos, carentes de un

cambio profundo, que fueron sólo presionados a entrar, por decirlo así, regresan al mundo. Los que son sinceros, perciben cada vez con mayor claridad, la imperfección de sus obras anteriores. Le red se rompe y cada uno sigue su camino.

¿No es la intención de la Sabiduría, mediante esto, el darles más libertad a los rectos, animarlos a una atención más profunda y atraerlos más profundamente hacia su interior, para que así puedan oír en el centro de sus almas Su tranquilizadora voz, que durante la agitación anterior no pudo ser tan bien escuchada?

Así es como la Sabiduría ordena y separa todo con precisión, tanto en general como en particular, a su debido tiempo. Lo que anteriormente servía para despertar, edificar y era disfrutado, después, a menudo deja de producir sus anteriores efectos, de modo que incluso la capacidad y la inclinación, con frecuencia se retiran de manera sorprendente. Pues cuando los principios de gracia se hunden profundamente, ya no se manifiestan en la región de los sentidos, sino en el silencioso centro y santuario del alma, donde buscan espacio. Ha llegado, ciertamente, el tiempo de la verdadera separación, en la que ya no vivimos para nosotros mismos, ni nos involucramos en ninguna tarea externa y elegida por nosotros mismos, sino que en el ejercicio de la más sentida y sincera humildad y abstracción, dejamos que el Señor obre en nosotros, y esperamos sólo de la gracia lo que no podemos darnos a nosotros mismos. Pues no hay verdaderamente nada que justifique o satisfaga, sino lo que Dios mismo imparte y obra sin mezcla en el centro del alma, donde el amor eterno de Dios, en el misericordioso nombre de Jesús Emanuel, está muy cerca y abierto a nosotros, pobres pecadores; en ésto nos sumergimos y vivimos para Su gracia gratuita. ¡A Él sea la gloria por los siglos de los siglos!

## *Carta 12*

Querido amigo y hermano,

He retardado por un tiempo responder tu amable carta del 21 de marzo, porque no sin razón, temo entrar en una correspondencia más extensa. Además de esto, ya estoy muy ocupado, y al mismo tiempo, estoy experimentando cada vez más, que la verdadera e interna vida Cristiana, a la que me encuentro llamado por la divina misericordia, exige una atención estricta a lo que pasa en el interior, si queremos, en este estado mortal, acercarnos al fin de nuestro llamado, que es, a una verdadera comunión y unión con Dios en el espíritu.

Nuestro Señor Jesús estuvo en silencio y permaneció oculto por treinta años, para que por Su ejemplo, pudiera inspirarnos un afecto por la verdadera vida retirada, y apenas pasó cuatro años de manera pública. A menudo pienso, que si nosotros los que hemos sido despertados, soportáramos en silenciosa humillación y oración sólo cuatro años de prueba antes de mostrarnos públicamente, nuestra posterior actividad sería un poco más pura y menos perjudicial para el reino de Dios, tanto externa como

internamente. Ésta es una tentación secreta pero común del enemigo, y una sutil artimaña de la carne, por medio de la cual el tentador busca apartarnos de la única cosa necesaria y debilitar nuestra fuerza, haciendo que nos involucremos en un gran número de asuntos. Sin embargo, la carne y su descendencia —que encuentra que una vida de humillación es demasiado estrecha y demasiado desagradable— puede respirar muy fácilmente, e incluso mantenerse a sí misma en cada ejercicio externo, espiritual y aparentemente provechoso, mientras que el misterio de iniquidad permanece en el fondo sin ser percibido y sin ser llevado a la muerte.

Por lo tanto, mi querido amigo, por amor y honor a Dios, cerremos los ojos de nuestras mentes a los caminos y obras menores, para que podamos atender únicamente, en espíritu manso y quieto, nuestra santa vocación que nos ha sido misericordiosamente dada a conocer, y que será todavía más revelada en nuestros corazones. Es *en el corazón* y no en la cabeza, donde el amor que atrae y recoge se hará sentir cada vez más eficazmente; cuyas sanas doctrinas de la más profunda renuncia de todas las cosas, la negación al yo, el menosprecio de sí mismos, tomar Su cruz, y permanecer en Él con el espíritu de un niño, nunca deberían parecernos obsoletas, y deberían ser de mayor valor para nosotros, que todos los antiguos y modernos razonamientos juntos, tanto de ortodoxos como de separatistas.

¡Oh, mi Dios, cuánto hay que hacer, sufrir y experimentar internamente al seguirte y estar en comunión Contigo! ¡Cómo es posible que dejemos que cualquier cosa externa nos distraiga de nosotros mismos, y que nuestra atención se ocupe de trivialidades, cuando podríamos ver y experimentar en nuestro interior lo que es la verdad y la realidad! ¡Permítenos abandonarnos completamente y abandonar todas las cosas creadas, y poner la mira de nuevo sobre Ti, que eres el supremo Bien y la plenitud de amor! Amén.

Mi querido amigo no tomará a mal lo poco que ha fluido de mi pluma sin reflexión. Tu propia experiencia te enseñará todas estas cosas de una manera superior; sin embargo, el afecto Cristiano no me permitía dejar tu carta enteramente sin respuesta, y también espero que nuestra amistad en el Señor no quede sin bendición. ¡Qué Dios sea alabado por toda la misericordia que te ha mostrado, mi querido hermano! ¡Amémoslo, porque Él nos amó primero!

### *Carta 13*

#### *A una Noble Señora*

Querida hermana según la alta vocación de la gracia,

Aunque me siento débil y cansado con respecto al cuerpo, el amor de Cristo me constriñe a testificar con unas pocas líneas, que tu carta del 8 de noviembre del año pasado, resultó muy reconfortante para mí, y ha sido a menudo respondida por mí en espíritu.

¡Bendito sea Dios, quien en Jesucristo nos ha concedido comunión con Él y entre nosotros,

independientemente y contrario a todos nuestros merecimientos! En el presente, y tan a menudo como el Señor me lo recuerda, deseo, como uno que es pobre en sí mismo, recibir de la plenitud cercana y disponible de Dios, mientras cordialmente le deseo a mi estimada hermana todo progreso en la vida de Dios, y todo deleite en el Dios de amor. También estoy persuadido, en todo momento, de una comunión espiritual similar por tu parte.

Cuanto más vivo, más veo y experimento que nadie es bueno sino sólo Dios; que sólo lo que Él es y hace en nosotros, nos hace santos y felices. La humanidad percibe y considera lo que es externo y material, y respeta las apariencias, pero su juicio rara vez es conforme a la verdad, porque hay muy pocas obras hechas en Dios. Es cierto que Dios tiene infinita paciencia con nosotros en nuestro estado mezclado; sin embargo, es un gran error considerar cualquier cosas como buena además de Dios, y aquel que lo hace, no está aún en la verdad. Debemos hacerle espacio a Dios, o más apropiadamente dicho, Dios debe hacerse espacio en nosotros; porque nuestra miseria es tan grande, que cuando escapamos de nosotros mismos en un lugar, nos encontramos otra vez en otro lugar, en la misma cosa. Somos completamente miserables y estamos entontecidos; adornarnos y embellecernos no sirve de nada; toda la masa es corrupta, y debemos ser llevados por Dios fuera de nosotros mismos hacia Él. Nadie es bueno sino sólo Dios; y el que se sumerge y se pierde verdaderamente en Él, se vuelve bueno a través de Él, por muy malo que sea.

¡Ojalá que todos los pobres pecadores contemplaran con nosotros este mar abierto de infinita bondad, que está tan cerca de nosotros en Jesucristo! ¡Cómo se sumergirían en él y encontrarían cura para todas sus enfermedades! No obstante, hay muchos, que sintiéndose todavía a sí mismos, se quejan amargamente diciendo: “¡Cuán cansado estoy de mí mismo, y sin embargo, todavía estoy obligado a soportarme! La gente dice: ¡Abandónate!, pero yo no encuentro la puerta”. Pero este es el punto: El que no se ha sentido a sí mismo debidamente, no se ha abandonado a sí mismo debidamente. Debemos experimentar que somos incapaces de hacerlo por nosotros mismos, para que en este sentido, también se le dé la gloria a Dios. Dios mismo debe sanarnos y santificarnos, y lo hará, pero no sin aflicción. En mi opinión, este es el origen de esa verdadera pero rara rendición y perseverancia, a lo que ninguno puede llegar sin sufrimiento y humillación, aunque sea una fuente de vida y paz celestial.

¿Señor, cuándo dejaremos de ser un obstáculo para Ti y para nosotros mismos? ¿Y cuándo serás todas las cosas en nosotros; sí, todo en todos? ¡Qué así sea eternamente! Amén.

No ofreceré ninguna disculpa; escribo con sencillez tal como fluye de la pluma. Deseo saludarte de nuevo a ti y a toda tu noble familia en el nombre de Jesús, y por gracia permanezco como,

Tu débil consiervo en el Señor.

## Carta 14

Querido hermano en la gracia de Jesús,

Veré si tengo tiempo y capacidad para escribir unas pocas palabras en respuesta a tu pregunta, para la cual, sin embargo, no bastará una breve carta, por tratarse de un tema más propio de la comunicación verbal.

El estado de arrepentimiento, de la ley y de las persuaciones del Padre, en términos generales, son una y la misma cosa, porque tanto uno, como los otros, son una preparación para Cristo y para la regeneración, o para el estado del nuevo pacto. Pero a veces se observa una distinción.

Aquel, que constreñido por las sinceras reprimendas, exigencias y angustias de su conciencia, obra en su propia fuerza, se abstiene del mal, y hace el bien para calmar su sufriente mente, se puede decir apropiadamente, que todavía está bajo la ley; pero si yo lo llamara “el estado de arrepentimiento”, debe estar acompañado de una mayor humillación y contrición por los pecados cometidos. Y cuanto más un alma—consciente de su pecaminosidad, miseria y debilidad—suspira, anhela perdón en Cristo, y que Su poder y gracia operativos renueven el corazón, más apropiadamente podría ser llamado “las persuaciones del Padre”. Aunque estos tres apelativo, como ya dije, por lo general significan lo mismo, y a menudo están unidos.

La seguridad del perdón de los pecados comúnmente se toma por creer en Jesús, pero en mi opinión, eso es incorrecto. Lo que yo acabo de llamar más adecuadamente “las persuaciones del Padre”, también podría llamarlo con propiedad, creer en Jesús; porque el Padre nos persuade hacia el Hijo. Sin embargo, la fe en Cristo tiene sus grados. Al principio es un ‘*venir a Jesús*’ (Juan 6:35), es decir, con hambre y deseo, tal como he dicho con respecto a las persuaciones del Padre. Después, es un ‘*recibir a Jesús*’ (Juan 1:12), lo cual no puede ocurrir, a menos que la voluntad sincera del alma deje de una vez el mundo, el pecado y el yo. Al avanzar, la fe es un ‘*permanecer en Jesús*’ (Juan 15) con inclinación ferviente, lo cual podría ser llamado, retirarse al interior, o unirse a Él (1 Corintios 6:17). Y así, al permanecer y caminar en Jesús, somos cada vez más arraigados y cimentados en Él (Colosenses 2:7); lo cual, sin embargo, no se cumple sin aflicciones y pruebas. Finalmente, la fe es ‘*un habitar de Cristo en el alma, y del alma en Cristo*’ (Efesios 3:17; Juan 17:23), y *llegar a ser uno con Él*. Si te remites y consideras los pasajes citados, tal vez puedas obtener más luz sobre el tema.

Puedes darte cuenta de que yo no considero la fe simplemente como un acto del entendimiento, por medio del cual nos representamos e imaginamos que Cristo ha hecho una expiación suficiente por nosotros; sino principalmente, como un acto de la voluntad y del corazón, en el que nuestro amor, deseo y confianza son alejados de nosotros mismos y de todas las cosas creadas, y dirigidos a la gracia de Jesús, para que por Él, podamos ser liberados tanto de la culpa como del dominio del pecado. Es cierto, la confianza es un componente esencial de la fe; pero tan pronto como hay un anhelo de gracia, o de

acercamiento a Jesús, ésta es acompañada de confianza, aunque frecuentemente esté muy escondida por el pecado y el temor. Porque nadie acude a un médico en el que no confíe. Si continuamos acercándonos, la confianza se manifestará a su debido tiempo. La luz brilla en las tinieblas, y la confianza brota de la ansiedad y el desaliento.

Entonces, eso que es llamado una persuasión interna, propiamente hablando, es fe en Jesús, acompañada por una confianza ferviente y tierna. Esta persuasión interna se manifiesta a algunas almas, como el destello de un relámpago; pero desgraciadamente, rara vez se le da el espacio apropiado, o se le atiende debidamente; de lo contrario, el alma sería rápidamente liberada de la servidumbre e intranquilidad, y fortalecida hasta la completa rendición.

Tu pregunta sobre el libre albedrío es ambigua. Por lo general se entiende el libre albedrío, como la voluntad de querer lo que es bueno, y la capacidad de hacer lo que es bueno; y en este sentido, por naturaleza nadie tiene libre albedrío. Pero si por libre albedrío entendemos la capacidad de dirigir libremente nuestra voluntad para elegir el bien o el mal que *se nos presenta*, entonces no sólo todo hombre tiene libre albedrío, sino también el diablo mismo. Ahora bien, el hombre no posee naturalmente luz, ni nada a lo que su voluntad sea capaz de volverse, sin embargo, la voluntad es libre en el ámbito de las tinieblas, tal como un pez en el agua, pero no es capaz, ni quiere salir de ahí. Es cierto, que en esta condición, la luz brilla a través de Cristo, y cuando se ofrece a sí misma a un hombre, entonces su voluntad es libre de abrir la ventana de su corazón o no. Pero el hombre no es capaz de hacer esto por naturaleza, sino por la misericordia de Dios. Digo, *puede* hacerlo, pero no quiere; porque la luz le causa dolor y por ese motivo la aborrece. Por lo tanto, Dios no sólo le ofrece luz y gracia, sino que también le da un buen impulso e inclinación a la voluntad, para que la luz le parezca deseable y el mal aborrecible. Dios, debido a Cristo, ciertamente actúa así para con el hombre, de modo que el incrédulo se queda sin excusa. No obstante, el Señor no fuerza a nadie; Él les ofrece fe a todos (Hechos 17:31; lectura marginal), y luego el hombre queda en libertad de aceptarla o rechazarla. En otros sentidos, el hombre que realmente tiene libre albedrío, es el que ha rendido y perdido por completo su propia voluntad en Dios. Un pez puede estar en libertad sobre la tierra y moverse, sin embargo, en ningún lugar es verdaderamente libre, sino en el agua. Lo que el agua es para el pez, Dios lo es para el espíritu del hombre. Aquel que sigue su propia opinión, impulso y voluntad, sea de manera evidente o sutil, es un esclavo cautivo. Los reyes de este mundo son, por naturaleza, tan poco libres con respecto a la voluntad, como un prisionero en la cárcel. Nuestro espíritu y nuestra voluntad viven totalmente bajo restricción y presión, hasta que los entregamos por completo y los perdemos en Dios—porque fuimos creados para este fin; y entonces somos en verdad libres, felices y bienaventurados. ¡Ojalá esto se confirme en nuestra experiencia!

No obstante, querido hermano, es innecesario y a menudo perjudicial, que el alma busque conocer en detalle los diferentes grados de la vida espiritual. No es necesario decir mucho sobre el tema; ocasionalmente puede servir para la información del que tiene que instruir a otros, pero él no debe buscar conducir a otros según un plan en particular, así como Dios no guía a cada alma de la misma manera. Por ejemplo,

muchos al comienzo entran en un camino de severa legalidad; otros en profundo arrepentimiento y aflicción por causa de los pecados pasados; y otros son atraídos de nuevo por la amorosa bondad y tierna misericordia. Algunos llegan a ver su propia depravación, etc., al principio; otros después. Por consiguiente, el que quiera ministrar a otros debe seguir a Dios, observarlos, y actuar como una niñera que sigue a un niño y sólo interviene cuando corre peligro. Sin embargo, nuestro propio ejercicio en la oración y negación al yo, es lo que debe darnos la verdadera visión de los caminos de Dios. ¡La soledad, la oración y la negación al yo! ¡Oh, cuán necesario es esto para cada alma en este tiempo! Debemos vivir en dichos ejercicios, y cuando sea necesario, escribir y darles oportunidad a otros para que los practiquen.

Un ministro debe también esforzarse por inspirar en el alma una buena confianza hacia Dios en Cristo, pero sin perder de vista la negación al yo, a fin de que el individuo pueda despegar el corazón, voluntariamente y por amor a Dios, de todo lo demás y fijarlo sólo en Él. Aquel que camina desordenadamente debe ser exhortado; pero no debemos imponer demasiadas leyes para la negación al yo por particularidades, sino dejar que la gracia las combata, e insistir principalmente en la completa rendición del corazón. Debemos saber cómo ceder ante los débiles, y sin embargo, mantener el objetivo a la vista, para que haciendo un pequeño rodeo, puedan ser llevados imperceptiblemente más cerca de él. ¡Dios les conceda a los que actualmente tienen que conversar con otros sobre cosas espirituales, una medida rica de Su Espíritu! ¡El Único que es suficiente para ello!

Mi tiempo se ha agotado, por tanto, debo terminar aquí. Tal vez no puedas leer mi escritura o entender lo que quise decir apropiadamente. El hermano N\_\_\_\_\_ puede leerlo contigo; en todo caso, no es para todos, especialmente porque escribo de prisa. ¡Que el Señor te bendiga y fortalezca, especialmente en el hombre interior! Recuérdame también. Permanezco,

Tuyo en la debilidad, etc.

## *Carta 15*

Para\_\_\_\_\_,

Me resulta cada vez más evidente, que Dios ama tu alma y que tiene Su ojo específicamente dirigido hacia ti, para ayudarte y preservarte, y gradualmente conducirte a que pongas tu vida y tu deleite sólo en Él, y en la sumisión incondicional y voluntaria, a toda Su voluntad divina. Hacia esto tienden todos tus sufrimientos y dificultades; y de aquí se levantan principalmente todas tus molestias, y el disgusto e indiferencia que sientes hacia las cosas divinas, porque la vida del yo ve que se aproxima su final, y aún no cree que su destino esté tan plenamente decidido, y que la sentencia será ejecutada sin misericordia. Supongo también, que a veces hay momentos en los que le es dada una pequeña esperanza, que hace que sienta aún más severamente, cuando la mano del divino amor lo clava nuevamente en la cruz y lo lleva donde no quiere.



Pero que tu naturaleza depravada sepa, de una vez por todas, que el espíritu nacido del cielo y la voluntad del espíritu, ya no tomarán su parte, ni estarán en términos de intimidad con ella. No, mi querido hermano, dejemos de esperar vida, consuelo o placer de esa parte, ni nos aferremos a ella cuando se presente; porque en realidad no la necesitamos. Sólo dejémonos reducir, soportemos la cruz un poco más, y con creyente expectativa, démosle la gloria al Dios verdadero y fiel, y pronto serán percibidos e impartidos al alma una vida, un consuelo y un deleite muy diferentes y completamente satisfactorios—una vida, de la que un cuarto de hora de disfrute y experiencia de ella, es suficiente para contrarrestar cien años de espera y sufrimiento. A su debido tiempo, todo lo que era previamente tan difícil, será fácil; y lo que antes se nos presentaba como un profundo abismo y como algo inalcanzable, se encontrará al alcance y se volverá natural.

Todo depende de la misericordia gratuita de Dios, de la impartición de Sus influencias, y de la operación de Su gracia. Recíbelas pues, acepta todo lo que Dios obra en ti, y acepta la atractiva influencia que Él te permite experimentar y sigue ese impulso, pero sólo hasta donde se extienda su fuerza; luego sufre, sé sumiso y espera. Dios nos da tanto el querer como el hacer según Su beneplácito. Sin embargo, Él a menudo imparte el querer—sí, y una sincera, cordial y ferviente voluntad también—mucho antes de conceder el poder de hacer o lograr el objetivo deseado. Esto es doloroso, pero al mismo tiempo es un dolor purificador y humillante. Eventualmente, debemos experimentar que no depende del que quiere; la misericordia de Dios debe conceder la bendición. Nuestro querer no es capaz de asirla, porque el querer hacer a veces parece decaer, como la flor del árbol, y hundirse en santa rendición, para que haya espacio para el fruto mismo.

¡Ten buen ánimo, mi querido hermano! No puedo pensar otra cosa, sino que el Señor te guía. Persevera con Él hasta el fin, tan quietamente como puedas. No te consideres a ti mismo demasiado, por difícil que sea evitarlo. El Salvador tuvo que soportar incomparablemente más para redimirnos, y todavía lleva nuestras cargas. ¡Oh, amémoslo, porque Él nos amó primero! Especialmente deseo que recuerdes saludar cordialmente a tu querido y anciano padre de mi parte; que Jesús visite, refresque y fortalezca su corazón con Su gracia y amor, para que su vejez sea en esta vida una infancia y preludio de la vida eterna. ¡Amén. Jesús!

## *Carta 16*

Muy querida y muy estimada hermana en la gracia de Dios,

Tus dos cartas han llegado a salvo. Por el contenido de ellas, me he enterado y considerado con mucha compasión, tu estado de aflicción y tentación, y he presentado tu condición delante del Señor. *Él*, el Señor, puede ayudarte; no debes esperar ayuda de ti misma, ni de ninguna otra criatura, ni de ningún objeto particular, sino únicamente de Él. Confieso que tus pruebas son severas y dolorosas; pero conserva

tu valor, no pierdas tu confianza. Estas cosas deben suceder, pero el fin será paz.

No me sorprende en absoluto, que pienses que tus amigos más queridos no tienen suficiente comprensión de tu estado; porque tu corazón no piensa, ni puede pensar con respecto al Señor mismo, (Quien es, no obstante, sólo amor) que Él te mira y que actúa hacia ti con tanto amor y misericordia, como lo hace. El velo negro de la incredulidad, que actualmente cubre tus ojos, es la única causa por la que imaginas que Dios y tus amigos son lo contrario de lo que son. Dios no se complace para nada en nuestro dolor; pero a menudo se ve constreñido a hacernos sufrir, para liberarnos de nuestra depravación interna. El mal que hay en nosotros es el combustible de esta llama. Sométete, pues, a las bondadosas disposiciones de Dios y todo estará bien.

Te pido especialmente que observes, que por “mal” no entiendo tanto el hecho, como el principio del que proceden todas las obras malas. Me parece que no percibes adecuadamente dónde radica el pecado que causa todo tu dolor. En realidad has cometido un error, querida hermana, al dejar tu casa y alquilar otra (que tal vez no sea más adecuada para ti) sin suficientes razones, y más aún, sin el consejo de buenos amigos. Sin embargo, que concluyas a partir de este error, como si hubieras pecado contra el Espíritu de Dios, y te hubieras endurecido contra el Señor, y que ahora Él te castigará con la muerte y que perecerás eternamente; y que te dejes llevar por esto a tal estado de confusión, angustia y desesperación, es evidentemente una estrategia del adversario, que se vale del principio del mal dentro de ti (y del que el Señor te liberará), para hacerte caer en esta tentación.

Si has fallado en este asunto, como es el caso, confíesalo francamente delante de Dios y de tus amigos, pide perdón, y no hagas mal uso de tu falta o pecado, sino buen uso. Cuando los niños quiebran algo o son desobedientes, son castigados por eso, pero no son expulsados de la casa; y mediante una promesa de enmienda y humillación de niño, se arregla el asunto. Mira Miqueas 7:8; 1 Juan 2:1. Avanza de nuevo con valor y haz buen uso de tu falta. Este buen uso no sólo consiste en obrar más prudentemente en otro momento, sino principalmente en dejarte conducir, tras cometer una falta, al descubrimiento y sincera confesión del principio malvado en el interior. Esto sería de tal beneficio para ti, que compensaría diez veces tu tropiezo; y el Señor tiene esto en mente y lo espera de ti, al ser Su intención llevarte a tal descubrimiento y confesión.

Aprende de esto, que tu felicidad o infelicidad no depende de *la casa*, sino del estado de tu mente. Cuando el interior está bien, todo está bien. Debes tener una opinión demasiado buena de ti misma (no te sorprendas porque me exprese así), o no permitirías que ese asunto de afligiera tanto. ¿Es posible que la sola visión de tu herida o pecado te haga desfallecer? ¿No crees que tienes otros pecados y más grandes que este? Aquellos que son realmente pobres pecadores, se sienten profundamente humillados ante la vista de sus pecados, pero no tan perturbados, ni totalmente abatidos. Mientras no seamos sinceramente humildes, resistimos a Dios y Él nos resiste (1 Pedro 5:5), y esto es lo que resulta tan difícil de soportar. Consiente sinceramente tu nadedad y miseria, y acepta ser tal como eres, y ser hallada así; el Señor

entonces estará contigo y romperá tus grilletes.

Tus ideas de las riquezas de la gracia de Dios en Cristo Jesús, en realidad son demasiado mezquinas y limitadas. Piensa en lo que he dicho antes, con respecto a la desobediencia de un niño. Si alguno de los que te ofendió te pidiera perdón con lágrimas, ¿no lo perdonarías? La misericordia y bondad de Dios, ¿serán superadas por las de un hombre pecador; o son sólo para los que las merecen por su fidelidad y virtudes? ¡De ninguna manera! Incluso nuestra fidelidad y nuestras virtudes, para que sirvan para algo, deben ser esperadas y recibidas de la misericordia y bondad de Dios. ¡Qué el Señor nos permita apreciar dignamente la sangre del Hijo de Dios, del Cordero de Dios que quita el pecado de todo el mundo! Los pecadores arrepentidos deben arrojarse con todos sus pecados a este abismo de misericordia, y todos sus pecados serán consumidos como paja en un horno ardiente. Esta es la consoladora seguridad y promesa: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. (1 Juan 1:9)

Tienes mucho amor y confianza inadecuados en ti misma, y poco amor y confianza en Dios. ¿No es esto inapropiado? Piensas y te preocupas demasiado por tu cuerpo, su salud y su vida, como si te perteneciera, o como si la vida y la salud dependieran de tu cuidado, aunque no sepamos qué es lo mejor para nosotros. Y te preocupas de la misma manera por tu alma, y la sostienes tan firmemente, como si fueras tu propia preservadora y salvadora. ¿No son tu cuerpo y tu alma del Señor? ¿No se los entregaste a Él, cuando te diste cuenta por primera vez que estabas en una condición perdida? ¿No estás dispuesta a renovar en este momento dicha rendición? Hazlo, pues, querida hermana, con ferviente sinceridad; y hazlo tan a menudo como el amor al yo trate de sumirte en una ansiosa preocupación por ti misma. ¡Encomienda a Dios tu cuerpo, tu salud, tu vida, tu alma, tu tiempo y tu eternidad, abandonándote y perdiéndote en Sus manos fieles; entonces estarás segura y más allá del alcance de toda pena atormentadora! ¡Oh, mi querida hermana, no creas que Dios no te ama infinitamente más de lo que tú te amas a ti misma, ni que Él no te cuidará, ni te recibirá, ni te preservará y protegerá, infinitamente mejor de lo que tú eres capaz de hacerlo! ¡Sí! Él lo hará, si tan sólo te rindes y te encomiendas a Él en esta forma, y eso también lo obrará en ti.

Sigues demasiado tus propias opiniones, y muy poco las opiniones y consejos de los hijos de Dios, tus buenos amigos. Pero, ¿no tienes razones para creer que tu luz es todavía pequeña, y que en este momento en particular, estás en confusión, tinieblas y tentación, y en consecuencia, no estás en condiciones de juzgarte a ti misma, ni de juzgar tus actuales circunstancias? ¿No sería más apropiado y más agradable ante Dios, si no te apoyaras en la peligrosa práctica de interpretar y apropiarte de un pasaje de las Escrituras, o en tus propios pensamientos mutables, pasajeros y perturbados, sino que en una forma ingenua e infantil, creyeras lo que otros—que con seguridad te conocen mejor de lo que te conoces a ti misma—juzgan de tu estado y te aconsejan? ¡Oh, cuán reconfortante y saludable encontrarías tal sumisión infantil, y si en lo que se refiere a tu casa o habitación, sometieras tu propia voluntad y juicio completamente a los de otros!

Cuán beneficioso sería para ti si en secreto le dijeras a Dios: “¡Oh, Señor, yo misma me he metido en este dilema por seguir mi propia voluntad. Ten piedad de mí, pobre e ignorante niña, y guíame por el camino correcto. Y debido a que en mi presente estado de tinieblas y confusión no puedo distinguir o escoger lo que te complace, y ya no quiero seguirme a mí misma, le encomendaré este asunto a cierto individuo en particular. Por tanto, instruye a esa persona sobre cómo aconsejarme, y luego, cualquiera que sea el consejo que reciba, lo aceptaré con fe como expresión de Tu preciosa voluntad, me someteré a dicho consejo alegremente, y cualquiera que sea el resultado, lo consideraré bueno y procedente de Ti, con la ayuda de esa asistencia que espero de Ti!”

Mira, mi querida hermana, este es el consejo fraternal que te doy, porque no conozco uno mejor. Si lo sigues, estoy persuadido de que sacarás provecho de él, y encontrarás paz para tu alma. Lo repito una vez más: No se trata de las cosas; internamente mal, todo está mal; internamente bien, todo está bien, en todo y en todas partes. Para el Señor es igual dónde vivamos, pero no cómo vivimos. Un palacio real es demasiado estrecho para aquel que vive para sí mismo, y una casita de campo es grande y hermosa para el que vive para el Señor. Le pido a Dios, desde lo profundo de mi alma, que te guíe y te bendiga, y que haga que lo puedas conocer, para que lo ames y te encomiendes a Él sin reservas. Amén.

Te saludo con fraternal afecto y por gracia permanezco, etc. etc.

### *Carta 17*

Querido hermano,

En el supuesto de que todavía estás en N\_\_\_\_\_, escribo a toda prisa estas pocas líneas saludándote. ¡Qué Jesús te bendiga! No haces más que mirarte a ti mismo, lo que no puede dejar de perturbarte y desanimarte. Si yo lo hubiera hecho, hace mucho tiempo habría perecido en mi miseria, porque no soy tan santo como algunos me toman; pero guardo silencio, e incluso dejo que me alaben en mi cara, no sea que además de esto, me reprendan por mi humildad. Sólo creo en la luz de la verdad, en la que secreta y sencillamente me considero el más miserable de la humanidad, y no me defiendo cuando soy alabado por otros. Anteriormente, cuando cometía una falta, especialmente cuando otros también la conocían, me hacía sentir tan enfermo como a ti. Después era dirigido a la cura de ella, la cual era el valioso amor al auto desprecio, el cual, cada vez que lo usaba, me tranquilizaba y refrescaba tan maravillosamente, que como consecuencia de ello, olvidaba por completo mi enfermedad. Pero esta medicina debe ser tomada con valentía, y no probarla meramente con los labios, de lo contrario resultará demasiado amarga.

No estoy bromeando; hay más verdad en lo anterior de lo que soy capaz de expresar. Mirarte a ti mismo te hace más daño que todas tus faltas, y el amor al yo es ciertamente la causa de ello. Pero, ¿por qué estás tan asombrado ante tal descubrimiento? ¿Acaso no sabías que eras un hijo de Adán amante de ti mismo, como yo y como otros? ¿Deberíamos entristecernos al hacer tal descubrimiento, o más bien deberíamos

entonar *un Te Deum laudamus*,<sup>2</sup> porque el Señor nos ha concedido un favor tan especial, como es el conocimiento de nosotros mismos? Nadie puede entonar más alegremente un *Te Deum*, que aquel que se conoce y se desprecia a sí mismo.

Dices en tu última carta, que el dolor por causa de lo que has hecho sigue siendo muy punzante. Esto no lo entiendo. ¡Ríndete en el nombre de Dios! No somos algo que merezca mucho la pena mirar. Si no puedes ofrecerte tanto como quisieras, sopórtate con paciencia y tranquilidad, y aparta dulcemente tu ojo interno de ti mismo y fíjalo internamente en Aquel en el que está toda tu salvación.

Debemos creer de todo corazón que somos miserables, malos e incapaces de hacer algún bien; sin embargo, no debemos decirle esto a todo el mundo, sino hablar de la grandeza, bondad y bienaventuranza de nuestro Dios, y que en Él habita toda salvación y felicidad. Que este sea el tema en el que meditemos, del que hablemos y cantemos, y el único en el que nos regocijemos. ¡Amén!

## Carta 18

Muy estimada y querida hermana en Jesús, el Espíritu del cual esté con tu espíritu,

He recibido debidamente tu muy apreciada carta, y he leído con profunda unión de corazón las preciosas verdades que contiene. Es cierto que el amor al yo ha echado sus raíces mucho más profundamente dentro de nosotros, de lo que uno imaginaría. Sólo el ojo de Dios puede rastrearlas, y sólo Su mano puede erradicarlas. El que percibe poco de este amor al yo, sigue, como debe suceder, con su obra; pero el que percibe mucho de dicho amor, abandona su obra y la rinde ante el ojo penetrante de Dios, y a Su mano adorable y fiel, que comienza donde nosotros quedamos, y donde, después de ser llevados a juicio por Su justicia, debemos confesar con Job: “¿Quién hará limpio a lo inmundo?” (Job 14:4). Escapar y separarse de un principio egoísta, a menudo no es más que la introducción a otro, y hasta que no vemos más posibilidades de escapar y reformarnos, le damos gloria a Dios en el juicio, y mediante el sufrimiento, morimos al yo para hacerle espacio a la vida divina de Jesucristo, la única que es pura.

No obstante, como dices, al mirar atrás descubrimos primero que nada, que confundimos el amor puro de Dios con lo que en realidad era amor al yo. Pero, ¡cuánto debemos alabar y amar al Señor, porque nos revela esto y muchas otras cosas en la secuela y no al principio! Su mano divina en más de una forma hace uso incluso del mal que está en nosotros, para hacernos mejores. El amor al yo, que a su manera nos hace temerle al infierno y amar el cielo, es lo que generalmente impulsa a los hombres a escuchar la gracia que convierte; y el Espíritu de Dios emplea a lo largo de la Biblia incentivos como éstos, porque el hombre caído es incapaz e insensible a cualquier otro. Y no sólo eso, sino que recuerdo bien haber leído—lo que ahora encuentras en *Bernière's Hidden Life*—<sup>3</sup> que no debíamos desear perfección porque fuera

---

<sup>2</sup> *Te Deum laudamus*, “A ti Dios, te alabamos”.

un estado muy exaltado, sino porque era la voluntad de Dios que la alcanzáramos. Han pasado cerca de treinta años desde que leí esto en francés, en los escritos de ese santo fallecido, y a través de ello recibí una especie de sentencia de muerte para mi amor al yo, el cual fue golpeado por esta expresión en la parte más vulnerable. Pero le doy gracias a Dios por no haberla encontrado o entendido antes, porque necesitaba otro viento que me llevara allí. ¡Y cuánto se ha descubierto de este mal desde entonces, que por un tiempo pareció bueno, hasta que la lepra se había extendido e insinuado en todo, de la cabeza a los pies, tanto interna como externamente (Levíticos 13), y me vi obligado a someterme impotente y sin consejo, únicamente a la decisión y a la mano del divino Sumo Sacerdote! Y allí deberemos permanecer con Dios, para que Él pueda cumplir en nosotros todo el beneplácito de Su voluntad; y consintiendo sinceramente nuestra propia nadedad, descansaremos cordialmente en Su total suficiencia, y en ésta, que nadie es bueno, puro y bondadoso sino sólo Dios y lo que Él hace. ¡Sí, mi querida amiga, podemos descansar con confianza infantil en esto; y regocijarnos dulcemente y sentirnos verdaderamente felices, de que el Señor nuestro Dios sea lo que Él es, de que nosotros seamos nada y de que sólo Él sea Dios! ¡Oh, cuán bueno y excelente es ver, que no hay nada más en nosotros que pueda jactarse, que el Señor actúa de manera tan maravillosa para con nosotros, y que aunque no tengamos nada, aun así podemos estar muy satisfechos y tranquilos en la convicción de que Él es nuestra pureza, nuestro tesoro, nuestra paz y toda nuestra salvación, a partir del puro e indecible amor hacia el hombre! Él será esto para nosotros, más y más sustancialmente. No debemos reflexionar en nuestra propia pureza o impureza, sino cerrar nuestros ojos con confianza infantil, arrojándonos completamente sobre Él, y esperando Sus influencias operativas y Su salvación. Amén.

Debo interrumpirme aquí, querida hermana, mientras te saludo cordialmente y te presento como un sacrificio vivo al Señor en Su presencia. ¡Qué Él sea tu vida, tu paz, tu todo, en toda circunstancia interna y externa! Permanezco a través de la gracia,

Con tierno afecto, tu agradecido hermano.

## *Carta 19*

Muy estimado hermano en la gracia de Jesús,

Aunque tenemos poca correspondencia, puedo decir en sencillez delante de Dios, que te amo y que me encuentro a mí mismo unido a ti en espíritu; como también, que tu última carta del 17 de enero me ha complacido. Veo, es verdad, que tienes una opinión demasiado buena de mí, pero ésta es el efecto de tu amor, y quiero beneficiarme de ello. Me he esforzado por presentar delante del Señor en oración tu estado de ánimo, sobre el cual, como hermano, me has comunicado algo; y continuaré esforzándome por hacerlo, según la gracia que yo mismo espero de Él.

La gran importancia de la perseverancia en el ejercicio de la oración y del retiro interno, puede entenderse suficientemente—aparte de la experiencia de dicho ejercicio—simplemente por los artificios y esfuerzos del tentador por apartarnos de dicho ejercicio y hacernos negligentes en él. El tentador sabe que sólo a través de este placentero ejercicio, su sombrío imperio en el alma será inevitablemente destruido por el imperceptible flujo de la luz, amor y vida de Jesús; y también sabe, que todas las flores y frutos de los más hermosos dones de gracia y virtud se marchitan si tan sólo los logra arrancar desde su raíz. Sólo Jesús es el Mediador y el medio, por el que la vida y la fuerza divinas pueden ser impartidas de nuevo a nuestra ilegítima y depravada humanidad. Por medio del ejercicio de la oración del corazón, en la que se concentran la fe, el amor, la esperanza, etc., estamos y continuamos unidos a Él y arraigados en Él. Los hambrientos deseos y afectos, y la ardiente inclinación son, por decirlo así, la raíz por la que imperceptiblemente recibimos de Jesús savia y fuerza, aunque no siempre veamos ni sintamos palpablemente cómo es y si está ocurriendo. ¡Oh, oremos y preparémonos para retirarnos al interior de nuestros corazones! La oración más imperfecta es de más beneficio que la mejor distracción de ella. El adversario nos deja hacer muchas cosas que parecen ser buenas, e incluso, nos incita a ellas, sólo para hacernos descuidar la oración.

La carta de mi querido hermano sólo me confirma lo que mi propia experiencia, y la experiencia de otros, me ha enseñado repetidamente: que el tentador vigila especialmente en el tiempo de abandono, esterilidad y oscuridad, para separar el alma del ejercicio perseverante de la oración y debilitar su fuerza, siendo éstos precisamente los momentos en los que podríamos ser preparados para hacer el avance más rápido, y para abandonarnos completamente, si sólo continuáramos firmes en soportar la voluntad del Señor, y supiéramos someternos por completo a Él. Quiero decir, que cuando no podamos continuar con el ejercicio de la oración de la manera acostumbrada, no deberíamos aferrarnos con esfuerzos firmes y voluntad propia a lo que el Señor desea quitarnos; sino humillarnos, aceptar nuestra desnudez y pobreza tranquilamente, sacrificar nuestros deleites, luz y placeres a Su buena voluntad, y hacer de esto último nuestra oración y nuestra comida. Entonces, con el tiempo, encontraríamos la ventaja de soltarnos de la privación y de la pérdida del yo, por decirlo así, y seríamos capaces de un más profundo, o más bien, de un más puro retiro, modo de oración y unión con Dios, lo cual es el objetivo mismo que el Señor tiene en mente.

Pero nuestra miseria y debilidad radican, en que estamos muy influenciados por el amor al yo, y nos buscamos a nosotros mismos incluso mientras pensamos que estamos buscando a Dios; y entonces, si no encontramos nada para nosotros mismos—nada de luz, nada de deleite, nada que sea agradable—imaginamos que somos incapaces de encontrar a Dios, nos cansamos y acobardamos, e incluso, buscamos sostén para este principio egoísta en otras cosas, porque ya no se le concede en Dios, ni en lo que es bueno. ¡Oh, mi Dios, cuán extremadamente inadecuada es tal disposición de mente para aquel que se ha entregado a Tu servicio puro y a Tu amor! ¡Destruye este principio del amor al yo, para que no nos busquemos a nosotros mismos en Tu servicio, sino realmente a Ti; no nuestro placer, sino el Tuyo; porque Tú eres nuestro fin, y en Ti y no en nosotros mismos, está toda nuestra salvación! Amén.

Antes de que el día de Pentecostés llegara, los discípulos no podían aguantar mucho tiempo en soledad sin la presencia corporal y visible de Jesús. “Voy a pescar”, dijo Pedro. El tiempo en soledad les parecía demasiado largo, y ese también es el caso con nosotros. Vamos, por decirlo así, a pescar en un libro, en la compañía de otros, etc., y es un favor cuando no podemos pescar nada durante toda la noche, y cuando el Salvador nos encuentra y nos muestra, como hizo con los discípulos, lo infructuoso de todos los intentos del yo. Testifico con temor, vergüenza y profundo reconocimiento de la paciencia y bondad divina, lo que mi propia experiencia me ha enseñado al respecto: que el ejercicio de la oración es de suma importancia, y que en tiempos de oscuridad y esterilidad internas, caemos en esta tentación muy fácilmente. El daño que causa esto no se percibe inmediatamente, pero la persona se desvía gradualmente, y a veces tan lejos del camino, que apenas tiene el suficiente valor para regresar. Un alma sin el ejercicio de la oración, es como una oveja solitaria sin pastor. El tentador es consciente de esto—se aprovecha del estado oscuro y debilitado de la mente, para apartar el alma de su pastor—entonces, tiende astutamente sus redes, pone la mente en duda y confusión, coloca algo razonable delante de ella, la insta a una variedad de cambios, y a que pruebe por una vez, algún ejercicio en particular, o que pruebe este o aquel lugar en particular, o a que se una a alguna secta aparentemente convincente, por medio de lo cual, muchas personas bien intencionadas en este tiempo y tiempos pasados, han sido engañadas durante la oscuridad de la noche, sirviendo como advertencia para nosotros, de que cuando estamos en un estado de oscuridad y esterilidad, no debemos cambiar tranquilamente nuestros ejercicios, sino continuar donde estábamos.

¡Tomemos ánimo en el nombre de Jesús, comenzando de nuevo donde quedamos, y comportémonos exactamente de la misma forma que antes de nuestro desvío! La maravillosa bondad de nuestro Dios hace uso de todo, incluso de nuestras propias faltas y pecados, para nuestro provecho. ¡Adorada sea Su sabiduría! Al mirar hacia atrás, también debemos hacer el mejor uso posible de nuestra experiencia, y acumular una buena reserva de autodesprecio; aunque de ninguna manera debemos excusar nuestras faltas por este motivo, sino evitarlas con toda diligencia. (Romanos 6:12) Cuando por la luz divina percibimos nuestra nadedad, se produce humildad, pero una humildad de la que a veces nos sentimos un poco orgullosos; pero cuando nuestra nadedad se siente por experiencia, al amor al yo no le queda ningún agujero por donde escapar. Entonces, no podemos hacer nada más que pararnos y confesar nuestra desgracia.

Hay muchos que hablan de negar la justicia propia, quienes, quizás, tienen poca o ninguna justicia que negar; pero este veneno es el primero que se cuela en las mentes de las almas fieles, para que imperceptiblemente coloquen su justicia y su confianza en su fidelidad, en la negación al yo, en sus virtudes y refinamientos, en sus ejercicios devocionales, y no completa y únicamente en Dios. Entonces el Salvador abre nuestros ojos, como usando Su propio barro, por medio de lo cual Su mano obradora de maravillas tiene la gloria, y nosotros la vergüenza. La experiencia de nuestra debilidad y miseria, y de nuestra entera nadedad, no debe descorazonarnos, sino darnos la oportunidad para vaciarnos de nosotros mismos, abandonarnos, volvernos a Dios más desnudamente, y en consecuencia, más eficazmente, para



que Él pueda llenarnos de Sí mismo, y llegar a ser en nosotros, eso que nosotros mismos no podríamos alcanzar ni cumplir. Y esta es la voluntad de Dios para con nosotros, que ninguna carne se gloríe en Su presencia, sino que sólo Jehová sea nuestra justicia y nuestra gloria. Ves, por lo tanto, querido hermano, que el estado de desnudez, vacío y abandono, al que la experiencia de nuestra miseria le da lugar, nos haría capaces, posteriormente, del más sublime método de oración y de unión con Dios. ¡Bendita sea la maravillosa e infinita bondad de nuestro Dios en Cristo Jesús, para con nosotros!

Habiendo sido interrumpido continuamente mientras escribía, y llevado a pensar en otros temas, por visitas y compromisos, puede que mi carta te parezca irregular y oscura. Sólo deseo mostrarte mi sincero amor, y mi concordancia con lo que la Unción misma enseña. Continuemos, mi querido hermano, yendo a la escuela de esta infalible Maestra de sabiduría, y volvámonos cada vez más niños según el propio corazón de Dios. ¡Oh, sí, lo que la Unción enseña es verdad, y no hay otra verdad además de esa! Te saludo en el Espíritu de amor. Recuérdame delante de Dios cada vez que puedas hacerlo; yo también deseo hacer lo mismo, por medio de Dios.

Dale mis cordiales recuerdos a los queridos miembros de tu comunidad en N\_\_\_\_\_. A menudo les envió una bendición sincera. ¡Qué Jesús reconforte y anime sus corazones y los nuestros con Su precioso amor! Amén.

Continúo en un estado débil y con poca capacidad para escribir, y esta debilidad ahora me indica que debo dejar de escribir. Permanezco a través de la gracia, etc.

## *Carta 20*

Muy querida hermana en Jesús, el crucificado y exaltado Redentor,

Desde hace unos días me he sentido impulsado a escribirte, con respecto al presente estado de tu alma. Y aunque me encuentro tan oscuro y vacío que no veo lo que debo decirte, aun así, mi mente no estará satisfecha hasta que lo haya hecho. Por tanto, obedeceré en sencillez, esperando que Dios me conceda algo que te fortalezca y sea de bendición para tu presente aflicción.

Puedes estar segura de que estoy más interesado del avance de tu alma en la verdadera santidad, de lo que puedo expresar o manifestar externamente. Y a pesar del miserable estado en el que te describes estar, todavía me siento bastante tranquilo al respecto, y no tengo temor de malas consecuencias. Si me preocupara por ti de la manera que lo hacen los hombres, y me alegrara ver tu propia vida preservada (la vida del yo), tendría motivos para temer; porque nuestro Señor la ataca tan fuerte y severamente, y la persigue con tanto ardor, que es muy probable que pronto deba rendir el espíritu, lo cual ocurre y se logra mediante tu completa y eterna rendición en las manos de Dios.

Tú no ves ni sientes más que pecado y corrupción dentro de ti y en tu conducta. Adondequiera que se vuelve la mente y dirige su mirada, todo es miseria, aflicción y pecado; y el camino para escapar de eso está cerrado y parece como si fuera a continuar así siempre. ¡Ah, piensa el sutil amor al yo, ojalá pudiera encontrar un pequeño rincón donde retirarme y descansar un poco, como un hombre somnoliento, que se acuesta primero en una posición y luego en otra, sin poder dormir! ¡Escucha, oh alma, deja de volverte y de retorcerte, cuánto más buscas mejorar las cosas, peor las haces; cuánto más te esfuerzas por realizar algo bueno por ti misma, más faltas cometes. Ya hay un fin para toda obra del yo!

Tú dices que no haces nada bueno. Más bien deberías decir: “No *veo* que haga algo bueno”, porque el sutil amor al yo no está satisfecho con la práctica de la virtud; pero esta mano izquierda de iniquidad quiere también saber y ver lo que la mano derecha hace, a fin de regocijarse en ello. Pero Dios, cuya intención es destruir esta vida del yo, y que nuestras virtudes sean puras y desinteresadas, no permite que el alma reflexione en ellas, ni revise sus virtudes, ni antes ni después. Sólo la impureza es vista.

Por lo tanto, mientras a Dios le plazca dejarte miserable, corrupta y sin fuerza, que eso también te plazca. Contemplas tu verdadero yo, en el presente, tal como eres en ti misma; da gracias a Dios por esto, por haber develado ante tus ojos tu herida interna. El oro está ahora en proceso de purificación; aparece la escoria, el oro está escondido, de modo que sólo se ven los desperdicios. Regójate, por tanto, querida hermana, de que seas tan miserable, y de que Dios sea tan santo y tan perfecto. La miseria y nadedad son nuestra propia condición; la santidad y toda suficiencia le pertenecen a Dios. Aquel que anhela verse hermoso y santo, sólo manifiesta su amor al yo; al menos en la actualidad, sería una falta y una imperfección. Decide, por tanto, con Job, sentarte tranquilamente en el muladar de tu miseria, y amar a Dios a pesar de todo. Debes, digo yo, amar tu miseria, pero no tus pecados. Dile a Dios, en la más completa convicción de tu depravación: “¡Señor, aun así no pecaré! ¡Señor, seguiré siendo enteramente tuya! ¡Te rindo mi voluntad por el tiempo y por la eternidad! ¡Pase lo que pase, sólo capacítame para amarte y glorificarte!” Y cuando creas que has cometido algún pecado, o realmente hayas quedado corta, continúa diciendo lo mismo.

No me sorprende la irritación, impaciencia y enojo que se levantan en ti. Antes, cuando los tratos de la gracia contigo eran muy dulces y tiernos, la naturaleza y los sentidos participaban de ellos ocasionalmente; pero en la forma en que te encuentras en el presente, los tratos están privados de todo apoyo interno y externo. Es imposible que la naturaleza y los sentidos se sometan a esta completa privación; deben morir, y sin embargo, no lo harán. Con frecuencia no saben qué hacer por la irritación, y están dispuestos a murmurar contra sí mismos y contra todos los demás, e incluso, contra los caminos santos de Dios, al igual que un perro muerde la piedra que le arrojan. Si sientes esto o algo similar en ti, considera la naturaleza como un bruto malvado, y di para ti misma: “¡Qué esta maldad perezca con toda su rabia! ¿Qué tengo que ver yo con ella? Resiste cuanto quieras, naturaleza obstinada, morirás de todas maneras y serás destruida”. Luego déjala y no le prestes atención a su furia. Al mismo tiempo, mantén tu alma en paciencia, tanto como sea posible. No te expreses demasiado en palabras, si es posible contenerlas de

alguna forma; ni le des paso inmediatamente a pensamientos desesperanzadores, como desear morir y cosas similares.

A veces se te ocurrirá que es imposible para ti soportarlo más, que debes rendirte y volver al mundo, que verdaderamente te perderás para siempre, etc. Pero reflexiona por una vez, querida hermana, ¿no te has entregado antes a Dios y a Su guía, varias veces y con todo tu corazón? ¿No le has suplicado a menudo sinceramente, que te limpie por completo de todas tus corrupciones y que te santifique perfectamente por las formas y medios que Él considere mejores? ¿No le has prometido, frecuente y cordialmente, continuar fiel a Él, con Su asistencia, hasta la muerte? ¿Qué? ¿Has olvidado por completo todo esto? Ahora, cuando Dios ha oído tu oración y te ha tocado donde te duele, ¿te acobardarás y te devolverás? ¿Es eso mantener tu palabra? ¡No! Ya tú no te pertenesces; te has entregado al Señor y Él te ha aceptado; no tienes nada más que decir sobre disponerte a ti misma. Ciertamente, Dios no permitirá que le arrebaten así, lo que le pertenece.

Pero en oposición a esto, dirás: “No siento nada más que corrupción, pecado e incapacidad. A cada instante estoy en peligro de caer y pecar, sí, creo que realmente peco; cuanto más vivo así, más se incrementa el número de mis pecados”. Yo no creo que peques realmente, es decir, voluntaria y conscientemente; porque tú no estás tan encariñada con el pecado. La visión y percepción del pecado te causan estos amargos sufrimientos, y es sólo esto lo que tanto te aflige; es decir, que no ves ni sientes en tu interior nada más que pecado, ¿cómo puedes entonces practicarlo voluntariamente? Pero que en un estado de tan severa purificación, sintamos tan vívida y vigorosamente las mismas corrupciones que habían sido previamente apreciadas y obedecidas con deleite, de modo que no pensamos otra cosa sino que realmente las practicamos; y finalmente, que a veces alguna corrupción en particular irrumpe inesperadamente otra vez contra nuestra voluntad, no es ni contrario a la experiencia, ni a las Sagradas Escrituras que dicen: “Por donde uno peca, por allí es castigado”. (Libro de Sabiduría 11:16; Romanos 8:3) Tal vez, también conozcas las líneas que escribí hace algún tiempo sobre este tema:

*Una vez cometí pecado, con placer y con agrado;  
Pero ahora debo sufrir el pecado, con dolor y desagrado.  
Este sufrimiento es saludable; pero cuán doloroso es,  
cuando el pecado, por el pecado dentro de nosotros, condenado y asesinado es.*

Pero que pienses que caes en pecado a cada momento, se debe en parte por las tinieblas que cubren tu camino en este momento; lo cual produce toda clase de dudas, temores y ansiedades; y de este modo piensas que hay todo tipo de peligro cerca, cuando a menudo no es así. Cierra tus ojos a todo lo que te rodea, camina en fe y rendición, y el temor se desvanecerá. Y cuando la luz amanezca sobre ti, dirás que has andado por el camino recto. Este temor también se levanta en parte, por la retirada de toda fuerza y apoyo perceptibles. Este es el caso contigo, como el de un niño que siempre está temeroso de caer, aunque la madre lo sostiene por detrás con cuerdas que lo guían sin que el niño esté consciente de ello;

pero tan pronto como está en peligro de tropezar o caer, siente la mano de apoyo de la madre. No, mi querida niña, no hay necesidad de temer, tu madre está cerca, aunque no delante de tus ojos. Cuanto más temerosa estés, peor tropezarás; y cuando estés a punto de caer, serás consciente de algo en ti que te detiene, o que lo ordena todo externamente de manera tal que te impide tropezar. Confía en la mano de Dios que te sostiene sin verla, y reposa en la guía de Su divina providencia, por medio de la que Él gobernará todas las cosas, tanto interna como externamente, para un buen fin.

Encomiéndate a Dios y deja que tu amor sea puro y desinteresado, y así serás sanada. Ríndete completamente a Dios y a Su ilimitada voluntad, tanto por el tiempo como por la eternidad. Destierra todo cuidado con respecto a ti misma, de modo que ya no te ocupes de ti, aunque sepas que actuando así te hundirías en el infierno; porque, ¿cuál es tu valor?, ¿qué depende de ti? *Asiente a todo menos al pecado.*

Si a tu mente se le ocurre, que actualmente eres o puedes convertirte en el ridículo y escarnio de todos los hombres y de los espíritus malignos, deja que tu voluntad esté de acuerdo con eso y diga: “¿De qué valgo yo? A pesar de todo glorificaré a Dios; a pesar de todo, lo amaré”. Si en tu mente se levanta el pensamiento de que tu miserable condición será más miserable aún; que continuará así hasta la muerte y que tú perecerás eternamente; asiente a todo eso y di: “Yo, sin embargo, no pecaré, seguiré amando y glorificando a Dios; ¡qué importancia tiene lo que sea de mí!” Actúa así con todo lo que pase por tu mente. De esta manera, la rendición le dará paso a un amor desinteresado, tus amargadas y turbadas emociones serán cambiadas en suave y profunda paz, y tu afligida condición en una ilimitada inmensidad y libertad de espíritu.

Recuerda que Dios continúa siendo Dios; y que Él es tan tierno y amoroso hoy, como cuando viste y gustaste Su bondad. Por tanto, ámalo ahora tanto como antes, y si es posible, aún más. Dios tiene muchos miles que lo alaban en el cielo y en la tierra; déjale tener entonces un ejemplo en ti, de entre esos miles que lo alaban en el infierno, donde te imaginas estar. Los primeros lo hacen en el disfrute de la luz y del placer; hazlo tú en medio de las tinieblas y mientras cuelgas con Jesús en la cruz, en la aflicción externa e interna. ¡Oh, cuán hermosa, desinteresada y preciosa es la alabanza a Dios que procede del corazón y de los labios de un alma que sufre; de cuya boca, como la de Job, no sale nada sino “sea el nombre de Jehová bendito”. ¡El Señor es bueno, el Señor es misericordioso, sólo Él es fuente de vida! ¡Qué toda criatura lo conozca y le sirva! ¡Ámenlo, todos ustedes los justos, en el tiempo y en la eternidad! ¡Qué bendición que Dios sea Dios; que sea tan santo, tan glorioso, tan bendito y tan perfecto como lo es!, etc.

Querida hermana, si tienes poco disfrute perceptible en este estado, es tanto más puro. Si no posees un conocimiento claro o luz de Dios sobre Sus perfecciones, no hay daño en ello. Por lo tanto, no puedes alabar y amar a Dios de otra manera, sino como el Dios desconocido, oculto e incomprensible, de quien no puedes ni debes formarte ninguna idea de cómo es, o dónde está; y por lo tanto, al hacerlo actúas de una manera que es la más perfecta y agradable ante los ojos de Dios.

Piensas que tus amigos no están al tanto de tu estado, y tienen una mejor opinión de ti, de la que los

hechos justifican; pero esta es una pequeña tentación y una falta de sencillez de fe. Déjame decirte, sin embargo, que tu misma ignoras tu propia condición, y que tienes una peor idea de ti misma de lo que el caso merece.

No obstante, no es necesario que sepas mucho de ti misma y de tu estado. Sería mejor que tú y yo, no sepamos nada de nosotros mismos. No te juzgues, pues, a ti misma, porque estás en oscuridad; pero créele a los que sabes que no te adularían o engañarían voluntariamente, aunque supongas que sientes dentro de ti lo contrario de lo que te dicen.

Sé, querida amiga, en cierta medida, lo que es tener una poderosa visión de la santidad y pureza de Dios, y albergar algunos deseos internos y sinceros tras la santidad, y sin embargo, a pesar de todo esto, no ver ni sentir nada en uno mismo, sino el pecado y el yo. ¡Oh, deberíamos estar dispuestos a hundirnos en la tierra ante la vista de nosotros mismos, y la naturaleza debería hacerlo voluntariamente ante Dios, y experimentar un poco de la angustia de los que claman: ¡Peñas y montes, caed sobre nosotros y escondednos del rostro de Dios!

Sé, en cierta medida, lo que es estar familiarizado con Dios, y saber que es supremamente excelente, hermoso, delicioso y adorable, y sin embargo, que soy incapaz de amarlo y glorificarlo; sino que por el contrario, aparentemente sólo lo deshonro, ofendo y actúo en oposición a Él. Sé lo que es conocer a este Ser supremamente hermoso, y al mismo tiempo, verse a uno mismo tirado muy lejos, muy lejos de Él y del disfrute de Él, en la miseria, tristeza y oscuridad, sí, y no creer otra cosa sino que esto será para siempre, y que se agravará cada vez más. Entonces, la mente atribulada piensa: “¡Ojalá nunca hubieras conocido a Dios y Su bondad! ¡Si no hubieras sabido que es un Dios así y un Ser tan adorable, tal vez ahora no estarías experimentando tal angustia y tormento! Ahora conoces algo de Su excelencia, ahora lo anhelas muy fervientemente, y sin embargo, debes permanecer separada de Él”.

¡Oh, la admirable sabiduría de Dios, cuán amorosa, y sin embargo, cuán severa en Sus tratos hacia los que son Suyos! ¡Tú los atraes hacia Ti con amorosa bondad, y los dejas contemplar Tu rostro; pero pronto y antes de que Te hayan visto y Te hayan disfrutado debidamente, Te alejas y Te escondes con mucha severidad! ¡Tú los hieres con las flechas de Tu amor y los dejas abandonados en su dolor! ¡Los levantas para que contemplen las glorias del cielo y después los arrojas al infierno; y aun así, continúas siendo el amor mismo, y deseas que Tu novia te ame, tanto en el infierno como en el paraíso!

Pero veo que mi carta se está alargando más de lo que era mi intención; por lo tanto, sólo añadiré unas pocas palabras y amonestaciones necesarias, a las que les debes prestar especial atención durante la oración, o retiro, o en tu diario caminar; y con eso concluiré.

Ya he expresado muchas veces mis sentimientos con respecto a los momentos de retiro. Si las circunstancias te lo permiten, no los descuides, ya sea por causa de tu incapacidad, o la repugnancia de la naturaleza, o por cualquier otra consideración o tentación. No obstante, no permanezcas sola por mucho

tiempo a la vez, a menos que Dios te favorezca con alguna fuerza o gracia particular. Esfuérzate poco o nada en la oración, porque el esfuerzo de las facultades mentales, dañaría tanto el cuerpo como la mente. Si tratas de recoger o elevar tu mente con el más pequeño esfuerzo, pronto te darás cuenta de que te causa irritación, ansiedad y tinieblas. Cuando dije que deberías encomendarte a Dios, no pretendía que fuera hecho mediante algún acto formal, o con mucho esfuerzo interior y reflexión mental; sino que lo que quise decir es, que deberías olvidarte de ti misma, tanto como sea posible, no reflexionar voluntariamente sobre tu estado, ni sobre las circunstancias que se relacionan con él. Abstenerte de toda preocupación con respecto a ti misma, y luego ríndete a Dios, deja que tu vasija se hunda, lo cual es también, una excelente forma de oración.

Pero en el presente, no es bueno que busques a Dios como objetivo, de una manera ansiosa en tus oraciones, ni por medio de mucha elevación de pensamiento o retiro repetitivo. Permanece, tanto como seas capaz, tranquila, alegre y jovial por el momento.

Continúa como estás y únete a Dios, no como a algo que debes buscar primero, sino como algo que ya posees; porque Dios está verdaderamente contigo y en ti, aunque oculto por las tinieblas. ¡Ojalá te pudiera impartir un corazón tranquilo y amplio, tanto durante la oración como cuando no estás ocupada en ella; cuán útil sería para ti!

Si cuando estás ocupada o acompañada, algo inesperado ocurre que te llama al recogimiento, aunque secretamente y sin unción, síguelo en ese momento en sencillez infantil, si la circunstancia lo permite, o deja un momento tu trabajo; experimentarás el beneficio de ello, es el tiempo de Dios.

En tu caminar y conversación, esfuérzate cada vez más por progresar en sencillez e inocencia infantil, y sin reflexión. No pienses en el futuro ni mires al pasado, ambos perturban y son contrarios a tu presente estado. El momento presente debe ser tu morada, porque sólo en él encontrarás a Dios y Su voluntad. En términos generales, casi nunca fracasarás cuando trabajes en las cosas externas, tal como te parece en este momento. Si miras hacia adelante o hacia atrás, ya estás envuelta en la duda y ansiedad, y no serás capaz de reconocer cuál es la voluntad de Dios. No seas escrupulosa en cuanto a las obras de obediencia, si no son en sí mismas pecaminosas. Toda elección propia, por muy buena que parezca, debe rendirse a la obediencia.

No converses mucho con la gente, a menos que sea necesario. Si es posible, nunca hables mientras se sientan poderosamente la influencia del enojo o de la irritación. Habla poco o nada sobre tus sufrimientos a otros. Que sea suficiente para ti, saber que el Señor tu Dios mira todas tus penas y que Sus ojos están sobre ti. Debes, no obstante, contar eso como una tentación, si te llevara a evitar por completo asociarte con Sus hijos, o a dejar de visitarme por algún pretexto. Todos somos miserables y pecadores en nosotros mismos, y es nuestro deber llevar las cargas los unos de los otros. Por lo tanto, debes visitarme tan frecuentemente como antes, y cuando lo sientas, no ocultarme nada que pueda servir para conocer tu estado. No me causas molestias, ni sufro nada que me perturbe por tu causa; pero si mi sufrimiento

pudiera serte útil, ciertamente y con la ayuda del Señor, no te lo ocultaría.

Convirtámonos en niños pequeños, no reflexionemos mucho sobre nada. Si yo le hubiera dado lugar a la reflexión, de seguro no habría escrito esta carta, sino que habría continuado en completo silencio, y me habría escondido por causa de la gran pobreza, miseria y ceguera en que me encuentro actualmente; sin embargo, tengo la confianza de que esta carta no te resultará ni desagradable ni hiriente.

Sólo se paciente y valiente en el nombre de Dios, querida hermana, en el amor y en el sufrimiento; y pase lo que pase, permanezco y permaneceré por la gracia divina como,

Tu afectuoso hermano en Jesús, y compañero de tribulación en Cristo.

*P.D.* Guarda esta carta para ti, porque puede ser de poca utilidad para tus amigos.

## *Carta 21*

### *A la misma persona*

¡Qué el Jesús una vez crucificado pero ahora exaltado te bendiga! Muy amada hermana en Cristo,

He leído tu carta con sentimientos de devoción, he presentado el estado de tu mente delante de Dios y lo he examinado de nuevo. En realidad, el relato que haces de ti misma es muy doloroso. Basta leerlo para que la naturaleza humana se entristezca, aún más sentirlo, y además durante un tiempo muy prolongado. Pero el ojo de la fe ve las cosas en una luz diferente al de la naturaleza y de la razón; contempla una gloria en Jesús tan grande, si no mayor, mientras colgaba en el árbol maldito, en la colina del Calvario, escarnecido, desnudo y abandonado por todos, como cuando se transfiguró en el Monte Tabor; y es también el caso de todos Sus verdaderos miembros y seguidores.

Me tendría que extender demasiado, y creo que es innecesario responder a cada cosa que mencionas con respecto a tu estado. Hablando en general, sólo diré, que cuanto más me das a conocer tu estado, más se confirma mi opinión de que todos estos dolorosos sufrimientos son, en definitiva, los tratos de Dios con tu alma, para develar la profunda depravación de tu corazón, y para hacer morir los restos más secretos de la vida del yo. No nos conocemos a nosotros mismos en tiempos de placer y disfrute; la cruz debe revelarnos lo que somos. ¡Cuán firme y profundamente arraigadas están en el corazón, la sutil inquebrantabilidad de la voluntad, la confianza en nuestras propias obras y habilidades, la complacencia en las virtudes y gracias con las que el Señor nos favorece, y similares principios egoístas! Es cierto, que al principio el Señor pasa por alto mucho de este tipo de impureza en Sus débiles hijos, pero cuando ve que ha llegado el momento y que el alma está suficientemente resuelta y establecida en la gracia y en el conocimiento, entonces comienza a extirpar la materia de la herida y toca a la pobre alma justo donde le duele. El alma es entonces atacada por tentaciones y pecados muy severos y grotescos, con el fin de que

los sutiles principios del yo, que aún están ocultos, sean sacados a la luz y erradicados completamente.

No es de extrañar, querida hermana, que todo dentro de ti se asombre de este extraño e inusual proceder, en el que, en lugar de la pureza de corazón que tan ardientemente anhelabas, sólo seas consciente de corrupciones y abominaciones, tanto interna como externamente. ¡No puedes estar para nada tranquila al verte tan miserable! Te gustaría ser totalmente pura y santa, y sin embargo, debes ver y sentir que eres completamente lo opuesto. Sólo conténtate con tu miseria y cierra tus ojos a ti misma; Dios con seguridad te santificará, pero de manera tal, que no verás tu santidad, no sea que te exaltes por causa de ella.

Todavía hay algo oculto dentro de ti que busca ayudarse y excusarse, a menudo sin tu conocimiento. Cuando en esos momentos miras a tu alrededor y te ves miserable, débil y desesperada en todos los sentidos, y todos los lados cerrados, se levanta un sentimiento violento de descontento e irritación, o bien, un profundo abatimiento y melancolía, ambos perjudiciales y dolorosos. También soy muy consciente de que a veces sucede, que toda tu tristeza y sufrimiento, con todas sus molestias y aparentemente peligrosos acompañantes, su intolerabilidad y fastidio, se presentan en un momento, en una forma tan vívida y perceptible delante de tus ojos, que tu aflicción y angustia aumentan al máximo, de modo que ya no parecen soportables. Esto procede del Señor, por cuya razón, el alma debe permanecer pasiva bajo ello; porque cuando el sufrimiento alcanza su punto más alto y la pobre alma es llevada al extremo, sólo entonces puede ser ejercitada nuestra más completa y generosa entrega; es decir, cuando el alma, en la más profunda rendición, se sumerge en la muerte y se ofrece eternamente al ilimitado beneplácito de Dios, lo cual es el camino mismo para obtener el reposo, al que entramos al abandonarnos a nosotros mismos y entregarnos a Dios, quien es el único reposo de nuestros espíritus.

El Señor mismo, el fiel guía de tu alma, encontrará medios para sacarte de ti misma y conducirte a Él, a través de la muerte, hacia la vida eterna, a través de la puerta estrecha, hacia la ilimitada libertad, del más miserable calabozo, a la más deliciosa libertad de espíritu. Deja que el Señor trabaje; Él acabará lo que ha comenzado. Deja a tus enemigos también y no te preocupes de su furia, no pueden hacerte nada sin el permiso divino. Los poderes combinados del infierno no pueden obligarte a consentir un solo pecado. Las tentaciones y los pecados de todo tipo pueden acercarse y rodearte tanto como quieran, pero mientras permanezcas en un estado pasivo y sumiso de rendición a la muerte, podrás caminar sin ser consumida en medio de las llamas.

Creo y soy consciente de que cometes muchas faltas, especialmente aquellas de las que no te das cuenta hasta después; pero no te aflijas demasiado por ellas; no es tu intención pecar. Por tanto, cuando realmente peques o piensas que has pecado, retráctate y encomiéndate a Dios de nuevo. Creo que casi todo error en este estado, se levanta por apartarse de la rendición.

Dios ocasionalmente te concede la gracia de entregarte enteramente a Él, y aunque sólo sea por intervalos y por corto tiempo, aun así la mente percibe el beneficio de ello; una prueba de que sólo de esta manera puedes ser curada. Cuando dejamos de preocuparnos y de esforzarnos, entonces Dios comienza, y será



todo en nuestra nadedad. ¡Qué Él mismo realice completamente esta feliz muerte en ambos, y nos conceda perdernos en Él, de manera tal, que no volvamos a encontrarnos a nosotros mismos!

Todo lo que tienes que hacer es, como dijiste, considerarte continuamente como un sacrificio a la justicia y amor de Dios, que mata y consume toda la vida del yo en ti sin piedad. Abraham realmente pensó que su amado hijo Isaac debía sufrir, y se vio obligado a consentir en ello; pero Dios sólo quería que Isaac fuera ofrecido y que el carnero fuera quemado. Y así, el Señor sabe cómo preservar lo que es Suyo en ti; no obstante, todo debe ser ofrecido—vida y salud, cuerpo y alma, disfrute, placer, dones y virtudes, e incluso, la querida imagen de la santidad misma.

Te digo que eres un sacrificio a la *justicia* y *amor* de Dios, no para Su *ira*; ésta no vendrá sobre ti, como has escrito a veces. La ira de Dios, propiamente dicho, sólo es derramada sobre lo impío; Su justicia mezclada con amor, es lo que purifica a Sus hijos. El amoroso Padre no está enojado con Sus pobres e indefensos infantes; así nos describe el profeta Ezequiel (16:5-6). Consulta el pasaje y mira si eso puede llamarse ira.

Mantente, tanto como te sea posible, en la paciencia. La amarga copa de aflicción pronto será bebida. *Tú agradas a Dios cuando sufres por Su causa*. ¿No es esta una razón suficiente para fortalecerte en la paciencia? Sí, le doy gracias a Dios con todo mi corazón, por haberte llamado y haberse dignado en corregirte tan estrictamente, con el fin de que a través del sufrimiento Él pueda perfeccionarte en verdadera santidad. Sí, también le agradezco con satisfacción interna, toda esa gracia que manifiesta hacia ti en este estado, para que en medio de la tentación y del sufrimiento, sigas odiando el pecado y amando la santidad; para que internamente no desees retroceder de la cruz; para que ames Su buena voluntad y alabes Su bondad; y finalmente, para que pongas tu mayor consolación en esto: que Dios sea amado y glorificado en ti y en otros, aunque, como dices, cada gota de tu sangre sea consumida por ello. Si este deseo está realmente en ti, según lo expresas, y como yo también creo que es el caso, agrádecele al Señor por eso conmigo, y cree valientemente que la carne y sangre no te lo ha impartido. Dios es glorificado en ti, incluso ahora, en tu humillación; y se glorificará a Sí mismo aún más en el futuro, tanto en el tiempo como en la eternidad.

Por tanto, concluiré con esto y te entregaré en las fieles manos del Señor. Todo lo que podría haberse añadido, ya se ha dicho en mi carta anterior. En otros aspectos, este estado no permite disfrutar ni guardar muchas leyes; y si a veces doy algunas instrucciones específicas, no debes atarte a ellas ansiosamente, ni darles mucha vuelta en tu mente. Dios mismo obrará y te recordará a cada momento, lo que es agradable ante Sus ojos. Él no te abandonará, Su desconsolada niña, aunque todo el mundo lo haga.

En cuanto a mí, estoy obligado y suficientemente inclinado a servirte, cómo y cuándo pueda según la capacidad que el Señor me conceda; es decir, como un niño le da su mano a otro. Pero como la luz y la gracia de Dios, con respecto al camino interno, son menos poderosas en mí de lo que tú y otros suponen, no le aconsejaría a nadie que siga mis instrucciones, más allá de lo que él mismo crea que son la voluntad

de Dios y de beneficio para él. Dios nos dará gracia para estar atentos uno del otro.

Ánimo, mi hermana, y ama a Jesús y Su cruz, en quien soy,

Tu afectuoso compañero de labor y hermano.

## *Carta 22*

Querido y estimado hermano en la gracia de Jesús,

Tengo delante de mí tu carta del 9 de Marzo, en la que deseas mayor explicación acerca de algo que dije en mi última carta. Te refieres a ese pasaje donde digo: “Mirar únicamente a Dios en Cristo, y no prestarnos atención sino olvidarnos de nosotros mismos, produce toda virtud; esto tiene, sin embargo, sus grados”. Tú deseas conocer estos grados, como si no los conocieras tan bien como yo. No obstante, simplemente expondré lo que venga a mi mente sobre el tema; aunque no recuerdo cómo veía el asunto en aquel momento.

Ahora soy capaz de decir que debemos mirar principalmente a Dios y olvidarnos de nosotros mismos, de siete formas distintas, y la experiencia enseña cada vez, aunque con una diferencia notable, que al hacer esto se produce toda virtud y todo bien. Lo hacemos:

1. En la forma como Lo buscamos.
2. Olvidando nuestros sentimientos.
3. Por nuestra propia experiencia.
4. En la sencillez.
5. En la contemplación. . En la rendición.
6. Esencialmente.

Según el estado de cada uno en particular y la guía divina, porque cada uno debe actuar según su estado y según la forma en la que es guiado, sin preocuparse si su estado es alto o bajo; porque ese estado particular al que Dios nos destina, es el más perfecto para nosotros.

I. En el estado de arrepentimiento, ya sea al principio o posteriormente, cada vez que el alma siente su pecaminosidad, angustia, ansiedad y alarma en la conciencia, a partir de una persuasión de la justicia divina—con referencia a la cual no ve nada delante de ella sino tinieblas, muerte y perdición—en este estado, digo, no hay mejor, ni otro remedio o refugio para el alma, que no mirarse a sí misma, sino sólo a Dios en Cristo, para que su herida sea sanada y toda virtud sea forjada en ella.

Mirar a nuestro alrededor alguna supuesta buena obra, o hacer esfuerzos por ayudarnos y tranquilizarnos mediante deberes, ejercicios bien intencionados, promesas hechas por nosotros mismos, y resoluciones de enmiendas, es tan sólo recubrirnos con lodo suelto. Por las obras de la ley nadie será justificado delante de Dios. La ley es demasiado santa y la carne demasiado débil para rendirle la debida obediencia. La conciencia no puede ser apaciguada de esta manera, sin embargo, el hombre se hunde cada vez más en ella, y después de haber soportado su miseria suficiente tiempo, y de haber hecho su mejor esfuerzo, finalmente se encuentra al final del capítulo siete de Romanos, exclamando: “¡Miserable de mí, etc.!” Pero si el alma le da la gloria a Dios y acepta cordialmente su indignidad, miseria y nadedad, y luego aparta la vista de sí misma para ver a Dios en Cristo, quien misericordiosamente recibe y sana al pecador, ella ciertamente será salvada, aunque esté cargada de montañas de pecados, y aunque el corazón sea la morada de siete demonios.

Mientras el alma confiesa sinceramente su miseria, debe apartar sus ojos de sí misma y mirar a Dios en Cristo, pues Él, a través de la sangre de Cristo, es capaz y está dispuesto a perdonar y a borrar todos nuestros pecados. Y aunque su pecaminosidad y miseria se presenten continuamente ante su vista, y aunque le parezca que es incapaz de ver a Dios en Cristo, o que Él no la atiende, aun así, sólo debe continuar firmemente, en el nombre de Jesús, apartando su vista de sí misma y mirando a Cristo, quien nunca la abandonará, ni permitirá que sea avergonzada, sino que finalmente la abrazará con infinita compasión. Así es como nos olvidamos de nosotros mismos y miramos a Dios en Cristo, en la forma como Lo buscamos; justo como un infante enfermo y lloroso mira a su madre, o como aquellos que fueron mordidos por serpientes venenosas en el desierto, no miraron sus heridas, sino a la serpiente de bronce, y fueron sanados. Y así, todo aquel que crea en el Hijo de Dios no perecerá, sino que tendrá vida eterna.

II. En el estado de gozo—ya sea que el Señor bondadosamente le permita al alma ver y gustar las riquezas de Su misericordia, en el perdón de todos sus pecados, o le imparta otros dones palpables de gracia, gozo, luz, placer, consuelo u otros similares—el alma debe ser particularmente cuidadosa de no mirarse, sino que debe olvidarse de sí misma, para que los dones de Dios no sean contaminados por la presunción y la autocomplacencia. Más bien debe cerrar los ojos, tanto a sí misma como a los dones de Dios (después de haberle dado gracias a Dios por ellos), para no desear poseer ninguno de ellos, sino despojarse nuevamente de ellos, a fin de sólo contemplar a Dios en Cristo, y no deleitarse en sí misma, sino en Dios, el dador y fuente de todo buen don, y el único que es bueno y amable.

Este olvidarnos de nosotros mismos y de las bendiciones que hemos recibido en nosotros, este desnudarnos y cerrar nuestros ojos a nosotros mismos y a todas las cosas creadas, para que no queramos poseer ni contemplar nada en ellas para nosotros mismos, sino sólo mirar a Dios, le parece irracional a la mente carnal, y la razón piensa: “¿De qué me sirve recibir y poseer esta o aquella bendición en particular de Dios, si debo olvidarla de nuevo y no dejarme nada de ella para mí misma?” Pero el sentido y la razón están cegados con respecto al reino de Dios. La experiencia enseña, que cuanto más nos despojamos de cada bendición y menos deseamos poseerla egoístamente, en realidad, más noblemente la poseemos. Y

que cuando además, nos despojamos de esa nobleza con que la poseemos, para no considerar nada más que a Dios, nuestra dicha y nuestras bendiciones aumentan aún más. Porque cuanto más sincero sea nuestro desprecio a nosotros mismos y más sincera nuestra renuncia a nosotros mismos, más virtud, paz y bienaventuranza sustancial posee el alma. Pero debido a que muchos, tristemente!, consideran y retienen de manera egoísta el bien que reciben de Dios, continúan privados de lo que es mejor, e incluso, el bien que tienen se pierde y se estropea. Y así es como una persona en esta situación, dejando de lado sus sentimientos, debe olvidarse y despreciarse a sí misma, y sólo mirar a Dios en Cristo, Al que obra todo bien. Y aunque el Amado, en este tiempo agradable, adorna a la novia con un ornamento tras otro, y luego dice: “He aquí que tú eres hermosa, amiga mía”, ella no se mira a sí misma sino que responde: “He aquí que tú eres hermoso, amado mío”. (Cantares 1:15-16)

III. En el camino de santificación, el individuo debe tener como única mira a Dios en Cristo, y no mirarse a sí mismo, y esto debe ser hecho de manera práctica. Muchas personas bien intencionadas, que han sentido un poco de la gracia de Dios en Cristo, tienen un deseo sincero y ferviente de vivir para la gloria de Dios y de seguir la santidad; pero, lamentablemente, por lo general lo emprenden de manera inapropiada.

Estos individuos buscan a sus enemigos, por decirlo así; prueban y examinan sus vidas y conductas; enérgicamente resisten lo que es malo, son diligentes en el ejercicio de la virtud, y se esfuerzan por parecer tan piadosos como les sea posible. Sin embargo, el resultado es, o una forma externa creada por ellos mismos y una apariencia hipócrita sin raíz y fundamento; o se atormentan a sí mismos con desánimo e incredulidad; o bien, pierden por completo todo coraje, porque encuentran muchas imperfecciones y no conocen medios para hacerse a sí mismos tan santos como perciben que deben serlo, ya que el alma actúa en su propia fuerza y sin Dios.

La manera más fácil y más apropiada para alcanzar santidad es, mirar a Dios en Cristo, olvidarnos de nosotros mismos, y olvidar nuestras miserias tanto como sea posible. “Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”, dice Pablo en Hebreos 12, pero, ¿de qué manera? “Puestos los ojos en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe”. Este es ese hermoso ejercicio que consiste en ocuparnos de Dios y de Su beatificante presencia, que es mencionado en el Salmo 16: “A Jehová he puesto siempre delante de mí”. Esta vista filial de la fe, este recogimiento y esta ocupación del corazón en el omnipresente Dios de amor y en Sus divinas perfecciones, es una verdadera estrategia en el conflicto interior; por medio de la cual, el alma en lugar de enfrentar abiertamente al enemigo, actúa como un niño que huye a su madre ante la vista de un perro, y en lugar de pelear contra él, se esconde con confianza en su regazo. Por este mirar a Dios, y por esta ocupación del corazón en Él y en Sus perfecciones, el alma es maravillosamente alumbrada, fortalecida, satisfecha y santificada, sin ni siquiera darse cuenta, de manera real y radical, porque la impresión de la presencia, majestad, toda suficiencia y perfección de Dios, gradualmente penetra, desteta al individuo de todo, y hace que todo lo que no sea Dios, sea pequeño y trivial en su estimación.

IV. Si el hombre es constante y fiel en este ejercicio, Dios bendice sus esfuerzos, lo previene en ellos, y le sale al encuentro con Su atractiva influencia, en el centro de su corazón, y con la impresión secreta de Su íntima cercanía, amor, suficiencia total y perfecciones divinas. Tal persona ya no se encuentra a sí misma adecuada para la contemplación de Dios, ni para el discernimiento de Sus perfecciones mediante los esfuerzos de su entendimiento; ni es capaz de emplearse a sí misma de esa manera. Sin embargo, cuando mantiene cerca su corazón en sencillez, encuentra una impresión general y secreta de la cercanía, majestad, amor y total suficiencia de Dios, que aunque parece que está completamente oculta y que es casi imperceptible, como ya se ha observado, aun así, está acompañada por un poder latente, por medio del cual el corazón es muy alejado y desalentado de todas las cosas creadas y transitorias, a fin de unirse a Dios y permanecer cerca de Él. Así pues, el alma no tiene otra cosa más que hacer en este estado, que seguir en sencillez esta persuasión interna e inclinación central, y por medio de esto aferrarse a Dios, tratar de continuar recogida en Su presencia, y con un ojo creyente, manso y humilde, *mirarlo sólo a Él y no mirarse a sí misma*. Así, mediante este sencillo estado de recogimiento interior, el alma será mejor preservada de todo mal, se convertirá en el recipiente de virtudes fundamentales, y será capaz de una unión real con Dios, y de recibir innumerables bendiciones.

Pero si la persona no actúa con sencillez aquí, sino que se considera a sí misma y sigue su propia imaginación, sólo se confundirá e impedirá su progreso; porque sus anteriores meditaciones y ejercicios externos, conscientes y mentales ya no le proporcionan a la mente ningún alimento o placer; es decir, se adapta a ellos con dificultad. En lo que se refiere a los sentidos, la persona se encuentra en un estado débil y estéril, y ocasionalmente sus pensamientos vagan con facilidad, y cuanto más trata de ayudarse usando sus poderes racionales y mentales, más empeora la situación. Sólo cuando se olvida de todo lo demás y permanece cerca del corazón, o para decirlo más correctamente, cerca de Dios, la persona es, en alguna medida, consciente de la persuasión e impresión arriba mencionadas, en las que se encuentra cómoda; e incluso, tiene un secreto presentimiento de que no tiene nada más que hacer o desear.

No obstante, a tales personas se les dificulta al principio estar satisfechas con esto, por causa de su inexperiencia y de la sencillez del ejercicio; y el alma no pocas veces regresa a sí misma y a la consideración de sí misma, en lugar de permanecer tranquila como María a los pies de Jesús; porque esta es “la única cosa necesaria” para ella, y trae consigo mayores bendiciones que las alcanzadas por aquellos que se preocupan de muchas cosas. Encuentro que me estoy extendiendo demasiado, por eso me expresaré más brevemente.

V. En la contemplación, la persona sólo mira a Dios y no se mira a sí misma, cuando le complace a Dios manifestarse realmente a ella en el interior (Juan 14:21), y presentarse a Sí mismo ante ella. En este estado el ojo del alma es abierto e inclinado —por un delicioso efecto del poder divino— al disfrute de este Bien presente y todo suficiente, y a mirar y aferrarse única y firmemente a Él; esto es llamado el estado de contemplación. En este punto no es muy necesario recordarles a las personas que no se miren a sí mismas, porque ya están suficientemente instruidas en ello, por la unción que se les ha impartido,

y porque son fácilmente atraídas hacia Dios por el poder impulsador y atrayente de Su presencia. Pablo, entre otros, nos dice cuánto bien produce la constante contemplación de Dios en este estado: “Mirando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, de gloria a gloria, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18)

VI. Debemos mirar únicamente a Dios en Cristo, en rendición y humillación; y no considerarnos sino olvidarnos de nosotros mismos, en los diversos e importantes estados de sufrimiento, privación y purificación interior. Esta verdad es, entonces, sumamente necesaria para el alma; sí, cuanto más extremas y severas son las pruebas, más necesario es recordar esto. En las más elevadas sendas de humillación y purificación, no podemos encontrar luz, ni consolación, ni gracia, ni a Dios; mientras que por el contrario, todo parece estar contra nosotros. Miramos y experimentamos nuestra pobreza, oscuridad, debilidad, y la indescriptible profundidad de nuestra miseria, en la forma más amarga. Todos nuestros dones y comunicaciones anteriores parecen como si se hubieran perdido, y creemos que se perdieron por nuestra propia culpa. Todos nuestros ejercicios, esfuerzos, elevación mental, recogimiento, etc., o cualquier otro medio que solíamos usar para ayudarnos, preservarnos y unirnos a Dios, ya no nos sirven de nada.

¿Qué se debe hacer? Nada. ¿Qué se debe sufrir? Mucho, pero aparentemente sin esperanza de liberación. Pero, ¿qué le queda a la desdichada criatura y qué consejo se le debe dar? No le queda nada sino su gran miseria y total nadería; y todo el consejo que se le puede dar es, que sincera y verdaderamente acepte su miseria y nadería, y se rinda a la gracia pura de Dios en Cristo en esta condición, sin buscar nada más en sí misma, sin esperar nada de sí misma, ni tener esperanza de nada para sí misma, sino justificar a Dios, y dejarle hacer con ella como a Él le parezca bien en el tiempo y en la eternidad. Esto lo debe obrar Dios, y el hombre lo debe sufrir; y es entonces cuando se separa de sí mismo, se abandona a sí mismo, muere a sí mismo, y aprende qué es mirar solamente a Dios en Cristo, en el estado de rendición y humillación, y no mirarse, sino olvidarse de sí mismo en grado sumo, por cuyo medio no sólo se produce mucho bien, sino que además somos llenados del Bien que existe por sí mismo.

VII. Esto también sucede esencialmente, en la experiencia de unidad y transformación divina, de la que habla Jesús en Juan 17, y del que otros santos han dado testimonio, tanto en las Sagradas Escrituras como en otros lugares; pero del que nada puedo decir por experiencia. ¡Qué el Señor nos conceda la gracia de sentir y conocer lo que es grato a Sus ojos!

Esto, mi hermano, es lo que te he escrito apresuradamente en respuesta a tus preguntas, y durante continuas interrupciones. Tú sabrás cómo sacarle provecho a todo esto, y distinguir los errores que se entremezclan con ello, de lo que es verdad divina.

No obstante, no tengo una gran opinión de que las personas estén muy familiarizadas con los diferentes grados de la vida Cristiana, porque el amor al yo se deleita en exaltarse y considerarse algo a lo que Dios hasta ese momento no ha conducido al alma. Tampoco quiero que esta carta se vea de manera tal, como

si un grado tuviera que seguir siempre a otro. Es cierto que hay algo de ello, pero el caso no es el mismo para cada alma, ni se siguen siempre tan regular y claramente; además de que el diferente temperamento y comportamiento del alma produce una diferencia perceptible en la forma de su guía. Dios tampoco tiene las mismas intenciones con respecto a todas.

Permanezcamos con Dios en el espíritu de niños por el momento, y rindámonos completamente a Él, conforme a la plena extensión de Su gracia en nosotros y con toda nuestra fidelidad. En cada prueba no esperemos nada de nosotros mismos, sino todo de Su infinita bondad. Amén. ¡Qué Él mismo lo realice!

Acuérdate de mí como tu débil hermano.

### *Carta 23*

Queridos hermanos, hermanas y amigos en la gracia de Dios, cuyos nombres, ruego que se encuentren escritos en el libro de la vida:

Con gusto los habría visitado en persona en cumplimiento de sus repetidas solicitudes, para que con la bendición divina, hubiéramos podido fortalecernos y edificarnos unos a otros en nuestra vocación y fe, y regocijarnos en todas las bendiciones que poseemos en Jesús, nuestra bendita y suprema Cabeza, Dios bendito para siempre.

Pero como la providencia de Dios no permite esto en el presente, me tomo la libertad de afectuosamente saludarlos por este medio, y desearles de corazón que crezcan y se consoliden en la gracia de Dios. El amor y recuerdo de ustedes, hasta donde llegué a conocerlos durante mi última visita, me han refrescado a menudo, y al mismo tiempo, me han impulsado a presentar sus almas al Autor y Consumador de la fe, y a encomendarlos a Su supervisión y misericordiosas influencias, a fin de que ninguno se quede atrás, sino que cada uno, según su medida, progrese hacia el premio de nuestro supremo llamamiento de comunión con Dios en el espíritu. En este sentido, ¡qué el Señor nos una más y más plenamente, como en un solo corazón y una sola alma, en el dulce amor de Jesús!

¡Oh, cuán inefable misericordia de Dios es, cuando no sólo sentimos dentro de nosotros la vocación de la gracia, sino que además le damos cabida cordialmente; cuando estamos notablemente convencidos de nuestra miseria y estado caído por naturaleza; cuando sinceramente sentimos la carga de nuestros pecados, y por la angustia y aflicción internas somos dirigidos a Jesús; cuando percibimos de manera vívida, la gran necesidad de un cambio, de un cambio universal y completo; y cuando, finalmente, tomamos una resolución humilde y sincera de ofrecernos irrevocablemente en cuerpo y alma al Señor Jesús y a Su servicio, y a seguirlo en el camino estrecho de la negación al yo y la cruz, determinados también a soportar de buena gana, el odio y desprecio del mundo, y la enemistad del diablo por ello! ¡Qué feliz momento, cuando tal sentimiento y determinación se levantan en el alma! ¡Inestimable gracia, que es más digna

de estima que todas las engañosas riquezas y placeres del mundo! ¡Pero manténganse firmes aquí, mis amados, los que han experimentado la hora feliz en la que le dieron sinceramente su palabra a Jesús!

Cuando ocurre un despertamiento en cualquier lugar, las personas son fácilmente arrastradas con la corriente; la novedad de las cosas toca los sentidos y la persona también se siente afectada; es más, la gracia de Dios gustosamente aprovecha tales oportunidades para introducir el alma a la red evangélica. Pero ahora, que cada uno preste atención, para que no sea un fuego de hojarasca lo que arde en su interior, sino la llama del Señor, la cual no se extingue fácilmente otra vez. La primera decisión se toma pronto, pero después de que la efervescencia inicial ha disminuido un poco, la persona es puesta a prueba, en la que se necesita previsión, valor y gracia divina.

Cuando uno se encuentra de nuevo entre personas de mente mundana, que ya han oído que trata de volverse religiosa, o de serlo de manera más seria que antes, ¡cuánto asombro se manifiesta!, ¡cuántas advertencias aparentemente fieles!, ¡cuán aparentemente razonables los argumentos y falsedades que asaltan a la débil mente! Si en ese momento la persona le presta un poco de atención a la serpiente y reflexiona el asunto con su mente carnal, inmediatamente se debilita y es vencida. Después le parece muy probable que ese sea el caso, que no hay necesidad de hacer tanto ruido al respecto, ni de perjudicarnos ante los demás—que correr de aquí para allá es de poco provecho; que a menudo produce más distracción que edificación; que podemos servirle a Dios tranquilamente sin identificarnos mucho con las personas odiadas; que hay además mucho fuego extraño y disimulo entre ellas, y que no todas son tan santas como aparentan serlo externamente—que no es del todo posible vivir de esa manera, etc. ¡Oh, cuidado, cuidado, ustedes que aman sus almas, tengan cuidado de consultar así con carne y sangre, y de rechazar Al que mediante Su palabra y las enseñanzas de Su gracia en sus corazones, les habla cosas muy distintas, pero continúan en lo que han oído y conocido desde el principio!

Cuántos reciben la palabra del evangelio con gozo y luego dejan que su ánimo decaiga, cuando ven a sus enemigos, y sienten, que no sólo oír y hablar pertenece a la piedad, sino también obrar y negarse a sí mismos; quienes consideran hermosa la perla del evangelio, Jesús y Sus bendiciones, pero se detienen o dan media vuelta cuando aprenden que deben venderlo todo para obtenerla. ¡Oh, mis queridos amigos, permanezcan firmes y no dejen que su ánimo naufrague! El Señor está con nosotros; un alma, un Jesús, una eternidad, ciertamente valen un poco de esfuerzo.

Cuántos dejan que decaiga su ánimo cuando ven que Jesús no sólo distribuye pan y vino, sino también cruces. Mientras la primera emoción es sentida, el individuo es celoso y hasta sufriría la muerte con Jesús. Pero si el Señor en Sus sabias dispensaciones, retira la leche de palpable consolación y dulzura, y deja que el alma continúe por un tiempo en esterilidad y oscuridad, para probar la fidelidad de su amor y establecerla más firmemente en el conocimiento de sí misma y en la humildad, el hombre está, entonces, listo, para desanimarse y quejarse, o incluso, para buscar consuelo en otra parte. ¡Oh, hermanos míos, no naufraguen, no desmayen! ¡Sean fuertes y esperen al Señor! Porque ningún ojo ha visto, ni oído



escuchado, ni nunca ha subido a ningún corazón no alumbrado, lo que Dios ha preparado para los que Le esperan.

Si no quieren ser engañados ni apartados del camino de vida, es necesario que se aferren en fe, junto conmigo, a Aquel que nos ha llamado. Él ha estado de antemano internamente con nosotros en nuestros corazones, dándonos a conocer Su querida y bondadosa vocación, mediante reprensiones, impresiones, ánimos, luz, amor y vida, según el estado y la medida de cada uno; a esto debemos aferrarnos con toda sencillez, si deseamos continuar firmes y creciendo en gracia. Múltiples reflexiones, especulaciones y la actividad del entendimiento, así como también la distracción de los sentidos y las muchas distracciones externas, nos alejan violentamente de nuestro centro interno; por lo tanto, debemos evitar todo ello tanto como sea posible. No hay nada, ya sea en el cielo o en la tierra, dentro o fuera de nosotros, que pueda sanarnos, santificarnos y satisfacernos tan completamente, como el amor y la gracia de Dios manifestados en Cristo Jesús. Esto es lo que internamente nos sale al encuentro en nuestros corazones, con sus saludables influencias. Ahora bien, si nos aferramos a esto en un estado de ánimo devoto y retirado, presentando a menudo con sinceridad infantil, la totalidad y lo más íntimo de nuestro corazón abierto y desnudo, a esta luz de vida discernidora y sanadora, y después de cada desviación buscamos regresar con hambre y devoción al interior de nuestro corazón, como hablan las Escrituras (Isaías 4), no sólo continuaremos preservados de todo extravío, sino que también creceremos en todas las cosas en Aquel que es nuestra cabeza, Cristo Jesús, y experimentaremos cada vez más las inescrutables riquezas de Su fuerza y gracia en Sus santos.

Porque no debemos caer en la insensata idea de creer que somos capaces de alcanzar completa regeneración de una vez, y de reingresar al paraíso, por decirlo así, de un solo salto. ¡De ninguna manera! La espada encendida del querubín que gira en todas direcciones—es decir, la Palabra de Dios, que es rápida y poderosa (Hebreos 4:12)—tiene mucho que cortar y eliminar; todo lo que nunca entrará al reino de Dios. Esto no se logra en un día, y hablando en términos generales, ni siquiera en un año. Por tanto, un crecimiento y progreso continuos, ciertamente es lo que les corresponde a los Cristianos, y los grados de gracia son muy diferentes entre los que son llamados. Un Cristiano que conserva sus hábitos y debilidades previos, y permanece en el mismo estado de un año a otro, tiene grandes motivos para reflexionar maduramente en su estado; si es como un árbol sin vida, o como una rama que no permanece en la vid. Porque esta es, precisamente, la razón por la que es perceptible tan poco crecimiento en la santificación de las almas despertadas hoy; la persona no permanece en Cristo de la manera antes mencionada, ni se acostumbra suficientemente a la verdadera oración del corazón, como para creer que Dios está internamente cerca de ella, en su corazón. Es decir, como para aferrarse a Él de manera infantil; como para poseer en un espíritu manso y tranquilo Su conversación y comunión afectuosa; como para esperar Su bondadosa operación y atracción, atendiéndola y dándole lugar; como para unirse a Él más cordialmente; y como un bebé que se alimenta del pecho de su madre, recibir gracia sobre gracia. Esta debe ser nuestra ocupación diaria, sí, nuestro principal empleo, pero debido a que es descuidado,

la persona no alcanza apropiadamente el poder del nuevo pacto, en el que Dios escribe Sus leyes en el corazón, ni un conocimiento por experiencia de Dios, Sus riquezas y Su verdad.

¡Oh, mis muy queridos amigos, apliquémonos más diligentemente a este delicioso ejercicio de la oración, pues no podemos existir ni un solo momento por nosotros mismos! ¿Qué son todas nuestras propias virtudes y toda nuestra propia piedad, si la comunión con Jesús no está en el fondo de ellas? Todo es sólo apariencia de piedad sin eficacia; sombra sin sustancia. Todas nuestras faltas y caídas proceden de nuestra no permanencia con Cristo en el interior; es más, incluso cometemos muchas sin percibir las porque no estamos en la luz. A menudo pensamos que estamos caminando pura y sinceramente, pero si nos acercáramos más a nuestros corazones y al Señor dentro de ellos, pronto nos daríamos cuenta de que no permanecemos por completo delante del Señor. Innumerables motivos egoístas y todo el misterio interno de iniquidad, continúan ocultos ante los ojos de muchos hasta la muerte—para gran aflicción de ellos en ese momento—simplemente porque no buscan llevar una vida retirada en la presencia de Dios. Incluso, no son experimentadas las más preciosas y más esenciales operaciones y comunicaciones de Dios en nuestros corazones, ni son conocidas vívidamente las más divinas verdades, porque no continuamos suficientemente allí, en el único lugar donde pueden ser experimentadas y disfrutadas. ¡Oh, cuánto hay que lamentar de esto, viendo que se nos han dado grandes y preciosas promesas en Cristo, de que aún en esta vida, podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, por el conocimiento en el interior de Aquel que nos ha llamado a esta gloria! (2 Pedro 1)

Por lo tanto, mis compañeros de llamado, si deseamos ser completamente redimidos y santificados, vivir pacíficamente y morir felizmente, debemos convertirnos en *habitantes de nuestros propios corazones y en compañeros de Dios*. Jesús nos ha abierto ese camino nuevo y vivo con Su sangre, de modo que el amor eterno, con sus atracciones e influencias, puede acercarse mucho a nosotros ahora y nosotros podemos acercarnos a Dios en nuestros corazones, con la confianza de un niño, sin referencia a nuestra miseria e indignidad. Acerquémonos entonces (Hebreos 10:22), y usemos libremente este invaluable privilegio. Acostumbrémonos a la presencia del Señor, durante todo el día, incluso mientras trabajamos, y busquemos con fe sencilla darnos a conocer, y familiarizarnos con Él en nuestros corazones. Pero por ningún medio, consideremos superflua una frecuente reclusión en sagrada abstracción, con el fin de realizar este ejercicio dulce y devocional de recogimiento y retiro con Dios en nuestros corazones. Entonces experimentaremos cada vez más sustancialmente, la manera en que el Señor nos sale al encuentro con las tiernas atracciones de Su amor, siendo que Él espera y toca a la puerta de nuestros corazones incesantemente; y experimentaremos que es Su deleite morar con los hijos de los hombres. “¡Vengan y vean!”

Pero no piensen que con esto queremos disuadirlos del uso de medios externos de gracia; ¡de ninguna manera! Más bien aprovechamos la ocasión para recordarles, que no desprecien, o estimen a la ligera, ninguna buena actividad u orientación que aleje del amor al yo, del orgullo o de la reserva excesiva. Debemos amar y estimar todo lo bueno que sea capaz de guiarnos y ayudarnos a la consecución del

bien supremo. Sólo debemos usarlo todo en el orden y en la medida adecuados, y no darle demasiada importancia, mucho menos, continuar aferrándonos a algo que no sea Dios mismo. De lo contrario, eso que es en sí mismo un medio bueno e inocente, de seguro se convertirá en un obstáculo y causará demora en el alcance de lo único que es necesario. Dios ha regulado todas las cosas externas para el bien de lo interno; es más, Él mismo, por decirlo así, se hizo externo en Cristo, con el fin de poder llamar a Sus criaturas—que andan errantes afuera—hacia el interior, y ahí estar verdaderamente cerca de nosotros. Por lo tanto, nosotros también debemos tener presente este amable y sano objetivo que Dios tiene en mente, y en el uso de todos los medios externos, atender diligentemente nuestros corazones, esperando las primeras impresiones de la gracia divina, y observando cómo abren y afectan el corazón, para que nos sometamos a ello en obediencia filial; y así, tanto por las Sagradas Escrituras como también por otras buenas instrucciones, lleguemos a Cristo mismo, y podamos tener vida en Su nombre.

Examinen por medio de la gracia todas las cosas, y retengan lo mejor; y no malgasten el corto tiempo y los nobles poderes de la gracia en cosas innecesarias de naturaleza secundaria. No sean tan cuidadosos de su dinero, como lo son de su tiempo y de la gracia que se les ha confiado. Prosigamos directamente a la meta; pronto anochecerá. *Una cosa es necesaria, la cual es, que muramos a nosotros mismos y a toda cosa creada, y vivamos para Dios en espíritu y en verdad.* Esto es lo que tanto las Escrituras como la gracia en el corazón nos demandan; y esto es lo único en lo que podemos encontrar salud y paz, tanto en la vida como en la muerte. Con esto tenemos suficiente para ejercitar, sufrir y experimentar; aquel que ha llegado a esto puede hacer lo que le plazca, si encuentra que tiene algún tiempo de sobra, o algún deseo de placer.

Eviten toda interacción innecesaria con los hombres de este mundo, no sea que el tiempo les sea robado, y que ustedes mismos se contaminen y se dejen llevar. El tipo más peligroso son aquellos, que hacen grandes pretensiones de razonamiento, especialmente aquellos que son Cristianos sólo de nombre y apariencia, y que no actúan directa y sinceramente según su llamado previo; porque estos, por decirlo así, han verdaderamente estudiado toda pretensión engañosa, por medio de la cual pueden anular la vida estricta, simple e interna en Cristo, y seducir a las mentes inestables.

No permitan que la esperanza de su llamamiento se oscurezca en ninguna medida por algo de naturaleza extraordinaria, ni por los poderes y operaciones de espíritus extraños, que bajo una apariencia imponente y peculiar, se puedan presentar a los sentidos y al amor al yo. Cuando tales tentaciones se apoderen de alguna persona, observen el resultado, y cómo se conoce el árbol por sus frutos. Es necesaria una sagrada previsión con respecto a todo lo que impacta a los sentidos, todo lo que es extraño, y todo lo que tiene una apariencia imponente.

No se dejen apartar de la sencillez en Cristo por ninguna pretensión de conocimiento y sabiduría superiores. La naturaleza busca espacio y se resiste al confinamiento; es más fácil para ella entretenerse con ideas, que sufrir y morir. La vida pobre y sencilla de Jesús es ofensiva para la razón despectiva, que

sofística hasta encontrar un conveniente término medio, que sólo termina uniéndose al camino ancho. Con respecto a nosotros, seamos niños afectuosos; morir, orar y amar serán nuestra sabiduría. Dejemos que la razón nos desprecie tanto como le plazca; ya veremos quién vive más pacíficamente, y a quién le revelará el Padre celestial Sus misterios.

¡Sí, mis queridos amigos! Debemos llegar a ser hijos de gracia; y como tales, debemos amarnos unos a otros sincera y cordialmente. Si nos separamos cada vez más de todas las cosas e ideas secundarias, y nos ejercitamos en lo único que es necesario, ¡cuán verdaderamente fieles podremos ser a la vocación de la gracia, muriendo al mundo y a toda vida falsa, y permaneciendo cerca de Dios en sencillez de corazón; entonces nuestros espíritus fluirán juntos, como por sí mismos, en deliciosa unanimidad y unidad! De esta manera, el amor eterno se deleitará en morar entre nosotros y en bendecirnos, como el rocío que cae desde el Hermón sobre las montañas de Sion; y nosotros experimentaremos más profundamente, las desconocidas bendiciones que *se disfrutan en la verdadera comunión de los santos*. Viendo que hemos echado fuera al mundo y que el mundo nos ha echado fuera, démonos mutuamente la mano; y como verdaderos extranjeros y peregrinos avancemos fraternal y valientemente, en una mente y en un espíritu, hacia la feliz tierra de la comunión interna y eterna con Dios en Cristo Jesús. ¡Fiel es el que nos ha llamado, el cual también lo hará!

En Él permanezco por la gracia, etc.

*Mülheim, 30 de septiembre de 1734*

## *Carta 24*

### *Una Carta con Ideas del Autor Respecto al Matrimonio*

Aunque con respecto al matrimonio no tengo experiencia, y no tengo un entendimiento o revelación particular de este asunto, aun así, ante tu solicitud, intentaré exponer brevemente mis sentimientos y mi opinión sobre el tema, según las Sagradas Escrituras.

En términos generales, la expresión de Pablo resuelve el asunto, ‘el que se casa hace bien, pero el que permanece soltero hace mejor’. (1 Corintios 7:38) Así debemos considerar el tema, cuando en otros aspectos las balanzas son iguales.

Sin embargo, pueden haber varios casos y circunstancias, como los mencionados en 1 Corintios 7:2-9 y 1 Timoteo 5:14, en los que el caso se invierte, y cuando se debe decir: “Es mejor casarse”. Porque eso que es mejor, no depende única y principalmente del estado externo. Un humilde soldado de la cruz en el estado del matrimonio, es mejor ante los ojos de Dios, que el orgulloso, quien en el estado de soltería, no preserva su cuerpo en santidad y honor. (1 Tesalonicenses 4:4)

Después de haber sido expulsados del paraíso, debemos contentarnos con un cuerpo casi animal de humillación (Filipenses 3:21)—hasta que sean preparadas nuestras vestiduras celestiales (2 Corintios 5:2-5)—y aceptar trabajar, comer, beber, dormir, etc., de forma animal, cuyo uso rara vez es completamente sin culpa. Y el presente modo de procreación participa aún más de la miseria y corrupción, de lo contrario, no se habría instituido la ley de la circuncisión, ni habríamos sido concebidos ni nacido en pecado; sin embargo, ahora no puede ser de otra manera.

La salud es, ciertamente, mejor que la enfermedad, y la perfección que la imperfección; pero mientras estemos destituidos de ambas, no debemos ser presuntuosos, sino adorar la bondadosa y paciente condescendencia de Dios, quien soporta y pasa por alto nuestra debilidad; es más, incluso la usa como un remedio para conducirnos gradualmente, por su medio, a una mayor perfección. La medicina es un don de Dios y es bueno usarla, pero el que la usa inoportuna y profusamente, se perjudica con ella; y es aún mejor si no la necesitamos.

Como consecuencia de la caída, hemos caído de un estado angelical paradisiaco, a una condición impura animal de cuerpo y mente. Nuestro gran Restaurador se propone conducirnos de regreso, con provecho, a la gloria que hemos perdido—no de la manera que podríamos suponer, ni por un solo salto, sino a través de pruebas, humillaciones y aflicciones necesarias, hasta que gradualmente, de bestias nos volvamos hombres, de hombres, santos, y de santos nos volvamos de nuevo ángeles.

Nadie tiene razón para jactarse de la herencia que ha recibido de Adán; no obstante, una persona tiene esta disposición y perversidad particulares de cuerpo o mente, y otra persona tiene otra; las cuales no son eliminadas de la misma manera, ni por un remedio específico, aunque la cura general del alma es necesaria y es la misma para todas y cada una.

Ni todos los que están en el estado de gracia, tienen la misma medida de luz, fe y poder, o la misma elección y destino particulares. Aquello que le causa a una persona mucha perturbación, confusión y daño, a otra no la perjudica, y es fácil y pacíficamente soportado por ella. En tales casos, ¿quién dará una regla general diferente a esta? Que cada uno examine su vocación y fe en la luz de Dios, y continúe en aquello a lo que el Señor lo ha llamado, (1 Corintios 7:17, 20, 24), pero no juzgue a otro. Y con esta condición—que cada uno examine su vocación en la luz de Dios—el Espíritu Santo deja ciertamente al alma que está en estado de gracia en libertad para escoger lo que cada una considere ser lo más útil para sí misma, y lo más agradable para Dios, ya sea permanecer soltero o casarse.

Cuando el apóstol dice: “Cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro” (1 Corintios 7:7), es probable que no se refiera a dones naturales, como si alguien, debido a que su disposición natural no le impartió castidad, por así decirlo, debiera necesariamente casarse; sino que quiso decir, que hay quienes confían, que con la ayuda de Dios, son capaces de permanecer solteros, con el Señor. “El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba” (Mateo 19:12). Pero como sé bien que no todos

pueden recibir esta palabra, sino que muchos, que tal vez en otras cosas manifiestan su fe y fidelidad, suponen que no es apropiada para ellos; pues que tales personas se casen en el nombre de Dios; que casándose “no pecan”.

De los tres tipos de eunucos mencionados por el Señor en Mateo 19:12, no sé si los dos primeros pueden considerarse castos, pero aquellos que “a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos”, pueden ser verdaderamente llamados castos. No nacieron así, ni fueron eunucos como consecuencia de su inclinación natural; la gracia y un noble impulso de fe los animaron a este casto conflicto (Sabiduría de Salomón 4:2).

El estado de matrimonio mismo es muy diferente, según el estado de las personas que participan en él. “Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas” (Tito 1:15). De hecho, los matrimonios están, en general, bajo el permiso divino, pero no todo matrimonio es hecho en el cielo. Un estado matrimonial verdaderamente santo, como es llamado en nuestros días, es tal vez muy raro; pero hay una diferencia entre ellos. En el amor mutuo y la fidelidad de dos corazones que están realmente unidos en el Señor, hay algo bueno y hermoso en este estado de peregrinaje; y en sí mismo, no es desagradable para Dios, sino un misterio sagrado.

Los Cristianos casados deben estar conscientes, no obstante, de que su estado está bajo la tolerancia divina; que las aflicciones que los acompañan son necesarias para su preservación y purificación (1 Corintios 7:28); y finalmente, que es un estado que no los acompaña al próximo mundo, sino que termina en el presente (Mateo 22:30).

## *Carta 25*

### *Consejo Cristiano a una persona que tenía muchas dudas y recelos en su mente con respecto al matrimonio.*

Querida amiga y hermana en Cristo,

Me has pedido que te escriba algo con respecto al tema que me mencionaste. Debo confesar que no hablo voluntariamente de temas de este tipo; pero ya que lo deseas, y como no quiero que continúes más tiempo perturbada y en reflexiones que sólo pueden producirle daño y estorbo al alma, te declararé breve y sencillamente mis sentimientos respecto a ello, hasta donde Dios lo permita.

Hablando en general, es indudablemente cierto lo que dice Pablo, ‘no es bueno que el hombre Cristiano toque una mujer’ (1 Corintios 7:1), y por lo tanto, es bueno que una persona en el estado de soltería continúe así (versículos 8, 26). Sí, y que la que continúa así, hace mejor y es más dichosa; como es expresamente dicho en los versículos 38 y 40. Pero no todos reciben esta palabra; además, ‘el que se

casa no peca’, como dice el mismo apóstol otra vez en el versículo 28. También puede ser el caso, por la providencia de Dios, o por causas y circunstancias internas y externas, que se diga con verdad de un individuo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Génesis 2:18).

En resumen, el estado soltero en sí mismo, no nos hace aceptos ante los ojos de Dios, pero el que permanece soltero con el fin de unirse a Dios más libremente, y ser santo tanto en cuerpo como en espíritu, agrada a Dios. (Ver Isaías 56:4-5; Sabiduría 3:13-14; 4:12). El que se casa no peca por ello. Pero el que se casa y aparta su amor, deleite, consolación y gozo más profundos de Dios, y los fija—ya sea en mayor o menor grado—en cosas creadas, peca y sufrirá pérdida.

Por tanto, es necesario, en primer lugar, que en este asunto rindas por completo tu voluntad a Dios, y le dejes sólo a Él la elección. Ora después imparcial y frecuentemente, y solicita las oraciones de otros, para que puedas ser conducida y guiada en esto, según Su buena voluntad, y así Le agrades en todas las cosas. Luego, además, considera y examina con mente tranquila en la presencia de Dios, lo que es mejor y más útil para ti, tanto en cuanto a tu cuerpo como en cuanto a tu alma. Y después de haber hecho esto una o dos veces, decide en ti misma, en el nombre de Dios, y con la única intención de agradarle a Él, cómo actuarás en este asunto, viendo que tu mente ha estado muy perturbada bastante tiempo por esto. Y si entonces te parece que esto no agrada a Dios, ni es útil ni de beneficio para ti, rechaza totalmente al individuo y no pienses más en ello. Si por el contrario, te parece que es aceptable a Dios, y útil y necesario para el cuerpo y para el alma, guarda silencio, y cuanto antes, díselo a tus padres y oye lo que digan al respecto, porque si por ningún medio lo consienten, no eres libre, ni por las leyes divinas ni por las humanas. ¡Oh, qué bueno sería, si pudieras esperar todo esto con un corazón tranquilo y retirado, y en rendición, según el ejemplo de Isaac! (Génesis 24:62-63). ¡Qué el Señor te dé gracia para que puedas hacerlo!

Con respecto a nosotros, a quienes tú nos has dado a conocer esto, somos absolutamente incapaces de decirte cuál es la voluntad de Dios en este asunto; pero en nuestras mentes, no encontramos nada en particular contra ello. Sin embargo, no es en absoluto apropiado que te perturbes y angusties internamente tanto como presiento que haces. Sólo rinde tu voluntad completamente al Señor y Él hará todas las cosas bien.

Sin embargo, todavía debe ser mencionado lo más importante de todo, de lo que depende la mayor parte, y además, lo que requiere más esfuerzo y gracia, que es, en caso de que esto suceda, debes ser cuidadosa, por encima de todo, de que el primero y más grande mandamiento de Dios permanezca sin transgredir: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente”. El centro de tu corazón debe ser un templo y habitación de Dios. Guárdate de convertirte en una idólatra, o de aceptar imágenes en el santuario más profundo, lo cual sucede, cuando unimos nuestros afectos desordenada y demasiado ardientemente a las cosas creadas; ‘poseyendo como si no poseyéramos nada’ es la corta pero difícil regla del apóstol Pablo. (1 Corintios 7:30).

Ahora, pues, cualesquiera que sean los resultados, mantén este dicho firme y sin vacilación con la ayuda

de Dios: que tu corazón y más profundo amor pertenezcan total, indivisible y eternamente sólo a Dios, y mantente rendida a Él. Considéralo a Él? como yo, como el único tesoro, consuelo, sostén y salvación, y experimentarás paz y bienaventuranzas donde sea que estés y en cualquier estado en que te encuentres, tanto ahora como para siempre. ¡Amén!

## *Carta 26*

### *A los habitantes despiertos de la ciudad de Meurs*

Sus deseos de familiarizarme con sus nombres, y el deseo de sus corazones de pertenecer enteramente al Señor, me ha causado alegría y deleite celestiales, y me ha movido a poner tanto sus nombres como sus intenciones a los pies de nuestro querido Sumo Sacerdote, para que Él los bendiga y los confirme. ¡Qué todos sus nombres estén grabados indeleblemente en el libro de la vida, y que en el gran y decisivo día sean pronunciados entre los benditos nombres que Jesús confesará entonces delante de Su Padre y delante de los ángeles!

Este inestimable favor y honor no sólo son fervientemente deseados para ustedes por mí, sino que también es amablemente pretendido y bondadosamente ofrecido por Jesús mismo, a los más desdichados entre ustedes. Si nosotros, que somos merecedores de la maldición, pudiéramos contemplar, aunque fuera sólo a través de una rendija, el corazón de Jesús abierto, ¡qué no veríamos! ¡qué no sentiríamos!

Mientras vivíamos en el estado de seguridad carnal, sin Dios y sin Jesús, estábamos al borde del abismo de perdición, y éramos inconscientes de ello. Jesús nos amaba, nos buscaba, y no lo sabíamos. Es Él quien nos ha tomado de la mano, quien nos ha apartado de ese terrible abismo, ha dirigido nuestras mentes hacia Él, y en lugar del bien merecido pozo del infierno, nos ha abierto el insondable abismo de Su amoroso corazón, para que podamos huir, a esta segura y bendita ciudad de refugio, de todo pecado y peligro y seamos eternamente felices en Él. ¡Oh, vengan, mis queridos hermanos! ¡Gusten y vean cuán bondadoso es el Señor, y cuán indescriptiblemente benditos podemos ser en comunión con Él, incluso durante el presente estado de existencia! No busquen alivio en otra parte para sus cargados corazones. Todo lo demás es engaño. No lo encontrarán fuera de Cristo; al buscar en otra parte sólo aumentarán sus cargas.

El que aborrece todos sus pecados, tiene derecho a creer que tiene el perdón de todos sus pecados y la purificación de ellos en la sangre de Cristo; pero el que desea recibir a Cristo, y sin embargo, secretamente retener el mundo y el pecado, su fe es vana. Aquel que lo da todo por todo, ciertamente obtendrá la perla de gran precio; pero, ¿cómo puede recibir algo una persona que ya tiene las manos llenas? No se consuelen en fundamentos sin sustancia, hasta que Jesús los consuele a su debido tiempo, no sea que se perjudiquen por ello.



Estén dispuestos a ocupar el lugar más bajo, hasta que el Señor mismo diga: “Amigo, sube más arriba” (Lucas 14). Sólo esperen a los pies de Jesús, ustedes atribulados corazones, nadie espera en vano; porque mientras esperamos, la preciosa semilla crece. No somos tan felices en el mundo cuando nos va bien en todas las cosas, como lo somos con Jesús en los tiempos atribulados. Cada lágrima y cada suspiro traerán abundante fruto a su debido tiempo. Aprendan a guardar la Cuaresma con Jesús. No se inquieten, desanimen, ni desmayen cuando se levantan sufrimientos, pruebas y tentaciones. Cuando nos sucedan estas cosas debemos fortalecer nuestros corazones con confianza, tal como sucedió con nuestro gran Precursor. Por nosotros, Él fue conducido por el Espíritu al desierto, para que no pensemos que estamos solos allí. ¡Oh, revistámonos de la mente sufriente de Cristo! No perdamos el valor cuando la serpiente tentadora se nos aproxima disfrazada de ángel y dice: “Te daré esto o aquello, si te postras y me adoras”. El que vence y persevera hasta el fin, heredará todas las cosas.

No confíen en sus propios corazones, valor, fuerza, luz, virtudes o fidelidad; sino que al igual que yo, sean como niños pequeños, que perecerían sin el cuidado de una madre. Todo lo que es nuestro carece de valor, y todo lo demás es gracia gratuita, la cual debemos esperar y recibir en cada momento. Dado que nuestra confianza en nuestro bondadoso Redentor nunca es suficiente, a Él se puede acercar el más miserable sobre la base de la gracia gratuita, amablemente buscar Su favor y amistad, orar a Él sin cesar, depender de Él fraternalmente, y luego audazmente aventurarlo todo sobre Él. ¡Él es fiel, y llevará a cabo en nosotros y a través de nosotros, lo que ni nosotros, ni ningún otro mortal, sería capaz de lograr por sí mismo!

Ahora bien, mis queridos hermanos, si ustedes han entregado realmente sus corazones y su sincero consentimiento a este queridísimo Amigo de los pecadores, como me aseguran haber hecho, inclínense con humilde gratitud delante de Aquel que ha demostrado Su amor a ustedes, y ante el único que los puede afirmar. Si los ángeles se regocijan en el cielo por un pecador que se arrepiente, mi pobre corazón también se regocijará por la feliz porción de ustedes, y les tenderé amablemente la mano de afecto fraternal. Examínense detenidamente, no sea que se atesore algún anatema en sus corazones, y para que se adhieran con inocente sinceridad a Jesús, y cada día estén más completos en Él. Si permanecemos en Él, tendremos desnudo, tendremos comunión unos con otros, nos regocijaremos unos con otros, y pronto nos encontraremos delante del trono del Cordero, con infinito gozo, para glorificar Al que nos ha rescatado de la tierra con Su sangre. Amén. ¡Así sea!

Con este deseo los saludo colectiva e individualmente delante de Su rostro, y permanezco por gracia como,

El fiel, débil y agradecido hermano de ustedes.

## Carta 27

### *Amonestación de advertencia contra las trampas y tentaciones del enemigo de las almas.*

1. Amemos, estimemos y usemos las Sagradas Escrituras o la Biblia, según el estado y circunstancias de nuestras almas. Es indiscutiblemente el mejor y más divino libro del mundo, y una revelación o expresión de la voluntad de Dios para nosotros; y descuidarla y despreciarla es manifestación de una ingratitud y arrogancia sumamente censurables. Sin embargo, no debemos olvidar que el poder y la iluminación del Espíritu de Dios son absolutamente indispensables, para entenderla correctamente y caminar en concordancia con ella.
2. Mantengamos constantemente frente a nosotros los preceptos puros y santos, así como la vida de negación al yo de Jesucristo, para nuestra imitación. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. No debemos mirar mucho a nuestro alrededor, ni prestarle atención a otros, excepto en la medida que estén en Cristo y siguiendo Sus pasos.
3. No olvidemos la doctrina de Jesucristo, especialmente la que se refiere a negar al yo y a todas las cosas creadas, como la primera y más necesaria característica de Sus verdaderos discípulos. Él dijo: “Estrecha es la puerta, y angosto el camino”. Por lo tanto, consideremos y rechacemos todo aquello que interna o externamente, represente para nuestras naturalezas corruptas y carnales un camino ancho y fácil.
4. Velemos y oremos; vigilemos nuestros corazones, pensamientos y afectos engañosos para que no les permitamos vagar irreflexiva y libremente hacia las cosas creadas, sino permanezcamos cerca de Dios; sí, aferrados a Él con nuestros afectos, deseos e inclinaciones. Vigilemos también nuestro sentidos—nuestros ojos, oídos, boca y lengua. Ellos son los portales por los que el pecado, la confusión y miles de tentaciones entrarán si los abrimos muy frecuente, innecesaria e imprudentemente. Por último, vigilemos también nuestras naturalezas corruptas, para no ceder ante ellas, ni seguir sus voluntades.
5. Al mismo tiempo, también oremos, y más con el corazón que con la boca, especialmente por el Espíritu de Jesús, para que Él pueda gobernar y obrar en nosotros. Él es el único que puede guiarnos a toda verdad, y así lo hará; sin Él, sería imposible para nosotros perseverar o realizar algo bueno.
6. Por encima de todas las cosas, amémonos unos a otros, y ejercitémonos en interactuar filialmente con Dios en nuestros corazones, y de caminar reverentemente en Su presencia; porque este simple ejercicio, si somos fieles y constantes en él, nos introduce, mediante la cooperación divina, en esa verdadera comunión con Dios en espíritu de la que depende toda religión y nuestra salvación eterna.
7. Busquemos con serenidad mental, ser muy fieles y estar atentos a las enseñanzas y amonestaciones internas del Espíritu de gracia. Aunque estemos liberados de la ley y ya no seamos tan conscientes de sus amenazas, reprensiones y terrores que provoca en la conciencia, aun así, no podemos estar separados de la ley del Espíritu vivificante de Jesús, cuyas suaves, e internas y persuasivas influencias y direcciones

debemos atender y seguir mejor, y con más facilidad y fidelidad.

8. Evitemos toda conversación innecesaria y asociación perjudicial con el mundo y con personas frívolas, e igualmente con aquellas que bajo el nombre de piedad, viven en falsa libertad, según el impulso de la carne, el sentido y la razón. Porque al tener íntima interacción con ellas, las mentes de los que son inestables pueden fácilmente impregnarse, a menudo inconscientemente, de algo de la disposición de esas personas y sufrir por ello. Mientras que la asociación y conversación con las que son verdaderamente de Dios, deben ser mucho más queridas y preciosas para nosotros.

9. Cuidémonos especialmente en todas nuestras acciones, palabras y gestos—tanto en nuestro andar externo como interno—de toda sutil hipocresía, disimulo y conducta vanidosa, que tanto desagrada a Dios. Por el contrario, busquemos hacer todas las cosas en sencillez, sinceridad y cordialidad, sin referencia al hombre, sino únicamente para agradar a Dios.

10. Mantengamos continua vigilancia sobre nuestra razón corrupta, en la que la serpiente antigua se complace acechar, y bajo los más plausibles pretextos, se esfuerza por sacarnos de la sencillez de corazón y llevarnos a todo tipo de especulaciones inútiles y disputas perjudiciales. De modo que la mejor parte a menudo es olvidada y descuidada como consecuencia de ello, y el hombre cae imperceptiblemente en todo tipo de errores y equivocaciones, como lo demuestra diariamente la dolorosa experiencia.

Finalmente. Sepan que el Hijo de Dios se manifestó para quitar nuestros pecados, y que en Él no hay injusticia. El que permanece en Él, no peca. El que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, no dejen que nadie los engañe. El que hace justicia es justo, como Él es justo. (1 Juan 3:5-7)

## *Carta 28*

*Carta de ánimo dirigida a unas pocas personas despertadas, ante la perspectiva del peligro de persecución.*

*“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino”.*

Queridos hermanos en la gracia de Dios,

¿No está establecido en el pacto que hemos hecho con el Señor Jesús, imis muy amados!, que Él nos dará el reino de la misma manera que el Padre se lo dio a Él? Es decir, que debemos entrar con Él al glorioso, incorruptible y eterno reino de Dios a través de mucha tribulación interna y externa; pero todo según la omnisciente disposición de nuestro Padre celestial, sin cuya voluntad ni un solo cabello de nuestras cabezas caerá. ¿Nos debe sorprender, entonces (y no más bien alegrar), cuando nos sucede lo que nuestro Señor nos anunció previamente? Sí, ahora, verdaderamente tenemos muchas más razones para levantar nuestras cabezas con confianza filial, ya que nuestros asuntos marchan prósperamente, y el Señor está en

medio de nosotros con Su bendición, debido a que el adversario está muy enfurecido contra nosotros. Si al entregarnos por primera vez a Jesús, proclamamos la guerra contra el reino de las tinieblas, no puede ser de otra manera; debemos esperar en respuesta toda clase de hostilidades. Sólo fijemos firmemente el ojo de la fe en Aquel que nos ha amado, y seremos capaces de salir más que vencedores en todas las cosas, por Su causa, y valientemente decir con aquel héroe—que tenía a todos sus enemigos delante de él—con los que tenemos que luchar en el presente: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

A través de la bondad divina, durante algún tiempo se ha sembrado mucha buena semilla en nosotros y entre nosotros. Ahora debe tomar lugar un zarandeo, purificación y establecimiento. El capítulo trece de Mateo debe ser explicado ahora mediante la experiencia, para que todos perciban cómo se encuentran y dónde se encuentran. Porque de ningún modo debemos suponer que sólo vamos a tener consolación y dulzura intelectuales, en compañía de Jesús. Porque aunque sintamos que estar con Él es indescriptiblemente gozoso, aun así, todo lo que es bueno debe ser probado, para evitar que se pierda o se eche a perder. La cruz es, por tanto, pura gracia y bondad. No, mis hermanos, no hemos entrado a la embarcación con Jesús para divertirnos y entretenernos. Ya se ha levantado un poco de tormenta, y puede seguir una mayor. La embarcación siente el vendaval. Por tanto, guardemos nuestros corazones en calma y en incommovible confianza en Aquel que está con nosotros en la barca, que puede dominar tanto al viento como al mar, para que no tenga que avergonzarnos diciendo: “Hombres de poca fe, ¿por qué dudaron?”

¿Y qué es lo que nos debería conmover? Si nos sobrevienen sufrimientos, no sufriremos como malhechores, alabado sea Dios. Siempre hemos mostrado el debido respeto, obediencia y deber hacia las autoridades constituidas, tal como se nos ha enseñado. No hemos intentado fomentar disturbios o divisiones en el gobierno eclesiástico; ni hemos formado nuevas sectas, ni intentamos hacerlo.

Nuestras conciencias están tranquilas tanto sobre éstos como sobre otros puntos sospechosos de los que nos podrían acusar falsamente. Nuestras asambleas han sido, según la amonestación del apóstol, para estimularnos al amor y a las buenas obras; para aprender cómo—tras habernos revestido de Cristo—caminar en Él y estar cada vez más establecidos en Él. Nuestras reuniones no se han celebrado privadamente, sino de manera que cualquiera podría haber estado presente; deseando sinceramente que otros disfruten las bendiciones que hemos encontrado y esperamos encontrar en Jesús. En resumen, nuestro único objetivo ha sido, que cada uno camine en su estado y vocación como un verdadero Cristiano y ciudadano Cristiano. Aquel que sospeche de nosotros cualquier otra cosa, está o malinformado o maliciosamente inclinado. ¿Quién nos hará daño si somos seguidores de lo que es bueno? Y si a pesar de todo sufrimos, sufrimos como Cristianos, no debemos avergonzarnos por ello, sino glorificar a Dios bajo estas circunstancias, estimando altamente Su reprensión, y por medio de una confianza filial en Su fidelidad que perdura para siempre. ¡Por lo tanto, tengan buen ánimo; la causa es del Señor; es decir, Él la llevará a cabo, porque Suyo es el reino!

Sin embargo, las armas de nuestra milicia no son carnales, sino espirituales. Toda la victoria reside en un estado de mente pacífico, pasivo, creyente y devoto en oración. La áspera e impetuosa fuerza de la naturaleza debe ser clavada en la cruz de Cristo, y ser quebrantada y aplacada por un descenso creyente a Su mansa y conciliadora mente de amor; para que nada se valore sino la caridad, benevolencia y beneficencia compasivas, incluso hacia nuestros adversarios. De esta manera triunfó Cristo sobre todos los poderes del infierno. Si caminamos, al mismo tiempo, dignamente del evangelio de Jesucristo, incluso aquellos que ahora se nos oponen se nos unirán, cuando contemplen la belleza de la verdad y la bienaventuranza que disfrutamos con Jesús.

Mucha consideración, consulta y actuación según la prudencia humana, es de poca utilidad en este asunto. Mientras la inocencia permanezca en su desnudez natural, nadie podrá apoderarse de ella. Toda nuestra fuerza, paz y salvación deben ser buscadas permaneciendo internamente, con un espíritu infantil, en Jesús. Entonces, todo se nos da a la hora y en el momento que se necesita. No permitamos, pues, que nos saquen de nuestra fortaleza, ni nos distraigamos con temores innecesarios, consideraciones humanas e interminables conversaciones sobre las circunstancias presentes, sino continuemos tanto más en el interior con Cristo, mediante la fe y la oración, para esperar al enemigo estando en nuestros puestos.

De la misma manera, no nos debilitemos por una visión incrédula de nosotros mismos, y por permanecer en nosotros mismos. Debemos confiarnos a Dios; Él no nos abandonará. Él nos cubre los costos de todo lo que tenemos que hacer y sufrir por Él. Por tanto, no debemos tomar en cuenta nuestra debilidad o incapacidad. Si sólo permanecemos con filial confianza en Él, podemos hacer todas las cosas a través de Aquel que nos fortalece. Y aunque el Señor a menudo nos deja sentir nuestra debilidad en los tiempos de prueba, aun así, esto no debe atemorizarnos; es por nuestro bien, para que no nos autoproclamemos héroes, sino que nos arrastremos con mayor impotencia hacia Su fuerza, y para que Él sea todo y el único en nosotros.

Nuestro negocio es únicamente con el Señor. El mundo hace su parte. Que lo haga. El Señor llevará a cabo y completará Su obra en nuestros corazones, por medio de todo y a pesar de todo. Que esta sea nuestra única ocupación. A esto deben contribuir secretamente todos los adversarios, aunque se propongan lo contrario. Permanezcamos entonces rendidos a Él, despreocupados por el futuro, únicamente mirándolo a Él con un ojo vuelto hacia el interior, y sigamos audazmente nuestro curso, abandonando cada vez más todas las cosas creadas y todo lo que somos, para que sólo Jesús posea y gobierne en nosotros. ¡Oh, mis queridos hermanos, abandonémonos a nosotros mismos! En nosotros no hay más que perdición, miseria y debilidad. En Jesús hay vida y salvación reales. Que cada uno lo busque y lo experimente por sí mismo. Nosotros debemos ser fundamentalmente hallados en Él. La puerta está abierta en Su sangre, y cerca en espíritu, incluso para los más grandes pecadores. ¡Ah, si ellos lo supieran, cómo se apresurarían a ella!

Ahora mis hermanos, reciban estas líneas con las que me sentí inclinado a saludarlos, en la sencillez del amor. ¡Sean fuertes en el Señor! ¡El Señor de los Ejércitos está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestro

refugio! Selah.

En su gracia permanezco como,

—UN HUMILDE HERMANO Y SIERVO DE USTEDES.

## **Sobre la Naturaleza y Utilidad de la Verdadera Piedad**

*“La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera”. 1 Timoteo 4:8*

Es muy lamentable que en estos últimos tiempos oscuros y corruptos, la piedad, devoción, o el verdadero servicio a Dios y religión (pues todos son una y la misma cosa), se hayan convertido en algo tan raro y poco conocido sobre la tierra; más aún, incluso entre los Cristianos, o entre aquellos cuya profesión o carácter peculiar debe ser, según la Palabra de Dios, dejar que su bondad brille como luces ante los ojos de otras naciones sobre la tierra...que incluso entre estos, digo, la verdadera devoción o piedad es tan poco conocida, que universalmente manifiestan repugnancia ante el nombre mismo de la devoción; o si hablan de la piedad, ni siquiera saben de qué están hablando; y cuando otros se forman una idea de la piedad, pronto se percibe, al examinarla de cerca en la luz de Dios, que los conceptos que tienen de ella están muy lejos de estar en concordancia con la naturaleza de la cosa misma, y que a pesar de toda la apariencia externa y forma de piedad, su poder es universalmente desconocido, e incluso rechazado como mera imaginación y error. Por lo tanto, me he sentido impulsado a darles una definición de ella, en esta ocasión, con toda la brevedad posible, según la medida de luz y gracia que Dios conceda. Si todavía se pudiera encontrar en algún lugar una iglesia de Cristianos primitivos, tal como existía en los dos o tres primeros siglos, la tarea sería innecesaria y me estimaría feliz de aprender de ellos, y leer en ellos—como cartas vivas escritas por el Espíritu de Dios (2 Corintios 3:2-3)—algo de aquello sobre lo que me estimo demasiado carente e indigno para escribir con tinta.

### **I. Lo que NO es la naturaleza de la verdadera piedad.**

A fin de formarnos una idea de la naturaleza, excelencia y esencia de la verdadera piedad, o describir a un verdadero hombre piadoso, es razonable: En *primer lugar*, que no dirijamos nuestros pensamientos a las cosas que el hipócrita y el impío puedan tener en común con los que son realmente piadosos. En *segundo lugar*, a nada que sólo posean los piadosos, pero sólo algunos de ellos. En *tercer lugar*, a algo

que todos posean, pero no todo el tiempo. Sino que debemos buscar esas características que sólo poseen los verdaderos piadosos, y todos ellos, y en todo tiempo. Esto es tan evidente que nadie puede negarlo. Veamos, con toda brevedad, qué resulta de estas proposiciones.

*En primer lugar, la naturaleza de la verdadera piedad no consiste en algo que los impíos y los hipócritas tengan en común con los verdaderamente piadosos.*

De ahí, que cuando nos abstenemos de vicios grotescos, cuando no maldecimos, ni nos embriagamos, ni robamos, ni peleamos, etc., sino que externamente llevamos una vida social sobria, justa, decorosa, retirada y tranquila, no es prueba suficiente de que somos piadosos y devotos; más aún, aunque tuviéramos todo esto, y nada más, o nada más sustancial, sólo estaríamos al nivel de los impíos y de los hipócritas.

Podemos diligentemente asistir a ceremonias externas, que son buenas en sí mismas, y realizar deberes piadosos; podemos ser bautizados, e ir a la iglesia y cumplir el sacramento; podemos leer, aprender y meditar sobre lo que es bueno, hacer oraciones externas, ayunos y dar limosnas; podemos elogiar y en alguna medida amar la piedad y a los piadosos; podemos asociarnos con ellos, poseer mucho conocimiento literal de la verdad, saber cómo conversar en un tono piadoso, y a pesar de todo esto, todavía no ser realmente piadosos.

Podemos estar convencidos de Dios y de Su verdad; podemos ser sensiblemente afectados por la tristeza o por la alegría; podemos ser reprendidos y afligidos en nuestras conciencias; podemos desear y tomar resoluciones para arrepentirnos, y realmente cambiar y enmendarnos externamente, y evitar los pecados más evidentes; más aún, podemos incluso abandonar pecados secretos (que seguimos amando en lo profundo) por angustia de conciencia y temor al infierno; y todavía no ser verdaderamente piadosos. Todo esto es evidente, y también ha sido detalladamente ampliado por otros;<sup>1</sup> y sin embargo, si todos estos, los que sólo tienen esto, y nada más, fueran tachados del catálogo de los piadosos, probablemente no quedarían muchos piadosos en pueblos y países enteros.

*En segundo lugar, la naturaleza de la verdadera piedad no consiste en algo que algunos hombres piadosos posean, o hayan poseído, pero que no todos tengan.*

Bajo este encabezado pueden incluirse los éxtasis, revelaciones, dones de profecía, una fe obradora de maravillas, una luz extraordinaria en misterios divinos, dones brillantes, un celo manifestado externamente, y cualquier otro don extraordinario de la gracia de Dios. La piedad no consiste en nada de esto.

Por lo tanto, no debemos desear, particularmente, cosas tan elevadas como esas, y de ninguna manera sentir envidia cuando las veamos u oigamos en otros; porque el amor al yo a menudo piensa: “Ah, si yo tuviera esos dones, esa luz y ese celo, como esta o aquella persona, entonces sería verdaderamente

---

<sup>1</sup> Consulta “*Almost Christian*” de Mead, “*Nature and Grace*” de Spener y “*Saint’s Pilgrimage*” de Wilkinson para más información sobre este tema.

piadoso y capaz de edificar a otros”; y nos impulsa a imitar una cosa u otra—a la que no hemos sido llamados—y sin la gracia de Dios. Todo esto se levanta de un principio de engreimiento y amor al yo, y es una tentación muy peligrosa de Satanás, contra la que debemos armarnos con la oración y la humildad, y únicamente trabajar para alcanzar la sustancia de la piedad, regocijándonos mientras tanto en los dones que Dios les ha concedido a otros. El que posee esas cosas, no tiene motivo para presumir de ellas o de enaltecerse sobre otros; debe tener cuidado de no aferrarse a ellas, ni descansar en ellas, ni deleitarse egoístamente en ellas; y además, debe cerrar tanto su corazón como sus oídos contra la alabanza y el aplauso de los demás. Dado que son sólo dones que (en sí mismos) no hacen que una persona sea más piadosa; pero al poseerlos, la persona se encuentra en mayor peligro que otras que no los poseen.

*En tercer lugar, la naturaleza de la verdadera piedad no consiste en algo que todos los piadosos poseen, pero no todo el tiempo.*

Todos los piadosos, o la mayoría de ellos, a menudo experimentan consolaciones, deleites palpables, seguridades ocasionales, paz, dulzura espirituales y divinos, y varias otras comunicaciones divinas y dones de gracia. Digo que ellos experimentan estas cosas *frecuentemente*, pero no todo el tiempo o sin variación, de lo cual se deduce que la sustancia de la verdadera piedad no puede consistir en estas cosas.

Por lo tanto, a mi parecer, actúan imprudentemente los que habiendo recibido de Dios dones de este tipo, hablan de ellos y los estiman casi más que la esencia de la piedad misma; y parece que los presentan como señales inequívocas y características esenciales de la fe y de la piedad. E incluso, llegan a declararlos el verdadero fin que debemos tratar de alcanzar siempre, y no darnos descanso hasta que lo hayamos logrado.

De ahí que muchas personas bien intencionadas, que leen y oyen tales declaraciones, y que no han disfrutado aún de los mismos y palpables dones de gracia, puedan caer en desesperanza, desaliento y duda acerca de su estado, y ser obstaculizadas en el camino de la negación al yo y de la cruz, al esforzarse con frecuencia, por motivos egoístas, en pos de alegría y consuelo, buscando por todos lados señales y garantías de su salvación, más que de las marcas y características de la verdadera piedad.

Los que poseen estos dones de gracia, generalmente piensan bien de sí mismos, y a menudo secretamente imaginan que ahora son los hijos favoritos de Dios—que ahora son santos, sí, mejores que otros, y se sienten seguros de ir al cielo. Aquí, el alma a menudo olvida el verdadero y único camino seguro de la negación al yo y de la cruz, y se recuesta en el suave lecho de los goces palpables, deseosa de erigir su tabernáculo antes de haber terminado su viaje.

Ahora bien, si el Señor, en Su sabiduría, retira de tal persona la leche de la palpable consolación y dulzura, dicha persona se entristece, desanima e intranquiliza, y busca regresar y poseer eso, que—debido a que es un apoyo poderoso de la vida del yo—es la voluntad de Dios quitar de ella, para hacerla, como el Capitán de su salvación, perfecta a través de los sufrimientos.



Porque aunque es una verdad innegable, que en el camino de la piedad generalmente se experimentan muchos y varios dones de gracia, e incluso se disfrutan de manera perceptible, tal como es confirmado por todas las Sagradas Escrituras, por innumerables testimonios de santos en cada época, y por la experiencia real de este tiempo presente; aun así, tales dones de gracia, digo yo, sólo se experimentan dentro del camino de la piedad, y son, por así decirlo, los lugares de descanso y posadas en el camino, que no son ni el camino mismo, ni el fin del camino, y por lo tanto, lugares donde no debemos permanecer siempre, siendo sólo experiencias ocasionales que deben ser usados únicamente en caso de necesidad, para alivio y recuperación de las fuerzas, para que luego podamos continuar nuestro viaje con la mayor prontitud. Si reflexionáramos un poco más en esta comparación y la aplicáramos, descubriríamos bastante bien el uso apropiado de los dones de gracia, de los que no diré más por el momento, habiendo dado en otro lugar instrucciones completas sobre el tema.

## **II. La naturaleza de la verdadera piedad**

Hasta aquí hemos examinado lo que es considerado como piedad o devoción, y de hecho, lo es, para la mayoría de los hombres, lo cual, sin embargo, de ninguna manera puede constituir su verdadera esencia y sustancia; por lo tanto, la pregunta es, ¿en qué consiste la verdadera piedad? Ahora, aunque no es difícil responder a esta pregunta en pocas palabras, es difícil, si no imposible, darle una idea adecuada de ella a aquel que no está en posesión de la verdadera piedad. Porque son cosas del Espíritu de Dios que el hombre natural no puede entender. ¡Qué el Espíritu de Dios alumbre nuestro entendimiento con Su verdad, y poderosamente persuada nuestros corazones a obedecer!

La verdadera piedad (ευσέβεια) es ese estado interno, o disposición, que es obrado por el Espíritu Santo, y la ocupación del alma que brota de él, mediante el cual ella le vuelve a rendir el debido homenaje y adoración al Dios trino. Consiste en un temor y veneración filiales, en una confianza y fe de corazón, y en un ferviente apego y amor a Dios, tres cosas que son como las partes esenciales del templo espiritual en el que Dios es adorado. Porque dado que Él es Espíritu, necesariamente se desprende que Él debe ser adorado, no de una manera meramente externa, ceremonial e hipócrita, sino internamente y de corazón, en Espíritu y en verdad, si ha de hacerse de forma digna de Él, como el divino Maestro lo demuestra. (Juan 4:24)

Repito, el Espíritu Santo produce este estado o disposición del alma, mientras le da al individuo experimentar internamente (a uno más, como de una vez y con gran poder, y a otro más imperceptible y gradualmente) y de una manera sobrenatural, viva y poderosa, la verdad, gloria y hermosura del omnipresente ser de Dios.

Esto produce de inmediato en el alma una veneración, admiración, reverencia filial y humillación interna indescribiblemente profundas, de todo lo que hay dentro de ella, en la presencia de la exaltada Majestad

de Dios. Este glorioso Ser le parece lo único grande y bueno, y ella misma, junto con todas las otras criaturas, completamente insignificantes, pequeñas y despreciables. Dios es exaltado y magnificado por ella, mientras ella misma se humilla en la más profunda humildad. Se estima a sí misma polvo y cenizas—incluso algo inferior; y por eso no soporta verse honrada o estimada por otros. Está consciente de que ante esta Majestad, toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra debe inclinarse y adorar, y este es el objeto de su deseo. Contempla al Ser divino, casi como el único Ser, y a todos los demás, considerados en Su presencia, como nada. Le parece una horrible e inhumana maldad ofender a tal Dios. Despreciaría mil mundos, antes que cometer un mal tan grande. De ahí, que sienta la más profunda vergüenza, con verdadera humildad y dolor de corazón, al recordar sus pecados anteriores, así como por las debilidades y amor al yo que todavía se adhieren a ella, cuyos primeros y más sutiles movimientos le resultan repugnantes y muy angustiantes, y cuya total aniquilación desea y espera ardientemente.

Esta veneración a Dios y esta idea despectiva, o más bien, total desprecio de sí misma y de toda otra criatura, produce al mismo tiempo en el alma, una total desconfianza de sí misma y de todas las cosas creadas, y una verdadera fe y confianza en Dios en Cristo Jesús, a quien se rinde, entrega y encomienda totalmente en cuerpo, alma y espíritu, para que Él pueda hacer con ella, en ella y de ella lo que le plazca en el tiempo y en la eternidad; esperando y confiando en que Él es capaz y está dispuesto, y en que Él, con seguridad señoreará sobre todo para el bien de ella y para Su gloria. Asimismo produce en el alma un abandono de sí misma y de todo lo que no es Dios, y ardiente hambre, sed y deseo de huir en busca de refugio, y más aún, una verdadera entrada a Cristo—con quien se une internamente—y mediante un continuo y creyente apego, y retirándose y permaneciendo en Él, recibe gracia sobre gracia, poder y fuerza esenciales, espirituales y vivos, todo lo cual la penetra y anima plenamente; de modo que, todos los actos, palabras, pensamientos e inclinaciones internos y externos son gradualmente producidos e inspirados por este nuevo principio de vida.

Por cuyo motivo, con la mayor conciencia de su propia nadedad y depravación, y con un sincero reconocimiento de la gracia gratuita de Dios, de muy buena gana le adjudica todo bien que es encontrado en ella, o que pueda proceder de ella, a esta Fuente divina—al vivificante Espíritu del Señor Jesús en ella; de modo que el alma puede decir con verdad, usando las palabras del santo Pablo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”. (Gálatas 2:20) Y aprende a entender en todo su significado, las palabras de Cristo: “El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. (Juan 15:5) En verdad, esta unión esencial de fe en Cristo Jesús, es la única base de toda verdadera piedad; y la nueva vida que brota de ella es verdadera piedad, por lo que es llamada enfáticamente, “piedad en Jesucristo” 2 Timoteo 3:12, a fin de distinguirla como algo vivo, poderoso y esencial, de toda religión engañosa, sombría y hecha por el yo.

Una consecuencia simultánea del conocimiento y visión de Dios en el interior antes mencionados es, que todo el corazón, por así decirlo, es felizmente cautivado y enteramente inclinado a desligarse y alejarse—mediante una total negación al yo—de todos sus deseos, placeres, alegrías, deleites y de todo afecto de sí

mismo, y de todo lo que no es Dios, y dirigirlo y fijarlo todo en este único objeto que es totalmente digno, y amarlo sólo a Él, aferrarse a Él con todo el corazón, con toda el alma, mente y fuerza, y no amar nada fuera de Él que no pueda ser verdaderamente amado en Él.

Los impíos (*asebes*) y los piadosos (*eusebes*) están, en las Escrituras, en directa oposición. Una persona impía es aquella que está desligada de Dios y aferrada a sí misma y a la creación; una persona piadosa es aquella que está desligada de sí misma y de la criatura, y adherida a Dios con todo su afecto. Todo su corazón dice a todo lo que no es Dios: “No soy para ti, ni tú para mí; no eres el objeto de mis deseos; puedo prescindir de todos ustedes. Sólo Dios es suficiente. Él es mi tesoro. Él es mi todo. Él es el centro de mis afectos. En Él tengo suficiente”. Abraza a este hermoso Ser con todo los poderes de su amor, y busca placer, gozo, consolación y deleite sólo en Él. Se aferra a Él en los más profundo de su alma. Se sumerge en Él, hasta que finalmente, después de que cada estorbo y separación del pecado y del amor al yo es disipada, mediante el ejercicio de una gran fidelidad y paciente resistencia, y a través de la poderosa operación de la gracia de Dios, llega a ser por completo una con Dios, o un espíritu con Él. (1 Corintios 6:17)

Esto, en conjunto, es llamado en las Escrituras: “Andar delante de Dios, o en Su presencia”, y en realidad, no es más que la verdadera piedad, el verdadero servicio a Dios, o verdadera religión, en la que Enoc, Noé, Abraham, y todos los santos y los profetas del Antiguo Testamento, así como también Jesucristo, nuestro Salvador y Precursor, junto con los apóstoles, los Cristianos primitivos y todos Sus verdaderos seguidores, en todas las épocas, han servido a Dios, como será evidente para aquel que se refiera a los pasajes de las Escrituras que se adjuntan,<sup>2</sup> con un deseo de la verdad que es según la piedad.

Ahora bien, aunque la verdadera piedad, en lo que se refiere a su origen y esencia, es totalmente interna, aun así, como luz divina, es imposible que permanezca tan escondida, como para no dejar que sus características vivas—incluso, frecuentemente sin la voluntad o conocimiento del alma—brillen en toda la vida, habla, porte y conducta de la persona, que es totalmente diferente de la vida y conducta de los hombres de este mundo, y diametralmente opuesta a ellos. Y por el contrario, verifica aquel dicho de Cristo, ‘el buen árbol no puede dar malos frutos... haced el árbol bueno, y su fruto será bueno’. Donde la verdadera piedad mora en el corazón, allí reside Jesús, y allí necesariamente se manifiesta también, una vida en concordancia con la doctrina y vida de Jesús, y brillan todas Sus virtudes—la humildad, la mansedumbre, el amor, la sobriedad, el rechazo al honor, a la pompa y a los tesoros y placeres del mundo, la paciencia, la fortaleza, la bondad, misericordia, templanza y todas las otras virtudes de Jesucristo. Porque aunque un hipócrita pueda, en alguna medida, poseer la apariencia externa de dichas virtudes, un hombre verdaderamente piadoso no deja que su luz brille menos por este motivo; lo cual puede decirse a manera de advertencia, para los que en particular, les gusta hablar de una piedad grande y meramente

---

<sup>2</sup> Génesis 5:24, 6, 8, 9, 17:1, 39:9; 1 Reyes 17:1, 1 Reyes 18:15; 2 Reyes 3:14; 5:16, 2 Reyes 20:3; Salmos 16:8, 25:15, 116:9, 123:1-2; Juan 8:29; Hechos 17:27-28; 2 Corintios 5:9; Filipenses 3:20; Hebreos 4:12-13, 11:22-23, 27; 1 Pedro 3:2-4.

externa, y no obstante, en otros aspectos, se permiten miles de libertades en conformidad con el mundo; e incluso consideran y desprecian un caminar externo serio de negación al yo, como hipocresía y disimulo. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. (1 Juan 2:6)

A partir de esta disposición interna del alma, o piedad, brotan de vez en cuando, todos los ejercicios internos de virtud y actos de piedad (porque los abarca todos en ella), tales como los deberes de humillación delante de Dios, invocación, meditación, contemplación, adoración, agradecimiento, alabanza, amor, rendición, etc. Ya que todos los deberes externos, como oír, leer, conversar sobre cosas buenas, orar, cantar y cosas semejantes, brotan, y deben necesariamente provenir, de dicho fundamento y disposición de corazón, para que sean practicados con provecho y merezcan el nombre de servicio a Dios.

De lo que se ha dicho, puede ser fácilmente percibido que la principal distinción entre la verdadera y falsa piedad radica en que esta última consiste, únicamente, en una apariencia, forma y cubierta externas, mientras que el corazón, en el ínterin, permanece sin cambios, lleno del amor al mundo, al yo, y a toda abominación. Pero la verdadera piedad posee en sí misma un poder divino, produce un cambio total en el hombre, retira poderosamente su corazón, afectos, deleites y todos los poderes de su alma de todas las cosas creadas, lo une a Dios, su origen, y lo traslada a una vida y caminar verdaderamente santos y divinos.

### **III. La utilidad de la verdadera piedad.**

¿No debería ser bendito en Dios el que es piadoso de este modo? Sí, él es verdaderamente bendito. Conoce a Dios y a Jesucristo, a quien Él envió, lo cual es la vida eterna (Juan 17:3). El entendimiento, que con mucho cansancio y ansiedad había vagado por mucho tiempo en la absoluta oscuridad natural, palpando como un ciego en busca de la pared, y había buscado la verdad mediante la engañosa luz de la razón, y sólo había encontrado ideas, opiniones y conjeturas sin vida, frías e inciertas, ahora ve sin mucho esfuerzo o búsqueda individual, ‘luz en la vida de Dios’. (Salmo 36:9) Reconoce la verdad y Al que es verdadero; y mediante la contemplación de esta verdad, el ojo del entendimiento es alumbrado, alegrado y satisfecho, habiendo alcanzado entonces su objeto y su propósito. Saber que Dios es, y que es lo que es, (Éxodo 3:14) le ofrece una indescriptible felicidad a aquel a quien el Hijo se lo revela (Mateo 11:27), y no puedo hacer otra cosa más que asentir sinceramente y decir: “¡Sí, Señor, está bien que seas, y que seas el que eres. Sí, amén!”

Si es dicha, como realmente lo es, poseer todo lo que deseamos y anhelamos, la persona que posee verdadera piedad, debe ser verdaderamente bendita, porque une su voluntad con la de Dios, la cual siempre se cumple. Anteriormente estaba afligida y atormentada en la infernal llama de su propia voluntad, que muy frecuentemente la hacía sentirse insatisfecha, porque una cosa u otra siempre estaba mal, en la opinión de la perversa voluntad del yo; y así se retorció y agonizaba día y noche, dentro de sí misma,

en penoso temor, preocupación, angustia, intranquilidad y ansiedad, como un gusano que carcome, para perjuicio del cuerpo y del alma. Pero ahora ha entregado completa e incondicionalmente su voluntad en el ejercicio de la verdadera fe, y a través de la negación al yo, en las manos de Dios, de manera tal, que sólo la voluntad de Dios influye y opera en ella, por medio de lo cual el alma es colocada en un estado tranquilo y muy pacífico.

Su voluntad no desea nada más que a Dios; y debido a que lo posee (esencialmente y en la fe, si no siempre de manera clara y perceptible), no puede querer o desear algo más, ya que Dios, como su objeto propio e infinito, llena y calma la infinita capacidad de sus deseos. Ella puede decir con el piadoso patriarca Jacob, ‘tengo todo, tengo lo suficiente’ (Génesis 33:11 RVG), lo que nadie más, aunque sea el más grande monarca sobre la tierra, puede decir con verdad. Porque nadie sabe lo que es tener lo suficiente, salvo el alma verdaderamente piadosa, porque nadie lo ha experimentado jamás. De hecho, la gente supone que esta cosa o aquella satisfaría su hambre y deseo, y el pobre, errante y separado espíritu de Dios piensa para sí mismo: “¡Ah, si yo estuviera en esta o aquella situación en particular; si tuviera esto o aquello; si esto o aquello fuera quitado, entonces estaría tranquilo y contento”. Sin embargo, ¡con cuánta frecuencia y constancia nuestro fiel Creador hace que el hombre sea consciente de que éstas son sólo cisternas rotas, y que no pueden proporcionar alimento apropiado para el alma! Una sola cosa es necesaria, y es Dios, en quien el alma verdaderamente piadosa, al retirar todo su deseo, amor y afecto de cualquier otro objeto, los reúne en Uno. Así llega el espíritu a su origen, centro y propósito al que pertenece, e igualmente, a su reposo y verdadera felicidad, que es también incrementada en la esperanza de su futura prolongación y manifestación en gloria eterna (Colosenses 3:4); así que en este aspecto, “en esperanza somos salvos [o bendecidos<sup>3</sup>]”. (Romanos 8:24)

La consecuencia de todo esto es una mente despejada y alegre, y un comportamiento bien regulado, armonioso, imperturbable y pacífico, viendo, como se observó antes, que la voluntad del yo ha sido quebrantada; y por eso los afectos y pasiones son moderados, y ordenados apropiadamente, mediante lo cual el cuerpo, como es fácil de suponer, es más beneficiado que perjudicado.

No obstante, se necesitarían mayores capacidades para intentar una descripción de la suprema felicidad que acompaña a la verdadera piedad, incluso en esta vida, aunque todo lo que pudiera decirse, sería sólo oscuro e inadecuado; y por ello, para conocerla, el alma debe experimentarla realmente. Pablo expresa todo esto en pocas palabras: “La piedad para todo aprovecha (el remedio y panacea infalibles), pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Timoteo 4:8).

Es al menos evidente por lo que se ha dicho, que es erróneo considerar la verdadera piedad como algo melancólico, penoso, difícil y molesto, ya que, considerada abstractamente, es todo lo contrario. Es cierto que le causa severa aflicción, agonía y muerte a la obstinada voluntad del yo y a la depravación natural,

---

3 En Alemán, salvación y bendición se expresaban con la misma palabra.

pero es precisamente esta voluntad del yo y este estado natural, lo que nos hace desdichados y miserables, y por lo tanto, debe ser quitado del camino y necesariamente removido por el poder y Espíritu de nuestro salvador Jesús, para que podemos ser aquí y en la eternidad felices, gozosos y benditos en Dios.

Por lo tanto, examinemos aquí, dos o tres de las principales razones por las que la piedad parece tan difícil y desagradable, no sólo para la mayor parte de los hijos de este mundo, sino tal vez también, para la mayoría de lo que profesan la religión.

La primera razón es, porque algunos—y por desgracia demasiados—son muy negligentes y tiernos consigo mismos a la hora de decirle no al mundo, al crucificar la carne, al hacer morir sus propias voluntades, sus deleites sensuales y todo placer, goce, afecto y gratificación egoísta que ofrecen las cosas creadas; por cuyo motivo es imposible que alcancen la verdadera paz con Dios, y una experiencia sustancial de Su total suficiencia. Es imposible servir a dos señores (Mateo 6:24). Aquel que quiera deleitarse en Dios, ya no debe buscar placer en la creación; y el que busque su deleite en la creación, no lo encontrará en Dios.

En algunos individuos la negligencia yace en una sutil pero muy peligrosa falta de sinceridad, en secretamente—aunque a sabiendas—aferrarse con afecto a algún pecado o cosa creada en particular, con lo cual el Espíritu Santo es contristado, el corazón continúa intranquilo, y la conciencia continúa sus acusaciones. Otros carecen de una atención serena y estricta sobre el corazón, y hacia las amonestaciones del Espíritu de gracia que mora en ellos, y continúan viviendo en una estado de desenfreno mental, y más en los sentidos y en la razón que en el espíritu (Romanos 8:1, 4, 5, 9, 13), por lo que innumerables pecados y egoísmos no son reconocidos ni removidos. Súmese a esto, que los hombres escuchando a la razón carnal, a menudo ponen límites y fronteras a su negación al yo y a la santificación, o dejan que otros lo hagan por ellos; y así, se contentan bastante bien con un pequeño comienzo, y con la negación de una cosa en particular; mientras que retienen todo lo demás, apelando debilidad, sin resistirse seriamente a ello.

La segunda razón por la que una vida piadosa parece difícil y desagradable, incluso a muchas personas piadosas, es que muchos, que aunque están perfectamente deseosos de obrar con más sinceridad que los primeros, corren hacia el lado contrario, y son inapropiadamente muy activos en aquello en lo que otros actúan muy perezosamente; ya que buscan, en sus propias fuerzas, seguir y ser fieles a las amonestaciones y requerimientos de ese Espíritu Santo a quien se han rendido, en lugar de abandonarse inmediatamente con su propia actividad y habilidad, y pasar en realidad—y no meramente de manera ideal e imaginaria—por fe y amor a Jesucristo, y espiritual y dulcemente unirse y tener comunión con Él, para que Aquel que obró en ellos el querer, pueda también obrar en ellos el hacer, según Su beneplácito. Por este motivo, lo que realizan no es puro, completo, sincero, ni permanente, y de ahí que la mente, a pesar de todos sus esfuerzos legales, yazca postrada bajo muchas dificultades, disgustos, reprensiones y grilletes. Este es un punto muy importante, cuando es bien entendido, y es más frecuente entre los piadosos, de lo que podría haberse supuesto.

La verdadera santidad y piedad son tanto impracticables como extrañas para las leyes y los poderes

naturales del hombre. El Espíritu vivificante del Señor Jesús debe hacernos nuevas criaturas, y animarnos e influenciarnos completamente, para que llenos de esta gracia gratuita y poderosa del nuevo pacto, podamos negar y vencer todo con deleite, valor y constancia, y vivir en el ejercicio de la verdadera piedad, en la presencia del Señor. Si todo aquel que se esfuerza por alcanzar la verdadera piedad, se sumergiera en esta única fuente de toda gracia y piedad, es decir, en Jesucristo, en la conciencia de su profunda depravación e incapacidad, en sincera confianza y permaneciera en Él, verdaderamente creceríamos, floreceríamos y llevaríamos fruto como árboles plantados junto a corrientes de agua, y encontraríamos, por medio de una experiencia viva, que “sus mandamientos no son gravosos”. (1 Juan 5:3)

Pero que nadie suponga que con esto queremos pasar por alto el misterio de la cruz, o excluir los benditos senderos de la aflicción, por medio de los cuales Dios guía a Su pueblo del ámbito y camino de la piedad; definitivamente no. Porque si así lo hiciéramos, condenaríamos a todos los hijos de Dios que fueron primero que nosotros (Salmo 73:15): Abraham, Job, David, Hemán, Jeremías, y a todos los santos del Antiguo y Nuevo Testamento; todos los cuales (cada uno en su medida y grado) han sido ejercitados, tratados y purificados por Dios, tanto en cuerpo como en alma, por varias tentaciones y asaltos del enemigo, tinieblas, abandono, esterilidad, angustia y varias otras aflicciones y sufrimientos. Por el contrario, el divino dicho sigue siendo cierto hasta el día presente, de que todo el que quiera vivir piadosamente en Jesucristo, no sólo debe ser externamente odiado, injuriado y perseguido por el mundo (2 Timoteo 3:12), sino también internamente perfeccionado por una variedad de tentaciones, cruces y sufrimientos, y así entrar en el reino de los cielos. (Hechos 14:22)

Pero a pesar de todo esto, el sufrimiento, las tentaciones y las aflicciones en el interior, gradualmente se volverían fáciles, e incluso agradables para la persona piadosa, y no serían capaces de perturbar su profunda paz en Dios, si tan sólo aprendiera sabiamente a poner su fuerza, deleite, bienestar y salvación, única y completamente en Dios y en Su beneplácito. Digo *únicamente* en Dios y en Su beneplácito, no en sí misma, ni en sus propias acciones, ni en su propia comodidad y satisfacción; ni en la luz divina, dones, emociones, seguridades y cosas semejantes, porque todo esto puede y debe ser a menudo escondido y quitado. Pero Dios y Su voluntad nunca se mueven ni cambian. Y cuando el alma en sus sufrimientos, cualesquiera que sean, sólo pueda rendirse a sí misma y a su salvación, con una fe oscura y en la más profunda negación al yo, a este fiel Creador, definitivamente alcanzará—en el grado en que lo practique, y en el que toda justicia propia y auto asumida piedad sean aniquiladas—los apacibles frutos de justicia y santidad (Hebreos 12:11), incluso en esta vida.

No pretendo con esto, poner más desaliento en el camino de los que son sinceros en su hostilidad hacia el pecado, y vagan cansados y cargados en dolor y contrición penitente, ni hacer que desconfíen de su estado porque no les parezca fácil; de ninguna manera. Todo lo contrario, deseo consolarlos y afirmarlos asegurándoles que no siempre será así, y sólo quiero recordarles que con tal disposición de corazón deben acudir a Jesús, conscientes de su miseria e incapacidad, para que Él los refresque, y luego haga que su yugo sea fácil y su carga ligera (Mateo 11:28-30). Y dado que no tienen poder en sí mismos para

abrirse paso y alcanzar la verdadera esencia de la piedad, mediante una incesante hambre y oración en el espíritu, se acostumbren a aferrarse al Señor más fervientemente y a permanecer en Él, porque Él, entonces, infaliblemente les concederá abundantemente, por la impartición de Su poder divino, todo lo que es necesario para la vida y la verdadera piedad. (2 Pedro 1:3)

¡Qué Aquel que es el único Dios bendito por siempre y el único que puede hacernos piadosos, toque viva y poderosamente por Su Espíritu los corazones de los que lean estas páginas, de modo que no sólo decidan inmediatamente negarse a sí mismos y negar todas las cosas creadas, sino que realmente lo hagan y lo lleven a cabo por medio de Él, para que puedan seguirlo y disfrutar la inefable y eterna felicidad de Su divina comunión!

Debemos abandonarnos a nosotros mismos para asirlo y ser asidos por Su Espíritu. Debemos salir de nosotros mismos para entrar en Él. Esta salida y esta entrada es el fundamento y el acto más esencial de la piedad, porque por medio de ello, le devolvemos a Dios lo que es de Él, es decir, nosotros mismos, completa, total e irrevocablemente. Y al hacerlo, igualmente Lo reconocemos y aceptamos por lo que es, es decir, nuestro Dios, Creador, Redentor, nuestro supremo Bien, nuestro Uno y nuestro Todo para siempre. Si se descuida esta única cosa, esta salida y esta entrada, nuestra piedad vale poco, y es únicamente una sombra sin sustancia. Pero ya que el compasivo amor de Dios en Cristo Jesús nos llama tan fielmente a ello, sigamos esta inestimable vocación de gracia en humilde rendición, abandonando todo lo que tenemos y somos, para que podamos ser piadosos y benditos en Él en verdad, tanto ahora como para siempre. Este es el deseo cordial y la más ferviente oración a la Fuente de toda piedad de,

—UN SINCERO BUSCADOR DE LA PIEDAD.

## **Sobre la Diferencia del Progreso en la Piedad**

*“Muchos son llamados, mas pocos escogidos.” Mateo 20:16*

### **I. La Diferencia**

A pesar de que Dios es todo suficiente en Sí mismo y no tiene necesidad de nuestra, ni de ninguna adoración (Hechos 17:25), es el propósito eternamente inmutable y la misericordiosa voluntad de Él que, además de las miríadas de espíritus angelicales, que en varias jerarquías, legiones, rangos y puestos rodean Su trono, y contemplan, adoran y disfrutan Su muy gloriosa y hermosa Majestad, también tenga una iglesia y verdaderos adoradores entre la raza humana e hijos caídos de Adán, con quienes pueda unirse de manera interna y recíproca, comunicarse con ellos, y hacerlos partícipes de Su gloria y felicidad



divinas.

Por lo tanto, esta Sabiduría eterna, cuyos deleites están con los hijos de los hombres, va continuamente, por decirlo así, como una madre y esposa fiel y cariñosa, buscando almas que adoren al Padre de una manera digna de Él, en espíritu y en verdad. ¡Pero ay!, no tiene éxito con la mayoría; en algunos encuentra algún grado de atención, pero no exclusivamente en todas las cosas; y sólo en un número muy reducido, encuentra libre entrada y permiso para llevar a cabo sin obstáculos Su obra divina. En resumen, “muchos son llamados, mas pocos escogidos”. A pesar de todo esto, el propósito y consejo de Dios permanece inmutablemente firme: “El Padre tales adoradores busca que le adoren”. Y es realmente el caso, que la Sabiduría siempre ha encontrado, todavía encuentra, y siempre encontrará a algunos entre cada pueblo y nación, en todo tiempo y en todo lugar, en quienes poder entrar y a quienes poder hacer “amigos de Dios”, como se dice en el libro de Sabiduría, 7:27.

La consecuencia de este comportamiento tan variado de los individuos, con respecto al misericordioso llamamiento de Dios,<sup>1</sup> es una muy notable diferencia que se observa entre los piadosos en la iglesia de Cristo (porque ahora no me dirijo a la multitud de los de mente mundana y los hipócritas), particularmente desde la apostasía de la iglesia de su primer amor y poder, ya que la mayoría de ellos se detienen pronto en los comienzos del Cristianismo, sin esforzarse seriamente por avanzar continuamente, y por eso llevan una vida más débil, más común, y si me permiten expresarme así, más *externa* ante los ojos de Dios y del hombre. Sin embargo, otros, los menos numerosos, han seguido adelante fielmente, y han sido atraídos y conducidos por la gracia de Dios a algo más sustancial e interno, en consecuencia de lo cual son diligentes en llevar una vida más santa, estricta e interna. Con respecto a esto, es cierto que podría haberme explicado y expresado más brevemente; y en un modo de expresión muy común en las Sagradas Escrituras y en los escritos de los padres primitivos, podría haber denominado a los primeros individuos imperfectos, y a los segundos (en su verdadero sentido) perfectos; pero debido a que en estos tiempos Cristianos verdaderamente imperfectos, hay muchos tan indispuestos a oír hablar de la perfección, que es de temer que tengan tanto miedo a la cosa misma como a la palabra, he tratado de evitar esta piedra de tropiezo.

En la presente ocasión, sólo me esforzaré, brevemente, por hacer evidente esa diferencia que existe entre los piadosos de hoy; por si acaso alguien puede aprender por ella a conocerse a sí mismo, y bajo los varios puntos y diferencias externas menores, de los que el Cristianismo está rodeado y envuelto actualmente, comenzar a buscar el origen interior de la vida oculta.

La mayor parte de los que son llamados por Dios, se detienen en su camino después de haber experimentado los primeros efectos del arrepentimiento, como dolor y tristeza por sus pecados, ansiedad ante el

---

<sup>1</sup> Con esto no se pretende negar que Dios tenga Sus sagrados propósitos, al llevar a almas individuales a estados particulares de santificación y unión; pero si todos reconocieran en sí mismos el propósito y el llamamiento de Dios, y respondieran fielmente a él, todos los hombres serían santos.

peligroso estado de sus almas, hambre y sed de la gracia de Dios en Cristo, y al volverse de las obras muertas de los pecados más graves, hacia una vida y conducta externamente virtuosas y piadosas; suponiendo que una vez que ha ocurrido tal cambio, ya se ha cumplido lo que las Escrituras llaman conversión y regeneración. Y si además de esto, el corazón ha sentido ocasionalmente una medida de consuelo, deleite y placer, el hombre cree que su estado es más seguro, al suponer que ya ha encontrado el tesoro, y que habiendo superado todos los obstáculos, ha alcanzado la comunión con Dios, y por lo tanto, se apropia de las preciosas promesas, títulos y privilegios que da Dios en Su palabra a los verdaderos Cristianos.

Aquí se detienen las ruedas de sus carros. No quiero decir, que esto sea, invariablemente, el sentimiento, propósito e intención de ellos, como si hubieran alcanzado el fin de la santificación y pudieran tomarse un descanso, sino que su supuesto avance es, en realidad, un estancamiento, si no un retroceso. Observemos aquí, en qué consiste casi invariablemente este avance. Ellos se ejercitan leyendo, escuchando, conversando, cantando, haciendo oraciones vocales, y deberes y devociones similares, (cosas que pueden ser beneficiosos en sí mismas); reflexionan en las verdades de Dios y luchan por formarse un concepto de ellas, o como se acostumbra decir, alcanzar una gran medida de conocimiento, y buscar, en estas y similares actividades, su deleite y disfrute. Y cuando son conscientes de alguna sensibilidad transitoria, o buena inclinación en los afectos, se regocijan, lo estiman muy edificante, y a menudo no saben cómo elogiarlo lo suficiente; pero si carecen de ésto, se quejan como si Dios los hubiera abandonado, e incluso están listos a comparar su situación con la de Job, David y otros santos, en sus dolorosos sufrimientos internos. No sé si la conducta y progreso de muchos de los piadosos consisten en algo más, porque con respecto a esas irregularidades que permanecen después del primer cambio, continúan en su fuerza anterior. Creo que ocasionalmente son resistidas en algún grado, pero nunca vencidas, y por eso consideran esas cosas como faltas y debilidades, de las que no esperan ser liberados durante la presente vida.

Ahora, bien, si prestamos atención a la vida y conversión de tales personas, las encontraremos tolerablemente devotas en sus ejercicios religiosos, pero el resto del tiempo, y en la interacción diaria con los demás, bastante libres y desenfrenadas. No consideran como algo particularmente impropio, tener sus mentes absorbidas por múltiples asuntos mundanos e innecesarios, y acumular riquezas y tesoros para el futuro. Se consideran en libertad de discutir ampliamente asuntos irrelevantes, y de asociarse innecesariamente con personas del mundo. Consideran permitido complacer sus sentidos viendo, oyendo, gustando, y cosas por el estilo—no diré nada con respecto a los pensamientos, porque son universalmente poco atendidos por ellos, y se les deja vagar sin rumbo por horas y días seguidos, sin escrúpulos ni objetivo. Y así, el corazón está en cierta medida dividido, aunque no siempre lo sepan. ¡Ah, qué poco cuidado manifiestan tales individuos bien intencionados, para evitar que sus deleites o afectos se desvíen hacia algún objeto creado en particular, y buscar en dicho objeto gratificación, consuelo y gozo! ¡Cuán negligentes son, cuando siguen sus propias voluntades y sus propias opiniones, primero en una cosa y luego en otra, frecuentemente bajo las más plausibles apariencias, de modo que la diferencia entre ellos y el mundo es a menudo escasamente perceptible!

¿Acaso no es esto cierto? Y muchos de los que leen esto, siendo convencidos en sus conciencias, ¿no se verán obligados a responder, sí? Porque díganme, ¿no es suficientemente evidente, que tales personas realmente no sienten dentro de ellas el poder de la fe y de la piedad para vencer el mundo, tanto interno como externo; para la exterminación del pecado, del desorden de los afectos y de las pasiones del amor al yo, del egocentrismo y de la voluntad propia; y para la destrucción de la vida del yo? ¿Y que aún no poseen dentro de ellas el gran privilegio del nuevo pacto, que es, que Dios mismo escribirá Su ley en lo íntimo (Hebreos 8:10), y que en adelante deberán cumplir la voluntad de Dios, no por la mera constrictión y compulsión de una conciencia cargada con respecto a algunas cosas en particular, sino por amor y afecto fervientes, y por la libre inclinación del corazón?

Por lo tanto, estas personas no alcanzan la paz verdadera y duradera, ni el conocimiento, ni la comunión con Dios en Cristo; y por mucho que se haya hablado y escrito sobre el tema, y sobre el disfrute de la paz, gozo y bienaventuranza en Cristo, aun así, estas pobres personas saben muy poco al respecto por experiencia propia, excepto quizás por haberlo leído o escuchado de otras personas piadosas; o más bien, a pesar de todos sus deberes y ejercicios devocionales, se mantienen en un estado interno de gran dificultad, reproche secreto e insatisfacción de conciencia. Pero cuando experimentan algún grado de placer y alegría en la realización de algún deber y empresa en particular, que es aparentemente bueno, es sólo superficial, momentáneo y mucho menos puro; y no pasa mucho tiempo antes de las acostumbradas acusaciones de conciencia comiencen de nuevo, cuando se escucha su voz. Porque todo lo que se hace en este estado, son resultado generalmente—aunque a menudo inconscientemente—de los propios poderes y esfuerzos naturales del hombre, que pronto caen otra vez, y sólo ocasionan ya sea abatimiento o mucha autocomplacencia en su propia justicia, pero traen poca gloria a Dios, y ninguna paz verdadera y duradera a la mente.

Debemos, pues, no sin razón, reflexionar y preguntar con referencia a esto, ¿cómo es posible que los hombres que poseen luz y gracia de Dios, y que desean no engañarse a sí mismos—porque aquí hablan únicamente de esas personas—puedan pensar o creer que sus estados son correctos y aceptables para con Dios, siendo que su miseria y debilidad son tan obvias en todo los aspectos?

Ciertamente, esto no puede ser atribuido a ninguna otra causa, sino a la falta de observación y atención a lo que sucede dentro de ellos. Porque debido a que se dejan arrastrar y seducir tan a menudo de las reprimendas de la gracia y del Espíritu de Dios, y a que después de haber obedecido una vez su llamado e impulso en su primer arrepentimiento, salen de sus corazones (por decirlo así) hacia su parte pensante o razonadora, y se forman o reciben conceptos e ideas del Cristianismo y de la verdad divina—según la débil e insuficiente luz que han obtenido mediante los esfuerzos de su propia razón, cuyas ideas y conceptos deben ser necesariamente muy débiles, limitados e insuficientes. Y luego, consecuentemente regulan y limitan su Cristianismo, aunque con buena intención, según las ideas que alguna vez se formaron, en las que muchos se establecen tan firmemente, que consideran erróneo y rechazan todo lo que no está de

acuerdo con ellas, o va más allá. Y viviendo así, vueltos del interior al exterior, y de la luz y amonestación del Espíritu a la razón humana, nunca alcanzan, ni un verdadero y completo conocimiento de su depravación interna, y de la multitud de fallos secretos y egoístas en todos los puntos; ni una percepción de la verdad conforme está en Jesús, y de esa vida estricta, santa, retirada y escondida que es requerida en un verdadero Cristiano; ni un conocimiento por experiencia del poder del Espíritu de Jesucristo en Sus verdaderos seguidores, por medio del cual son preparados para tal vida santa y piadosa.

Sin embargo, no acusaré a tales personas de una infidelidad o falta de sinceridad consciente y deliberada, y condenar así completamente su estado; sólo señalaré brevemente su gran deficiencia, impureza e insuficiencia, con la esperanza de que una u otra, mediante la cooperación de la gracia divina, pueda volver en sí y preguntar más minuciosamente, por el antiguo y único camino correcto de morir al yo y a todas las cosas creadas, y por la vida escondida con Cristo en Dios. Porque, ¡ay!, ¿no deberíamos afligirnos y dolernos al ver a tales individuos bien intencionados corriendo en un círculo sin fin, y satisfaciéndose de esta manera con la cáscara externa, o con un mero conocimiento racional, y con algunos ejercicios corporales específicos, deberes y rudimentos del Cristianismo, de modo que todo avance es olvidado, y nunca es experimentado el verdadero fruto interno del Cristianismo, ni disfrutada su bienaventuranza en ferviente comunión con Dios?

## **II. La Transición a un Mejor Estado**

Sin embargo, alabado sea Dios, todavía hay algunos por aquí y por allá en la actualidad, que no encuentran descanso ni satisfacción en un mero comienzo y estado mezclado, sino que están deseosos, con el joven rico mencionado en los evangelios, de ser *perfectos* (para usar las palabras del Señor Jesús), y con este fin se dedican y se entregan de manera particular al Señor Jesús, para ser Sus verdaderos discípulos; quienes por Su gracia, son también diligentes en la práctica de un Cristianismo real, interno y estricto, y buscan ejercitarse en él con todo el corazón, como su única y necesaria ocupación; aunque incluso entre ellos se observa de nuevo, una gran diferencia con respecto a sus progresos y sus estados. Me referiré un poco a la transición de ellos a un mejor estado, y a sus propiedades; sobre lo cual, no obstante, debo ser muy breve por mis estrechas limitaciones.

Este adelanto y transición de dichas almas a algo sustancial e interno, generalmente toma lugar de la siguiente manera. Todo empleo y actividad del yo, externos e internos, sobre lo que el Cristianismo del hombre, aunque sin su conocimiento, había descansado mayormente hasta ahora, se vuelve desagradable y es quitado de él; lo que en algunos casos sucede más rápidamente que en otros. Dicha persona ya no puede continuar leyendo, meditando, escuchando, conversando, haciendo sus oraciones vocales, ni cosas similares; en parte, debido a que el entendimiento que había sido previamente tan activo, se vuelve gradualmente incapaz, perezoso y poco inclinado a funcionar, reflexionar y deliberar como antes; y en parte, porque la memoria ya no puede proveer los conceptos, ideas y temas de los que estaba llena, ni recibir

y retener otros. Y todo lo que esta persona emprende o es capaz de emprender, en cuanto a empleos y ejercicios internos o externos propios, es llevado a cabo con mucha dificultad, y ya no tiene el efecto sobre el corazón y la voluntad que tenía antes; sino que en lugar del placer, sabor y dulzura anteriores, todo se vuelve estéril, ineficaz, e incluso desagradable y molesto. Y por el contrario, percibe dentro de ella, ya sea inmediatamente o con el tiempo, una inclinación más que ordinaria, no sólo hacia la tranquilidad y soledad externas, sino más especialmente, hacia la calma interna o pasividad, con una simple y ferviente falta de interés y olvido de todo lo creado, y una secreta, suave y tierna inclinación a Dios, y una atención infantil de fe a Su presencia en ella, lo cual debe ser muy cuidadosamente apreciado.

Ahora bien, cuando la persona se rinde a esta guía—que es tan extraña para la actividad de la razón, y sin embargo tan dichosa—y a esta atracción interna y divina y es obediente a ella, encontrará su salvación en este descanso y tranquilidad (Isaías 30:15), ya que mediante esto, es destetada de todas sus aberraciones anteriores y de las obras de la razón humana, para que pueda poner atención en su interior y en humilde quietud, a las secretas amonestaciones e instrucciones de la Verdad eterna en su corazón; y en lugar de estar ocupada en una multitud de cosas menores, ahora es dirigida hacia la vida escondida con Cristo en Dios, la cual, no se puede alcanzar de otra manera sino por la continua muerte con Cristo al yo y a todas las cosas creadas.

Con esto, por lo tanto, toda la credibilidad aparente, presuntuosa y externa en la religión, por medio de la cual la persona era capaz de mantener su prestigio, ya sea en el mundo o ante sus propios ojos, se desvanece gradualmente por sí misma, y el alma empieza a exhibir una disposición más infantil, y a seguir la vida simple, despreciada, escondida y sufriente de Jesucristo, en la que serán dadas lecciones muy diferentes a las anteriores. Ahora debe aprender a amar los sufrimientos, pobreza y reproche de Cristo; y por el contrario, debe aprender a evitar y a huir—como de cosas de una naturaleza muy sospechosa—la comodidad y satisfacción de la carne y de los sentidos, las riquezas y tesoros de la tierra, junto con todo el honor o dignidad mundanos. Tales personas entonces se sienten reprendidas, no sólo por las malas obras, sino también por una intención no del todo pura, incluso en las buenas acciones.

El corazón debe ser total y completamente despojado del apego a todas las cosas creadas, y de todo placer, gozo y deleite (incluido el más secreto), y ser gradualmente alejado de todo lo que no sea Dios; de manera que no pase por alto ni una sola palabra innecesaria o desconsiderada, incluso en las cosas buenas y espirituales, o un breve pero voluntario e innecesario vagabundeo de la mente, de la atención o de la tristeza. Así pues, el alma ya no tiene libertad de ver y oír, de ir o quedarse, de actuar y hacer lo que le plazca y como le plazca; ahora percibe que tiene a Uno sobre ella y en ella, a quien debe atender, y a quien debe sujetar su voluntad en completa rendición. Una sutil obstinación, las emociones desordenadas de la mente, la autocomplacencia, presumir sobre lo bien que habla, realiza o disfruta, puede afligir a este tierno Huésped. Y por lo tanto, cada vez que se encuentra en la búsqueda de sus propios intereses, debe apartarse de ella misma en una genuina negación y muerte al yo, por el amor de Dios. En resumen, el lenguaje de tales almas es: “Cada día muero” (1 Corintios 15:31), cada hora y a cada instante; de

modo que por las diversas aflicciones y sufrimientos que le sobrevienen de afuera y de adentro, según la omnisciente guía de Dios, la vida del yo es completamente destruida.

Esto suena duro y severo, es más, incluso parece que es imposible; pero observemos ahora, cómo se vuelve fácil y placentero para tales almas. Ellas viven, al mismo tiempo, en secreto con Cristo en Dios y en Su presencia; y Dios vive y mora en ellas, e internamente las prepara y capacita para todo. Eso que dejan de la naturaleza corrupta, y lo que pierden en el exterior y en las cosas creadas, lo encuentran de nuevo en Dios cien veces más (Mateo 19:29). Cuánto más se alejan y mueren a las cosas creadas mediante una continua negación al yo, tanto más necesariamente se aproximan a Dios y a Su vida, y son conocidas por Él y aceptadas en un caminar y conversar escondido con Él. Previamente, las cosas creadas vivía en ellas y ellas en las cosas creadas. Dios estaba, por decirlo así, muerto a ellas, y como si no existiera. Ahora, por el contrario, Dios vive en ellas y ellas viven en Dios; mientras que todo lo demás, así como ellas mismas—en lo que se refiera a sus propias vidas y a sí mismas—es como si no existiera. Antes buscaban y poseían vida en las cosas creadas y en sí mismas, pero ahora mueren y están muertas a esa miserable vida, encuentran en lo profundo de sus almas verdadera vida y ser, paz, gozo, consuelo y deleite, a lo que deben fervientemente adherirse, retirando sus afectos de todo lo demás, volviéndose al interior en Dios y viviendo en esa escondida profundidad.

Y así, se verifican en ellas las palabras del apóstol mediante una experiencia viva: “Ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:27-28), no sólo según Su presencia universal, sino también según Su presencia particular que mora en ellas. Internamente viven en Dios y delante de Él, como un pez en el agua o un ave en el aire; no por una mera idea e imaginación, sino porque sus espíritus real y esencialmente beben—por medio de la oración incesante, o el hambre de fe, y acercándose a Dios, como una especie de respiración en el Espíritu—la vida divina y fuerza de Él; por lo que, mediante esta permanente interacción de fe y amor, la vida de Dios es impartida a ellas y llegan a ser partícipes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4). Así viven con un espíritu manso y quieto, en un estado simple, rendido, inocente e infantil en la presencia de Dios, aunque no siempre en vista y disfrute, pero sí en fe y realidad; de modo que así como mueren a todas las cosas con Cristo, también viven de manera escondida con Cristo en Dios.

¡Sí, verdaderamente escondida! De modo que la razón prudente pasa por alto esta vida; los sentidos son ignorantes de ella, el ojo carnal no percibe nada de ella; la pobreza, el desprecio y el sufrimiento son tres cubiertas que la ocultan externamente al mundo, el cual no imagina ni cree que una hija del rey (Salmo 45:13), vestida con una inefable gloria interna, esté escondida debajo ellas. Por eso, la razón considera a tales personas como una raza pobre, miserable, despreciada y afligida, como una secta contra la que se habla en todas partes, como personas insignificantes, ciegas y tontas, que sólo se causan a sí mismas una vida miserable y mucho sufrimiento y tribulación. Y aunque la gloria que está escondida en el interior de ellas, irrumpe en una variedad de virtudes divinas, como muchos rayos de luz, de modo que la vida de negación al yo, y su renuncia al mundo, a sus riquezas, honores y placeres; el comportamiento rendido,

humilde, infantil, inocente, ingenuo y transparente es evidente para todos, aun así, esta es una forma y una belleza que no le agrada al mundo ni a la razón cegada, sino que, por el contrario, a menudo ridiculizan.

Lo que es más, ellas a menudo les parecen, incluso a otras personas piadosas—que juzgan más según los sentidos externos y la razón, y que gobiernan sus vidas religiosas más por ello, que por el Espíritu—morenas como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón (Cantares 1:5-6); ignorantes de que debajo de esta vestimenta externa, han escondido internamente la belleza y hermosura; de modo que los hijos de la madre de ellas, con frecuencia se enojan con tales almas, quienes, sin hacer ningún gran espectáculo externo ni apariencia, sólo se esfuerzan en silenciosa abstracción, por guardar la viña de sus propios corazones, y así continúan siendo “los pacíficos” (Salmo 35:20), “los protegidos” (Salmo 83:3) de la tierra. La mejor parte de ellas no se ve, su sabiduría divina está escondida (1 Corintios 2:7); la comunicación de ellas con Cristo está escondida, su andar íntimo con Dios y su vida en Dios están escondidas (Colosenses 3:3); el disfrute de tanto deleite, paz, gozo y bienaventuranza que fluyen de ello, está escondido. En resumen, la vida de ellas es una vida en el Espíritu (Romanos 8:1,4, 9), y toda la gloria, posición y excelencia de ellas están internamente escondidas en Dios (Salmo 45:13).

Que tales almas divinamente santificadas, que buscan seguir al Cordero lo más de cerca posible adondequiera que las conduzca, mediante la más completa negación de sí mismas y de todo lo demás, por la más ferviente y continua adhesión a Dios, por un andar retirado delante del Señor, y dejando que su santificación sea perfeccionada aquí (2 Corintios 7:1)—que tales almas, digo, tienen segura e infaliblemente que esperar privilegios y gloria extremadamente grandes y preciosos, en el tiempo y en la eternidad, es irrefutable a partir de muchos testimonio de las Escrituras, de los cuales, por razones de brevedad, sólo mencionaré unos pocos, solicitándole al lector devoto que se refiera a ellos y medite más sobre ellos, en la presencia de Dios. Números 12:6-8; Deuteronomio 10:8-9; Salmo 45:14-15; 65:5; Cantares 6:9-10; Jeremías 35; Lamentaciones 4:7; Malaquías 3:3; Mateo 19:27-28; Lucas 2:37; Juan 14; 15:15; 1 Corintios 2:6; 15:41; Apocalipsis 14:1-5; etc.

Que nadie piense que es poca cosa, cuando es consciente en su corazón de una inclinación, atracción y afecto secretos por una vida peculiarmente retirada, seria, estricta e interna delante de Dios, sino que acepte todo ello, como una gracia particular y un santo llamamiento de Dios, y lo estime como un gran privilegio y como algo muy bendecido, que Dios condescenderá en otorgarle en el tiempo y en la eternidad. Y con este fin repetiré una vez más las señales de tal vocación, que, entre otras que se podrían mencionar, son principalmente estas: Cuando una persona no encuentra descanso ni satisfacción en la vida mezclada de la generalidad de los piadosos, sino que es reprendida, y tiene repulsión incluso por los pecados e imperfecciones más latentes, los secretos apegos a las cosas creadas, y a todo egocentrismo, amor al yo, voluntad del yo y autocomplacencia. Cuando, por el contrario, está internamente consciente de algo atractivo y seductor, de modo que gustosamente se uniría con Dios de la manera más estrecha e íntima, y viviría delante de Él en una estado de separación del mundo; cuando el alma es despojada y

privada de su actividad externa anterior con respecto a la razón y a los sentidos, y ya no siente dentro de ella ninguna inclinación, nutrición, ni excitación en sus ejercicios y ocupaciones habituales, ni en la reflexión y meditación, sino que en oposición a esto, percibe dentro de ella una atracción e inclinación hacia la sencillez, rendición y compostura internas, y hacia una devoción y atención a Dios universales y tiernas, quien está presente con ella, sin ningún ejercicio en particular de sus facultades de pensamiento, etc.

Los primeros Cristianos, en los tiempos de los apóstoles y sus inmediatos sucesores, fueron evidentemente “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa” (1 Pedro 2:9), y se dedicaron fervientemente a una vida sencilla, retirada y piadosa; como podría demostrarse suficientemente a partir de los escritos de los apóstoles, y de los testimonio de los padres primitivos. Pero mis límites no me permiten ampliar este punto, y por lo tanto, refiero al lector a “*Arnold’s Delineation of the Primitive Christians*,”<sup>2</sup> y especialmente a su “*True Representation of the Inward Christianity of the Ancients*,”<sup>3</sup> donde se pueden encontrar numerosas pruebas de esto.

Pero cuando gradualmente, el primer amor y el celo de muchos—y con el tiempo, el de la mayor parte—comenzaron a enfriarse, de modo que en todas partes se contentaron con la mera profesión externa, o bien, con un pequeño comienzo de gracia; y donde no se mantuvieron en un estado de vigilancia por la persecución, fuego y espada, frecuentemente se dejaron seducir por el elemento externo de este mundo, y por una multitud de preocupaciones y emprendimientos seculares, de manera que sólo se podía percibir una pequeña diferencia entre ellos y los paganos entre los que moraban. Esta tibieza y declive obtuvieron, por decirlo así, posesión y firme establecimiento en la iglesia durante la época tan agradable para los sentidos y la razón, del célebre emperador Constantino el Grande; y la vida de la mayor parte de los Cristianos ya no era la antigua vida escondida de Cristo en Dios, sino una vida externamente espléndida y pomposa. Ya no era el Cristianismo internamente real, sino un Cristianismo de apariencia externa.

Sin embargo, en todas las épocas han habido unas pocas personas excepcionales y preciosas, quienes al no encontrar descanso para sus almas y conciencias en la vida tibia y corrupta de la generalidad, se dedicaron y consagraron de una manera particular al servicio de Dios, e hicieron, por encima de los demás, que toda su ocupación y profesión consistiera, como lo únicamente razonable, en ejercitarse con diligencia en esta vida retirada, piadosa y escondida, despreciando todo lo que pudiera en alguna forma impedirles o hacerlas perezosas en su caminar serio. Entre estas, también había muchos jóvenes devotos de ambos sexos, cuyo única preocupación era, cómo agradar al Señor y ser santos en cuerpo y en espíritu, para así aferrarse al Señor con mayor libertad.<sup>4</sup> También estaban los que eran generalmente

---

2 “*Perfil de los Cristianos Primitivos*” de Arnold.

3 “*Verdadera Representación del Cristianismo Interno de los Ancianos*”.

4 De tales personas se jactaba Justino Mártir ante el Emperador, alrededor del año 130, en los siguientes términos: “Entre nosotros hay muchos, de ambos sexos, que viven una vida de soltería y castidad hasta su vejez, después de haber seguido desde su infancia la doctrina de Cristo. (Mateo 19:11) Por mi parte, afirmo que puedo presentar ejemplos de esto entre personas de todas las clases.” Apol. 2. Otro, poco después de él, escribió abiertamente lo siguiente: “Hay muchos entre nosotros, tanto hombres como mujeres, que envejecen en una vida soltera; porque esperan en tal estado estar más



llamados “Ascetas”, o los que se ejercitan en la piedad, quienes estando deseosos de ser perfectos, según la exhortación del Señor Jesús (Mateo 19:21), se abstendían de toda asociación innecesaria con la humanidad y de preocupaciones superfluas, y frecuentemente, al llamado divino, vendían lo que tenían y los distribuían entre los pobres, y después vivían una vida pacífica, en una pequeña habitación o apartamento, trabajando un poco con sus manos, y empleando todo el resto de su tiempo en morir a todas las cosas, mediante una total negación al yo, y llevando una vida escondida en Dios, por medio de constante oración y comunicación con Él.

Y cuando la tibieza y declive hacia lo externo se hizo muy general y muy grande, muchos miles, para no ser arrastrados por ello, ni permitir disminución alguna en la manera estricta de su caminar, por la vida perezosa y mundana de los otros Cristianos, huyeron de la interacción común con los hombres, y se retiraron a lugares remotos y desiertos, conforme a la voluntad divina, y se ejercitaron día y noche, con mucha diligencia, en una vida interna y escondida delante de Dios y en Su presencia.

No es mi objetivo ni mi intención presentar y recomendar el modo de vida externo, los ejercicios corporales, o ninguna otra peculiaridad de éstos o de los otros individuos santos antes mencionados, dado que ellos mismos no tenían una regla general ni un método en particular, y con el transcurso del tiempo, mientras la oscuridad se incrementaba continuamente, poco a poco cayeron en observancias externas y locura humana. Mi intención es meramente mostrar que fue por estas almas devotas y solitarias—como continuaron siendo hasta el siglo V—que la religión primitiva, interna y poderosa fue principalmente mantenida y propagada.<sup>5</sup> Incluso, en los tiempos miserables que siguieron, Dios siempre ha tenido “sus protegidos” (1 Reyes 19:18; Salmo 83:3), como puede verse por la referencia en *Catal. Testim. Veritatis*,<sup>6</sup> y en otros libros tales como *Arnold’s Theol. Myst.* Cap. 16-17.<sup>7</sup>

Entre esas almas escogidas y devotas de Dios, también deben reconocerse, particularmente, las que son generalmente llamadas “místicas” (es decir, secretas o escondidas), cuyos escritos, junto con las Sagradas Escrituras, contienen una verdadera definición del Cristianismo real e interno, y del auténtico conocimiento de Dios.<sup>8</sup> Es verdad, que la mayoría de ellas vivieron y fueron conocidas por sus escritos en la iglesia romana; sin embargo, al dar testimonio de la verdad, debo decir que las sinceras entre ellas eran más evangélicas y reformadas que la mayoría de los protestantes; quiero decir, eran verdaderos Cristianos interiores, que no seguían aferrándose a lo externo, sino que servían y adoraban a Dios en espíritu y en verdad, retirando sus afectos y confianza de todas las cosas creadas, de sí mismos, y de

---

cerca de Dios.” *Athenag.* Apol. página 36. Y Agustín dice: “Ya apenas sorprende que tantos jóvenes, hombres y mujeres, desprecien el matrimonio y vivan en castidad.” Ver. Relig. Cap. 3. Ver también *Arnold’s Delineation*, sec. 5. cap. 5.

5 Como puede verse en las vidas de los padres primitivos, Antonio, Hilarión y otros, y particularmente en los escritos de Macario, Efraín, Sirio, Nilo, y también de Casiano, Clímaco, etc.

6 “Catálogo de Testimonios de la Verdad”.

7 “Teología Mística” de Arnold. Capítulos 16-17

8 En una obra del autor titulada, “La vida de los santos”, en tres volúmenes, él ha recopilado una variedad de hechos e información sobre este tema, a los que se remite al lector.

todas sus obras, a través de la verdadera fe y unión con Dios en Cristo. Y aunque no apruebo ni defiendo todos los puntos menores, ni los incidentes externos que ocurren en tales escritos, aun así, es cierto, que en una simple página de los verdaderos escritos místicos, hay más unción, luz, consejo, consuelo y paz divinos para el alma que está buscando a Dios, que lo que a menudo contienen muchos volúmenes débiles y aguados de escuelas teológicas, como testifican teólogos iluminados entre los mismos protestantes.<sup>9</sup> Pero, ¿por qué es que escritos tan valiosos son generalmente tan poco apreciados y utilizados? ¿No será porque una curiosidad inquisitiva no encuentra alimento en ellos, y porque la naturaleza del viejo hombre y la vida del yo son atacadas muy severamente, y porque no requieren ser razonados ni especulados como otros libros, que son acomodados al gusto del viejo Adán, pero insisten en la negación al yo y en llevarlo a la muerte? No obstante, como muchos teólogos piadosos entre los protestantes mismos, han rescatado y defendido las verdades divinas que se encuentran en estos escritos, me vuelvo de nuevo a esas almas escogidas, que se sienten llamadas a esta vida interna, escondida y más estricta.<sup>10</sup>

### **III. Una Dirección Específica a Esas Almas Escogidas que se han Rendido a Dios y a Su Vida Internamente Escondida**

A ustedes, elegidas y amadas almas, a ustedes devotas Nazarenas—a ustedes mi muy queridos hermanos y hermanas, que se han dedicado y consagrado sinceramente a una religión más exacta y a la vida escondida con Cristo en Dios—<sup>11</sup> a ustedes en particular, tengo todavía que dirigirles en amor, una palabra de amonestación y estímulo en esta ocasión. Porque aunque algunas de ustedes ya poseen la unción del Espíritu (1 Juan 2:27), la cual las guía a toda verdad; aun así, la sabiduría que es de lo alto también se manifestará en este caso, al recibir con gusto instrucción de otros (Santiago 3:17). Pero, para que yo mismo no sea hallado falto, procuraré mantener mi propia alma especialmente en cuenta, mientras me dirijo a ustedes.

Vemos a partir de todo lo que se ha dicho, que no debemos gobernarnos, formarnos ni limitarnos según el ejemplo de otros, aunque sean personas piadosas; sino que Dios ciertamente demanda de nosotros algo en particular (Mateo 5:46-48). Me refiero a deberes más estrictos y a una vida y conducta más santas,

---

9 Ver “Historia de la Teología Mística” de Godfried Arnold, Capítulo 8. 38, y prefacio No. 7 de Sofía.

10 Véase entre los escritores reformados, de Voetius, “Ejercicio de la Piedad y en los Ascetas”. De Lodenstein, “La Contemplación de Sion”, página 39 y siguientes. De Franc Rous, “Interiora Regni Dei”. De J. de la Roque, “Últimas Horas”, página 63. De Poiret, “la Erudición de la Economía Divina”, etc. Y entre los luteranos, Lutero, Johann Arndt, Varenius, Hoburg, Jacob Spener en el prefacio de Tauler. Arnold en “Teología Mística”, Weismann en “Introducción a la Historia Eclesiástica”, parte 2, página 555 y siguientes, y Aletophili en “Teología Mística”.

11 El santo mártir Cipriano, al dirigirse a las mujeres que se habían dedicado a Dios, les otorga los siguientes títulos: “Flores entre las plantas de la iglesia; belleza y adorno de la gracia espiritual; retoños y niños agradables y nobles de alabanza y honor (de Cristo y su iglesia), una obra completa y no consumada; imagen de Dios, según la semejanza de la santidad del Señor Jesús; lo más excelente del rebaño de Cristo”. El erudito Sandæus, en su prefacio a la Teología Mística, toma prestados estos apelativos y los aplica, no inapropiadamente, a los místicos.

tanto interna como externamente, de lo que es, por desgracia, manifestado por los demás. Por lo tanto, olvidemos lo que queda atrás, y mantengamos en la mira la meta y el premio que nuestro llamamiento celestial nos ofrece. Dejemos que los demás vivan como les plazca, y aunque muchos de los piadosos no carezcan de faltas, ¿qué es eso para ustedes y para mí? Sólo miremos, con una mente serenamente vuelta hacia el interior, a Aquel que siempre nos llama a seguirlo (Juan 21:22). Grande e indescriptiblemente glorioso es, en realidad, nuestro llamamiento supremo; pero recordemos las palabras de nuestro Salvador: “Muchos son llamados, más pocos escogidos” (Mateo 20:16). No es mejor que otros, el que tiene más luz o una percepción más profunda de los caminos de Dios, sino el que tiene más amor y lleva una vida más exacta y santa. En esto, mis amados, consiste esa particularidad que debe ser hallada en nosotros por encima de los demás.

Si otros les sirven a Dios y a las riquezas al mismo tiempo, y mientras profesan ser piadosos, buscan y acumulan tesoros en la tierra, involucrándose en extensos intereses seculares; nosotros miremos a Aquel que llama a todos los que resuelven seguirlo en serio: “Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lucas 9:58). Y recuerden, que si los primeros son israelitas, nosotros debemos ser levitas, real sacerdocio, con respecto a los cuales Dios ha dicho: “De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad” (Números 18:20; Deuteronomio 10:9; Ezequiel 44:28). Debemos mostrar que estamos muertos al mundo y que ya no miramos las cosas que se ven, sino que nuestras vidas están escondidas en Dios; y nuestro caminar retirado del mundo y negador de las riquezas, deben ser como una fuerte voz que les dice a todos los hombres: “Sólo Dios es suficiente.” (Salmo 73:25).

Si otros se toman y se permiten libertades, mediante un consentimiento inmoderado y buscando agradar a los hombres—ya sea en las compañías que mantienen, en sus conductas, modas y similares vanidades—nosotros debemos ser particulares en este aspecto y no ceder ante el mundo ni un ápice; es mejor ser llamados obstinados que mundanos. Cuán fácil es que el ceder se convierta en extravío, y por demasiada complacencia a esta Dalila, se pierda el poder interior como en un sueño. El celo del Esposo de nuestras almas no permite que se haga tanto para complacer a Su rival, y aquel que no quiera creer debe sentir su pérdida, que “la amistad del mundo es enemistad contra Dios” (Santiago 4:4).

Si otros siguen sus apetitos sensuales y gastan y malgastan su valioso tiempo en la variedad, adorno y belleza de sus vestidos, sus casas y sus muebles; si dedican mucha y valiosa atención a la comodidad y disfrute de sus cuerpos viles; nos corresponde demostrar que no somos sensuales ni animales, sino hombres espirituales, quienes, por eso, ya no viven según la carne ni los sentidos, sino según el Espíritu (Romanos 8:1,4,9), y no buscan yacer aquí sobre rosas y comodidad, cuando nuestra Cabeza y Precursor nació en un miserable establo y pesebre, y murió en una cruz llevando una corona de espinas. En efecto, no puedo creer, ni sé si el mundo creará, que la religión interior de los primeros sea grande y correcta cuando tienen todo lo externo muy elegante, muy conveniente y muy preciso para sus mentes, aunque conozcan todos los misterios y hablen de la espiritualidad más exaltada. Aquel que se sienta llamado a

ser heredero del cielo y esposa del Rey de reyes, deberá ser, por lo tanto, “toda gloriosa en su interior” (Salmo 45:13 RVG), para que su parte interior pueda convertirse en una morada y residencia adecuada de la divina Majestad; y por lo tanto, encontrará que hay mucho que limpiar, adornar y embellecer ahí, y pronto perderá todo gusto por cualquier gusto externo.

Si vemos que otros se vuelven hacia los sentidos, y por un oír, ver, hablar y pensar trivial e innecesario abren sus corazones, por decirlo así, a las cosas creadas; que nuestros corazones sean como un jardín cercado y como una fuente sellada a todos los objetos creados, y solamente estén abiertos al Amado de nuestras almas. Debemos esperar día y noche en los umbrales de Sus puertas, como un sacerdocio espiritual, y por lo tanto, estamos obligados—porque creemos que el Señor está presente en el templo de nuestros corazones (Zacarías 2:13)—por esa reverencia que le debemos supremamente, a mantener nuestras bocas, mentes y pensamientos en santo silencio y retiro. Cuando hablemos, debemos hablar desde Dios, ante Dios, en Cristo Jesús, y con palabras reales de Dios (1 Pedro 4:11). Porque ¿acaso pueden suponer ustedes, mis amados, que nosotros—los que podemos contemplar y dirigirnos al Señor de gloria dentro de nosotros—tenemos libertad de faltarle el respeto tanto como para dejarlo ahí, por decirlo así, y volvernos al exterior hacia las cosas visibles? ¡Oh, cuán irreverente sería esa conducta! Nuestra vida y comportamiento silenciosos, considerados, abstraídos y retirados, deberían más bien, darles a todos una impresión de la santidad y del temor de Dios ocultos en nuestro interior. Fue en referencia a esto, que Bernières elogió a su guía espiritual después de su fallecimiento diciendo: “El simple recuerdo de él, recoloca mi alma en la presencia de Dios (si se hubiera alejado de Él), y me da ánimo y audacia para esforzarme fervientemente en pos de la verdadera virtud”. (*Lettres viè illum*: litt. 35. page 283.)

Si otros fijan sus afectos primero en una objeto creado y luego en otro, y buscan y encuentran en ellos disfrute, consuelo, gozo y deleite; que nuestros corazones, nuestros afectos y todo nuestro amor sean solo y eternamente dedicados, en verdadera castidad virginal, al Esposo de nuestras almas. Si todavía poseemos muy poco amor para amar suficientemente, al infinito y hermoso Bien, ¿cómo atrevernos a privarlo de alguna parte de él? Y además, ¿qué hay en la miserable y necesitada creación, que no se pueda hallar en suprema perfección e infinita abundancia en el Creador, y ser disfrutado cien veces más, incluso en esta vida? (Mateo 19:29). Por lo tanto, que la totalidad de nuestros corazones digan a todo bien que no es este y supremo Bien: “No te necesito”.

En general, debemos estar muertos a todas las cosas creadas, y llevar una vida escondida con Cristo en Dios; una vida de santidad y piedad, de humildad y mansedumbre, de sencillez e inocencia, de amor y misericordia, de castidad y moderación; en resumen, una vida delante de Dios y en Dios.

Sin embargo, mis amados, además de todo esto, guardémonos muy cuidadosamente en todo nuestro caminar y en nuestra conducta, delante de Dios y de los hombres, de toda afectación, simulación, santidad y formalidad externas, cuyo hábito se ha apoderado de nosotros de manera tal, que frecuentemente y sin nuestro conocimiento, contamina nuestra vida y conducta, si no en forma evidente, sí de manera sutil, lo

cual despoja la mente de toda libertad, paz y libertad de espíritu. Nuestra conducta, modo de caminar, palabras y gestos, así como también los pensamientos y la disposición del corazón, deben ser juzgados y pesados, no por los hombres, que sólo ven lo externo, sino por la purísima luz de Dios. No debemos procurar parecer santos, sino *ser* santos, y eso, sólo ante los ojos de Dios, quien “examina los íntimos pensamientos y el corazón”. Debemos mantener lo más profundo de nuestras almas, constantemente desnudas y abiertas a los rayos de este Sol eterno, para que podamos caminar en sencillez y pureza, y en verdad y justicia. (2 Corintios 1:12). Dios es un Dios de verdad; por lo tanto, debemos caminar en la verdad y sencillez de corazón, si queremos tener comunión con un Ser tan puro.

En consecuencia, que también esté lejos de nosotros—al tener una percepción interna y encontrarnos llamados a este camino Cristiano más estricto y particular—imaginar que somos algo especial, y exaltarnos por encima de otras personas piadosas, o incluso, atribuirnos algún privilegio espiritual o título de honor, y mentalmente menospreciar, o incluso despreciar a otros. Con tal conducta mostraríamos, que aunque tuviéramos luz, aun así, no tendríamos la realidad ni la experiencia del Cristianismo genuino e interno; porque la más profunda humildad y completa aniquilación del yo, son las propiedades, características y objetivo esenciales de la verdadera vida interna. Pero si realmente poseemos algún grado de experiencia y progreso en esta vida divina, la unción divina nos enseñará, sin ninguna duda, que tenemos que atribuirlo, no a nuestra diligencia y fidelidad, sino a la inmerecida gracia y poder de Dios. ¿Qué tenemos pues, que no nos haya sido dado? Si llegamos a ser santos y felices, es por gracia y no por nosotros mismos; es don de Dios (Efesios 2:8). ¿De qué pues nos jactamos? Si hay algo bueno en nosotros, no procede *de nosotros* ni *es nuestro*, es y sigue siendo propiedad de Dios, quien tiene en Su poder tomar de nuevo lo Suyo.

Por lo tanto, si no podemos gloriarnos, ni siquiera en la menor medida, en nuestra piedad y virtudes, ni considerarlas con autocomplacencia, ¡cuánta menos libertad tenemos de hacerlo, en referencia a los dones, dulzura, gozo o iluminación espirituales o divinos, incluso si fueran éxtasis y revelaciones! De hecho, debemos aceptar los dones de Dios con agradecimiento, pero presumir tan poco sobre ellos, como para ser capaces de devolverlos al Dador en cualquier momento y sin dificultad, y buscar nuestro descanso sólo en Él y no en Sus dones. ¡Ah, cuántos, en posesión de tales dones y sensibilidades, se imaginan muy fervientes, piadosos y santos, mientras que tal vez todavía están llenos del amor, la voluntad y la opinión del yo, en lugar de esa humillación y autodegradación muy necesarias delante de Dios, y por debajo de toda criatura! Está escrito: “Regocijaos en el Señor” (Filipenses 4:4); “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas” (Santiago 1:2); pero de los dones se dice: “No os regocijéis” (Lucas 10:20). Debemos ser perfeccionados y unidos a Dios, no tanto por hacer y disfrutar, sino por sufrir y por privaciones (Hebreos 2:10). Recordemos y retengamos bien, que la sustancia del Cristianismo y de la verdadera santidad, no consiste en cosas como esas; sino en morir a nosotros mismos y a todas las cosas creadas, y en llevar una vida escondida con Cristo en Dios y delante de Dios.

Digo, “con Cristo”, porque ¡ah, qué pronto se desvanece todo lo que no está fundado en Cristo! La única base real e inmutable de la vida interior, es la unión y comunión interna o mística con Cristo

Jesús por fe. Aquí, ni las buenas intenciones y resoluciones, ni nuestro propio querer y correr (Romanos 9:16), ni ningún esfuerzo lícito de nuestros propios poderes, sirven como fundamento y establecimiento adecuados de nuestra santidad. Nosotros sabemos lo que el supremo Maestro de la vida interior dice: “El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). ¡Ojalá lo creyéramos firmemente y lo practicáramos continuamente! Se nos manda a salir de nosotros, en la más profunda convicción de nuestra propia incapacidad, con fervientes deseos de fe, para aferrarnos en lo profundo de nuestras almas a esta única fuente de toda gracia y santidad, y ‘tomar de esta plenitud, gracia sobre gracia’ (Juan 1:16). Retirémonos continuamente en Él, apartando nuestros afectos de todas las cosas creadas, y dondequiera que vayamos o estemos, habituémonos a permanecer de manera infantil en Él, y así, el poder vivo de Su Espíritu, que nos llena desde el interior, santificará completamente cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). Entonces veremos, si Marta, con sus bien intencionadas obras y esfuerzos externos, o María, sentada a los pies de su Salvador, alcanzará la mejor parte, la única cosa necesaria (Lucas 10:42).

Pero ahora, mis muy estimados hermanos y hermanas, si nos encontramos redimidos de la tierra, y hechos reyes y sacerdotes para Dios; y si en lo profundo de nuestras almas tenemos libre acceso al lugar santísimo, ante la presencia de Dios, nunca olvidemos atribuir acción de gracias y honor a la preciosa y expiatoria sangre de Jesucristo, por la que solamente esta gracia ha sido comprada para nosotros (Apocalipsis 5:9-10) y abierta a nosotros (Hebreos 10:19-20). Porque ciertamente, si Jesucristo no hubiera muerto y resucitado por nosotros, el camino a la verdadera santidad y comunión con Dios habría permanecido eternamente cerrado contra nosotros, miserables criaturas; lo cual toco aquí particularmente, porque aquellos que se aplican a una religión estricta e interna, o dan testimonio de ella, son universalmente culpados, como si al hacerlo, menospreciaran o incluso despreciaran la obra de redención consumada por Cristo para nosotros. Ahora bien, no negaré que es posible que muchos, que hasta ahora no se han sentido particularmente humillados por aflicción, pobreza y sufrimiento internos, con buena intención y para resistir el abuso general de esta verdad, hayan usado expresiones inmoderadas y desconsideradas, y llegado a extremos. Sin embargo, todas las almas verdaderamente iluminadas, incluso las llamadas místicas entre los Católicos romanos, en realidad han estimado y glorificado más los méritos de Jesucristo como nuestra expiación y justificación, que quizás muchos de sus acusadores.

Pero mientras tanto, almas escogidas, reconozcamos con humilde gratitud, que si no tuviéramos a Jesús *por* nosotros, nunca habríamos tenido a Jesús *en* nosotros. Y que si alguna vez somos exaltados al estado de la más elevada y pura contemplación de la Deidad, en esta vida o en la siguiente, esta consideración permanecerá siempre deliciosa y supremamente preciosa para nosotros. El Cordero que fue inmolado, es digno de recibir el poder, la riqueza, sabiduría, fuerza, gloria, acción de gracias y alabanza; porque fue inmolado, y nos ha redimido para Dios por Su sangre de toda nación, lengua, linaje y pueblo, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios. ¡Amén y amén!

“¡Bendito salvador Jesús, que por tu muerte y resurrección has traído a la luz esta vida divina y

escondida, te ruego que llegue el tan deseado y feliz momento, cuando en lugar de todas las ordenanzas, especulaciones y controversias humanas, esta vida genuina, interna y Cristiana florezca de nuevo en su primera estima entre todas las naciones, para que puedan voluntariamente someter sus corazones al dominio de Tu amor! ¡He aquí, te ofrezco mi corazón, precioso Jesús, santifícame en esta tu verdad, escóndeme cada vez más en el secreto de tu rostro! ¡Oh, mi sumo Sacerdote, ocúltame contigo en Tu tienda de todo peligro! ¡Preserva, continúa y perfecciona Tu bondadosa obra en mí, para que toda la vida del yo muera y decaiga, hasta que no vea ninguna otra vida, voluntad o movimiento en mí, que el que procede de Ti y de Tu Espíritu puro, para gloria eterna del Padre! ¡Amén!”

## **Sobre la Sombra y Sustancia, Forma y Poder de la Piedad, en una Carta a un Amigo**

*“Teniendo la apariencia de piedad, mas negando el poder de ella.” 2 Timoteo 3:5  
(RV1602P)*

Querido amigo,

Si tuviera que comunicarte mis pensamiento sobre el contenido del manuscrito que me ha sido enviado, debería decir brevemente, que todo lo que no es interno, ni tiene a Dios mismo en Cristo como su fundamento y fuente, sólo puede ser llamado mera sombra, y no sustancia y esencia de la piedad. A partir de esta proposición general, no es difícil deducir todo lo que tengo que decir sobre el tema.

I. Cuando nos conducimos o mostramos delante de los hombres, en conversación, acto o gesto, de manera distinta a lo que queremos decir, o diferente a lo que somos en realidad, o deseamos ser, por muy secreta o sutilmente que esto suceda, no caminamos en sencillez; es falsedad y no verdad; o al menos, algo asumido y simulado; una sombra y no la sustancia; una abominación ante los ojos de Dios. No sólo es erróneo mostrarnos *mejor* de lo que somos, sino que además es una pretensión inapropiada, o incluso un vano deseo de ser mejor considerados, cuando nos presentamos (ya sea en palabras o de otra manera) más pobres, más miserables y peores de lo que realmente creemos y sentimos ser.

He empleado a propósito la expresión “somos o deseamos ser” anteriormente, porque una persona que es mala, orgullosa, irritable, etc., pero que sinceramente desea poseer las virtudes opuestas, según la ley divina y su propia conciencia, debe resistir el mal y reprimirlo para que no se manifieste; y al hacerlo, tal persona ni simula ni actúa como hipócrita. Por el contrario, sería culpable de simulación, si permitiera que el mal se manifestara, dado que se propone y desea en su corazón lo que es bueno y no lo que es

malo. Pero si la persona que reprime el mal que está dentro de ella—por ejemplo, la ira—se comporta mansamente, e imaginara que por ello ya posee esencialmente la virtud de la mansedumbre; o buscara ser estimada por otros como una persona mansa, se estaría engañando a sí misma. Tiene la apariencia, pero aún no posee la sustancia de esta virtud.

¡Dios mío, cuánta hipocresía, formalidad y simulación impregnan al hombre caído y pervertido! ¡Cuán pocos estamos conscientes de esta abominación en nosotros mismos, ya que por causa de la densa oscuridad y confusión que llenan nuestras almas, no percibimos lo que hay en ellas, pues permanecemos muy poco con nosotros mismos y aún menos Contigo! ¡Enséñame Dios, que estás indescriptiblemente cerca de mí, tanto externa como internamente; enséñame a caminar bajo la observación de Tu ojo, en la luz pura de Tu verdad, para que pueda practicar la sencillez en todas mis acciones y comportamiento!

II. De la proposición general anterior se deduce, que todos los deberes que están incluidos en el servicio a Dios, y que no tienen como su base y origen la devoción real de corazón, ni la adoración a Dios en espíritu y en verdad, no son más que una sombra, apariencia externa, una forma de piedad, pero no la sustancia.

Por lo tanto, hago la observación, de que no es bueno que una persona devota, que camina en el Espíritu, se involucre en demasiados ejercicios religiosos, porque por este medio, el poder interior y el sentimiento de devoción fácilmente se debilitan y se cansan; sino que debe atender y dedicarse con mucha más prudencia y sincera devoción a los pocos y más moderados ejercicios que tiene.

No obstante, si hay una sincera devoción de corazón en todos nuestros deberes religiosos externos, nuestras obras no son entonces mera y vana sombra, sino que son aceptables a Dios en su medida; incluso si aún no hemos alcanzado la adoración a Dios en espíritu y en verdad en su sentido más completo—algo a lo que no podemos llegar por nuestros propios esfuerzos.

III. Podemos inferir de aquí, que toda luz o conocimiento de Dios y de la verdad divina que se nos comunique, ya sea indirectamente desde afuera, o que alcancemos por los esfuerzos de nuestra propia razón; o si después de recibir de Dios alguna luz sustancial de la verdad en nuestro centro o entendimiento, la trasladamos a nuestra imaginación y razón, y nos formamos ideas de ella, sacamos consecuencias o conclusiones de ella, y obtenemos alguna medida de luz o conocimiento por nuestros propios esfuerzos—aunque se trate incluso de los caminos más espirituales e internos de la religión—toda esa luz y conocimiento, por muy profundos, hermosos, placenteros e internos que nos parezcan, puesto que sólo son una forma y no la sustancia de la verdad, son en realidad una falsificación e imitación, un retrato, la obra de nuestras propias manos, en la que el amor al yo a menudo toma más deleite que en el original, o que, tomados en su mejor sentido, sólo son una verdad especulativa—es decir, cuando el conocimiento sustancialmente adquirido de la verdad en el interior, se refleja y se representa en el espejo de la imaginación, y así la persona contempla un objeto hermoso en ese espejo, pero no al objeto mismo.



Con esto no intento rechazar en modo alguno, toda clase de buenos medios externos, o cualquier conocimiento adquirido que se utilice correctamente y a su debido tiempo, ya que esto sería ir demasiado lejos. Sólo deseo mostrar que hay una diferencia entre los medios y el fin, entre la forma o imagen, y la sustancia. La forma puede representar para nosotros la sustancia u origen e incitarnos a amarla; los medios pueden conducirnos al fin propuesto, sin los cuales, quizás nunca llegaríamos a él. Hacer uso de ellos en el orden y grado apropiados es muy útil y loable, pero es imprudente y peligroso detenerse ahí, como si fueran el fin y la sustancia de la cosa misma.

El conocimiento especulativo o reflexivo es producto de nuestra razón (nuestro entendimiento operativo), y existen varios tipos de dicho conocimiento, según el estado de la persona; pero el conocimiento sustancial y espiritual es resultado del entendimiento puro o pasivo. El conocimiento reflexivo de la verdad es un pensamiento especulativo más o menos laborioso, un esfuerzo o una operación de nuestro entendimiento o razón, y no tiene la verdad esencial delante de sus ojos, sino una mera imagen de la verdad, como en un espejo. Pero el conocimiento espiritual de la verdad es una visión muy fácil y directa, y un acto extremadamente sencillo de nuestro entendimiento, si puede llamarse acto, cuando nuestros ojos ven y disfrutan la luz. Aquel que posee este conocimiento espiritual también tiene la sustancia de la verdad, según la medida de su gracia e iluminación.

A pesar de todo esto, obsérvese bien, que de ningún modo rechazo el conocimiento reflexivo en su totalidad y sin distinción; porque Dios nos ha dado una capacidad para este propósito, la cual es nuestra imaginación y razón. Un alma que busca a Dios y Su verdad, puede ocasionalmente recibir mucho apoyo y ayuda en su camino por medio de este tipo de meditación. Tampoco podrían las almas iluminadas dar a conocer la verdad a otras, si en alguna medida no hacen uso de su entendimiento activo, y declaran la verdad de manera más o menos figurativa.

Es cierto, que durante los estados o caminos de sufrimiento purificador, todo conocimiento reflexivo previamente adquirido, parece, por decirlo así, caer y desvanecerse; porque donde se va a producir fruto, la flor debe caer primero. Si la sustancia va a entrar en el corazón y la verdad presentarse ahí, la imagen en el espejo debe ser cubierta, para que la vista se aleje de ella y se vuelva al interior. Sin embargo, incluso ésta frecuentemente nos es devuelta en la divina y buena voluntad, y también de una manera mucho más pura, hermosa y viva. Y después de que nosotros mismos, y los poderes de nuestras almas con sus operaciones, hemos sido purificados, Dios nos concede ocasionalmente una santa desviación y excursión de este tipo. Sí, Él a veces nos lleva *afuera* para mirar Sus pinturas y descripciones, y luego *adentro* otra vez, para que contemplemos la sustancia original de la verdad; y así, entrando y saliendo con nuestro Pastor, encontramos alimento en todas partes.

Pero obsérvese: 1. Que un alma interior no debe quedarse demasiado tiempo o con demasiada frecuencia en este tipo de actividad, ni dedicarse demasiado poderosamente y con toda su energía a ella, sino que debe dejar que el Señor la guíe a ella, en lugar de emprender algo por su propia voluntad. 2. Además,

debería ocasionalmente, e incluso con frecuencia, interrumpir por completo este tipo de actividad y especulación mental, para que pueda abrirse toda, ferviente, desnuda y pasivamente ante Dios y ante la luz esencial de Su divina verdad; de lo contrario, estaría en peligro de perder imperceptiblemente la verdad, si siempre buscara su imagen y sombra, y deseara asirla como si fuera algo sustancial.

IV. La proposición general con la que comenzamos, nos enseña que toda piedad, virtud y buena obra, que no brotan de la unión de la fe con Dios en Cristo, como raíz interna de ellas, y por lo tanto, no proceden del fondo de un corazón que ha sido cambiado por gracia, no son lo que se les llaman ser, sino únicamente una semejanza, una máscara y forma hechas por el yo, y no la sustancia de la cosa. Más aún, cuando son contempladas en la luz de Dios, todo parece, por causa de la depravación natural de su fuente, ser más malo que bueno; “pecados espléndidos”, como los llamó alguien.

Pero con esto no quiero decir, que todo lo que no es perfectamente bueno sea malo; o que no debemos comenzar a practicar las virtudes, antes de que puedan ser realizadas sin error, o hasta que estemos seguros de un cambio real y universal de corazón. Cuando un alma que busca a Dios hace el bien con toda la sinceridad posible, con la intención de obedecer y agradar a Dios, en verdad esto no está sin la gracia de Dios, ni es ninguna maldad, o forma hecha meramente por ella misma; incluso, suponiendo que aún no haya alcanzado un cambio total de corazón, y que por lo tanto, la virtud no proceda puramente de Cristo. El alma hace en ese momento, lo que la ley requiere de ella, y lo que es capaz de hacer con la cooperación de la gracia capacitadora. En definitiva, es necesario que no ponga demasiado énfasis en sus acciones, virtudes o fidelidad, ya que todo es aún, sin duda alguna, muy humano e imperfecto, e incluso son sólo la apariencia de virtudes, en comparación con las virtudes espirituales, las cuales el Espíritu de Dios produce en el alma en Su tiempo. También es necesario que desestime todas sus acciones, y se sumerja con humilde confianza en la gracia de Dios, con anhelo interior y paciencia creyente, prosiguiendo adelante hacia la unión con Cristo, y esperando la operación de Su Espíritu en ella. Pero es innecesario y muy peligroso para ella, que se angustie con incesantes escrúpulos y abatimiento en todos sus intentos de hacer el bien. ¡Que haga el bien que pueda, por muy imperfecto que sea, y espere que el Señor la purifique y perfeccione! “Ninguno hay bueno sino uno: Dios”.

V. Cuando buscamos mediante nuestros propios esfuerzos, trabajo o actividad, destruir y erradicar el mal, el pecado o el yo dentro de nosotros, lo que es malo no es esencialmente matado ni destruido en nosotros por tales esfuerzos bien intencionados, sino únicamente en apariencia. A veces parece estar muerto, pero aún no lo está, sólo está dormido y escondido, y después sale a la luz de manera más peligrosa y terrible. A fin de que el mal sea esencial y completamente matado y erradicado en nosotros, Dios debe hacerlo y nosotros debemos estar pasivos bajo Su operación.

No obstante, lo primero precede a lo segundo. Estamos obligados, según requiera nuestro estado y la gracia que hayamos alcanzado, a resistir lo que es malo, suprimirlo y alejar totalmente nuestra voluntad de él; y a anhelar internamente, completa redención a través de Cristo. “¡Oh, que de Sion saliera la

salvación de Israel! ¡Oh, que el Señor redimiera a Su pueblo de su cautividad!” Esto es, por lo tanto, una verdadera negación, crucifixión y sujeción del yo, pero no es la verdadera muerte y disolución de la vida del yo, lo cual es sólo obra de Dios, un favor gratuito y una impartición de la muerte de Jesucristo. Sin embargo, nadie muere con Cristo, si no está crucificado con Él.

“¡Sí, oh Señor! Cualquier cosa que pueda llamarse verdadera bondad, virtud, santidad, es todo obra Tuya y un don gratuito de gracia. (*Sin tu nombre, no hay nada en el hombre.*)

*Mi corazón, sin tu poder y gracia,  
Un verdadero bien, nunca podrá poseer.*

Cuán fácil es decir esto, pero cuánto cuesta aprender a practicarlo, si sinceramente buscamos adquirirlo y no nos contentamos con el mero exterior de este conocimiento. “¡Deseo, oh Señor, experimentar a través de Tu gracia, su sustancia y realidad. Por tanto, que toda mi obra y virtud perezcan y desaparezcan de mí; que en el día de prueba sólo Tu obra permanezca y reciba honor. Sólo deja que Tu gracia nunca se aparte de mí, no sea que Tu mano sea demasiado pesada sobre mí; porque sin Ti no puedo hacer nada, no soy nada, y no tengo nada, sino pecado y miseria!”

VI. Todo lo que tiene que ver con la religión del corazón, o la vida y la devoción internas, que no tiene como fundamento al Espíritu de Cristo y la verdadera negación de nosotros mismos y de todas las cosas, sino que lo producimos por nuestros propios esfuerzos, y por el mero ejercicio de nuestros propios pensamientos, es sólo una religión imaginaria, una sombra y una forma vacías, pero no la sustancia; una falsa vacuidad.

Todo el misterio y la esencia de la verdadera religión del corazón consiste en esta única cosa: en vivir con Dios y en Su presencia; pero nadie puede hacerlo si no muere a sí mismo y a todas las cosas. Es verdaderamente muy bueno para el que lucha en pos de esta vida interna, someter y controlar sus sentidos; no permitir que sus pensamientos, especialmente los pensamientos de su corazón, vaguen sobre objetos innecesarios; retirarse ocasionalmente, incluso externamente, con el propósito de un recogimiento santo en la presencia de Dios; y en otros aspectos, esforzarse en todas las cosas por vivir una vida separada del mundo. Sin embargo, que sepa que con todo esto, nunca se convertirá en un hombre interior, a menos que a través del poder y enseñanza del Espíritu, aleje su corazón, deseos y afectos de todo, y los centre en Dios; entregue dócilmente toda su voluntad en las manos de Dios; y busque con sencillez poner al Señor delante de él en todas las cosas. Ahora bien, cada vez que se esfuerza por entrar realmente a este estado mental, esperando al mismo tiempo que la operación de Dios lo guíe sustancialmente a ello, practica lo que se denomina “recogimiento especial”. En otros aspectos, es innecesario y peligroso tratar de colocarnos en un estado de devoción mental forzado, unido con el ejercicio de las facultades de pensamiento. La cabeza y todo lo demás seguirán, a su debido tiempo y sin dificultad, si sólo el corazón y los afectos van delante.

No digo que un alma no pueda volverse al interior, antes de que realmente se haya negado a sí misma y esté muerta a sí misma en todas las cosas, porque el volverse al interior y permanecer con Dios, antes mencionado, es el mejor, más aún, el único medio de llegar a estar así de separada y humillada. Sólo digo que, con toda su voluntad, el hombre debe apartarse sinceramente de todo lo que no es Dios, para poder retirarse a Él en su corazón. Aquel que actúa así, no corre peligro de vacuidad falsa, y cuando continúa así con Dios, hace mucho, sin hacer nada.

VII. Otra inferencia de la proposición mencionada al principio es que, si en nuestros ejercicios internos no nos mantenemos desnudos y abiertos delante de Dios, en toda sencillez, humildad y rendición sumisa, tal como somos, sino que nos mostramos de alguna manera diferentes, o hacemos algo de nosotros que no tenemos ni deseamos tener; entonces somos culpables de simulación, y nuestras obras son una sombra creada por nosotros, y no realidad; una forma y no sustancia.

Así actúan no sólo todos los que son manifiestamente hipócritas, que se acercan a Dios, como Su pueblo, con sus labios, mientras sus corazones están lejos de Él, sino que además hay personas sutiles y de doble ánimo, que tampoco exponen toda su alma delante de Dios en sus ejercicios y oraciones más íntimos, sino que en alguna medida, siguen cubriendo su desnudez con hojas de higuera. ¡Ah, cuánto se requiere, antes de que los hombre se presenten totalmente desnudos y sinceros delante de Dios! Puede que incluso los que son sinceros, por falta de atención, ocasionalmente digan o piensen algo en sus oraciones, que probablemente no encuentran o perciben en sí mismos; o se presentan frecuentemente delante de Dios bajo un aspecto y forma diferentes a lo que son y sienten ser; lo cual, a veces proviene de lo que es llamado “buena intención”, mientras tratan con Dios como si fuera un hombre, que cuando es buscado, a menudo se complace más si se usan algunas expresiones en particular, o si la persona se presenta delante de Él con algún vestido específico. Así, por ejemplo, el hombre puede presentarse, aunque sea inconscientemente, con el manto de su propia virtud o piedad; en otro momento, puede tratar de hacerse muy pobre y pequeño; y en otro, colocarse en un estado de gran aflicción y contrición de corazón, etc. Si la gracia de Dios produjera esto, estaría bien; pero si intentamos lograrlo por nuestros propios esfuerzos, y no esperamos que venga de Dios, entonces es algo hecho por nosotros mismos; es una sombra, pero no la sustancia.

Pero para descubrir y evitar tales faltas y egoísmos en nosotros, no es necesario, sino más bien perjudicial, estar siempre examinándonos de manera ansiosa y escrupulosa, y considerando retrospectivamente todos y cada uno de nuestros actos internos. Todo esto puede evitarse sin dificultad y peligro, si no somos demasiado activos por nosotros mismos en nuestros ejercicios internos, sino que miramos a Dios, y pensamos más en Él que en nosotros mismos y en nuestras propias obras; y en otro sentido, si buscamos mantenernos con toda sencillez, inocencia y apertura en la presencia de Dios, tal como somos, y como Él nos forma y coloca.

“¡Oh, Dios! ¿Es posible que una criatura racional, incluso un alma creyente, pueda disimular delante de

Tu ojo que todo lo ve? ¡Quién lo podría creer, si la melancólica experiencia no lo probara con demasiada frecuencia! ¡Ay, miserable obra del yo, por la que las almas sinceras permanecen mayormente en su propia luz, de modo que son incapaces de percibir la insensatez de ese comportamiento asumido! ¡Señor, libéralas a todas de esa obra, y a Tu siervo también! ¡Mediante Tu luz y juicio estrictos, quita todas esas arrugas y cubiertas de nuestros corazones; ata las manos y los pies de nuestra imperfecta obra del yo; examina minuciosamente lo más profundo de nuestras almas con la espada de dos filos de tu Palabra viva; y expón desnudas y abiertas nuestras entrañas y lo más íntimo de nuestras almas ante la luz de Tu semblante sanador! ¡Haznos hijos sencillos y pacíficos delante de Ti, y colócanos Tú mismo en esa forma y figura en la que prefieres vernos, hasta que por Tu Espíritu todos seamos transformados de gloria a gloria, en la imagen original de Tu semejanza! Amén”

VIII. Cuando observamos algo bueno en otros, o cuando leemos o escuchamos algo, o de algún modo recibimos luz y percepción sobre alguna buena disposición o estado de la vida interior, y fijamos nuestra imaginación fuertemente sobre eso, sin la guía y gracia de Dios, y por decirlo así, nos establecemos en eso antes de que Dios nos introduzca allí, no tenemos la realidad ni la sustancia de ese bien o estado particular, sino únicamente la forma de él.

Todo lo que vemos, leemos, oímos o consideramos con deseos ardientes y fuertes sentimientos de devoción, imprime su forma o imagen en nuestras mentes, pero no su sustancia, a menos que la fe, como el deseo hambriento interior del alma, se apodere al mismo tiempo de la sustancia. De ahí, que aquel que se relaciona frecuentemente con personas piadosas y disfruta de la compañía de ellas, a menudo asuma inconscientemente muchas de sus expresiones, hábitos, comportamientos y opiniones, lo cual no siempre es inapropiado, pero no deja de ser sólo una forma, pretensión e imitación, si él no posee al mismo tiempo la sustancia interior de ello.

De igual manera, a veces podemos leer sobre otros, o sobre estados de la vida interior mucho más elevados que en el que caminamos, o sobre aquellos en los que el Señor aún no nos ha introducido, y formarnos una concepción, imagen o idea de ellos. Si esto es hecho con frecuencia y con fuertes sentimientos de devoción, encontraríamos que lo leído está tan profunda y vívidamente impreso y expresado dentro de nosotros, que podríamos ser fácilmente conducidos a imaginar que poseemos la sustancia de dichos estados, cuando en realidad, sólo tendríamos la imagen de ellos. En este sentido, por ejemplo, una persona que aún no está muerta a sí misma, o es bastante novata, podría engañarse peligrosamente a sí misma, si leyera mucho sobre la oración pasiva o sobre estados exaltados. Y por el contrario, aquella a quien Dios le concede este noble don de oración (ya sea como un anticipo, o de una manera más permanente) y le da sentarse a Sus pies con María, podría causarse a sí misma mucha angustia inútil o dañina, si lee con ferviente devoción sobre la oración activa. Igualmente, una persona que disfruta mucha devoción dulce y sensible, podría imaginarse en el estado contemplativo; y una persona contemplativa podría confundirse y angustiarse, si oyera o leyera mucho de pruebas severas, dolorosos sufrimientos y dispensaciones purificadoras.

Por lo tanto, no es provechoso para alguien que no está bien establecido en el estado o en la senda por la que Dios planea conducirlo particularmente, leer gran cantidad y variedad de libros y relacionarse con todo tipo de personas, por buenas y excelentes que sean; pero le es provechoso, mantenerse principalmente con aquellos buenos hombres, por cuyo medio recibe poder, unción y gracia para la devoción y recogimiento; tales como los que, en cierta medida, concuerdan con su vocación particular y con la manera en que es guiado, al entrar en la mente, por decirlo así, sin compulsión y con secreto deleite, haciendo así suficientemente evidente, que son adecuados para él, al menos en ese momento. Porque aunque la persona debe amar a todos los hijos de Dios y puede relacionarse con ellos, y aunque no se le prohíbe leer otros libros que traten del camino interior, aun así es bueno hacerlo con moderación, y sin fuertes sentimientos de devoción, para que la mente no se perturbe, se inquiete ni se llene de imágenes. El que camina a través de un desierto por un camino desconocido, no debe mirar siempre a un lado, ni querer examinar cada recoveco, si desea evitar desviarse.

IX. Cuando recibimos en nuestras mentes alguna impresión, vivificación, dulzura, unción y paz de Dios en particular, o cualquier otra gracia y comunicación divina, y buscamos retenerla o incrementarla por nuestros propios esfuerzos, o incluso a partir del amor al yo; o cuando nos esforzamos por avivarla dentro de nosotros usando nuestras propias fuerzas, o nos esforzamos por experimentar algo de ese tipo; todo es una producción nuestra, que sólo obstaculiza nuestro progreso, y aunque llegáramos a tener éxito en ello, según nuestras propias ideas, aun así todo lo que se lograra sería algo meramente humano, no divino; una imagen, una sombra y no la realidad.

“¡Enseñame, oh Señor, a vivir en completa rendición y dependencia infantil en Ti, para que pueda recibir con humilde agradecimiento lo que das; pero sin apoderarme, desear, ni tratar de retener lo que Tú no das, ni me permites conservar. Oh, que pueda ser en Tu mano como cera blanda, que se deja moldear a tu placer en todas las formas, y no coge otra forma sino la que el amo le da. Seré como Tú me hagas, y no de otra manera, y gustosamente continuaré desprovisto de eso que Tú no das, o que después de habérmelo dado, lo quitas de nuevo, para que yo pueda descansar sólo en Ti y en Tú sagrado beneplácito!”

X. Sólo lo que pasa en el espíritu, en lo profundo del alma; lo que ahí es hecho, sufrido, experimentado y disfrutado, es, propiamente hablando, sustancial, ya que procede directamente de Dios, y ocurre en la parte más noble y esencial del hombre; pero todo lo demás, todo lo que pasa en los poderes del alma, los sentidos internos o externos, etc., por muy bueno, útil y necesario que sean en su tipo y en su época, cuando es comparado con lo anterior, sólo es la forma y no el poder.

¡Cuán buenos y provechosos, sí, cuán necesarios son, con frecuencia, las tiernas y sensibles dulzuras, refrigerios y deleites en las cosas buenas y divinas, y en otros dones de gracia similares, para alejarnos de los falsos goces del pecado y de los placeres transitorios de este mundo! ¡Pero cuán obstructivas y dañinas son estas cosas buenas y útiles, cuando nos complacemos en ellas y no le devolvemos realmente a Dios todo; cuando nos detenemos ahí y deseamos erigir nuestros tabernáculos en un lugar tan agradable;

cuando no consideramos estas cosas como dones de Dios, sino como Dios mismo; cuando consideramos el palpable placer que disfrutamos en el recibimiento de estas expresiones de la bondad divina, como la unión real y esencial con Él! ¿No es esto también tomar la sombra por la sustancia, o al menos, la flor por el fruto; abrazar a Lea en lugar de abrazar a Raquel? (Génesis 29: 25-27) Eso que es palpable tiene ciertamente alguna semejanza con lo que es realmente espiritual, pero no son por ello, una y la misma cosa.

Finalmente: También podemos observar sobre este tema, que todos los actos internos de oración y devoción, de recogimiento, humillación, rendición, adoración y amor, etc., en la medida en que proceden únicamente de nosotros—es decir, todo lo que no es Dios ni Su obra en nosotros, cuando se ve en su propia luz—son algo hecho por el yo y sólo una forma, pero no la sustancia de la piedad.

Cuando una persona, al pasar por muchas pruebas y caminos de humillación es en alguna medida purificada, y por lo tanto, se le permite experimentar en su centro la pura y sustancial operación de Dios, todo lo que había hecho o experimentado previamente, incluso su más interna y sencilla actividad en comunión con Dios, a pesar de la gracia que cooperó con ello, se manifiesta sensual, impuro e imperfecto, como algo simulado y no real, y como algo humano, mezclado y sin valor. Sin embargo, lo que precedió a este estado no debe ser rechazado completamente como malo, ni menospreciado; mucho menos debe ser considerado así con respecto a otras almas buscadoras, que quizás no hayan experimentado operaciones similares puramente divinas. Porque el alma que tiene estas experiencias mayores y sustanciales, no considera las anteriores como buenas en su tipo y género, sino como lo que son en comparación con la sublimidad y pureza de la operación sustancial de Dios, la cual el hombre experimenta en ese momento, y con referencia a la cual, como se dijo antes, todo le parece mezquino e insustancial. Tal juicio es bueno y apropiado para sí mismo, pero no siempre es bueno y útil para otros.

Es difícil de creer cuán débil, sin valor y defectuoso es todo lo que hacemos, incluso lo que es más interno y espiritual, en la medida en que procede de nosotros mismos. Por lo tanto, es muy aconsejable que una persona devota, en su interacción con Dios, aprenda gradualmente a dejar de hacer sus obras carnales, para que pueda guardar el Sabat del Señor, y le permita trabajar en él por medio de Su Espíritu. Y cuando al avanzar más en la experiencia de la operación pura de influencia divina, perciba un desagrado y disgusto secretos en sus propias obras, y por el contrario, una pacífica inclinación hacia la pasividad interior, debe rendirse a esta guía de la Sabiduría divina, sin temer ningún peligro.

Pero para que una persona que no ha crucificado sus pasiones y deseos, no tome de esto ocasión para un estado de apatía religiosa y falsa vacuidad, puede hacerse referencia a lo que ya se ha dicho en los párrafos anteriores, y también se puede observar la siguiente regla general, excepto en un extraordinario estado de sufrimiento: Tan pronto como Dios obra, nosotros debemos ser pasivos, y cuando no somos conscientes de Su operación, debemos esperarla, como se dijo antes, en una estado de sagrada calma y solemnidad en Su presencia. Sin embargo, no es aconsejable estar completamente tranquilos en tales

momentos y no hacer nada. Podemos, o más bien, debemos obrar en dichos momentos, cuando la gracia nos dé la libertad de hacerlo, pero según requiera nuestro estado, con total sencillez y fervor, con el corazón y afectos, mansa y rendidamente en la presencia de Dios, y listos, al menor indicio o conciencia de Su operación, a ser sumisos y hacerle sitio a Él.

“Oh, Señor, Tú, todo suficiente e infinito Ser, supremo Ser, único Ser, sí, más que Ser; sólo Tú puedes decir con verdad: *Yo Soy*. Y este ‘Yo Soy’ es tan ilimitado e indudablemente verdadero, que no se puede encontrar ningún juramento que coloque la verdad más allá de toda duda, que cuando sale de Tu boca esta palabra: ‘Yo Soy’, ‘Vivo Yo’”.

“¡Sí, amén! ¡Tú eres! Mi espíritu se inclina delante de Ti, y mi alma confiesa desde lo profundo, que Tú eres. ¡Cuán feliz me considero de que Tú seas, y de que no puedas dejar de ser! ¡Cuán bendito soy al saber que Dios es, y que puedo hacer esta confesión: Dios es! ¡Escuchen ustedes todas las criaturas, Dios es! ¡Me gozo, oh Dios, en que Tú eres; me deleito en que Tú eres! ¡Qué bendición y felicidad es que Tú seas tan bueno, que eres, y que seas quién eres! Preferiría no ser yo y que las cosas no fuesen, a que Tú no fueses”.

“¿Pero qué soy yo y qué son todas las cosas? ¿Soy yo realmente, y es todo realmente? ¿Qué es este *yo*? ¿Qué es este todo? Nosotros somos, sólo porque Tú eres y porque Tú quieres que seamos; pobres y diminutos seres, que en comparación Contigo y en la presencia de tu Ser, somos una forma y una sombra, e indignos de ser llamados un ser. Mi ser, y el de todas las cosas, se desvanece delante de Tu Ser, por decirlo así, mucho más pronto y en mayor grado, que ante el pleno resplandor del sol, el cual es tan sobrepasado por la luz mayor que es como si no existiera. ¡Ojalá Tú me vencieras y me aniquilaras de esa manera, y que al verte fuera yo desbancado, y por decirlo así, extinguido! ¡Tu grandeza, mi pequeñez; Tu inmensa luz, mi parpadeante luz; sí, mi oscuridad! ¡Tu más pura operación, mi obra defectuosa; Tu todo, mi nada!”

“Yo sólo soy una forma, una miserable sombra cuando Tú no estás en mí, y yo no estoy en Ti; cuando Tú no eres la base y el ser de mi ser. Todo lo que sé y todo lo que contemplo, no es más que una insignificancia sin vida, creada por mí mismo; o al menos, una imagen incierta, una forma y sombra transitorias, si Tú no me iluminas y si no me concedes contemplarte. ¡Oh, Tú, única verdad sustancial! Todo lo que busco, todo lo que amo, todo lo que poseo es sólo una sombra y semejanza, pero no realidad, si no te busco, no te amo y no te poseo. ¡Tú eres el único bien sustancial, el gozo, el deleite y la gloria de mi alma! Todas mis obras, sí, cada movimiento y esfuerzo de mis poderes internos y externos, son sombra y no sustancia, a menos que Tú mismo seas el origen y motor de ellos. ¡Sí, Tú, bien original, único y esencial, y vida infinitamente fecunda!”

“¿Pero qué digo? Sin Ti, yo no sólo soy una forma y una sombra, sino un miserable y horrible monstruo; y cuando obro por mí mismo, todas mis obras, por muy buenas y santas que puedan parecer, son odiosas; más aún, pecaminosas ante Tus ojos, no sólo porque proceden de mí, que soy completamente pecaminoso y corrupto, sino también porque busco, complazco y me exalto en todas las cosas, bajo los más plausibles



pretextos y apariencias, y me atribuyo la gloria de lo que más justamente te pertenece. ¡Oh, que cosa tan espantosa es el yo! Me aborrezco con razón, cuando me contemplo ante la directa presencia de Tu pureza. Me invade el yo; soy egoísmo puro; todos mis movimientos internos y externos son egoístas; todas mis virtudes, al proceder de mí, son egoístas e impuras ante Tus ojos”.

“¡Ojalá yo no existiera más, ni tuviera en *mí mismo*, ni vida, ni entendimiento, ni voluntad, ni pensamiento, ni ningún otro movimiento; y que Tú, mi Dios, mi Jesús, fueras y obraras todo en mí! Haz que aquello, oh Señor, que Tú no hablas ni obras en mí, permanezca en silencio y cese para siempre. Condena y destruye en mí todo lo que no eres Tú, y lo que no es de Ti. Toma completa posesión del lugar que ahora ocupo yo, y haz en mí y a través de mí, lo que sea agradable a Tus ojos. Haz que yo no exista más, sino que sólo Tú seas todo en todo; y así, llévame completamente fuera de mí mismo, y de todo lo que me pertenece, a Ti, oh mi Dios, mi origen y mi fin. Entonces, ya no estaré en un estado de inexistencia y apariencia, sino en un estado de realidad, y seré liberado de todo mal, para la gloria eterna de Tu nombre. Amén.”

## **La Verdadera Sabiduría; o La Comunión con Dios y con Nosotros Mismos**

*“Piensa que Dios y tú mismo están solos en el mundo; y así poseerás gran paz de corazón”. —Thomas a Kempis*

### *I. La Verdadera Sabiduría*

Nada es por naturaleza más desconocido para nosotros que Dios y nosotros mismos. Estamos ocupados e interesados en otros objetos, y en cosas irrelevantes e innecesarias; pero nos olvidamos de Dios y de nuestras propias almas.

El hombre se ha vuelto tan falto de entendimiento por su triste caída, que se ha apartado por completo de Dios, tanto con sus afectos como con sus intereses y ocupaciones, todo lo cual está enteramente dirigido a cosas externas, vanas y sin valor. En efecto, esta insensatez y distracción de los sentidos llega a tal punto, que como consecuencia de su ardiente y constante dedicación y atención a los insignificantes intereses fuera de él—que no contribuyen en nada a su mejora o verdadera felicidad, sino que incluso son un impedimento para dicha felicidad y peligrosos para él—se olvida y descuida por completo, para su desgracia temporal y eterna, no sólo de Dios sino también de sí mismo; o sea, descuida su alma y el bienestar de ella.

¿No es sorprendente ver cómo criaturas racionales, sumergen y entierran tan miserablemente sus nobles

facultades en las cosas visibles de este mundo? Y aunque generalmente saben y reconocen que éstas son transitorias, y que con toda seguridad deberán abandonar eventualmente, aun así se dejan absorber tanto por el deseo, disfrute, cuidado y consideración de tales vanidades, que se tambalean como borrachos o locos, y se imaginan que han logrado una gran hazaña cuando todo sucede según su deseo en el mundo.

Cada necio tiene su propio juguete y fantasía necia. Un hombre se ocupa del honor y de la dignidad, otro del dinero y de la propiedad, un tercero del placer y de la gratificación de los sentidos. Piensan y hablan de comprar y vender, de casas y jardines, de muebles y prendas de vestir, de comer y beber, y de todas las novedades que suceden; y esto no puramente porque lo requiera la necesidad, y sin darle mucha importancia, como razonablemente debería ser el caso, sino con toda su atención, incluso como si fueran asuntos de la mayor importancia.

Sus corazones y cabezas, sus bocas y manos, están llenas de cosas externas desde la mañana hasta la noche. Lo único en que nunca piensan es en Dios y en el estado de sus almas, al menos no de la manera en que deberían. Y sus acciones claramente evidencian, que no consideran tales temas tan importantes y necesarios como otras cosas, porque no se dejan tiempo ni espacio para ellos. De hecho, a menudo emprenden actividades vanas o sin valor a propósito, o recurren a compañías ligeras y alegres; y a estas cosas y a otras similares las llaman “matar el tiempo”. Porque como las pobres criaturas ignoran la gran, única e importante obra y asunto para el cual se les ha dado esta vida, también son inconscientes de lo altamente necesario que es para nosotros cada momento de ella. Dicen que deben distraerse un poco, ¡pero ay, la mente ya está tan lamentablemente distraída y desviada, que es mucho más necesario que se sienten tranquilamente, aparten todo su empeño y atención de las cosas externas, y se dediquen por una vez a la consideración de sí mismas!

Por esta razón también, aunque la gracia de Dios se anuncia internamente en la criatura con sus reprensiones, aun así la constante confusión y desviación de la mente hacia objetos externos, no le permiten llegar a ser verdaderamente seria con ella misma, como debería, a fin de examinar el estado del alma con severa atención y sinceridad en la presencia de Dios, ni interesarse por lo único que servirá a la hora de necesidad y muerte. ¡Ah, qué conmoción experimentarán esos pobres espíritus, cuando eventualmente cierran para siempre los ojos a todo objeto amado; cuando despertados por la severa voz de la muerte, lleguen finalmente al momento de la reflexión, abran los ojos y experimenten demasiado tarde, que el mundo con todos sus deseos se ha desvanecido como una sombra, y que de todas sus muy preciadas baratijas y deliciosos sueños, no les quedan más que imágenes vacías y perturbadoras! En este estado lamentablemente ciego e inconsciente, pasa su vida casi todo el mundo: grandes y pequeños, ricos y pobres, instruidos e iletrados.

Incluyo también a los instruidos de este mundo;<sup>1</sup> es decir, a los que entre ellos se destacan de otros por

---

<sup>1</sup> Aquí se hace referencia a aquellos sabios, que mediante la árida especulación y los fecundos esfuerzos de su razón pervertida, pretenden adquirir sin la iluminación divina, el conocimiento de Dios y Su verdad, y pierden su tiempo

su dedicación al estudio de las cosas espirituales y divinas. Éstos, en su mayoría, no son más sabios, y continúan tan igualmente ciegos y apartados de Dios, y tan ignorantes de sí mismos, como los demás, aun cuando todo lo que hacen es supuestamente con referencia a Dios y a la salvación de las almas. ¡Cuán vanas y poco provechosas, e incluso perjudiciales, son la mayor parte de sus actividades! ¡Sólo hay que ver la palabrería innecesaria y los preámbulos elocuentes que hacen antes de llegar a un punto! Me parece tan absurdo, o incluso más, que si una persona que tiene la intención de viajar a Roma, imaginara que primero debe estudiar todos los viajes y travesías, no sólo a Roma, sino a todas partes del mundo, y que luego formara un concepto detallado de ellos en su memoria, pero que al mismo tiempo, nunca emprendiera su viaje, imaginando que ha hecho mucho progreso en él, aunque permaneció sentado en casa tranquilamente.

Ocurre a menudo, que muchas cosas buenas entran en la cabeza, pero no en el corazón ni en la práctica. Es como si estas cosas buenas no tuvieran relación con sus vidas, y que sólo necesitaran saber y hablar de ellas. Por lo tanto, a pesar de todo su trabajo, investigación, debate y meditación sobre las cosas divinas, nunca llegan a conocerse a sí mismas, y mucho menos a conocer a Dios; sino que están constantemente corriendo alrededor del exterior de sí mismas y de las cosas, mientras que por los múltiples y violentos esfuerzos del entendimiento natural, y la continua distracción de la mente, la intención se vuelve más y más diversificada y absorbida en sus imaginaciones, de manera tal, que el individuo se vuelve cada vez más incapaz de prestar atención a su propio corazón, a Dios, y a las operaciones internas de Su Gracia. Hacen mucho ruido y discuten acerca de la cáscara, mientras que los simples se llevan tranquilamente la semilla. Sin embargo, estos personajes piensan que actúan más sabiamente que los demás, y que de esta manera han empleado bien su tiempo y fuerzas. Pero ¡ay!, cuando sus estudios y ocupaciones más importantes y serios se ven con calma en la presencia de Dios, ¿qué es todo esto sino vanidad de vanidades, y aflicción de espíritu; viendo que no sirve de nada en cuanto a la verdadera santificación y comunión con Dios?

El Altísimo se ríe de toda las imaginaciones artificiales de los sabios de este mundo. Y ellos mismos, cuando la muerte y el juicio los llamen, finalmente deberán lamentar con vergüenza y dolor la insensatez de haber gastado el valioso tiempo de su corta vida en tantas cosas innecesarias e infantiles, y de haber perturbado y consumido sus nobles facultades mentales, las cuales fueron dadas por Dios para objetos mucho más elevados.<sup>2</sup> Ojalá se vuelvan sabios, y con arrepentimiento busquen olvidar lo que han aprendido, con tanta pérdida de tiempo, para no conocer más que a Cristo y a éste crucificado.

---

en aprender e investigar tantas sutilezas inútiles, opiniones innecesarias, acontecimientos externos y una variedad de ciencias menores, que no sirven para nada en relación con lo principal. Sin embargo, la verdadera erudición y los eruditos que son al mismo tiempo piadosos, mansos y humildes de corazón, deben ser altamente estimados. Véase Kempis, libro I, cap. 2 y 3.

<sup>2</sup> El erudito Hugo Grotius es un ejemplo de esto, quien, a pesar de ser considerado una figura destacada en filosofía, teoría política, derecho y campos asociados durante el siglo XVII, exclamó en su lecho de muerte: “¡He gastado toda mi vida empleándome ingeniosamente en cosas sin importancia!”. Se dice que sus últimas palabras fueron: “Entendiendo muchas cosas, he logrado nada”. —Nota del Editor.

Pero para acercarnos un poco más al punto. ¡Cuán lejos y ajenos a Dios y a sus propios corazones, están la mayor parte de los que son *llamados*! ¡Cuán mal vigilamos nuestros propios corazones! ¡Qué poco nos quedamos en casa para para estar en compañía de Dios y de nosotros mismos, para dejar de lado todo lo demás, y hacer de esto nuestra única, constante y principal ocupación! ¡Oh, cuán lamentable es que nos dejemos seducir y desviar tan fácilmente y de tantas maneras, por la sutileza del adversario, de la gran obra hacia otros asuntos y puntos menores; de Dios y de nuestro interior, hacia otros objetos y a lo que es externo!

¡Con cuánta frecuencia dejamos vagar nuestros pensamientos y sentidos hacia cosas innecesarias (no diré vanas y malvadas)! ¡Cuán a menudo sumergimos y enredamos nuestras mentes en las preocupaciones externas de la vida presente! ¡Cuán inquisitivos somos para oír y hablar de todo lo que sucede, y de lo que hace tal o cual persona, que rara vez nos concierne, ni puede beneficiarnos! ¡Qué lamentable es la perniciosa costumbre que tienen las personas bien intencionadas de reunirse, hablar y juzgar a otros con tanta prontitud y frecuencia! ¿Y qué otra cosa puede resultar de todo esto, sino inquietud, oscuridad y frialdad de corazón, desenfreno de pensamientos, irreverencia y alejamiento de Dios y de lo interno? ¡Ah, me temo que muchas personas, como consecuencia de esta trivialidad, están tan poco familiarizadas con Dios y consigo mismas, que saben mejor lo que hacen otras cien, que lo que pasa en su propio corazón y es obrado en él por Dios!

¡Oh, cuán indispuestos estamos a volvernos a nosotros mismos! Si hay algunos que han recibido un poco de Luz de Dios, para percibir en cierta medida la corrupción universal que reina en sí mismos y en los demás, o poseen algún entendimiento o impresión de alguna verdad en particular, la sutil serpiente inmediatamente se apresura a desviar la mente de sí misma, al exterior, hacia otros. Así entonces, el individuo emplea esa Luz y esa Gracia, que sólo se le concedió para que pudiera conocerse y enmendarse a sí mismo, para considerar a los demás y olvidarse de sí mismo; para juzgar a otros, ser celoso contra otros, y esforzarse por convertir a otros, mientras él mismo permanece dentro de su propia miseria y corrupción, generalmente sin ser consciente de ello. Porque mientras ve y juzga todo tan aguda y minuciosamente en los demás, le parece que él mismo no corre mucho peligro. Junto con esto, hay una variedad de pretextos aparentemente correctos para actuar así; tales como, que debe dejar brillar su luz y emplear su talento, que es celoso de la gloria de Dios y está bajo la obligación de reprender el pecado, etc. Mientras tanto, no percibe la intención del adversario, que sólo busca dirigir la mente hacia afuera y envolverla en distracción y desenfreno.

También hay otros, que deseosos de asegurar sus propósitos, utilizan una variedad de medios externos y devociones externas. Ellos oran, escuchan, leen, meditan, se asocian con gente buena y cosas por el estilo; todo lo cual sería bueno y provechoso, si tales ejercicios sólo fueran empleados en la manera y con el fin apropiados. Pero muchos ponen tanto énfasis en los *medios*, que pierden de vista el *fin* y lo descuidan por completo. Porque, aunque Dios ha instituido y nos ha concedido tan excelentes ayudas, para que por medio de ellas dejemos de entretener nuestros sentidos con cosas externas y nos volvamos a nosotros

mismos, a nuestro interior, y a Su verdadera adoración en Espíritu y Verdad; aun así, tales ayudas se han convertido en un verdadero impedimento para muchos, porque se aferran tanto a ellas, que sus sentidos se mantienen en constante distracción, y las influencias de la gracia son agotadas. ¡Y cómo podrían aquellos, cuyos sentidos y razón están en continua acción y agitación, alcanzar un conocimiento cabal de sí mismos y tener comunión con Dios, dado que no buscan, ni siquiera en sus oraciones, alcanzar verdadera tranquilidad y recogimiento de corazón, sino que tienen constantemente tantas cosas que hacer, que decir y de las que quejarse con Dios, que el Señor, por así decirlo, no tiene tiempo ni espacio para decirles una palabra en respuesta. (Salmo 85:8)

Otra estratagema del gran engañador para obstaculizar y refrenar a los bien intencionados de la única cosa necesaria, es cuando los incita a un esfuerzo, investigación y especulación inmoderados de la razón presuntuosa, por medio de lo cual a menudo se enredan en toda clase de disputas inútiles en la teoría, ceremonias externas, consideraciones de menor importancia, o en sutiles argumentaciones y opiniones en particular. Así pues, éstos suelen buscar, sin dirección e iluminación divina, desentrañar y comprender con su razón los misterios más profundos; y muchos a menudo admiran su propia luz y progreso, cuando encuentran o aceptan alguna nueva idea, por medio de la cual su alma no mejorará en absoluto, ni tendrá ninguna importancia en el día final. En efecto, hay muchos que consagran toda su atención y dedicación a tales cosas, desperdiciando así imperceptiblemente sus fuerzas y su precioso día de gracia. Porque como todo lo que hacen parece apuntar a lo que es espiritual, no se observa el peligro; a lo cual se añade, que la razón encuentra su vida y placer en tales ocupaciones, que resultan más fáciles para la naturaleza, que seguir a Jesús, el Salvador, de corazón y renunciando a todas las demás cosas.

Y así, un hombre es mantenido en un estado de distracción, desorden, variedad y confusión mental, más obvio en uno y más convincente en otro, aunque ellos mismos no suelen considerarlo así, e incluso parezcan ser individuos muy piadosos ante los demás. El Altísimo sabe cuán raros son aquellos que se vuelven verdaderamente sobrios, y se vuelven a sí mismos; los que procuran apartar su corazón y sus mentes de todo lo que existe y ocurre fuera de ellos, para poder caminar y tener comunión a solas con Dios en el Espíritu. De ahí que la generalidad de las almas despiertas, o bien viven en un estado de fría y falsa seguridad, o en un celo falso y piedad externa, o continuamente lamentándose y quejándose sin hacer verdadero progreso en santificación; y en lugar de disfrutar de una placentera libertad y profunda paz en comunión con Dios, continúan internamente oprimidas por una pesada esclavitud. Tampoco es de extrañar, que para muchos en sus lechos de enfermos y moribundos, Dios y la eternidad les parezcan algo tan extraño, oscuro y terrible; ya que sus mentes han estado fijas en cosas externas y se han familiarizado muy poco con Dios y la eternidad. ¡Oh, la lamentable ceguera de la raza humana!

Pero bienaventurados y verdaderamente sabios son aquellos, que con todo su corazón sólo se ocupan en la única cosa necesaria, y sin abundar en palabras ni detenerse con los demás, procuran vivir aquí como si estuvieran a solas con Dios en el mundo. Este es el camino más corto y más fácil para alcanzar la completa, genuina y cotidiana santidad y paz. Pero habiendo percibido el lamentable abandono de este

hermoso ejercicio en otros, y para no olvidarme de mí mismo mientras escribo, y actuar tan tontamente como ellos, me dirigiré ahora a mi propia alma, y me daré algunos consejos adicionales sobre cómo deseo caminar con el Señor, por medio de Su gracia, en el futuro. Sin embargo, me alegraría que cada lector los considerara y utilizara como si sólo le concernieran a él; y al actuar así, ciertamente nos irá bien a todos.

## *II. Consejos para el Alma*

¡Por tanto, despídete eternamente alma mía, y tú que lees esto, de las vanidades de este mundo, las cuales dentro de poco se desvanecerán como un sueño!

Todo lo que el mundo te pueda ofrecer no merece una sola mirada. ¿Qué posee ahora el hombre rico (Lucas 16:19, etc.) de su pompa y placeres? ¿Y de qué te servirían, suponiendo que hubieras disfrutado de treinta o cuarenta años de gratificación y esplendor mundanos?

¡Vanidad de vanidades! En vano buscas fuera de ti lo que necesitas; es en tu interior, en tu corazón, donde se encuentra el verdadero bien, tu gloria y felicidad.

Cierra tu corazón y tus sentidos contra todo lo que es y ocurre fuera de ti; todos son asuntos ajenos que no te conciernen. No prestes mucha atención a las cosas externas, ni dejes que sea un obstáculo para ti eso que no puede ayudarte en tu viaje hacia la eternidad. Pasa a través de todo sin ser conmovido, como un extranjero y peregrino, cuyo corazón, pensamientos y ciudadanía están en el cielo.

Procura convertirte en un niño pequeño e inocente en tu interior, que no encuentra falta en nada, y deja a todo el mundo actuar y hablar de él lo que quiera (incluso en su presencia), sin prestar atención, ni dejarse perturbar por ello.

Aprécia el verdadero recogimiento hacia adentro, según el Espíritu te enseña, y acostúmbrate a vivir y a permanecer dentro de ti mismo, aunque por naturaleza estés inclinado a vivir y a moverte fuera de ti. Que tu constante ocupación sea permanecer contigo mismo, y así caminar con el Señor en lo secreto de tu espíritu, como si estuvieras solo con Él en el mundo.

Para este fin vino y habitó en la carne tu Salvador Jesús, para poder ayudarte a salir de tu carne y guiarte a casa, a Dios, y a la comunión con Él. Él no tuvo aquí nada propio; sólo estuvo de paso. Así como salió del Padre y vino a este mundo, también estaba deseoso de dejar el mundo, e ir a Su Padre (Juan 16:8). Síguelo en este sentido.

Él te ha reconciliado de nuevo con Dios por medio de Su sangre, a ti, que estabas bajo la maldición. Él te ha abierto Su corazón paternal, y ahora está a la puerta de tu corazón, y te ruega de mil maneras

diferentes que te reconcilies con Dios (2 Corintios 5:20), y recibas a este mejor amigo en tu corazón.

El Salvador te busca a ti y busca tu amistad tan cordial y sinceramente, que murió por ti, para que, ya sea que estés despierto o dormido, puedas vivir en íntima comunión con Él (1 Tesalonicenses 5:10). Por lo tanto, recibe esta verdad con una fe sencilla; y considera a Dios como el amigo confidencial y secreto de tu alma, cuyas delicias son con los hijos de los hombres, y está dispuesto a caminar contigo en espíritu, y a tener comunión contigo.

Los ojos de tu Dios están sobre ti; Él piensa incesantemente en ti. Por lo tanto, que los pensamientos más íntimos de tu corazón se dirijan también hacia Él, y no divagues en tus sentidos ni entre las cosas creadas. Recuerda que todo tu tesoro y tu mejor amigo está en tu corazón, y que con gusto estará en comunión contigo. Por tanto, ¿por qué saldrías corriendo y lo dejarías solo?

¡Ah, quién no estaría dispuesto a olvidar toda cosa creada por causa de un Dios así!

Que parezca para ti, como si estuvieras viajando en compañía de un amigo amable y querido, a través de una tierra extranjera y una región desértica. Haz todo, sufre todo y asiente a todo lo que te ocurra en este mundo, por amor cordial a este amigo íntimo de tu alma, sea poco o mucho.

Niega tu yo, por amor a Él, y muere a todo deseo de la carne y de los sentidos. Sí, muere a tu engreída, ocupada y autocomplaciente razón, y a los apegos secretos y deleites falsos en cualquier otra cosa fuera de Dios. Que ningún deseo o pecado sea tan querido para ti, ni haya nada tan firmemente aferrado en tu corazón, como para no querer desprenderte de ello inmediatamente y de buena gana, por amor al Señor.

Aunque otros sean ricos y de renombre, distinguidos y eruditos, vivan en placer, despreocupación y alegría; aunque alguno ponga su gratificación y comodidad en esta cosa, y otro en aquella; con todo, que sólo Dios sea suficiente para ti. Lo que para otros es un bien transitorio y una necesidad de la criatura, que para ti eso lo sea el Dios inmutablemente todo suficiente en tu corazón.

Por amor a Él, niega tu propia voluntad, tu amor al yo, y la complacencia del yo en todas las cosas. En pocas palabras, niégate a ti mismo dondequiera que aparezcas.

¡Oh, cuánto de este *yo* encontrarás, cuando te hayas acostumbrado a permanecer cerca de ti mismo y cerca de tu Dios!

No le prestes mucha atención a tu cuerpo, no tiene valor alguno, es alimento de gusanos. Es corrupto, lleno de propensiones y deseos malos, que a menudo oscurecen y obstruyen el espíritu. Debes considerar tu cuerpo de tal manera, y actuar tan reservadamente hacia él, como lo hace un amo con su siervo. Gobiérnalo sabiamente, y no le des, bajo pretexto de necesidad, más de lo que es apropiado. Aquel que estima su cuerpo y busca muchas cosas para su conveniencia, jamás estará verdaderamente retirado, ni

tendrá su mente puesta en lo espiritual.

No hagas mucha bulla cuando te pase algún inconveniente, sufrimiento o decepción. Procura, con la gracia de Dios, soportar todos los sufrimientos externos e internos con serenidad, paciencia y mansedumbre, por amor a tu Salvador. Sí, abraza la cruz y toda clase de adversidad, y ámala cordialmente; porque nada es más provechoso para ti que morir a tu yo y desprenderte de todo, para acercarte a Dios.

Morir continuamente al mundo y a ti mismo, y vivir así con Dios en lo secreto, es la verdadera imitación de Cristo. En esto consiste la suma y la sustancia del cristianismo. Esto debe ser lo único importante para ti, tu única y diaria ocupación aquí en la tierra, el único objetivo que debes tener continuamente a la vista en todas las cosas, y a lo que todo lo demás debe ser dirigido. Ejercítate en este asunto prioritario con sencillez y sin hacer grandes rodeos ni preparativos.

Recibe y utiliza todo lo que pueda ayudarte en esto, sea lo que sea, con humildad y gratitud. Pero no te enredés en nada. No te apegues a nada. No te contentes con nada que no sea el cumplimiento de este vital propósito. Deja que Marta se afane por muchas cosas; ésta es la única necesaria y siempre lo será. Y ésta es la única que puede servir de ayuda y consuelo en tiempos de angustia y muerte, cuando todo lo demás, por muy atractivo que parezca, te sea quitado. Por tanto, haz que todo se dirija directamente a esta única cosa.

Lo que sepas, oigas o veas de lo que es de Dios, llévalo inmediatamente de la cabeza al corazón; es decir, procura hacerlo útil sólo para ti, mientras te esfuerzas por ejercitarte en ello, o ser despertado y fortalecido por ello, pero no sólo para saberlo y hablarle a otros al respecto.

Todo lo que te suceda en el mundo, ya sea interna o externamente, recíbelo con sencillez, como de parte del Señor, sin considerar el instrumento o las circunstancias que lo acompañen. Sólo busca avanzar en lo principal, en y mediante todas las cosas; es decir, avanzar en conocer y hacer morir tu yo, y en la comunión con Dios.

No hagas mucha algarabía respecto a tu piedad, tu autonegación, tus sentimientos o experiencias internas. Deja que tu secreto permanezca entre tú y tu Dios.

Que sea suficiente para ti que Dios sepa lo que hay en tu corazón, porque generalmente es demasiado para nosotros saber el bien que hay en nuestro interior; ya que a menudo deja de ser bueno, cuando somos capaces de verlo en nosotros mismos.

El que vive en silenciosa atención a su corazón, en secreto con Dios, muere mil muertes, y a menudo disfruta indescriptible deleite y bienaventuranza, sin hacer mucho ruido al respecto.

No busques ser visto ni conocido por los demás. Esfuérzate por vivir en este mundo—tanto como tu posición y vocación lo permitan—como un peregrino o un extranjero, de quien se sabe, oye o habla poco,



y que además, sólo desea conocer y aceptar nada más sino a su Dios, y no habla con nadie tan alegremente como con su Dios. Teme cuando eres conocido y alabado; pero al contrario, regocíjate cuando eres olvidado y despreciado, porque de esta manera se bloquea el camino hacia muchos peligros y distracciones, y ganas mucho más tiempo y oportunidad para permanecer en tu interior y caminar a solas con Dios.

Sólo procura estar bien internamente con Dios; entonces poco importará como te vaya en otros aspectos, o lo que otros piensen o hablen de ti.

No te asocies innecesariamente mucho con los hombres de este mundo; pero cuando estés con ellos y debas hacerlo, procura mantenerte en tu interior como si estuvieras a solas con Dios. Sé cercano a muy pocos, y sólo a los que encuentres útiles para fortalecer, animar y motivar tu progreso en lo principal, no sea que bajo la apariencia de ser algo bueno, seas atraído a salir de Dios y de tu interior, y tus amigos te roben tu pequeño y precioso tiempo. Relaciónate únicamente con Dios y contigo mismo.

Quebranta gustosamente tu voluntad, para seguir lo que otro piensa que es correcto, cuando no es contrario a Dios. ¡Ah, cuánto más fácil, pacífico y provechoso es obedecer que mandar!

Si tu condición y vocación no lo requieren, no te detengas a observar o juzgar la vida y conducta de los demás. Aquel que busca rectificar y enmendar todo lo que está mal en el mundo, sólo se involucra en mucha perturbación y distracción, y a menudo no es útil ni para sí mismo ni para los demás. “Ten cuidado de ti mismo”. ¡Oh, cuán pacíficamente puede vivir un alma, que no tiene necesidad de mirar mucho a otros ni pensar en ellos!

No obstante, ama a todos los hombres, sé amable con todos, y haz bien a todos, en concordancia con tus circunstancias y capacidades internas y externas; pero al mismo tiempo, continúa en temor santo y recogimiento interno, para que tu mente no se distraiga, ni te enredes en múltiples asuntos. Ama en particular a todos los piadosos y estímalo a todos, incluso a los más humildes de ellos, de todo corazón, como mejores que tú mismo.

Ama la verdad y lo que es bueno, y agradece a Dios por ello dondequiera que lo encuentres; no obstante, no te detengas para sólo observarlo en los demás, sino esfuérzate por ser bueno también. Ama también a los que no caminan en todas las cosas como tú, deja que cada uno siga su propio camino. ¿Qué a ti? *Sigue a Jesús.*

No pienses mal de tu hermano, no juzgues, no te apresures, haz la mejor interpretación de todo. Si puedes enmendar sus evidentes faltas, hazlo con mansedumbre y con temor santo, y regresa inmediatamente con humildad a ti mismo, en tu corazón. ¡Qué retirarte, alma mía, sea para ti un asunto tan serio e importante, que te haga dedicarte a ello con todo tu corazón! Trabaja desde la mañana hasta la noche en eso, y que internamente te parezca como si no tuvieras nada más que hacer en el mundo.

No permitas que nada irrelevante e innecesario detenga tu progreso. El que busca “guardar con toda

diligencia su corazón”, y seguir a Jesús en constante negación de sí mismo, encuentra tanto que hacer y sufrir, que no le queda tiempo para ocuparse de otros asuntos.

Realiza lo que tengas que hacer externamente, en la medida de lo posible, sin deseo, preocupación, ni ansiedad. Hazlo todo únicamente con el fin de cumplir la voluntad del Señor con humildad; porque de esta manera lo haces para el Señor y no te perjudicará en lo que es verdaderamente necesario.

No dejes que tu atención se dirija con demasiado ardor, o más de lo necesario, hacia tu empleo externo, para que hagas tu trabajo en un estado de tranquilidad, y al mismo tiempo, guardes tu corazón y continúes con el Señor. ¡Ah, cuán vano e insignificante es todo lo demás, lo que se hace en el mundo sin Dios! ¿Cuánto consuelo o provecho tendrás de todo tu trabajo a la hora de la muerte? Sí, ¿qué te consolará en todas las dificultades de esta vida, si no te esfuerzas siempre y en todas las cosas, por tener a Dios como tu amigo?

Pronto deberás partir de aquí y no volverás a ser visto. De todo lo que tienes y ves en este mundo, nada podrás llevarte contigo al salir de él; todos los hombres te abandonarán y tú deberás separarte de ellos, entonces, tendrás que tratar sólo con Dios. Esfuérzate, por lo tanto, en esta única cosa de ahora en adelante: en abandonar todo lo que deberás abandonar entonces.

Actúa y camina con Dios de aquí en adelante, como si estuvieras solo con Él. ¡Oh, cuán feliz es el que vive así, en tranquilo recogimiento con su Dios y sólo busca conocerlo a Él y conocer la eternidad! Para él, la muerte no vendrá como un ladrón en la noche, ni tendrá que temer presentarse delante de Dios. Porque así como vivió aquí para el Señor, así también morirá para el Señor; y así como su vida aquí estaba escondida con Cristo en Dios, así también, cuando Cristo su vida se manifieste, él también será manifestado con Él en gloria. (Colosenses 3:3-4)

### *III. El Ejemplo de Cristo*

Aquel que contempla con mente devota y tranquila la vida y conducta de Jesucristo, desde el pesebre hasta Su muerte en la cruz, encontrará impresos y expresados en ello, de una manera muy vívida y perfecta, los pasos que debemos seguir. A continuación los señalaré brevemente.

El salvador Jesús, quien sin pecado, pudo haber vivido en este mundo con honor, riqueza, alegría y placeres, rehusó hacerlo para darnos un ejemplo; y en su lugar, escogió la crítica, la pobreza y la aflicción. Dejó a Herodes y a los fariseos en posesión de sus estados, dignidad, riquezas y comodidades, y vivió la mayor parte de Su tiempo con Sus humildes y menospreciados padres en Nazaret—un lugar muy despreciado y miserable—como un insignificante artesano, tan completamente escondido y tranquilo, que el mundo apenas sabía que un hombre llamado Jesús vivía en Nazaret. Él pudo haber brillado en todas las cosas; no le faltaba entendimiento, sabiduría, dones ni poder divino. Pudo haber escrito las más

excelentes obras sobre todas las ciencias espirituales y naturales, que todo el mundo habría admirado y por las que muchos miles, según nos parece, se habrían convertido. Pero no se pretendía que brillara, ni Él lo deseaba. Incluso en Su vida pública, trató en lo posible, de mantener ocultos sus milagros, Su dignidad y gloria divinas, y huyó de dondequiera y cuandoquiera que lo alababan y honraban.

Consideró Su vida aquí en la tierra como un paso a través de ella. Él dijo: “He venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre,” (Juan 16:28). Su única preocupación era ocuparse de la obra de Su Padre, sin inquietarse por otros asuntos, para los cuales no había venido al mundo. Incluso, así como en el corto tiempo de Su vida pública, frecuentemente se apartaba de la gente para orar en secreto, y a veces pasaba noches completas en soledad y oración a Dios, así también es fácil suponer, que en Su larga vida oculta en Nazaret, esta no dejó de ser Su ocupación más querida, constante e importante. David y Pedro nos dicen, que el Salvador se ejercitaba continuamente en caminar delante de Dios, y en regocijarse internamente en Su Padre celestial.

Ellos lo presentan diciendo: “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra no seré conmovido. Por tanto, mi corazón se alegra, y se goza mi gloria, etc.” (Hechos 2:25-26). Y Su Padre no lo dejó solo, porque Él se ocupaba de dirigir Sus ojos al Padre, y en hacer siempre lo que era agradable ante Sus ojos, entregando constantemente Su voluntad a la voluntad de Su Padre, y tomando voluntaria y gozosamente sobre Sí los más dolorosos sufrimientos, por amor a Él.

También dejó que los escribas y fariseos discutieran sobre sus opiniones particulares, y se arrastraran bajo el peso de sus devociones externas y ordenanzas humanas, y en contraste, les enseñó por medio de palabra y conducta, la única cosa necesaria, de la cual seguían desprovistos. Y así como no se mezcló en los debates inútiles de los sabios de la época, tampoco intervino en otras cosas para las que no había sido enviado. “¿Quién me puso por juez o partidador sobre vosotros?” (Lucas 12:14), fue Su respuesta, cuando trataron de arrastrarlo a otros asuntos; sin embargo, “anduvo haciendo el bien a todos,” (Hechos 10:38).

Él amó a los que eran sencillos, pobres y menospreciados, y se relacionó con ellos alegremente cuando tenían deseos de buscar a Dios. Él también fue imparcial en Su amor; la mujer samaritana fue tan querida para Él, como lo era Nicodemo, que era un erudito de la ley; y no menos queridas fueron aquellas personas, que en ese momento, no se habían convertido aún en Sus seguidores, (Lucas 9:49-50). Incluso, reprendió a Sus discípulos por enojarse contra los que actuaban inapropiadamente (Lucas 9:54-55); ni tampoco condenó al mayor de los pecadores, (Juan 8:11). Meditó y practicó día y noche con infatigable diligencia, la única obra para la que había venido; Su corazón y Su mente estaban tan llenos de ella, que lo que veía y oía de las cosas externas, sólo servía para conducirlo a las que eran espirituales, de modo que inmediatamente aprovechaba la ocasión para hablar de ellas, (Juan 4:10).

Su doctrina fue congruente con Su vida. Su doctrina consistía en que debíamos velar y orar siempre, y sin cesar; en que debíamos seguirle mediante la negación de nosotros mismos y tomando nuestra cruz

diaria, sin preocuparnos demasiado por los demás; en que una sola cosa era necesaria; aparte de la cual, de nada le serviría al hombre ganar el mundo entero.

¡Que Jesucristo, el verdadero Pastor de nuestras almas, quien nos ha redimido de la tierra y nos ha comprado con Su preciosa sangre, pero que también, habiendo sufrido por nosotros, nos ha dejado un ejemplo para que sigamos Sus pasos, obre en nosotros por medio de Su Espíritu, para que la mente que estaba en Él, esté también en nosotros. Es decir, para despojarnos por medio de un profundo trato de la cruz, de todo amor a nosotros mismos y a las cosas creadas, para poder pasar los pocos días de nuestra peregrinación en verdadera abstinencia de todo disfrute transitorio, muertos al pecado, alejados del mundo y de nosotros mismos, pero conociéndolo y relacionándonos con Él y en paz eterna; y podamos seguirle ciegamente, como extranjeros y peregrinos, y avanzar tranquilamente con Él, a través del desierto de este mundo, hasta alcanzar nuestro verdadero y eterno hogar!

¡Sí, Señor Jesús, vuélvenos de nuevo a Ti, Tus ovejas perdidas y errantes, y regresaremos a Ti! Amén.

## **Breves Instrucciones Sobre Cómo Buscar a Dios y la Luz de Su Rostro**

*“Los que a Él miraron fueron alumbrados; y sus rostros no fueron avergonzados.” Salmos 34:5*

¡Oh, hombre, incluso tú que lees esto, detente un momento y considera seriamente el noble propósito por el que fuiste creado, y por el que Dios te ha colocado en este mundo! No fuiste creado para el tiempo ni para las cosas creadas, sino para Dios y para la eternidad, y para ocuparte en Dios y en la eternidad. Estás en el mundo con el fin de que nuevamente busques a Dios y Su beatificante rostro (del que te has vuelto por causa del pecado y te has aferrado a las cosas creadas), a fin de que seas completamente santificado e iluminado, y de que Dios tenga gozo, deleite, paz y placer en ti, y tú en Dios.

Sólo en esto reside tu salvación y bienestar, tanto temporal como eterna, que nada fuera de Dios puede darte. Los objetos externos de este mundo escasamente satisfacen a tu hombre exterior, durante el corto período de tu afanosa vida. Pero internamente, tienes un hambre que no puede ser saciada y una mente que no puede ser satisfecha, sino por un objeto todo suficiente e infinitamente digno de amor, el cual es únicamente Dios.

¡Por lo tanto, oh alma, si posees un deseo sincero de buscar y encontrar otra vez a tu Dios y Su rostro, ten

cuidado de no comenzar de manera inapropiada!

Dios es espíritu y está cerca de tu espíritu; de ahí que no tengas que correr de aquí para allá, ni distraerte con múltiples y variados ejercicios, mucho menos con razonamientos y reflexiones que sólo sirven para confundirte. Esta más bien sería la manera de alejarte aún más de Dios, y de hacerte menos apto para el conocimiento de Él y de Su verdad.

Sólo busca ser conformado en tu mente a Dios; entonces, infalible y fácilmente lo encontrarás y lo conocerás. Así como el que desea contemplar y disfrutar del sol debe colocarse en su luz, así también debes asemejarte a Dios para disfrutar verdadera comunión con Él. Esta eterna e inaccesible luz sólo se ve en su propia luz (Salmo 36:9). Dios es un Ser espiritual, eterno, ilimitado, sencillo, manso, sereno y beatificante. Ahora, cuánto más alcances internamente estas cualidades, más te aproximarás a Dios y más capacitado serás de Su manifestación y comunicación.

Dios es un Ser apartado y espiritual, ajeno a este mundo material, a los sentidos y a la razón. Por lo tanto, si quieres encontrarlo y ver Su rostro, debes también mantenerte, con tu espíritu, amor, afecto y deseos de tu corazón, tanto como sea posible, separado y alejado del mundo y de todo lo que hay en el mundo. No admitas voluntariamente ningún objeto creado dentro de ti, ni fijas tu amor y afectos sobre ninguna cosa creada fuera de ti. Evita toda distracción y ejercicio innecesarios de tus sentidos y razón. Considera tu parte externa y racional como si fuera de otra persona, y continúa en espíritu con tus deseos y afectos dirigidos hacia Dios dentro de ti. Familiarízate con Él en lo más recóndito de tu espíritu y no te preocupes por lo que ocurre externamente.

Dios mora en Sí mismo, en la eternidad. Él es siempre el mismo; con Él no hay ni pasado ni futuro, sino un eterno ahora. Por lo tanto, si tú deseas acercarte a Dios y tener comunión con Él, evita toda reflexión innecesaria del pasado o del futuro, todos los razonamientos, preocupaciones y búsquedas, y como un niño inocente, permanece con tu mente y sentido en el momento presente con el Señor, y deja que Él te cuide y te guíe.

Dios es un Ser universal, indivisible e ilimitado, y la razón no lo puede comprender. Él no es esto ni aquello en particular, sino uno y todo.<sup>1</sup> Por lo tanto, para conocer a Dios y acercarte a Él, debes desprenderte suavemente de todas tus opiniones peculiares, de todas tus imágenes y pensamientos infantiles y limitados de Dios, someter tu razón a la sencillez de la fe, y entrar con tu espíritu en una universalidad ilimitada y una serena extensión de mente, sin objetos y reflexiones particulares, especialmente en el tiempo de oración.

Dios es la sencillez y la pureza mismas; por esta razón nadie puede encontrarlo o verlo si no es de corazón

---

1 Que no se suponga que esto es otra cosa que razón sólida. El significado es que las excelencias particulares de una criatura pueden ser divididas, medidas, limitadas y comprendidas; pero Dios es un Ser extremadamente simple. Él no es una perfección particular, sino todo lo bueno y toda perfección en una unidad indivisible e incomprensible.

limpio y puro (Mateo 5:8). Por lo tanto, procura, de igual manera, ser puro y sencillo en todas las cosas. Sé recto y sincero en todas las cosas y en todo lugar, en tus actos, conversaciones, pensamientos y deseos. Que el ojo puro de tu mente mire directamente a Dios y lo tenga por objeto en todas las cosas, sin ningún motivo secundario, impuro o egoísta, alejado de toda hipocresía, disimulo o formalismo, ya sea burdo o refinado. Que todos tus pensamientos y actos sean tales que estén dispuestos a ser examinados por el sol radiante de la Divina presencia, y si algo falso o impuro se levanta dentro de ti contra tu voluntad, déjalo manifiesto con sinceridad y tranquilidad delante de la Divina presencia, y desaparecerá.

Dios es un Ser manso y amable: “Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 4:16). Sé, pues, también manso, amable y bondadoso en toda tu conducta y comportamiento. Que todas las fuerzas airadas y discordantes de tu naturaleza sean suavizadas por el Espíritu del amor de Jesús, que la dureza de tu carácter sea apaciguada, y tu obstinada voluntad del yo sea doblegada y hecha dócil; y cada vez que algo de la naturaleza opuesta se levante en ti, sumérgete inmediatamente en el dulce elemento de la mansedumbre y el amor.

Dios es un Ser apacible y mora en una eternidad serena. Por tanto, tu mente debe llegar a ser como un arroyo claro y silencioso, en el que la gloria de Dios pueda reflejarse y mostrarse. Por ello debes evitar, interna y externamente, toda perturbación, confusión e irritación. No hay nada en el mundo por lo que merezca la pena preocuparse, incluso tus faltas pasadas deben humillarte, pero no perturbarte. Dios está en Su santo templo, que todo dentro de ti calle delante de Él;<sup>2</sup> que callen tus labios, callen tus deseos y pensamientos, calle todo lo que se refiere a tu propia actividad. ¡Oh, cuán provechoso y precioso es un espíritu manso y tranquilo ante los ojos de Dios! (1 Pedro 3:4).

Dios es un Ser feliz, satisfecho y lleno de alegría. Procura, pues, adquirir un espíritu gozoso y pacífico. Evita toda preocupación ansiosa, irritación, murmuración y melancolía que oscurecen la mente y te incapacitan para interactuar con Dios. Aléjate mansamente de estas cosas cuando estás consciente de algo así, en ti.

Que tu corazón esté apartado y cerrado a todo el mundo y a todas las cosas creadas, pero enteramente familiarizado y abierto a Dios. Vigila estrictamente sobre ti mismo, sobre tus malos deseos, sobre tu amor al yo y sobre la voluntad del yo; pero con respecto a Dios, sé verdaderamente libre, como un niño afectuoso y confiado. Considéralo como el amigo de tu corazón y no pienses de Él nada sino lo que es puramente bueno. Aunque todo lo que te rodea caiga en confusión, y aunque tu cuerpo tenga dolor y esté sufriendo, y tu alma experimente sequedad y angustia; que tu espíritu permanezca impasible, plácido y sereno, elevado por encima de todas las cosas mudables, y deleitándose en y con Dios internamente, y también en lo que a Él le plazca permitir externamente.

Si te esfuerzas en ejercitarte de esta manera, tu mente gradualmente se conformará más a Dios, y también

---

2 Ver Habacuc 2:20

será cada vez más capaz de encontrar sustancialmente a este todo suficiente y sumamente amable Bien, y de contemplar Su beatificante rostro.

*Con referencia a esto, añadiré las siguientes importantes observaciones:*

*Primera.* Debido a que los objetos y ocupaciones externas—especialmente mientras no estamos bien versados y establecidos en este ejercicio—causan mucha distracción y estorban a la mente en mayor o menor grado, y la apartan de su estado apropiado; es altamente útil y necesario dedicar de vez en cuando durante cada día, un corto tiempo, especial y deliberadamente, para despojarnos completamente de todos los objetos visibles y reflexiones, con el fin de recogernos en la presencia de Dios, y entrar en el estado de ánimo requerido, con la ayuda de la gracia; cada uno según lo permitan su estado y sus circunstancias externas.

*Segunda.* Por encima de todo, debemos creer y estar firmemente persuadidos de que todo depende de la misericordia de Dios, y “no del que quiere; ni del que corre” (Romanos 9:16). Por lo tanto, no debemos esperar encontrar y ver a Dios por nuestra propia diligencia, mucho menos por nuestros propios esfuerzos y afanes mentales. Nuestra actividad al acercarnos a Dios debe ser un acto o inclinación completamente interno, suave, tranquilo y pacífico de nuestra voluntad, nuestro amor y nuestro corazón, que depende principalmente de la influencia divina y de la secreta atracción del amor de Dios, a la que debemos sencillamente atender y seguir, y delante de la cual toda nuestra actividad debe cesar y ser silenciada. Cuando percibimos que el Señor quiere elevarnos y recogernos, calmarnos o tranquilizarnos, o sentimos en el centro del alma un profundo sentimiento de satisfacción, reverencia filial por Su presencia, o algo semejante, debemos rendirnos sin temor a Su operación y continuar pasivos en Sus manos, con toda sencillez y abstracción.

Con el tiempo, entonces, experimentarás que no sólo tienes un hombre exterior, un cuerpo, sentidos y razón, que pertenecen a esta vida y a los objetos del tiempo, sino también un hombre interior, un espíritu noble que tiene su raíz y fundamento en la eternidad; y que tales facultades del espíritu—independientemente de todo lo que es y sucede en el mundo—son capaces de disfrutar y contemplar a Dios y las cosas eternas, de manera sustancial, para su completo y verdadero deleite y reposo.

Entonces, tu amor, tu corazón, el ardiente deseo de tu alma, cuando se vacíen de todas las cosas, llegarían finalmente—y este es el propósito mismo para el cual hemos sido creados y redimidos—a absorber y poseer el Bien Supremo, la infinita Deidad, en su ilimitada capacidad. Con todas las fuerzas de tu amor reunidas en una, abrazarías a este eterno Amor, a este beatificante Ser, de la manera más tierna y cordial, como un niño inocente a su bondadosa madre, y lo estrecharías contra tu corazón con la más pura familiaridad, y serías a su vez felizmente abrazado por Él. Podrías encerrarte, por decirlo así, con este Amigo íntimo en tu alma, en lo más íntimo de tu ser, en el centro de tu corazón, muy, muy lejos de cualquier criatura. En esta dulce soledad, a través de la bienaventurada proximidad de este todo suficiente Ser, también llegarías a ser, en alguna medida, todo suficiente; es decir, estarías tan perfectamente satisfecho,

deleitado y contento con tu Dios, que por toda la gloria, riquezas y placeres del cielo y de la tierra, no echarías una mirada hacia afuera, ni los estimarías dignos de una inclinación de tu amor, sino que, en secreto, arderías como un serafín en el más puro amor de tu Dios, y bajo la influencia de esta suave llama de amor, te convertirías completamente en bondad, mansedumbre y amabilidad; sí, en amor mismo.

Tu puro entendimiento, el ojo de tu mente, se volvería hacia dentro y se apartaría de cualquier otro objeto. Se iluminaría, fortalecería y elevaría en espíritu por la luz de eterna sabiduría, para poder permanecer como un querubín, con el rostro inclinado, y contemplando el rostro de Dios, la Sabiduría misma, el espejo sin mancha. En esta luz conocerías la luz, es decir, la verdad; y esta misma gloria del Señor se reflejaría, a su vez, en tu centro claro y sereno (2 Corintios 3:18). Tu rostro sin forma y desnudo, y el rostro descubierto y beatificante de tu Dios, se encontrarían, saludarían y abrazarían con los más afectuosos saludos. Fijarías tu mirada sencilla, como un inocente y pequeño infante, firme y gozosamente sobre el rostro de Dios, y Él, a su vez, como un Padre fiel y afectivo, mantendría Su mirada dirigida hacia ti, por medio de la cual serías completamente santificado y transformado en la imagen misma, de gloria a gloria.

Tu mente, o capacidad intelectual, abstraída de todo gozo, consuelo y deleite de la criatura, sería llenada del gozo más puro y más íntimo, y de la más profunda paz. Todo tu deleite, gozo y dicha estarían en Dios, y Dios, a su vez, tendría Su gozo y beneplácito en ti. Él reposaría y moraría en ti, como en Su sereno trono de paz; y tu espíritu, que por tanto tiempo se había extraviado, como un huérfano desterrado en una tierra extraña, volvería a reposar dulcemente en su verdadero reposo y hogar, y se recostaría en el regazo de Dios, en imperturbable paz, ocultándose en la quietud de la eternidad. En este infinito reino de paz, vivirías intacto e imperturbable por las tempestades de los afectos, apartado de todos los perturbadores gozos, aflicciones, temores y esperanzas que pudieran asaltar tu espíritu desde fuera. Y así, te convertirías en un cielo claro del siempre bendito Dios trino, en el que Él habitaría, y que Él llenaría de Su luz, amor y toda virtud divina, y en el que Él se glorificaría en el tiempo y en la eternidad.

Por tanto, no actúes más con insensatez, oh, tú, noble criatura e imagen del eterno Dios, haciendo que tu espíritu real (no diré divino) y sus nobles facultades, sean tan vergonzosamente esclavizadas por las cosas viles, miserables, vanas e indignas de esta creación, por medio de los deseos de los ojos, los deseos de la carne y la vanagloria del mundo. Porque Dios ha enviado a Su Hijo para redimirte de esa esclavitud, y para elevar de nuevo tu espíritu a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Recuerda, que en lo que se refiere a tu parte superior, tú eres un hijo de la eternidad; Dios mismo es tu Padre y tu hogar, y allí debes vivir y morar. El mundo debe ser para ti una tierra de destierro, y tu cuerpo, una prisión y purgatorio. ¡Alza, pues, las puertas eternas de tus facultades mentales por encima de lo natural, de los sentidos y de la razón, para que el Rey de gloria, el Dios de los ejércitos, pueda entrar en ti!



## **Sobre la Oración Interna**

La oración interna o espiritual es el acercamiento del alma a Dios, en el nombre de Jesús, y la permanencia en Su presencia.

Para entender apropiadamente este acercamiento y ponerlo en práctica, es especialmente necesario—como base irrevocable de todo el asunto—que por la gracia poseamos, atesoremos y ejercitemos una profunda impresión de la inmediata proximidad de la presencia de nuestro Dios, y reflexionemos en cuán cerca se ha acercado Él a nosotros, en Su amorosa bondad hacia el hombre, en el nombre de Su Hijo Jesucristo; y que este mismo acercamiento de Dios a nosotros, es el fundamento y la causa procuradora de nuestro acercamiento a Él.

Dios está esencialmente presente con nosotros, de una manera que no podemos comprender. Él llena el cielo y la tierra; en Él vivimos, nos movemos y somos. Él también está cerca de nuestros pensamientos, inclinaciones, deseos e intenciones más secretos; lo más íntimo de nuestra alma yace abierto ante Su presencia.

Pero Dios, como Espíritu, está especialmente cerca de nuestros espíritus y de los más secretos rincones del corazón. Este espíritu nuestro no pertenece a este mundo, ni a los objetos temporales, fue creado sólo para Dios; por lo tanto, es capaz de disfrutar verdadera comunión con Él. Puede, y debería, ser el templo y la residencia sagrada de la Deidad. Su ocupación es contemplar, amar y disfrutar a este benefactor Ser y reposar en Él; para este fin fue creado, para esto posee capacidad. Dios, como Espíritu, está cerca de nuestros espíritus y sólo allí puede ser buscado y hallado.

Este hermoso y adorable Ser, no sólo está presente con nosotros como Dios, sino también como nuestro Dios en Cristo Jesús, como Dios con nosotros, como nuestro Redentor, Salvador y verdadero amigo de nuestras almas; que tiene cuidado de nosotros, que se acuerda de nosotros en amor, que mediante Sus persuasiones nos atrae a Él, que está dispuesto a morar en nosotros y a permanecer con nosotros eternamente, independientemente de nuestra indignidad y miseria, si tan sólo abrimos y rendimos nuestros corazones a Él. Esta es una verdad grande, evangélica y fundamental, que debemos grabar profundamente en nuestra mente, y nunca permitir que se nos prive de ella, porque incluye en sí todo el fundamento de nuestra redención y salvación. Voy a demostrar brevemente esto.

El hombre caído, en lo que respecta a su parte interna, yace atado en tinieblas y en el abismo infernal. Estas tinieblas y este abismo los lleva con él durante la vida, y es lo que encuentra en la muerte, cuando muere fuera de Cristo. Durante este estado, Dios y Su reino de amor están lejos de él, y fuertemente cerrados contra él.

Dios, en Su bienaventurada eternidad, tuvo compasión de él; compasión—que en Su amorosa bondad—

manifestó en la encarnación, sufrimientos y muerte de Su Hijo. Cuando Jesucristo, nuestro querido Redentor, derramó Su sangre por nosotros, las compuertas de la tierna misericordia de Dios hacia el hombre fueron abiertas, de modo que Dios está ahora inexplicablemente cerca de nuestros corazones, en el nombre de Su Hijo Jesús. Por Su muerte, el velo ha sido rasgado, no sólo en el templo en Jerusalén, sino que también se ha abierto el camino a una eternidad de paz y bienaventuranza, de manera que la bondad, gracia, amor y comunión con Dios permanecen abiertos en los corazones de los más viles pecadores, si tan sólo van a Él; sí, este amigo cercano del hombre está incluso de antemano con nosotros. Está a la puerta de nuestros corazones y llama de diversas maneras; nos espera, y no desea nada más que el pecador se vuelva a Él y viva. Su mensaje a nosotros es hoy: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”, y “teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo...acercuémonos” (Hebreos 10:19-22).

Ahora bien, la verdadera oración espiritual consiste en este acercamiento o aproximación. No estoy haciendo aquí alusión al primer acercamiento de un pecador arrepentido a Dios, en su conversión inicial, en la que se vuelve de manera general a Dios y se entrega a Él, con la sincera determinación de vivir de ahora en adelante sólo para Aquel que murió por él, y se levantó de nuevo. Presupongo necesariamente este paso preliminar y feliz, y no hablo de él aquí, sino que me refiero a la perseverante continuación de ese acercamiento, en un alma entregada a Dios.

Aquellos que son realmente persuadidos por Él y se entregan a Él, no pueden descansar satisfechos con la dedicación general que hicieron en su primer despertar; y aunque reconocen esta primera conversión—cuando ha sido genuina—como un memorial eterno de la infinita misericordia de Dios, no pueden contentarse con ella, sino que con el paso del tiempo, observan una inclinación latente por medio de la cual son más y más alejados de todas las demás cosas, y conducidos y exhortados a poner sus afectos en Dios. Perciben que se requiere de ellos algo noble, cabal y completo; sus corazones les dicen de parte de Dios, que Él desea tenerlos sólo y totalmente para Él. En algunos, este sentimiento es claro y poderoso; en otros, débil, oscuro y general, según el estado de la mente sea estable o confuso. ¡Feliz el individuo que reconoce dentro de él este llamado divino y santo, y se rinde a él infantil e incondicionalmente!

Esta inclinación latente a la que hago alusión arriba, surge de la inmediata proximidad de Dios a nosotros en el nombre de Jesús. Porque Dios, que es el amor mismo, toca nuestros espíritus con Su amor, como un imán atrae el hierro. Él nos atrae a Sí mismo, y de ahí que nuestros espíritus sientan tal impulso y tendencia, que no puedan descansar satisfechos con algo que no sea Dios. Si prestamos la debida atención a esto y continuamos internamente recogidos, quitando cada obstáculo del camino del espíritu—mediante el ejercicio de la negación al yo—y seguimos este impulso, entregándonos completamente en las manos de Dios, este principio, como un poder impulsador, conducirá al alma a Dios por medio del amor, tal como un arroyo fluye hacia el océano, y como una piedra que pende en el aire, cae a la tierra que es su centro de atracción. El ejercicio de la oración interna es permanecer en esta inclinación fundamental, y por este medio, acercarnos y entregarnos a Dios en Cristo Jesús, mientras negamos y abandonamos todo

lo demás.

Entonces, nuestros espíritus se convierten en templos, en los que la gloria de Dios—como en el Lugar Santísimo—está cerca de nosotros. El altar es el nombre de Jesús; el sacrificio: nuestro corazón, nuestra voluntad, nuestro todo. El amor de Dios que enciende nuestros deseos en pos de Él, mediante Su secreta operación, es el fuego eterno, cuyas llamas son la verdad y la sinceridad. En la medida que el mundo, la corrupción y el yo permanezcan en nosotros, en esa misma medida todavía queda humedad en la madera y en la ofrenda, la cual es gradualmente secada por la llama. Esta llama es lo que previamente denominé como inclinación amorosa, que se manifiesta a sí misma en las almas de los principiantes, y en aquellos que caminan por los sombríos senderos del sufrimiento y de la aflicción, por medio de profundos suspiros y gemidos. Si el alma es obediente, se manifiesta a sí misma por medio de un gentil: “¡Abba Padre!”, o por algo más de naturaleza familiar, que asciende como un grato olor. Finalmente, forma la base de una paz permanente, por medio de la cual el corazón y la mente son guardados en Cristo Jesús. Cuanta más humedad permanezca, más ferozmente arde el fuego y más humo produce. Después, arde más claramente y menos intensamente, hasta que se convierte en un calor divino, internamente tranquilo y delicioso.

Termino con las hermosas palabras de David en el Salmo 65:4, donde elogia así la oración interna: “Cuán bienaventurado es aquel que Tú escoges, y acercas a Ti, para que more en Tus atrios. Seremos saciados con el bien de Tu casa, Tu santo templo”.

## **El Excelente Camino del Amor Verdadero**

*“Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.” 1*

*Juan 4:16*

### *I. El Ejercicio del Amor.*

Nada es más hermoso, puro, placentero, poderoso y perfecto que el amor, porque “Dios es amor”. No hay mejor manera en la que Dios pueda ganar posesión en el corazón del hombre, sino por medio del amor, ni hay nada con lo que el hombre pueda agradar más a Dios que con amor; porque “el amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos 13:10). Eso que el hombre no pudo, ni puede cumplir mediante la severidad de la ley y todo temor al castigo, es fácilmente cumplido cuando Dios encomienda Su amor al hombre en Cristo Jesús; cuando le proclama el perdón de sus pecados, la redención y la salvación eterna, y lo atrae, mediante estos motivos, al arrepentimiento, y a amarlo en respuesta.

Ahora que las tiernas compasiones del amor de Dios se han abierto nuevamente al hombre, en el dulce

nombre de Jesús Emanuel, y hasta esta hora permanecen completamente abiertas en el alma del pobre pecador (sea que esté consciente o no de ello), el amor eterno está, por tanto, constantemente ocupado en el centro de nuestras almas, ofreciéndose y recomendándose a nosotros, e insinuándose y buscando entrada en nosotros de mil maneras distintas, para nuestra felicidad eterna. Todo buen pensamiento y deseo que se levanta en el corazón del hombre, toda tristeza y dolor por el pecado, toda reprensión y amonestación, la incitación a la oración y a la verdadera piedad, la total rendición a Dios, y similares, son los efectos puros de este paciente amor de Dios. Si el más vil pecador pudiera percibir la milésima parte de esto, se sentiría instantáneamente constreñido a rendirse a este amor.

¡Oh, Amor, manifiéstale a los pecadores, aunque sea de manera remota, que Tú eres amor, y ellos te amarán y te seguirán!

Ahora, si una persona está dispuesta a ser llevada al arrepentimiento por la bondad y amor de Dios:

Que a partir de ese momento crea sin vacilación, que no puede agradar a Dios de mejor manera ni con mayor facilidad por medio de alguna obra o ejercicio, sino mediante el amor.

Que sólo atienda y aprecie debidamente la chispa escondida del amor de Dios en su corazón, mediante un recuerdo cordial de Dios, un giro filial hacia Dios, y ocupándose sencillamente de Dios y de Sus perfecciones.

Que se ejercite en amor. Que, por amor a Dios, renuncie a todo lo que es más querido para ella y se rinda en fe, a este amor puro.

Que se regocije cada vez que se presente una buena oportunidad de hacer, negar o sufrir algo por el amor y la gloria de Dios.

Que se acostumbre a hacerlo todo por amor a Dios, a recibir en amor todo lo que le ocurra, como proveniente de la mano de Dios, y a soportar, en amor, todo lo que tenga que sufrir por amor al Señor.

Todo debe ser sacrificado al amor, por amor.

Por amor, los sufrimientos más amargo se vuelven dulces, las más adversas circunstancias provechosas, y las más pequeñas obras grandes y divinas.

No se suponga que con esto, se está hablando de un amor perceptible y reconfortante; poseer el amor y sentirlo no siempre van juntos.

El amor verdadero y constante consiste en una valoración interna de Dios; en conocerlo y reconocerlo por fe como sumamente, sí, únicamente precioso. Por lo tanto, voluntariamente nos ofrecemos y rendimos—y todo lo que está en nuestro poder—a Dios y a Su servicio y gloria.

Este amor, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, puede existir incluso en medio de la sequedad, la oscuridad y los más profundos procesos de purificación, los cuales no son más que los benditos efectos del puro amor de Dios.

## *II. Completa Rendición al Amor.*

En verdad, cuando un pecador alcanza el arte del amor puro, de modo que, mediante un completo abandono y renuncia de sí mismo se rinde en sinceridad a Dios y le da plena libertad de hacer de él lo que quiera, tanto en el tiempo como en eternidad, no estimando ni considerando su propio perjuicio o ventaja, sino simplemente a Dios, y que sólo Él sea glorificado, amado y complacido, entonces la ira y el infierno no tienen más poder; pero sus pecados, por grandes que sean, desaparecen y son consumidos más rápido que un puñado de lino en un horno ardiente; sí, este amor lo hace santo y semejante a Dios.

Ahora bien, es cierto, que por naturaleza, estamos completamente arraigados en el pecaminoso amor al yo, y por ello, tan inclinados por él a nosotros mismos, que no podemos ver, ni amar, ni confiar en Dios. Por esta razón, el propio Hijo de Dios debe derramar este amor en nuestros corazones por medio de Su Espíritu Santo (Romanos 5:5), y él está dispuesto a hacerlo, pues en Su encarnación tomó sobre Sí nuestros pecados, y a través de este amor puro, nos ha reconciliado plenamente con Dios.

En servir a Dios con un amor tan desinteresado, consiste, propiamente hablando, la verdadera religión. No obstante, es profundamente lamentable que incluso personas piadosas anden a tientas tanto tiempo, algunas incluso todas sus vidas, en una afanosa atención y solicitud por sí mismas, sin una completa rendición de sus propios intereses, ni encomendándose a Dios, ni buscando el amor puro en el corazón y rostro de Jesucristo. ¡Oh, amémoslo, porque Él nos amó primero! (1 Juan 4:19)

¡Oh, infinito amor! ¡Oh, adorable Trinidad! ¡Padre, la fuente del amor; Hijo, la sublime luz; y Espíritu Santo, la llama viva y el santo ardor del amor! ¡Oh, Dios—que eres amor puro y perfecto—eres un fuego ardiente y consumidor, que debe consumir todo lo que no puede coexistir con el amor puro! ¡Destruye en nosotros por medio de Tu preciosa llama, todo lo que es contrario a tu santidad! Empieza, continúa y perfecciona en nuestras almas, la gran obra de purificación y santificación, sin la cual, nadie puede ver Tu rostro! ¡Concédenos, Señor, un poco de tu palpable y ardiente amor, para despertarnos de nuestra insensibilidad y sueño mortal, y danos una medida de temor a tus terribles juicios, para que podamos abandonar a tiempo las sendas del error! Derrama en nuestros corazones una gota de Tu poderoso amor, que puede transformar el infierno en paraíso. ¡Sí, oh, Señor, enciende pronto este fuego en la tierra, el que viniste a encender y tanto deseaste que volviera a arder, para que el reino de Tu amor sea eternamente establecido y nosotros podamos ser en Ti—en unidad de corazón, alma, palabra y acción—un espíritu con el Padre, Hijo y Espíritu Santo, bendito para siempre. Amén.

### *III. Sobre el Amor Fraternal.*

Del amor a Dios derivamos el amor hacia los hermanos, sí, incluso, el amor hacia todos los hombres. Tanto el primero como el segundo no son un asunto que pueda ser enseñado, o aprendido, o producido por uno mismo; ambos son fruto y propiedad del nuevo nacimiento de Dios, mediante el cual escapamos del dominio de la ira y de las tinieblas, y en cambio, somos trasladados al reino del amado Hijo, donde somos cada vez más impregnados de las dulces y deliciosas fuerzas del amor que emanan del corazón de Dios.

En el primer nacimiento, puede haber una ternura emocional, adulación sensual, y una complacencia egocéntrica hacia aquellos que nos complacen y se conducen amablemente con nosotros; pero bajo todo ello se oculta la naturaleza corrupta y el amor al yo. Así, a pesar de toda la apariencia de amor, el individuo sigue siendo en el fondo un hijo de ira, que en realidad no ama nada más que a sí mismo, y a Dios y a su prójimo sólo en referencia a sí mismo.

De aquí surgen esa intranquilidad, irritación, sospecha, molestia y otras mil fuerzas ásperas, latentes y continuas, que perturban y afligen el pobre corazón; primero una persona y luego otra, incapaces de actuar de manera que complazcan su propia voluntad y arrogancia. En tal condición, todos los términos de paz, puntos de unión y las más solemnes obligaciones no son más que castillos en el aire. Si no nacemos del amor, no podemos amar como debemos. Entre los orgullosos siempre hay contienda. (Proverbios 13:10)

Por lo tanto, debemos ardientemente anhelar ser liberados de toda esa miseria inherente, y ser hechos partícipes del manso y gentil amor de Jesús, dado que este eternamente amoroso bien está indescriptiblemente cerca de nosotros y se inclina voluntariamente, por el Espíritu de Su amor, hacia aquel que le pertenece y suspira por amor. Debemos filialmente rendirnos a Su secreta persuasión, incesantemente sumergir todo nuestro egoísmo, todos nuestros sentimientos altivos, ásperos y desconfiados hacia Dios y hacia nuestro prójimo, en el amor de Cristo, y no cansarnos de esta humilde hambre y espera, hasta que el Amor se nos conceda y nos impregne con Sus influencias divinas.

Ahora, cuánto más nos dejemos guiar por la secreta atracción del amor divino hacia este estado de sincera devoción a Dios, y más aprendamos a morar en él, en amor y sencillez, tanto más beberemos, como un infante del pecho materno, la vida pura, inocente y tierna del amor; de modo que, nuestra alma, en lo más profundo, es cada vez más saciada con deleite, y todo el hombre se vuelve dócil, amable, lleno y rebosante de amor.

Entonces experimentamos que el verdadero amor fraternal es un estado y obra de Dios no forzado, sin falsedad, sin formalismo, un movimiento libre de la nueva criatura. En este abismo y elemento de amor, una persona puede entonces encontrar, abrazar, bendecir y disfrutar de otra, muy íntimamente, para la gloria de Dios. Y debido a que hemos sido bautizados en y por este Espíritu de amor de Cristo, en un solo

cuerpo (1 Corintios 12:13), y hemos bebido de un mismo Espíritu, disfrutamos comunión sustancial unos con otros, tanto en la ausencia, como cuando nos reunimos en el nombre de Jesús.

Incluso, así como este amor fraternal puro surge del amor de Dios y en un estado de fervor plácido de corazón, no obstaculiza el amor de Dios, sino que más bien lo promueve. No nos atrae hacia lo carnal ni a una relación externa e inestable, sino que recoge y tranquiliza la mente, y nos fortalece en la intención de ser totalmente para Dios.

En resumen, donde el amor nace en el corazón, allí manifiesta sus frutos, que ellos son los correctos, y todo su comportamiento y conducta hacia su prójimo se vuelve una exposición viviente de aquello que el Espíritu de Dios, mediante el apóstol Pablo, manda de él en 1 Corintios 13, y que aquí adjuntamos.

*“El amor es sufrido.”* La naturaleza busca lograr todo de inmediato o lo abandona por completo. Si el hombre no ve una enmienda de inmediato en la mente de otro, lo rechaza por completo. Si otro no puede comprender de inmediato sus perspectivas y seguir sus consejos, lo descarta. Pero el amor verdadero es sufrido, observa por un tiempo, no incomoda a su prójimo, puede trabajar por mucho tiempo, soportar por mucho tiempo, enmendar por mucho tiempo, esperar por mucho tiempo, tratar por mucho tiempo y tratar de nuevo, amar por mucho tiempo y amar de nuevo.

*“El amor es benigno;”* de modo que su comportamiento atento y amable, sus palabras y obras de amor, alegran y benefician a todos, y abiertamente muestran cómo se entrega a sí mismo, y todo lo que está en su poder, para uso y beneficio de otros.

*“El amor no tiene envidia,”* sino que desea que otros, al igual que él mismo, sean, tengan, se gocen y sean capaces de hacer algo—ya sea en lo temporal o espiritual—y se regocijen en ello; tan cordialmente, como si él mismo lo hubiera realizado o tuviera que disfrutarlo. No se apresura a juzgar a otros, no es impulsivo, ni conflictivo, ni rencoroso en la compañía de otros, sino que es sincero y modesto; lo que hace, lo hace de corazón, con una intención humilde y recta.

*“El amor no se envanece;”* no pasa orgullosamente por encima de otros; prefiere servir y estar sujeto a otros. No desea que sus obras sean vistas, ni que se le rinda mucho agradecimiento por ellas. La razón y el motivo del por qué ama, es el amor. Él es su propio galardón y corona. Por tanto, el amor siempre piensa que otros hacen demasiado por él, pero que él mismo hace poco o nada. (Mateo 25:27)

*“El amor no hace nada indebido,”* ni con dureza, cuando otros no actúan en concordancia con su parecer. El amor es como un niño pequeño; se complace pronto. Está muy lejos de avergonzar a otros con una conducta impropia, reproches o cosas similares; pero condesciende y se adapta a los más débiles, más miserables y más pobres personas, sin avergonzarse de ellas.

*“El amor no busca lo suyo,”* como hace siempre la naturaleza, incluso en sus mejores obras. El verdadero amor no considera su propia ventaja o conveniencia, ni la aprobación de otros; lo arriesga todo. Si sólo

puede dar, agradar, complacer y ser servicial a otro, se olvida de sí mismo. Se regocija si aquel a quien ama se complace, y estima su bienestar temporal o espiritual, como propio.

*“El amor no se irrita,”* aunque a menudo sea injustamente tratado, provocado, agraviado, e incluso, aunque interpreten de la peor manera posible su amor y sus buenas obras. Si otro tiene fuego, el amor tiene suficiente agua en su fuente de mansedumbre para apagarlo, mediante un comportamiento humilde y amigable, en silencio y haciendo el bien. No se enciende en enojo por el mal que ve en otros; sino que se compadece.

*“El amor no piensa mal.”* No sospecha, no saca conclusiones malignas ni maliciosas, ni malinterpreta la conducta de otro, sino que la excusa y la interpreta de la mejor manera posible, en sencillez de corazón, hasta donde es capaz. Tiene en cuenta el mal que hace a otros, y el bien que recibe de otros; pero no considera el bien que hace a otros, ni el mal que recibe de otros; todo eso es como nada para él, como un cero. Ha perdonado y olvidado, sin que se le haya pedido.

*“El amor no se goza de la injusticia,”* ni cuando otros tropiezan, para así parecer el más piadoso. No ve con gusto, sino con tristeza, cuando se comete una injusticia o se hace daño a otro. Y si alguien que le es adverso, o que previamente lo había criticado, tropieza y se deshonor a sí mismo, no se goza en secreta venganza, sino que se aflige profundamente.

*“El amor se goza de la verdad”* siempre que prospera, ya sea en lo que respecta a sí mismo o a otros. Cuando ve a muchos hijos caminando en la verdad, cuando la virtud, la piedad y la rectitud de otros son reconocidas y elogiadas, se alegra por ello junto con los demás, aunque él mismo sea olvidado y menos estimado por causa de ello. Ama la verdad cuando la encuentra, incluso si está en sus adversarios.

*“El amor todo lo sufre.”* La naturaleza esconde toda su maldad y es dada a hablar de las faltas de su prójimo, pero el amor divino sólo ve lo que es bueno en otros, y cubre sus miserias y debilidades. Excusa a esas personas tanto como es posible, ante sí mismo como ante los demás, en total sencillez. Después, habla de los fallos de ellos con reticencia, excepto cuando es necesario hacerlo para el beneficio de otros. Lo bueno es su verdadero objetivo; de ahí que se dice:

*“El amor todo lo cree;”* porque es bueno, fiel y sincero, y cree con gusto lo mejor de los demás. Si escucha buenas noticias de su prójimo, no busca dudas ni escrúpulos, como hace la razón corrupta. No cree con facilidad lo malo de los demás; en tales casos, demanda completa certeza. Pero como él ama, y desea lo que es bueno y lo que puede glorificar a Dios, también lo cree de buena gana.

*“El amor todo lo espera,”* y no abandona fácilmente la esperanza de la enmienda de los demás; en esta esperanza ora y trabaja, tanto como le es posible. Aunque vea el mal delante de sí, aun así espera y piensa que la persona ya lo lamenta, que tal vez ya se ha arrepentido o que aún lo hará. Que Dios puede restaurarlo. Que todavía puede llegar a ser mejor, etc. El amor espera, incluso cuando no hay motivo



aparente para esperar.

*“El amor todo lo soporta,”* aunque sea ridiculizado y oprimido por soportarlo todo, creerlo todo, esperarlo todo y amar siempre; aun así todo lo soporta. Cualquiera que sea la prueba o sufrimiento que se imponga sobre él en su obra de amor, incluso por parte de aquellos a quienes ama, no se cansa en su fidelidad y paciencia, aunque la prueba sea prolongada. Soporta hasta el fin. Sí, es invencible en el sufrimiento y finalmente es victorioso sobre todo; porque,

*“El amor nunca deja de ser,”* ni cae, por qué, ¿dónde caería dado que ya está en el más profundo abismo de la humildad, por debajo de todo? Un hombre puede tener mucho de lo que es bueno, pero si no tiene amor, de nada le sirve; vuelve a caer. Antes bien, mucho de lo que es bueno debe caer del justo, para que lo mejor, es decir, el amor puro, ocupe su lugar. Este amor no se marchita, permanece para siempre; es oro puro, es la vida de Dios en el alma, derramada en el corazón por el Espíritu Santo. Ahora, aquel que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él, por lo tanto, jamás caerá. Amén.

## **Importantes Reglas de Conducta**

### *Dirigidas a una Sociedad de Cristianos que Viven Juntos*

¡Qué la bendición de Jesús, el Salvador, sea con ustedes, para que sus corazones puedan ser llenados de gracia y paz celestial, tanto aquí como en el porvenir, para la gloria de Su nombre! Amén.

Atiendan con sentimientos de sencillez, devoción y buena voluntad, y no meramente por hábito, la exhortación que ahora se les dirigirá en el nombre del Señor, y de todo corazón. Pero que cada uno se examine también a sí mismo por medio de ella, y no la considere a la ligera.

Recuerden que su hogar y sus corazones deben ser morada del Altísimo Señor. El Señor Jesús mismo será administrador y sostén de ustedes, y Sus ángeles santos sus compañeros. Por tanto, juzguen ustedes mismos con qué devoción, serenidad, sencillez y sinceridad deben conducirse, tanto interna como externamente, en la sagrada presencia del Señor, si desean que Él permanezca con ustedes y en ustedes, y si ustedes desean continuar participando en Su favor y bendición divinos, tanto en lo que se refiere al cuerpo como al alma.

El llamado de ustedes es que sinceramente abandonen el mundo y su espíritu—que mueran continuamente a la naturaleza corrupta y a toda la vida del yo, y conversen noche y día con Dios en sus corazones, en el ejercicio de la verdadera oración. ¡Cuán santa y bendita es la vocación de ustedes! Entréguese

a ella afectuosamente y con gran fidelidad. Este es el objetivo, que también sea la constante ocupación de ustedes.

No oren sólo en determinados tiempos, sino dondequiera que se encuentren. Y cada vez que se reúnan, esfuércense por mantenerse en un estado de ferviente deseo hacia Dios y en Su presencia; como si cada uno de ustedes estuviera solo en la casa con Dios, pero sin muchas demostraciones y gestos externos. Y cuando alguno desee conversar con otro, ya sea en el trabajo o en otras ocasiones, que primero piense en su propia mente: “Mi hermano o hermana está orando, no debo perturbar”, para evitar en la medida de lo posible toda conversación innecesaria, incluso de cosas espirituales.

De nuevo, oren mucho hablen poco. ¡Oh, permítanme recomendarles especialmente ese silencio sagrado, gentil y pacífico que Dios y todos Sus santos tanto aman! El espíritu de locuacidad es la plaga de toda sociedad religiosa; es la extinción de la devoción, produce confusión en la mente, y es un abuso del tiempo y una negación de la presencia divina. El amor, la obediencia o la necesidad deben influir la lengua al hablar, o de lo contrario, debe continuar en silencio. Aún en las cosas espirituales, edifíquense unos a otros más por un caminar santo que por una multitud de palabras. Dios sólo habita en las almas pacíficas y la lengua debe estar en paz también. ¡He aquí el fruto sagrado del silencio! Da tiempo, fuerza, recogimiento, oración, libertad, sabiduría, la compañía de Dios y un estado de ánimo bendito y pacífico.

Ámense sinceramente unos a otros como hijos de Dios, y crean que son amados por los otros, aunque no se manifieste nada de ello, o se manifieste incluso lo contrario. Que cada uno sea de antemano con su hermano, genuinamente amable, atento y sumiso, como si lo hiciera para el Señor con toda sinceridad. Lleven los unos las cargas de los otros, de cuerpo y alma, como si fueran propias. Estén siempre dispuestos a servirse unos a otros con alegría y sincera humildad, y a lavarse mutuamente los pies, por decirlo así, o en los oficios más humildes y laboriosos.

Recuerden las importantes palabras de Jesús: “No vine para ser servido, sino para servir”. Por lo tanto, bajo la conciencia de su propia indignidad, nadie debe esperar ser servido por los demás; y según este sentimiento, no debemos creer que alguna criatura nos muestra demasiada amabilidad o nos agravia demasiado. Que cada uno realmente piense de sí mismo, que es el más infiel, el más miserable, el más inadecuado, el más bajo de todos; y por lo tanto, debería desear razonablemente ser poco considerado y ser olvidado por todo el resto. Estén dispuestos a ceder los unos a los otros en todas las cosas. Que cada uno se humille ante el otro por amor al Señor; por este medio se obtendrán y preservarán el fervor y la paz en el corazón.

Eviten toda sospecha. No presten oído entre ustedes al acusador de los hermanos, y no permitan que se albergue la ira o la amargura en sus pechos. Den la mejor interpretación de todo lo que pueda parecer ofensivo para ustedes o para otros. Sólo miren lo que es bueno en otros, a fin de que puedan amarlo, agradecerle a Dios por ello e imitarlo. Pero no señalen sus debilidades, o si ustedes las observan,

encomiéndelas a Dios en oración, y olvídenlas de nuevo inmediatamente, a menos que sea deber de ustedes recordarlas. Si alguien es sorprendido en una falta o pecado contra su hermano, que vaya inmediatamente y confiese su culpa en genuina humildad. Por este medio, Satanás será pisoteado bajo sus pies, el amor mutuo será confirmado, y el favor de Dios se dirigirá doblemente hacia ustedes.

No busquen más que la moderada satisfacción de las necesidades del cuerpo, y tengan cuidado del sutil engaño de las riquezas. ¿Qué tenemos que ver con la basura venenosa del mundo? ¿Acaso no hemos sido redimidos de la tierra y llamados a la eternidad? ¡Oh, amen y ejerciten esa estimable virtud de la pobreza interna y externa de Jesús, quien tiene cuidado de nosotros! Amen, por amor al Señor, eso que es pequeño, insignificante, despreciable, desagradable y gravoso en todo, para que internamente vivan sin estorbos en comunión con Dios, y externamente se gocen en la compañía los unos con los otros.

Huyan de todo egoísmo, como la más grande peste de la vida social. Que nadie desee algo que no estaría dispuesto a concederle a su hermano, incluso más rápido que a sí mismo; porque somos llamados a negarnos a nosotros mismos. Que nadie posea nada, grande o pequeño, sea lo que sea, de lo que no estaría dispuesto a desprenderse rápidamente y dárselo a su hermano. Si no nos despojamos así de todo lo que consideramos propio, todavía somos idólatras y no verdaderos siervos de Dios, y debemos continuar privados de una noble, pura y pacífica libertad de espíritu, y de un acercamiento sin obstáculos a Dios.

Cada uno de ustedes crea que el lugar de su actual morada, su estado y su ocupación es el que Dios le ha designado, y en el que al presente Él desea que le siga sirviendo; que es el más adecuado para su avance en la verdadera santidad, que no se debe abandonar—ni siquiera desear abandonar—sin un claro conocimiento de la voluntad divina. Esto compondrá sus mentes y los despojará de mil escrúpulos innecesarios, reflexiones perjudiciales y distracciones de pensamiento, con los que, de otro modo, el tentador podría atormentarlos. Esto los hará ver con otros ojos, no sólo su morada, estado y ocupación, sino también sus dificultades, decepciones y cualquier otra cosa con la que se puedan topar, recibéndolo todo como de la mano del Señor, y soportándolo con más alegría. Esto también fomentará en gran medida el amor y la paz entre ustedes.

Cada uno considere bien, y por gracia quede profundamente impresionado, con el objetivo por el que Dios lo llevó individualmente a dicha morada, que es, para que Le sirva en ella y sea ejercitado en la santificación. Ustedes no han sido situados ahí para que vivan tranquilamente y a gusto, según la carne y la voluntad propia, y para servir a Dios según sus propios caprichos e ideas; sino para que la carne sea crucificada con sus afectos y pasiones—para que entreguen al juicio y a la muerte, la naturaleza carnal, la sensualidad, la razón, la voluntad del yo y el amor al yo—y así caminen en directa oposición a ustedes mismos, y amen a Dios con pureza y fervor. Por esta razón el Señor los ha llevado a esta casa, para que se esfuercen por ella en unión de corazón y alma, y se asistan unos a otros en oración y en vida santa; porque cuando dos o tres se reúnen en el nombre de Jesús, ahí está Él en medio de ellos. Cada uno preste atención a cómo se ejercita en este particular, y por ninguna razón lo olvide cuando Dios se proponga

ejercitarlo en ello; sino más bien, aproveche ansiosamente cada objetivo y oportunidad que la bondadosa mano de Dios le presente, para exponer, atacar y destruir lo arriba mencionado y otros síntomas de su natural depravación. Reciban con agrado la hora en la que Dios les envía a un querido amigo para ayudarlos a vencer al adversario. Amen a dicha persona muy cordialmente. Aquel que no resuelve perder seriamente su propia vida, no merece el nombre de Cristiano, y no vivirá ahí ni en ningún otro lugar en paz, sino que se confundirá tanto a sí mismo como a otros.

Cuídense de una mente y disposición disipadas. En tal estado, serán atacados por mil tentaciones combinadas y opuestas. Si quieren evitar cometer faltas y provocar disturbios, hablen escasamente y no determinen nada, mientras sus mentes estén así de distraídas; porque en ese momento están en una luz falsa y en la confusión de la naturaleza. Vivan retirados en el centro de sus corazones con Dios como niños inocentes, quienes a pesar de que son incapaces de razonar, poseen mucho amor y afecto; y como tales, beban de los pechos del amor divino. Entonces, les parecerá que todo es bueno y está bien tal como viene, y lo que hagan o digan los demás. Así llegarán a ser todo mansedumbre y bondad unos para con los otros. En confianza filial hacia su Padre celestial, tendrán buen ánimo y experimentarán que Sus mandamientos no son difíciles.

Que Dios mismo os conceda gracia, sabiduría y fortaleza en todas las cosas, para que con verdad se pueda decir de ustedes: “Mirad cuán bueno y cuán delicioso es, que los hermanos vivan juntos en armonía; porque allí envía el Señor la bendición y la vida eterna.” Amén.

## **Sobre la Fe y la Justificación**

*Muchos poseen la palabra de verdad, pero no tienen la verdad de la palabra.*

La fe es una convicción interna de la verdad de cosas invisibles y futuras, relacionadas con nosotros. Aquel que cree desde su corazón que hay un Dios vivo y omnisciente en el cielo, y que Su palabra es verdad, está en posesión de la fe salvadora.

“Muy bien”, dirán muchos, “si eso es todo, todo está bien conmigo, porque yo he creído esto desde mi juventud”. ¿Pero realmente lo crees de corazón? Este creer de corazón es obra del Espíritu Santo. Prueba y muéstrame tu fe por medio de tus obras. “¿Qué obras?”, podrían decir algunos, “nos salva la fe, las obras no”. Cierto, pero la fe y las obras van juntas, y andan juntas en las mismas pisadas; de lo contrario, no creemos realmente lo que decimos o pensamos que creemos. Por ejemplo, si yo le dijera a una persona severamente herida: “¡Amigo, tu herida es peligrosa, ve inmediatamente a un médico!” ¿Cómo sé que ha creído mi advertencia? Porque realmente va al médico y se pone bajo su cuidado. Dile a cualquiera que

muere de hambre: “¡Mira, allá hay un hombre rico que da gustosamente a todo el que le pide!” ¿Cómo sabes que te creyó? Porque realmente se apresura a ver al hombre rico y le suplica ayuda. Si alguien nos dijera que la casa de nuestro vecino está en llamas y nos pide que corramos a apagarlas, pero nos quedamos sentados a pesar de las noticias y no vamos al lugar, es evidente que no le creímos, porque si le hubiéramos creído, nos habríamos apresurado inmediatamente a salvar lo que pudiéramos.

“¡Cuántas obras hacen las personas”, dice el mundo, “cuánto trabajo se toman; como si pudieran merecer el cielo por su piedad!” ¡Sí, mi amigo, si tú creyeras, también te apresurarías a salvar tu alma, porque tú eres ese hombre gravemente herido, ese hombre empobrecido, y la morada de tu alma ya está en llamas!

En consecuencia, la fe es el fundamento y fuente principal de todas las buenas obras y acciones santas. (Hebreos 11)

Pero la fe justificadora no puede ser esa fe, por medio de la cual yo simplemente creo que soy justificado. La fe justificadora consiste en que un pobre y humillado pecador, creyendo que puede encontrar perdón, ayuda y salvación sólo en Cristo, va a Él, hambriento y sediento (Juan 6:35), Lo acepta como es ofrecido en el evangelio (Juan 1:12), y para este fin, se encomienda y se entrega a Él con esta fe, a la que la justificación está inseparablemente conectada. Sin embargo, Dios le da la seguridad de su perdón, en un mayor o menor grado, más temprano o más tarde, según sea Su complacencia, y según sea útil para el alma. No obstante, no sólo es necesario creer una vez, sino *sin interrupción*; por lo tanto, debemos estar cimentados en la fe, debemos mantenernos en la fe, a través de muchos cambios, cruces y pruebas, y así nuestra justificación será más confirmada y más gloriosa (1 Pedro 1:6-7; 2 Pedro 1:10)

La justificación, según las Escrituras y la experiencia, es propiamente cuádruple; lo cual, al ser rara vez distinguido suficientemente, es la causa de muchos malentendidos y controversias.

*La primera Justificación* toma lugar externamente y es, sin embargo, el fundamento de todas las demás; a saber, cuando Cristo como nuestro fiador, se presentó delante del severo tribunal de la insultada Majestad en el cielo, durante Sus sufrimientos en el Getsemaní y en la cruz, y en virtud de Sus méritos y perfecta expiación, fue absuelto y justificado en nuestro lugar ante el tribunal. Cristo mismo habla de esta justificación: “Cercano está el que me justifica” (Isaías 50:8). “Del juicio fue quitado” (Isaías 53:8). Pablo dice: Cristo “fue justificado en el Espíritu” (1 Timoteo 3:16). Ver también Romanos 6:7,10.

Ahora bien, así como Adán no cayó únicamente por sí mismo, pues al ser el gran progenitor de la raza humana, nuestra cabeza común, todos sus descendientes cayeron con él también; tampoco Cristo se presentó únicamente por Sí mismo. Él fue nuestro representante general, la planta de renombre, el hombre Zemach,<sup>1</sup> la cabeza patriarcal de todos los redimidos; y así como Él se levantó justificado, todos

---

<sup>1</sup> “El varón cuyo nombre es el Renuevo” Zacarías 6:12-13.

los redimidos fueron justificados con Él. Al ser justificado Él, quien es nuestro Mediador y Fiador, así también nosotros. Y esto es tan cierto y tan verdadero, que todos los verdaderos creyentes pueden decir, que si uno murió y fue justificado por todos, entonces todos murieron y todos fueron justificados. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. (2 Corintios 5:21)

En virtud de esta justificación en nuestro lugar, Dios pasa por alto el tiempo de ignorancia (Hechos 17:30), pero ahora les manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan, y le ofrece a todo hombre, a través de la resurrección de Cristo, fe y justificación.<sup>2</sup> Él externamente les suplica e invita a los hombres por medio de sus mensajeros, e internamente por medio de Su Espíritu, diciendo: “Reconciliaos con Dios”. “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”.

¡Oh, alma mía, adora, admira y asómbrate ante este abismo de amor divino! ¡Así me ha amado Dios, antes de que existiera un átomo de mi ser!

¡Qué gracia! ¡Él dio a Su hijo por mí! Contemplo a Aquel que no conoció pecado, de pie ante el tribunal de la justicia divina por mis crímenes y por mis deudas, que Él tomó sobre Sí como propios, y pagó el precio de todos mis pecados, y los del mundo entero. Lo contemplo en la cruz borrando el acta que había en mi contra. Lo contemplo, después de haber entrado con Su propia sangre al lugar santo, regresar con una liberación completa y válida, y con la eterna redención, mientras que al mismo tiempo me ofrece Su gracia y salvación. ¡Entonces, ven alma mía, mientras puedas, y ama Al que te amó primero y te ha dado a conocer este gran misterio de Su voluntad, en el que incluso los ángeles anhelan mirar!

*La segunda justificación* toma lugar en el corazón y conciencia de un humilde y cargado pecador, que viene a Cristo con un deseo ardiente de misericordia; mientras que eso que ha sido cumplido externamente y para él, le es apropiado por el Espíritu Santo; a saber, que por causa de Cristo, todos sus pecados le son perdonados, se le concede un corazón limpio, una mejor esperanza y libre acceso a Dios.

Cuando una mujer miserablemente pobre y arrestada por deudas, se convierte en la esposa de un hombre rico, todas las deudas de ella pasan a ser de él, y ella queda absuelta en el juicio. Las posesiones de su esposo ahora le pertenecen a ella; pero a partir de ese momento, el corazón y la voluntad de ella, ¡es más!, todo lo que ella es y tiene, ya no le pertenecen, sino a su esposo. De igual manera, la fe verdadera y viva nos une a Cristo, no meramente en idea, sino en realidad, y así somos justificados por gracia, sin obras. Pero tan pronto como el alma, como la mujer pobre, se une por fe a Él, entonces sucede lo que está escrito: “Inclínate ante Él, porque Él es tu señor,” (Salmo 45:11). Él se vuelve nuestro, con todo lo que Él es; y nosotros nos volvemos de Él, con todo lo que poseemos, (Lucas 15:31). Desde ese momento, estamos en el camino y en el estado de salvación, y desde ese momento también, en el camino y en el estado de

---

2 “...por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.”

santificación, (Efesios 2:10; Tito 2:6,8,14).

Esta justificación es el fundamento y comienzo de la piedad en Jesucristo, quien por este mismo propósito murió por todos, “para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”. (2 Corintios 5:15)

Aunque esta justificación puede ser considerada como un procedimiento judicial, aun así, debemos ser cuidadosos de no medir las obras de Dios con algún criterio humano. Ante un tribunal humano, la hipocresía puede engañar exitosamente y un ladrón puede ser perdonado, quien todavía retiene una propensión tan ladrona como antes. Con Dios el caso es diferente. Su sentencia judicial es una palabra poderosa que crea lo que pronuncia; tranquiliza la conciencia, y al mismo tiempo renueva el corazón. Cuando Él justifica al impío, también lo hace justo.

Por tanto, el alma penitente tiene un fundamento de confianza en su interior, en el cual puede valientemente perseverar y proseguir. La certeza absoluta del perdón de pecados puede acompañarla en mayor o menor grado, antes o después, o faltar por completo, según el beneplácito de Dios. Esta seguridad no es absolutamente necesaria para la justificación; pero un fruto inseparable y la prueba más segura de la justificación es la sinceridad de corazón en Cristo, el odio a todo pecado reconocido, y un sincero deseo y amor a Aquel que nos ha amado y perdonado. Si falta este fruto, también falta la justificación.

Esta justificación mantiene continuamente su lugar, a lo largo de todo el camino de la piedad. Es, y sigue siendo, el fundamento de principio a fin; porque los pecados y las imperfecciones continúan surgiendo, y cuando los hijos pecan por debilidad, son de nuevo reconciliados con el Padre a través de la intercesión de Cristo. (1 Juan 2:1) Un crecimiento en la santificación, también descubre más y más las corrupciones de la carne y del espíritu, del amor al yo, de la vanidad, la secreta confianza en los dones, buenas obras, etc., y así nuestra santidad misma, interna y externa, requiere justificación. Nuestras mejores vestiduras deben ser lavadas y emblanquecidas en la sangre del Cordero. (Apocalipsis 7:14)

*La tercera justificación* de la que hablan las Sagradas Escrituras, es principalmente esa por la que somos reconocidos como justos ante la vista de los demás, y no es otra cosa que santificación, en el sentido de que da testimonio mediante sus innegables frutos, de que estamos en posesión de esa fe que nos justifica ante los ojos de Dios. ‘Muéstrame tu fe por tus obras’, dice el apóstol Santiago. (Santiago 2:18). La fe que justifica nos une a Cristo—como nuestra Cabeza y Vid, o fundamento de una nueva vida—y ésto debe manifestarse o justificarse a sí mismo.

La santificación y sus frutos no justifican ante el tribunal de la ofendida Majestad en los cielos. Incluso el hombre según el corazón de Dios debe orar aquí: “Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Salmo 143:2), pero aun así, justifican ante el tribunal de la iglesia. Los verdaderos creyentes siguen la santidad y hacen lo bueno con gusto, pero no son justificados por este motivo delante de Dios (1 Corintios 4:4); no pueden presentar esto delante de Dios para así

recibir justificación, ni aquí ni en el futuro; los verdaderos creyentes no lo hacen, sino que lo olvidan (Mateo 6:3; 25:27). Pero Dios no es injusto para olvidarlo (Hebreos 6:10). Las obras no van delante de ellos, como para abrirles las puertas del cielo, sino que los siguen (Apocalipsis 14:13); y comerán el fruto de su trabajo (Isaías 3:10). Los que están en Cristo Jesús no vienen a condenación, sino que son justificados en Cristo Jesús, según la sentencia judicial del divino beneplácito (Mateo 24:34; Romanos 2:7).

Sin embargo, la santidad con sus frutos, puede dar testimonio con la conciencia, de la justificación ante los ojos de Dios recibida por gracia. Si nuestro corazón no nos condena, sino que nos absuelve y atestigua que poseemos un amor operativo, entonces podemos descansar satisfechos y tener buen ánimo. Pero este no es el tribunal más alto; tampoco el corazón es siempre infalible e imparcial, sea al acusar o excusar. Por lo tanto, debemos seguir orando con David, aunque nuestro corazón nos excuse: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”. (Salmo 139:23-24)

De esta manera, el hombre es justificado por obras y no sólo por fe, (Santiago 2:14). “El que hace justicia es justo, como él es justo” (1 Juan 3:7); el que piensa lo contrario se engaña a sí mismo. El que está en Cristo Jesús mediante una fe verdadera, evidencia por medio de sus pensamientos, palabras y obras el fundamento sobre el cual está. A través de la genuina conversión, somos injertados en Cristo; y por lo tanto, también somos plantados en la casa de la iglesia de Dios, para que florezcamos en los atrios de ese templo, cuya belleza es la santidad. (Salmo 96:9)

Sí, el caminar santo e irreprochable de los creyentes, debería también justificarlos ante los ojos del mundo, como cartas de Cristo conocidas y leídas por todos. (2 Corintios 3:2)

¡Ay, querido Salvador! ¡Cuánto te deshonran a Ti y a Tu nombre las personas que se llaman a sí mismas por Tu nombre, y sin embargo, no dejan ver en ellos nada que sea digno de Tu nombre, de Tu Espíritu, ni de Tu doctrina! Con toda la jactancia que hacen de Tus méritos, pisotean vergonzosamente Tu sangre y Tus méritos bajo sus pies. ¿Puede ser Tu pueblo, los que te sirven sólo a veces con sus labios y a Tus enemigos diariamente en sus corazones? ¿Pueden ser Tus hijos aquellos que evidencian por sus acciones, que no poseen Tu naturaleza divina ni en la más pequeña medida? ¿Son ellos las ramas vivas de la verdadera Vid, que no llevan más que uvas silvestres y frutos corruptos? ¡Oh, no, querido Salvador! El que comete pecado nunca Te ha visto, nunca Te ha conocido. Un corazón engañoso se jacta falsamente de pecado perdonado. Cristo no es ministro de pecado. No te conocen los que se apropian así de Tus méritos y de Tu justicia, mientras pecan y hacen uso de ellos como de un manto para sus pecados.

*La cuarta justificación* es la que deseo que yo y los demás conozcamos, más por experiencia que por una simple descripción de ella. Puede ser llamada la justificación inherente y final ante el tribunal del Beneplácito divino. La justificación, comúnmente llamada así, y la santificación fluyen juntas en dicho Beneplácito, y alcanzan su plenitud en Él. El fin indiscutible de todos los caminos de Dios con el hombre caído es, que Dios, a través de la restauración del hombre, puede ser glorificado nuevamente y convertirse



en *Todo en Todos*.

En la segunda y tercera justificación y santificación, el hombre aparece como culpable, avergonzado y completamente degradado; mientras que, por el contrario, Dios y la gracia gratuita en Cristo son altamente exaltados y glorificados. La vida natural y pecaminosa del hombre (además de la cual no posee nada), con todas las corrupciones de la carne y del espíritu, son manifestadas, negadas y matadas; y Cristo y el reino de Su gracia, se levantan en su lugar. El hombre, con todos sus propios intentos de piedad, santidad, fidelidad y devoción, por muy latentes que sean, poco a poco se avergüenza delante de Dios; siente que debe dejarle a Cristo la obra y la operación de su espíritu dentro de él; que debe darle cabida a Cristo, hacerle espacio, y dejarle obrar y vivir en él. En resumen, que debe decrecer y que Cristo debe crecer, hasta que pueda decir con verdad: “Ya no vivo yo, Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20). Cristo mismo es hecho para él sabiduría, justicia, santificación y redención, no sólo objetivamente y por apropiación, sino también inherentemente, en virtud de Su morada misericordiosa en él.

Entonces, Dios aprueba otra vez Su propia bondad, la que Él ha implantado en el alma, es decir, lo que Cristo ha obrado en el corazón por medio de Su Espíritu. Dios declara bueno el estado de gracia del individuo (Romanos 8:16; Hebreos 11: 5), su santidad, belleza y virtudes porque son de Cristo. Sus obras Lo complacen porque son hechas en Dios (Juan 3:21). Entonces, Dios descansa con deleite en las obras de Sus manos, como en el principio, (Génesis 2:2).

Pero antes de que este pueda ser el caso, es necesaria mucha negación al yo; y antes de que Cristo pueda tener la preeminencia en todas las cosas, es necesario mucho abandono de nosotros mismos, para ser hallados completos en Cristo. Pablo estaba justificado y santificado, y estaba en Cristo, y sin embargo proseguía adelante (Filipenses 3), deseaba ser hallado aún más completo en Cristo, no teniendo su propia justicia, etc. De esta manera, Jehová mismo se convierte finalmente en nuestra justicia, en el pleno sentido de la palabra (Jeremías 23:6), y somos capaces de decir: “Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza” (Isaías 45:24).

¡Sí, amén! ¡Que tú lo seas todo y yo nada! ¡Este, mi Dios, es el objetivo de mi deseo; hacia esto tienden todos Tus tratos con nosotros los hombres; hacia esto conducen todos Tus caminos y todos Tus juicios! ¡No hay nadie bueno, o santo, o justo, sino sólo Tú! Los santos en el cielo y todos en la tierra, sólo son santos por medio de Ti, y porque Tu morada en ellos les comunica algo de Tu bondad y santidad. Toda nuestra justicia, toda la bondad que podemos poseer fluye de Ti, su fuente original, y debe regresar a Ti sin mezcla. ¡Sólo Tu eres grande y excelso, mi Dios! Déjame yacer aquí y en la eternidad a Tus pies, y decir: “¡Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén!”

De esta cuádruple justificación, muchos le prestan atención solamente a las dos primeras, pero no en la conexión esencial de ellas con el desarrollo de la verdadera santidad y unión con Dios en Cristo. Los que desean mejorar en esto, a veces consuelan a todos con el evangelio; y otras veces exigen de las personas

una vida santa, sin señalarles, como deberían, a Cristo, quien es el único que puede santificar.

Muchos hombres bien intencionados, que ven el lamentable abuso de la doctrina de la justificación (a menudo promovida con bastante descuido), son llevados a negar las dos primeras, o al menos, la segunda, y desean que todo lo que las Sagradas Escrituras dicen de la justificación, se entienda simplemente a partir de la tercera y de la cuarta. Tampoco son pocos los que no quieren oír nada de las últimos dos tipos de justificación, fácilmente pasan por alto la segunda, y le prestan atención solamente a la primera, y de una manera muy imperfecta y superficial.

Así dividen y desmiembran las personas a Cristo y Su palabra, cada una tomando lo que le conviene y concuerda con ella; mientras que muy pocas Lo reciben completamente, tal como es ofrecido a nosotros en el evangelio.

Ojalá que éste no sea nuestro caso, sino que seamos de una y la misma mente; aferrándonos afectuosamente al Cristo crucificado por nosotros como nuestra justificación, y al Cristo que habita y vive en nosotros como nuestra santificación. Y por fe y amor permanecer en Él hasta el fin, para que finalmente podamos decir: “Somos hechos partícipes de Cristo” (Hebreos 3:14).

## **Un Sermón sobre El Amor de Cristo que nos Constriñe.**

*Predicado en Mülheim, Junto al Rhur, 14 de octubre de 1751*

*“El amor de Cristo nos constriñe”. —2 Corintios 5:14*

Mis queridos oyentes,

Si deseamos ver una verdadera representación de nosotros mismos, tanto de lo que somos por naturaleza, como de lo que debemos ser por gracia; así como también de la apariencia que hemos presentado, y seguimos presentando mientras continuamos muertos en pecado; y qué clase de personas debemos llegar a ser mediante la impartición de esa vida que viene de Dios; debemos volvernos al capítulo treinta y siete de la profecía de Ezequiel, donde el Señor le mostró a ese hombre de Dios “un valle que estaba lleno de huesos, y por cierto secos en gran manera”.

De hecho, si al Señor le placiera abrir los ojos de nuestros espíritus, como hizo con los del profeta, al amplio valle de este mundo inferior, (y ojalá no me viera obligado a añadir además, al valle del llamado mundo religioso) éstos presentarían exactamente la misma apariencia. Veríamos, ilamentablemente!, en cada rincón y lugar, apenas algo más que huesos muertos, corazones muertos, formalismos muertos, palabras

muertas, obras muertas, un camino muerto y adoración muerta. Y entre esta multitud de huesos muertos nos encontraríamos a nosotros mismos también, en tanto continuemos en nuestro estado natural.

Estos huesos no le pudieron parecer a Ezequiel más miserables, secos y desdichados, que el aspecto que presentan *nuestros* corazones, mientras nos aferramos a la tierra, estando vacíos y separados de la vida que viene de Dios, y desprovistos del poder vivo de la piedad. ¡Quién habría podido pensar, al contemplar esos huesos secos que vio el profeta, que alguna vez habían constituido la hermosa figura del hombre! Ha perdido tan completamente su forma original por causa de la caída, se ha convertido tan completamente en un horrible monstruo, que ya no es visible ninguna semejanza con él. Nadie diría que ese era el noble Dios-hombre, que anteriormente había salido de las manos de su Creador, con una belleza extraordinaria.

Es cierto que el hombre caído todavía posee una especie de vida; pero es una vida similar a la que se suele hallar en los cadáveres y huesos de los muertos. En los cuerpos muertos no se presenta una vida natural ante nuestros ojos, sino una vida antinatural; viven y se retuercen con la vida de gusanos y alimañas. Una vida igualmente extraña y antinatural ha penetrado en nuestros corazones, los cuales están muertos a Dios; es decir, se retuercen con todo tipo de deseos y afectos mundanos, pecaminosos y desenfrenados, como una gran cantidad de horribles alimañas, serpientes y escorpiones; de modo que nos hemos convertido en algo mercedamente repugnante ante los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres iluminados, de la misma manera que un cadáver nos resulta repugnante. Es más, estoy persuadido de que si nos conociéramos bien a nosotros mismos, en este estado de deformidad antinatural, nada nos resultaría más abominable que nosotros mismos, y nos aborreceríamos tanto como aborrecemos una masa de putrefacción.

“Hijo de hombre”, le dijo el Señor al profeta: “¿Crees que estos huesos secos pueden vivir de nuevo?” Y él le respondió: “¡Oh, Señor Dios, tú lo sabes!” Esto es como si hubiera dicho: “Es imposible para mí como hijo de hombre, saberlo; por lo tanto, debo dejarlo a Tu sabiduría y omnipotencia”. “Profetiza”, dijo el Señor, “sobre estos huesos secos y diles: Huesos muertos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová”. Con lo cual, el profeta profetizó, y he aquí, se produjo un ruido y un temblor, y los huesos se juntaron, y los tendones y la carne subieron sobre ellos; pero aún no había espíritu o alma en ellos. Hay tan poca posibilidad, o apariencia de posibilidad de renovación en el hombre caído, como la que presentaban esos huesos secos.

Y en nuestro caso actual—habiendo sentido la influencia de la gracia divina entre nosotros (algunos de nosotros hace poco tiempo), mientras todavía estábamos en nuestro estado y conducta corruptos—muchos de los que nos conocían antes podrían haberse preguntado: “¿Creen que esos huesos secos y esos cadáveres repugnantes, aún pueden convertirse en un hombre vivo? ¿Creen que un pecador tan vano

y descuidado, o que un tizón abominable y rebelde del infierno, todavía puede convertirse en un hijo favorecido de Dios?” ¡Dios mío, qué poca esperanza o expectativa de un cambio así habríamos ofrecido en ese momento!

Sin embargo, se nos ha profetizado en el nombre del Señor. El Señor envió Su palabra y la acompañó con el poder de Su Espíritu. Un ruido, un rumor y un temblor han sido despertados entre nosotros en este lugar. El mundo ha oído hablar de ello y se pregunta qué resultará de esos huesos secos. El príncipe de las tinieblas se ha sorprendido ante ello y teme que un gran número de sus súbditos escapen de las regiones de muerte. Los huesos secos se han juntado, hueso con hueso; y así es como estamos aquí hoy. Ahora el mundo nos considera personas vivas; tenemos la apariencia de hombres, es decir, de Cristianos; al menos se ha producido una forma, un cuerpo. Pero, ¿hay una verdadera alma, hay un aliento, una actividad viva y libre en este cuerpo? Así como un hombre no consiste sólo en un cuerpo, un verdadero Cristiano tampoco consiste en la mera forma y apariencia, en simplemente asociarse con otros, en hablar como hablan ellos, o en una conducta controlada.

Es cierto, ¡gracias a Dios!, que la vida también ha entrado en nosotros; pues de otro modo, ¿de dónde viene esa agitación, ese agrupamiento de huesos secos? Porque por naturaleza, no hay en nosotros el más mínimo impulso o inclinación hacia lo que es bueno. Pero, ¿es un sentimiento vivo, completo, libre y sin restricción lo que nos impregna, o es sólo una especie de existencia a medias, denigrante y miserable? Tal estado no puede ser ni placentero ni satisfactorio; no debe continuar así en nosotros.

Un cambio, sí, incluso un cambio notable, ha ocurrido en muchos de nosotros. Pero mis queridos oyentes, ¿acaso no sentimos, acaso no somos conscientes de que todavía falta algo, y de que todavía falta mucho? El corazón aún no se mueve ni late correctamente en el cuerpo Cristiano; todavía somos incapaces de amar, confiar y aferrarnos a Dios correctamente, y de deleitarnos en Él y en Sus caminos. Estamos dispuestos, es verdad, pero somos incapaces de realizarlo; el corazón todavía está reacio, frío y muerto, se hunde fácilmente impotente en la tierra. El caso debería ser diferente en nosotros.

¡Cuánto trabajo y esfuerzo se requieren para trasladar un cadáver, o a un hombre desmayado, a sólo unos pocos metros del lugar donde cayó! ¡Cuántos esfuerzos son necesarios para moverlo! ¡Lamentablemente, mis queridos oyentes!, ¿no hay muchos en el mismo estado con respecto a la obra y carrera de la piedad? ¡Cuánto tiempo y cuán penosamente arrastran el cuerpo de muerte con ellos! Se abstienen de algunas cosas en particular, pero no totalmente; se requiere tal esfuerzo que les cuesta mucho. Se ejercitan en este o aquel deber en particular, que reconocen que es esencial; ¡pero cuánto deben esforzarse y obligarse para lograrlo! Les gustaría ser firmes, fieles y santos, pero lamentablemente, hacen poco progreso. Tal es el caso, y no puede ser de otra manera, en tanto poseamos un cuerpo Cristiano que sólo está medio vivo.

Finalmente, un cadáver puede ser levantado y sostenido, aunque con mucha dificultad; pero, ¿de qué sirve a menos que la vida y un alma entren en él? No consideremos como algo insignificante, que la bondad de Dios nos favorezca con muchos medios de gracia para nuestro despertar, aliento y refrigerio,

sino reconozcámoslos humildemente como favores y beneficios divinos e inestimables. Aun así, si en el uso de todos esos medios no estamos principalmente preocupados por obtener el espíritu, fuerza y amor de Cristo, podemos, teniendo los sentidos afectados, ser levantados como un cadáver de la manera antes mencionada, pero en poco tiempo la masa insensible volverá a caer postrada sobre el suelo, con todo su anterior letargo y acostumbrados malos hábitos.

Es totalmente diferente para aquellos que poseen la vida espiritual; ellos también pueden sentirse desanimados, débiles y perezosos, y ser otra vez despertados, vivificados y poderosamente asistidos en sus caminos, al reunirse de esta manera, y por otros medios de gracia. Pero, ¡mis queridos amigos!, los mejores apoyos no sirven de nada, ni por mucho tiempo, para aquel que no ha obtenido vida y alma con su correspondiente piedad; es decir, dichos apoyos pronto pierden su influencia sobre nosotros. Aquellos que se satisfacen con simplemente asistir y oír, sin preocuparse por el poder interior de la piedad, no permanecen, ni pueden permanecer firmes por mucho tiempo. El cadáver más hermoso pronto se descompondrá, corromperá y producirá gusanos, a menos que le sea impartida un alma.

En una palabra, tan necesario como fue que el profeta Ezequiel profetizara por segunda vez en el nombre del Señor, y dijera al viento o Espíritu: “Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán!”, y entró espíritu en ellos y cobraron vida; así de indispensable es para nosotros, los que hemos sentido dentro de nosotros los primeros movimientos de la vida espiritual, que se nos profetice nuevamente en el nombre del Señor, para que entre en nosotros el verdadero espíritu del Cristianismo, y seamos vivificados y llenados. “¡Ven, Espíritu!” debe clamar todo corazón, “¡ven y sopla sobre mí, que estoy espiritualmente muerto, para que entren en mí, espíritu y vida!” Ahora bien, esta alma, esta vida y poder de piedad, no es más que el amor de Cristo que nos hace Cristianos vivos y activos. ¡Oh, es por la posesión de este amor que debemos ser solícitos!

No sólo los apóstoles fueron Cristianos vivos, activos y santos; los creyentes en general también lo fueron en los tiempos de los apóstoles. Si volvemos nuestra atención a los primeros y fervientes Cristianos, y nos preguntamos cómo fueron capaces de hacer cosas tan grandes, sufrir tanto y vivir de la manera que vivieron, el santo apóstol Pablo nos responde en el nombre de todos ellos, con las palabras de nuestro texto:

“El amor de Cristo nos constriñe”. 2 Corintios 5:14

Conforme a la dirección que se nos da en estas palabras divinamente inspiradas, consideremos, con la ayuda divina, en esta presente ocasión:

1. El amor de Jesucristo, y
2. El divino poder de dicho amor.

“¡Bendito Salvador, mira a tu siervo, que en este momento se atreverá a testificar de Tu maravilloso amor.

¡Oh, no mires mi indignidad ni mi incapacidad! ¡Acércate a mi corazón y enciéndelo; toca mis labios incircuncisos con un carbón encendido de Tu altar, para que no hable de Tu ardiente amor de manera fría o débil! Amén”.

## **El amor de Jesucristo.**

No le ha placido al Espíritu Santo indicar más claramente, si con las palabras de nuestro texto, “el amor de Cristo”, se refiere al amor con el que Cristo nos ama, o al amor con el que el corazón creyente ama a Cristo; tal vez por esta sencilla razón, para que lo consideremos como una unidad. De hecho, ambos están muy estrechamente relacionados entre sí; uno es producido por el otro, y son originalmente uno. Porque, ¿cómo podríamos poseer siquiera una chispa del amor de Cristo, si Él no nos hubiera amado primero? Y el amor con el que estamos capacitados para amarle, es tanto Su amor, como el amor con el que Él nos ha amado tanto en el tiempo como en la eternidad. Cristo es quien inicia amando, por lo tanto, en nuestra presente meditación, debemos comenzar también considerando Su amor hacia nosotros.

### *1. Cristo nos ama con un amor que sobrepasa el más fiel y ferviente afecto de un amigo.*

La amistad entre los hombres consiste en una inclinación libre e interna de corazón, por virtud de la cual, el individuo le desea a su amigo la posesión de todo bien, y gustosamente se lo procura; mientras que, por otro lado, busca defenderlo de todo daño e infortunio, y ayudarlo y asistirlo en cada necesidad. Es con tal afecto amistoso, que Cristo está realmente unido a nosotros en el más alto grado.

Si queremos formarnos una idea de la amistad más fiel, debe ser una amistad que permanezca firme en la hora de necesidad. ¿Pero dónde encontramos entre los hombres a un amigo en la necesidad? Y si deseamos describirnos ese afecto del alma, en su más sublime ejercicio, debemos suponer el caso de un amigo que pone su vida por el otro. ¿Pero dónde se encuentra a un amigo así, o una amistad tal entre los hombres? En Cristo, realmente tenemos tal amigo, y en Su corazón, tal amistad para con nosotros. Él dice: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”. (Juan 15:13) ¡Ah, amadísimo Salvador!, ¿por qué hablas de amigos? ¡Nosotros éramos enemigos y rebeldes, y sin embargo, entregaste Tu vida por nosotros! “Cristo”, según la expresión de Pablo, “murió por los impíos” (Romanos 5:6). “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Por tanto, con la debida reflexión, he denominado el amor de Cristo, como un amor que sobrepasa el más fiel y ferviente amor de un amigo.

¡Oh, la asombrosa intensidad del amor de Cristo! Ustedes y yo, mis queridos amigos, habíamos caído de la amistad, luz, amor y comunión con Dios, a las profundidades de la miseria, desdicha e infierno. Ya no éramos amigos, sino enemigos; ya no éramos dignos de ser amados, sino de ser odiados y merecedores de ira. Sin embargo, Dios, en Su eternidad, tuvo compasión de nuestra gran e ilimitada miseria. Dejó que le

costara lo que Él consideraba lo más querido. Por nuestra salvación entregó a Su unigénito Hijo, al Hijo de Su corazón, y en Su Hijo, el corazón de Su amor. Ningún hombre, ningún ángel puede comprender o desentrañar esto. Debemos creerlo, debemos adorarlo, y con el propio Cristo exclamar asombrados: “¡Dios amó al mundo de tal manera”; a este miserable mundo! (Juan 3:16)

La insuperable amistad de Cristo por nosotros, lo constriñó a dejar el cielo por nosotros. ¡Escuchen el gozoso y maravilloso relato; no es una fábula, sino un hecho cierto! ¡Escuchen este glorioso evangelio del Dios siempre bendito; no como algo con lo que ya están familiarizados y han aprendido desde su juventud, de sus Biblias o del catecismo; sino escúchenlo como noticias importantes; escúchenlo hoy, por una vez, como si nunca antes lo hubieran escuchado en sus vidas! La insuperable amistad de Cristo lo constriñó a dejar el cielo para salvarnos y liberarnos; y para hacerlo, y para que no temiéramos Su aparición, se revistió de nuestra miserable humanidad y forma pecaminosa. Como nuestro Redentor y pariente cercano, realmente tomó sobre Sí la carga de nuestros pecados y transgresiones, como si hubieran sido propios. Durante casi treinta y cuatro años trabajó, oró y luchó por ustedes, mis amigos, y por mí. Bajo la más terrible conciencia y agonizante sentimiento de esa ira divina, que el pecado había provocado, se angustió terriblemente, sudó grandes gotas de sangre, experimentó los tormentos del infierno y el ocultamiento del rostro de Dios; en una palabra, sufrió y soportó todo eso, lo que ustedes y yo, mis amigos, hubiéramos tenido que sufrir eternamente; sí, sufrir eternamente por nuestros pecados. E hizo todo esto a partir del voluntario afecto de un amigo, y para poder, por medio del inestimable valor de Su sangre, reconciliarnos de nuevo y comprarnos, para que llegáramos a ser Sus amigos.

¿Podemos imaginar un amor más grande? ¿No es Cristo un verdadero amigo en la necesidad, un amigo real, incluso hasta la muerte? Él sufrió todo esto, no por nosotros en general, sino por cada uno de nosotros en particular. Pablo lo consideró desde este punto de vista: “Cristo me amó”, dice él, “y se entregó a Sí mismo por mí”. ¡Ah, Pablo!, ¿qué estás diciendo? ¿Murió Cristo entonces sólo por ti? “¡Oh, sí, sólo por mí, y sólo por ti!” Así debemos ver el tema, para poder contemplarlo de la manera más ventajosa; y así es como Cristo ama a cada uno con un afecto particular.

*2. Cristo nos ama, y nos ama voluntariamente, con el más compasivo, atento e incansable amor maternal.*

Cuando un bebé está enfermo, o se cae y se lastima, y yace delante de los ojos de la madre llorando y con dolor—en lugar de odiarlo por causa de su lastimoso estado, ella mira al pobre bebé con sincera compasión, y busca aliviarlo y consolarlo de todas las formas posibles. Cristo se reviste de similares entrañas de amor maternal hacia nosotros, hijos caídos y pecadores, especialmente cuando sentimos y lamentamos penitentemente nuestros pecados. Entonces nos mira con sentimientos de la más tierna compasión. ¡Pobre alma penitente!; es probable que no creas que Cristo te ama así, y que te mira de esa manera; crees que eres completamente abominable, y que habiéndote sumergido voluntariamente en toda esta miseria, Él ya no te presta más atención. ¡Escuchen, por lo tanto, lo que Él dice sobre este tema

en Ezequiel 16:6: “Yo te vi sucia en tus sangres”; y tan ciertamente como te ve, así también te dirá cuando llegue Su hora: “¡Vive! Sí, te dije: ¡Vive!” Sólo mirémoslo por fe, como los niños enfermos suelen mirar con ojos llorosos a su madre.

Una persona penitente y angustiada, a menudo encuentra imposible de creer que su llanto y sus lamentos son escuchados y respondidos. Tengan seguridad, mis amigos, de que el Señor oye cuando Efraín se queja, y dice: “¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿no es niño en quien me deleito?” (Jeremías 31:20) Si esta no es una expresión del afecto maternal más compasivo, no conozco ninguna. No nos atreveríamos a atribuirle a Dios tan tiernos sentimientos de afecto maternal, si el Señor mismo no lo hubiera hecho. ¡Ah, ustedes almas penitentes!, si pudiéramos creerlo, si pudiéramos verlo, nuestros corazones también se derretirían con sentimientos de afecto filial recíproco.

Cristo nos ama, y nos ama voluntariamente, con el más persistente y maternal amor. El niño obtiene su vida natural de su madre, y por medio de ella es traído a este miserable mundo; Cristo nos regenera para un mundo de luz y gozo eterno, y nos imparte una vida que es incorruptible. Una madre alimenta a su hijo con sus propios pechos; pero Cristo se da a Sí mismo, Su carne y sangre, para ser la comida de sus hijos regenerados. Esto no lo hace ningún padre humano.

Una madre baña a su hijo, lo cuida, lo lleva con ella, lo cría hasta que crece; ella está constantemente haciendo algo por su hijo, y su amor maternal hace que nunca se canse de atenderlo. ¡Quién puede reflexionar sin vergüenza y asombro, cómo el siempre amoroso Dios está obligado a tener paciencia con Sus obstinados hijos, hablando en términos humanos! ¡Cómo lo cansamos con nuestras transgresiones! De hecho, es imposible decir cuánto tiene que hacer para criar una sola alma. El Señor mismo expresa este amor activo, ayudador y maternal en Isaías 46:3-4 donde dice: “Oídme, oh casa de Jacob, los que sois traídos por mí desde el vientre, los que sois llevados desde la matriz...hasta las canas os soportaré yo, etc.”

La madre de un niño trata de protegerlo de todo accidente, y busca su bienestar en la medida de sus posibilidades. Cristo, nuestro siempre amoroso padre vigila y protege a Sus descendientes, con incomparable mayor atención, para que el Maligno no los toque. Es más, ni siquiera un cabello de sus cabezas caerá sin Su voluntad. Todo lo que les sucede a estos lactantes de Su gracia, ya sea pequeño o grande, interna o externamente, está tan guiado y gobernado por el amor paterno de Cristo, que todas las cosas deben ayudar para bien de ellos.

Así como un niño nacido de padres humanos, se preocupa poco de cómo puede llegar a ser grande, de la misma manera, un hijo de la gracia debe preocuparse poco de cómo puede crecer y llegar a ser fuerte y santo. El amor paternal de Cristo provee para todo esto; sólo es necesario que el niño permanezca en el regazo de la madre, y que mediante la oración, la fe y el amor, busque de los pechos de la gracia divina, alimento y fuerza para su vida y crecimiento. Y mientras esté en el regazo de amor, el bebé más débil y



necesitado no tendrá que temer ningún peligro.

No obstante, este amor destina a los hijos de la gracia a experimentar una variedad de pruebas, tentaciones y sufrimientos, para el bien de ellos; y son a menudo dejados en tal estado de esterilidad y tinieblas, que los hace exclamar con Sion: “Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí”. ¡Pero cuán ampliamente se desvía el alma de la verdad con tal suposición! El Señor mismo pregunta: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida”. ¡Oh, mis queridos oyentes, esto hace referencia tanto a ustedes como a mí! ¿No deberíamos, por tanto, encomendarnos en cuerpo y alma al amor y cuidado maternal de Cristo, tanto en el tiempo como en la eternidad?

*3. Cristo nos ama, y nos ama voluntariamente, con el más tierno, ardiente y feliz amor de un esposo.*

¡Oh, sí; el amor de Cristo realmente suplica por los corazones de los pobres y perdidos pecadores; y cuánto tiempo nos tiene que cortejar frecuentemente, antes de recibir de nosotros el consentimiento deseado! ¡Cuán a menudo, ustedes y yo, hemos vergonzosamente despreciado y rechazado Su bondad y amor ofrecidos; y sin embargo, Él no se ha cansado de buscarnos! ¡Cuán tiernamente ama, incluso antes de ser amado! ¡Más aún, cuán infinitamente más tierno es Él, cuando ha alcanzado Su objetivo y puede desposarse para siempre con el alma, como Su esposa, y prometerse a ella en justicia! Esto con frecuencia es seguido por muchas preciosas e incluso palpables comunicaciones de Su amor al alma. Cristo le presenta muchas joyas invaluables y bendiciones celestiales, y la hace experimentar, según la medida de ella, “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

Y dado que Cristo encuentra a Su esposa tan completamente desamparada y vestida de harapos, mediante Su amor y santificada aflicción, Él la despoja de sus vestidos inmundos y harapiientos, la viste con Su justicia, derrama, junto con Su amor, toda Su mente, imagen y semejanza más y más en ella, de modo que es revestida de Su humildad, mansedumbre, pureza, sencillez y toda virtud divina. Y después de haberla embellecido con Él mismo, entonces se regocija por ella “como el gozo del esposo con la esposa” (Isaías 62:5). “He aquí que tú eres hermosa, amada mía”, dice Cristo, el esposo celestial. (Cantar de los Cantares 1:15-16) “No”, replica la esposa, “sólo Tú eres hermoso, porque incluso la belleza que ves en mí, es Tuya”. Estas no son palabras vacías o vanas imaginaciones, sino poderosas maravillas del amor de Cristo. ¡Quiera Dios que podamos leerlas, no sólo en Cantar de los Cantares, sino también en nuestros corazones por medio de una feliz experiencia!

Es imposible, mis queridos oyentes, expresar el profundo y ardiente afecto, y el intenso deseo que hay en Cristo de recuperar la posesión de nuestros corazones, para tenernos nuevamente cerca de Él, y atarnos y unirnos eternamente a Él, y Él a nosotros. Ni los ángeles ni los hombres pueden comprenderlo, pero adorarán este misterio con la más profunda admiración por toda la eternidad. El Espíritu de Cristo que mora en los creyentes nos desea, incluso hasta los celos. Él no puede soportar que un corazón que le ha

costado tan caro; que un corazón que ama a tal grado, aún se aferre a otros objetos y no permanezca completa y únicamente dedicado a Él. Él ama el alma, como si no amara nada más; y ella debe amarlo a Él de la misma manera en respuesta; porque el amor de Cristo—el profundo y ardiente afecto de Cristo por el alma—suscita en ella un afecto igualmente ardiente por Él. El amor de Cristo toca el alma, y la atrae a sí, y ella sigue esta atracción. “Atráenos y correremos tras de Ti”. El corazón de ella y todo su ser, al apartarse de todo otro objeto, anhela y se inclina hacia una unión más cercana con su Amado. Los tiernos encuentros, caricias, abrazos, conversaciones y uniones que ocurren luego, bien pueden ser experimentados por corazones puros y absortos, pero no pueden ser expresados; porque estos son temas que pertenecen más a la eternidad que al tiempo. En resumen, el amor de Cristo es un gran misterio de piedad y una fuente inagotable de felicidad pura.

Así pues, ustedes, queridos inmortales, todos los cuales, al igual que yo, hemos sido creados, redimidos y llamados con el propósito de amar, y de amar a Dios. ¡Contemplemos—oh, ojalá que nuestros ojos estén realmente abiertos para verlo—contemplemos cómo nos ama Dios en Cristo, y cuán tiernamente nos ama Él! ¡Cuán avergonzados deberían estar todos aquellos que tratan de presentar a Dios como un tirano y un desalmado! No hay ira en Dios, excepto contra lo que es malo. Dios no nos ha creado para odiarnos, o para ser odiado por nosotros; sino con el único propósito de amarnos, y ser eternamente amado por nosotros. Pero, ¡ay, ay!, ¿dónde están los corazones que aman a Dios? ¡Qué triste que haya un Dios así, un Cristo así, un Cristo que tenga tal amor por los hombres, y que haya un amor de Cristo así, y sin embargo, que sea tan poco conocido, experimentado y disfrutado, y además, por tan pocos!

## **El divino poder de dicho amor.**

Cuán frecuentemente repiten los hombres las palabras: “¡Querido Señor! ¡Querido Salvador!”; pero... ¿cómo se inclinan sus corazones hacia Él? ¿Qué han experimentado nuestros corazones del poder de este amor de Cristo? Porque no debemos imaginarnos el amor de Cristo, como una especie de amor caprichoso, inoperante e injurioso para Su carácter, como si Él pudiera amarnos, o debiera hacerlo, mientras permanezcamos en nuestras prácticas viciosas, tal como lo hacen muchos padres que tienen un afecto tan insensato por sus hijos, que ceden ante toda la perversidad de sus voluntades, y les permiten sumirse en la perdición. La mente rastrera y pervertida del hombre, desearía un amor así por parte de Cristo, y una misericordia divina así también. Desearía que en los días de salud, Cristo le permitiera disfrutar las vanidades y placeres del mundo según toda su voluntad, y que después, al acercarse a la muerte y decirle unas cuantas palabras buenas a Dios, Él fuera tan misericordioso, y Cristo lo amara tanto, que lo llevara directamente al cielo. ¡No, hombre insensato! Tal amor de Cristo y tal cielo no son más que el resultado de tu propia imaginación; no hay nada de eso en Dios. Cristo te ama, incluso en contra de tu voluntad, mucho más de lo que te amas a ti mismo. Él preferirá causarte dolor y salvarte, que adularte y dejarte perecer.

El amor de Cristo no es, pues, una vana imaginación, sino el poder vivo, activo y poderoso de Dios, que realmente nos levanta y restaura de nuestros errores y corrupciones, del pecado y de la muerte; nos imparte una vida nueva y real; nos dispone, alerta y capacita para la realización de todo lo que es bueno; y nos hace verdaderamente felices. El amor de Cristo es el comienzo, el fundamento y el alma del Cristianismo, y de toda religión real. El que no tiene el amor de Cristo, o no tiene piedad o devoción del todo, o sólo tiene una devoción hipócrita y muerta. Cristo, para poder salvarnos, no puede permanecer lejos de nosotros; debemos experimentar el poder de Su amor en nuestros corazones y darle cabida; de lo contrario, a pesar de lo que hablemos y oigamos del amor de Cristo, continuaremos en un estado de tinieblas y miseria espirituales.

Es indudable que Cristo lo inicia todo al amarnos primero. Cuando, por ejemplo, *el amor de Cristo persuade al hombre al arrepentimiento*; entonces el Espíritu de amor lo reprende por su injusticia, lo convence de la necesidad de arrepentimiento y conversión, lo alarma por motivo de sus pecados y por el peligroso estado de su alma. Hay algo que parece perseguir al hombre y presiona sobre él, constriñéndolo a arrepentirse, a entregarse a Dios y a convertirse en otro hombre. Es cierto que el mortal ciego, en su ignorancia, lo considera una tentación del diablo a la que debe resistir, o bien, lo mira como algo que procede de sus propios pensamientos inquietos y casuales, y como algo de naturaleza maligna o melancólica. Sin embargo, aunque él a menudo desea ser libre de ello, eso sigue regresando para demostrar que no procede del hombre mismo. Por desgracia, muchos dejan que pasen días y años así, y no se dan cuenta de que es el amor salvador de Cristo lo que los constriñe.

Tengan seguridad de que es el compasivo y siempre amoroso Jesús, el que está llamando a la puerta de sus corazones. Él suplica y ruega por sus corazones, como si realmente los necesitara, diciendo: “¡Dame, hijo mío, dame tu corazón! ¡Reconcílate con Dios!” Así es como el amor de Cristo nos constriñe. ¡Cuántas veces y por cuánto tiempo ha tratado así con nosotros! ¡Cuántas veces nos habría juntado, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas; pero al no llegar en un momento que nos pareciera conveniente, no quisimos! En nuestro estado natural, estamos corriendo directo a la perdición; ¿no es amor, por tanto, cuando el Salvador se interpone en nuestro camino? Caminamos, por decirlo así, al borde del infierno; ¿acaso no es amor, cuando nos agarra y nos hace retroceder, incluso mediante los dolores que nos hace sentir? ¡Ah! ¿Qué beneficio obtiene el Dios todo suficiente por seguirnos así a ti y a mí? ¿Somos nosotros de algún beneficio para Él? ¿Tiene Él alguna necesidad de nosotros? ¡Oh, amada alma! Si conocieras el Don de Dios, y Quién es ese que con tales influencias apremiantes te habla, diciendo: “¡Ríndete a Mí, no te demores más!”; ciertamente no te resistirías más, ni buscarías escapar de Él, sino que caerías a Sus pies en ese mismo momento, y te arrojarías a los brazos de Su amor.

Ahora, si el alma tuviera la fortuna de quedarse quieta, de prestarle oído y darle entrada a este atrayente y restaurador amor, y por ello el corazón fuera abatido, inclinado y quebrantado por el verdadero arrepentimiento, y tuviera que buscar refugio en la misericordia de Dios; este sería nuevamente, el amor de Cristo, mediante el cual el alma es constreñida a experimentar tales sentimientos dolorosos. En

realidad, su naturaleza carnal expulsaría gustosamente de su mente el tema, y viviría el día como antes, libre, jovial y alegre, pero ha caído sobre su corazón tal carga, que no puede librarse de ella; siente sus pecados, sus necesidades, su peligro, y los siente todo el tiempo. Es el amor de Cristo lo que la constriñe a sentirse así, aunque el alma aún no sepa nada de este amor, sino que sólo sea consciente de la ira y de la condenación. Ha oído y reconoce, que es ella, quien por sus pecados, ha crucificado a su amoroso Salvador. Esto la traspasa hasta el corazón y le causa dolor. Es necesario que lo sienta un poco aquí, para que no lo sienta muy severamente después; ¿no es esto amor?

El amor de Cristo impresiona al alma con un sentimiento de su estado perdido. Esto, con el fin de que esta pérdida y su consiguiente miseria, la humille y constriña a buscar el amor de Cristo, y en dicho amor encuentre alivio y una cura. Porque esta es la única intención de Dios al llevarnos a este estado de angustia; no para alejarnos de él y sumirnos en la perdición y desesperación, sino para impulsarnos a buscar Su amoroso corazón. Para que mediante un penitente anhelo tras el amor de Cristo, escapemos de toda nuestra pecaminosidad y su consecuente miseria, y nos lancemos a la sangre expiatoria, preciosos méritos y eterna gracia de Cristo; no por medio de una apropiación ineficaz hecha por nosotros mismos, sino por un anhelo humilde y aspiración de corazón, en pos de las influencias de la gracia y del amor de Cristo, de la manera en que éstas pueden ser realmente experimentadas para tranquilizar al corazón y a la conciencia angustiados. En tal situación, todo lo que tiene que hacer el alma es humillarse profundamente, confesar su culpa, echar fuera cualquier otra confianza, y no desear conocer cosa alguna sino el amor de Cristo y Su misericordia eterna. Y cuando el pecado y la culpa del pecado, y la ira y la condenación presionan con todo su peso sobre la mente, la persona no debe hacer otra cosa sino sumergirse aún más profundamente, en este abismo abierto de eterna misericordia y amor de Cristo. Así es como debemos dejar que el amor de Cristo nos constriña al arrepentimiento; y a través del arrepentimiento, al amor. Después, de seguro y eventualmente sucederá, que el amor de Cristo cubrirá multitud de pecados, de modo que después, la persona *se avergüenza*—como lo expresa el profeta (Ezequiel 16:63)—con humilde agradecimiento y confusión, cuando el Señor le perdona todos sus pecados y le paga, por decirlo así, sólo con Su amor; y también sucede, que aquellos a quienes se les ha perdonado más, aman más que otros.

*El amor de Cristo también constriñe al alma convertida, a apartarse del pecado, del mundo y de todas sus vanidades.* El hombre ya no puede correr con la multitud como antes, sin sentirse restringido. ¿Cuál es la razón? ¿Quizás porque teme ser castigado por sus padres, amos o magistrados? ¡No! El caso es que el individuo se vuelve más consciente de sus pecados, de los que ningún hombre sabe o puede saber algo; incluso, se vuelve consciente de las cosas más pequeñas, las cuales no caen bajo la jurisdicción de la magistratura o del hombre. ¿Pero, por qué es esto?

Consideremos además, ¿es probable que una persona sea despreciada y ridiculizada cuando vive una vida de vanidad y no está bajo la influencia de la piedad? ¡De ninguna manera! Muy por el contrario, el mundo ridiculiza y calumnia a la persona que ya no corre “en el mismo desenfreno de disolución”. (1 Pedro 4:4) Ellos preguntarán: “¿Por qué no actúa como los hombres del mundo, y por qué vive tan retirada?” Si

una persona convertida respondiera a esto y expresara la verdadera razón, se vería obligada a decir: “El amor de Cristo me constriñe a abandonar estas cosas; no me atrevo, ni quiero seguir más a mi depravada naturaleza. El tiempo pasado de mi vida es suficiente para haber hecho la voluntad de los gentiles. He crucificado por mucho tiempo a mi amado Salvador con mis pecados—a ese Salvador, a ese Cristo que me amó tanto, que no sólo dejó el mundo, sino que incluso abandonó el cielo por mí. ¿No debo, pues, por causa de Él, negarme un odioso pecado, una lujuria mundanamente vana y transitoria?”

Sí, el amor de Cristo no sólo nos constriñe a negar los vicios más evidentes del mundo, y las obras muertas del pecado, sino que también nos exhorta a renunciar verdaderamente al amor al mundo y al apego a las cosas creadas, que aún permanezcan en el corazón. Nos exhorta a abandonar la falsa y profundamente arraigada vida del yo; a hacer morir las pasiones lujuriosas e iracundas; al sacrificio de nuestra propia voluntad, nuestro propio yo y autocomplacencia, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, y en las cosas naturales como en las espirituales.

¡Cuán sombrías y aterradoras ideas nos formamos a menudo de la negación al yo! ¡Cuántas débiles e inexpertas almas son frecuentemente disuadidas de ello sin causa! Se dicen a sí mismas: “¡Ay, qué vida más triste, cuando ya no podamos disfrutar de una simple hora más de felicidad en el mundo! Es imposible para nosotras vivir así; nunca podremos separarnos de este o aquel objeto en particular, etc.” ¡Ah, mis queridos amigos, cuán erróneas ideas se están formando continuamente de su Dios!

Él no necesita nuestra negación al yo—en lo que se refiere a Sí mismo—pero nosotros sí la necesitamos. Él no es un hombre severo, que hace que nuestra vida y el camino al cielo sean dolorosos y trabajosos para nosotros, ni nos impide tener algún disfrute en el mundo. Sin embargo, nosotros necesitamos la negación al yo, porque somos niños tan tontos, ciegos y degenerados que desconocemos nuestra verdadera felicidad y salvación, y llamamos gozo y placer a lo que en realidad es nuestra destrucción, tormento e infierno. Somos como un niño que juega con un cuchillo, y que en su ignorancia, llora y se resiste cuando el amor cuidadoso de la madre le ordena dejar el cuchillo.

No debemos considerar el impulso interno a negar al yo como algo de naturaleza legalista, sino como la influencia del amor de Cristo que nos constriñe. Él busca persuadirnos amigablemente, como niños sencillos, a soltar el peligroso instrumento de nuestras manos; y si Su amistosa persuasión no funciona, a veces deja que nos hiram a nosotros mismos, para que dejemos a un lado el peligroso cuchillo. ¡Esto es amor puro! Cristo desea tener la totalidad de nuestros corazones, y por medio de Sus persuasiones internas, quitar del camino todos los obstáculos y hacernos partícipes de Su gozo, amor y deleite reales, perfectos y eternos. Sí, cuanto más guía el Señor a un alma a negarse a sí misma, y cuanto menos le permite tener, más especial es Su amor hacia ella.

Entonces, así como no debemos atribuirle la negación al yo al legalismo, sino al amor de Cristo, tampoco debemos actuar de manera legalista en el ejercicio de dicha negación, sino dejar que el amor de Cristo nos constriña a ella. Cuando la constante exclamación del alma es: “¡Debo hacer esto o pereceré

eternamente!"; y luego se entrega así a la negación al yo sin Cristo, en su propia fuerza, ¡ah, sí, esa vida es ciertamente cansada!; pero esto también debe ser entendido por experiencia. Es cierto, *debemos hacerlo*, o de lo contrario estaremos perdidos; pero, ¿no es ya parte de la condenación actuar siempre por obligación, y nunca a partir de un corazón dispuesto? ¿Estar siempre forzados y no poder realizarlo nunca? Debemos, entonces, anhelar el amor de Cristo; buscar la voluntad y el poder para negarnos a nosotros mismos en el amor de Cristo; y buscarlo hasta que lo encontremos; hasta que el amor de Cristo nos constriña a renunciar voluntariamente a nosotros mismos y a todas las cosas creadas; hasta que nos estimemos felices al negarnos a nosotros mismos, al arriesgarnos a la pérdida de algo por amor a Aquel que es nuestro amigo, nuestro padre y nuestro esposo; y a vivir de manera que podamos complacerlo mejor a Él.

Si me dirigiera específicamente a aquellos que están en estado de gracia, a aquellos que gustosamente se negarían a sí mismos, pero encuentran, a su pesar, que en todas partes quedan cortos, les diría: "No piensen tanto en negarse a sí mismos, en ser fieles, o en vivir de manera santa y estricta; sino busquen amar, anhelar el amor, y ejercitarse a sí mismos en amor. El amor siempre ejercita la negación al yo, sin gustar su amargura y casi sin pensar en ella. Sólo piensen en cómo pueden amar a Cristo, cómo pueden amarlo más cariñosamente que nunca, y hagan todo para agradar y satisfacer Su amor".

*El amor de Cristo constriñe al creyente al sufrimiento y a través del sufrimiento.* Esto suena extraño, y sin embargo es verdad. El individuo es con frecuencia colocado tan maravillosa e inesperadamente en alguna situación dolorosa, que no sabe cómo sucedió; es, por decirlo así, presionado hacia ella. Algunas personas en particular sólo nos hablan o actúan hacia nosotros de cierta manera; alguna expresión o circunstancia es tomada bajo una luz equivocada; las cosas suceden y se siguen una tras otra de manera tal, que experimentamos una pequeña prueba, cruz o sufrimiento. No es necesario que esas cosas siempre sean grandes o importantes; el amor de Cristo a menudo utiliza una nimiedad, y sabe cómo tocarnos con ella en la parte más sensible. Así sucede con respecto al cuerpo y a las cosas externas, y así también ocurre con respecto a las cosas espirituales, de innumerable maneras diferentes; y es el amor de Cristo el que lo hace, aunque estamos listos a adjudicarlo a algunas otras causas.

Las almas débiles y tímidas a menudo se angustian a sí mismas mucho, por una incrédula anticipación de sufrimientos y tentaciones futuros, externos o internos, y no sé qué clase de pruebas más, que quizá nunca les lleguen a suceder. Su lenguaje es: "Si alguna vez tengo que sufrir lo que tal persona tiene que soportar; o si yo tuviera que caminar por este o aquel camino difícil, sé que para mí sería imposible aguantarlo". ¡Ah, mis amigos! No se atormenten a sí mismos con preocupaciones y tristezas inútiles. Confíen en el amor que los impulsará a la cruz y a través de la cruz; quiero decir, no se preocupen por el futuro. El amor distribuye sabiamente las aflicciones; las entiende mejor que nosotros. En tanto permanezcamos como niños pequeños y débiles, no impondrá sobre nosotros ninguna carga pesada.

Pero sea lo que sea que tengamos que sufrir en el presente, debemos recibirlo como si viniera directamente

de la mano del amor de Cristo, y no como si viniera de alguna persona en particular. Cuando Cristo sufría, no consideraba que Sus sufrimientos vinieran de los judíos, de los fariseos, o de Pilato; sino que venían directamente de la mano de Su Padre, diciendo: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” Por lo tanto, no piensen tanto en la aflicción, como en Aquel que la envía. Si este es el caso, mi amigo; es decir, si crees que es el propio Cristo quien te envía alguna aflicción en particular, ¡cuán precioso, cuán estimable y agradable debería ser para ti todo lo que procede de una mano tan querida! Piensa cuánto ha sufrido Él por ti; ¿no soportarás, pues, una leve aflicción para complacerlo?

No piensen tanto en la aflicción, como en el amor de Cristo. Ámenlo y podrán soportar todas las cosas. ¿Qué no puede hacer el amor? ¡Cuánto han soportado y han podido soportar tantos miles de mártires y tantas otras almas santas, sólo porque estaban constreñidas a ello por el amor de Cristo! El amor de Cristo imparte una creciente disposición a sufrir, y secretamente mantiene al alma como clavada en la cruz; de modo que frecuentemente, cuando la persona está en una situación dolorosa, no descendería de la cruz para dejar que la naturaleza carnal respire, aunque se le diera la libertad de hacerlo.

*El amor de Cristo debe constreñirnos a la santificación.* Cuán repulsiva e impracticable consideran muchas personas su santificación. Vivir tan estrictamente como lo indican las Escrituras, volverse tan mansas, tan devotas, tan humildes, tan puras, tan irrepreensibles y tan santas, lo consideran imposible, y creen que no pueden soportarlo o alcanzarlo por ningún medio. Es verdad, mis amigos, es imposible cuando las severas reprimendas de Moisés en la conciencia los obligan a ello; y es inalcanzable, cuando se obligan y se fuerzan a sí mismos a ello; pero puede ser alcanzado, y muy fácilmente, cuando dejamos que el amor de Cristo nos constriña a la santificación.

¡Ah, cuánta ansiedad muestran muchos, y cuántos esfuerzos se imponen para llegar a ser santos por sus propias fuerzas! ¡Oh, mis queridos amigos; todo lo que tienen que hacer es amar a Cristo, y unirse a Él mediante la fe, el amor y la oración, tal como se une el pámpano a la vid! ¿Encuentra el pámpano dificultad para llevar uvas dulces? ¿Es necesario obligarlo a que lleve fruto por medio de órdenes, amenazas y malos tratos? ¡No! Todo el proceso ocurre muy tranquila, fácil y naturalmente; el pámpano simplemente permanece en la vid y bebe su noble savia, y luego florece y lleva fruto sin más dificultades. Así debemos actuar nosotros. “Permanezcan en mí”, dice Cristo, “y llevarán mucho fruto”. Sólo tenemos que amarlo, permanecer internamente retirados en Su amor, y como pámpanos estériles en nosotros mismos, dejar que la influencia y el poder puros y divinos del precioso amor de Cristo penetren toda nuestra alma. Entonces, nos convertiremos, de manera natural, en un pueblo querido y acepto para Dios, y lleno de todos los preciosos frutos de justicia para alabanza de Jesucristo. Las virtudes se volverán fáciles y naturales para nosotros, y nos consideraremos felices de ser capaces de vivir para Cristo, según todo Su beneplácito.

Y si realmente fuera posible (que no lo es) que pudiéramos llegar a ser santos por nuestros propios esfuerzos, aun así, todo sería sólo un fantasma imperfecto, sin vida y sin valor, que procedería de la

voluntad y del poder del hombre, y en el que únicamente nos consideraríamos y amaríamos a nosotros mismos. El amor de Cristo es el que debe impartir la verdadera vida, poder y valor a toda nuestra piedad, obras y virtudes. Por eso, Pablo no sabe cómo recomendar suficientemente esta excelente manera, cuando dice: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena...” Y así continúa hasta el final del capítulo, que encontrarán en la primera epístola a los Corintios y que pueden leer en casa.

*El amor de Cristo constriñe a toda diligencia, vigilancia y actividad en toda buena obra, y durante todo el camino de piedad.* Muchos que duermen seguros en el sueño mortal del pecado, pueden ser aterrorizados y despertados por el temor y el castigo. Las emociones fuertes y las más serias decisiones pueden ser producidas en un hombre, por los juicios de Dios, por una enfermedad, por temor a la muerte, el fallecimiento de parientes cercanos, o por otras reprensiones de conciencia, de manera que uno podría llegar a pensar que algo realmente bueno resultará de ellas; ¡pero cuán pronto pasan, cuando no van acompañadas por la gracia que renueva el corazón, y por el amor de Cristo! La angustia, la muerte y el infierno pueden constreñir como quieran, pero si el amor de Cristo no constriñe al mismo tiempo, el hombre vuelve a dormirse.

Los medios externos de gracia pueden servir también para despertar y animar a las almas perezosas y adormecidas; pero si deseamos ser efectiva y permanentemente despertados por los medios de gracia que Dios pone en nuestras manos, debemos permanecer cerca de nuestros corazones y prestar atención al amor de Cristo que obra junto con nosotros, que internamente despierta, anima y busca que su influencia sea sentida en los rincones más profundos del corazón. Aunque el amor no conoce la ansiosa y distractora preocupación, está igualmente lejos de la pereza y de la somnolencia. Su poseedor está ansioso a lo largo del día, tratando de hacer algo para complacer a su Amado.

Aquí debo también aludir a la pereza y a la pesadez externas. Hay muchos que se quejan de ser fácilmente dominados por el sueño, cuando están solos y llegando a la noche. Debe admitirse que esto tiene sus causas naturales en algunos, quienes están debilitados y fatigados por el trabajo, en cuyos casos, la persona debe tener paciencia consigo misma; pero me temo, que a muchos lo que les falta es amor. He sido testigo de cómo muchos han sido vencidos por el sueño al anochecer, cuando se leía o se decía algo bueno, pero que se despertaban inmediatamente, cuando se introducía algún tema preferido y de otro tipo. ¡Qué vergüenza! ¡Si tuviéramos un poco más de amor por Cristo, no seríamos tan perezosos!

*El amor de Cristo constriñe a las buenas obras.* Los eruditos disputan de todas las formas posibles, sobre las buenas obras y sus méritos—si son necesarias para la salvación y hasta qué punto, y cosas semejantes. El alma que ama a Cristo no se inmiscuye en tales controversias; el amor, como es natural para él, constriñe incesantemente a toda buena obra hacia Dios, hacia los hermanos, hacia nuestros vecinos, e incluso, hacia nuestros enemigos. El amor no puede actuar de otra manera; busca hacer el bien a todos y a entregarse a todos.



Siempre tiene suficiente—es rico, es amable, es generoso; y si no tiene dinero o algo más para dar, todavía tiene un corazón que entrega en simpatía, compasión y prestando toda la ayuda posible. En una palabra, el amor siempre está haciendo el bien, casi sin pensar en ello. Realiza mil obras buenas, sin preguntar si debe hacerlas o no, y nunca se le ocurre pensar en el mérito de las buenas obras. Incluso, cuando ha hecho mucho, piensa que hasta ahora no ha hecho nada, y que ya es hora de empezar. Así es como constriñe el amor de Cristo.

*El amor de Cristo constriñe a un continuo progreso en la santificación y en la piedad.* También son completamente innecesarias aquellas controversias que se entablan sobre la perfección; si los mandamientos de Dios pueden ser guardados; si tal estado particular es alcanzable, y cosas por el estilo. ¡Dios, mío; la gente discute sobre la perfección, pero sería más razonable primero preguntarse, si han dado un paso hacia ella! Me parece que sólo exponen sus corazones sin vida y sin amor con discusiones de esta naturaleza.

El amor no conoce límites; invariablemente busca avanzar más, ser más fiel, piadoso y aceptable ante los ojos de Dios. No pregunta mucho si la cosa es practicable o no, la intenta con mucha seriedad; necesariamente debe seguir Su impulso y Su influencia que constriñe. El apóstol Pablo, sin ninguna duda, estaba más avanzado que cualquiera de nosotros, sin embargo, ¿qué dice en el tercer capítulo de Filipenses? “Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo al blanco, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. Y si se le dijera: “Pablo, ¿no eres suficientemente piadoso? Tú ciertamente ya no le temes al infierno”. “¡Ah”, replicaría él, “no es ni el infierno ni el cielo lo que me constriñe; lo que me constriñe así es el amor de Cristo”.

*El amor de Cristo entra voluntariamente en todos nuestros intereses.* Quiere y debe participar, no sólo en las cosas más grandes, sino incluso en las más pequeñas. Todo lo que hacemos, en lo que se refiere a nuestra vida natural, por muy grande e importante que parezca, es en sí mismo una tontería sin valor, y no merece la atención de un espíritu nacido del cielo; pero mediante el amor, todas esas pequeñeces pueden llegar a ser verdaderamente grandes, y un medio para servir a Dios. Aquel, por decirlo así, que por amor a Cristo recoge una brizna de paja del suelo, realiza una gran obra.

Hay muchos que se quejan fuertemente diciendo, que sus ocupaciones externas y necesarias les causan mucha distracción, estorbo y desventaja. ¿Cuál es la razón, mis queridos amigos? Quizás porque realizan lo que les corresponde, como si fuera un asunto meramente mundano. Cuando están sentados en la habitación, en la iglesia, o en una reunión, o pueden leer, o hacer algo bueno, piensan que están sirviendo a Dios; pero cuando están ocupados en el campo, en la cocina, o en alguna otra parte, adondequiera que los lleven sus vocaciones, se imaginan que están sirviendo al mundo. ¡Qué lamentable si ese fuera el caso! Entonces nos veríamos obligados a pasar la mayor parte de nuestro tiempo en el inútil servicio al mundo. Hagan todo lo que tienen que hacer, como un servicio rendido al amor de Cristo, y entonces ya no les será una desventaja.

Cuando el amor al mundo, la preocupación, la incredulidad, o cualquier otro de los poderes de la naturaleza, nos constriñe a los negocios y es nuestro motivo principal en ello, la mente naturalmente se oscurecerá y se distraerá cada vez más; pero si el amor de Cristo nos constriñe al trabajo, y nos dejamos constreñir por él en nuestros asuntos, de modo que los realizamos de manera infantil, únicamente para Su amor y gloria, entonces ya no serán un estorbo, sino que se convertirán en un verdadero servicio rendido a Dios. A esto se refiere el Espíritu Santo cuando dice: “Y todo”—observen cómo dice *todo*—“Y todo lo que hacéis sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús”. (Colosenses 3:17)

El amor de Cristo con gusto nos mantendrá todo el día cerca de sí mismo y dentro de Su influencia, nos impulsará en nuestro camino, y mediante su poder que constriñe, nos preservará de desviarnos a la izquierda o a la derecha. ¡Ojalá nos mantengamos cuidadosamente dentro de sus límites! Las personas a menudo se establecen a sí mismas una variedad de buenas máximas, reglas y normas de conducta, las cuales no rechazo completamente. Sé que el orden y la disciplina son necesarios para restringir la naturaleza indómita, de lo contrario, se desbocaría; lo único lamentable es que todas esas buenas reglas y máximas se quebranten tan pronto. No hay mejor regla, norma o precepto, que el amor de Cristo, el cual está internamente muy cerca de nosotros.

*El amor de Cristo nos guiará como una madre guía a su hijo.* Un niño que camina dirigido con cuerdas, es cuidadosamente sostenido y guiado; porque aunque camina libre y sin restricciones, aun así, si estuviera a punto de correr hacia el lodo, o se temiera que está en peligro, inmediatamente sentiría que algo lo sostiene desde atrás. El amor de Cristo busca guiarnos de la misma manera, a fin de que podamos ser atraídos “con cuerdas de amor” (Oseas 11:4). Cuando por causa de la ignorancia estemos a punto de caer en algo inapropiado o peligroso, deberíamos percibir, como un niño dirigido con cuerdas, que algo nos sostiene y nos restringe; a saber, el amor de Cristo.

*El amor de Cristo debe constreñirnos y nos constreñirá a orar.* Orar sin el corazón y a partir de la mera obligación del hábito, no es orar. Orar, cuando el peligro y la angustia del alma, y cuando el sentimiento del pecado y de la necesidad nos constriñen, es una muy buena oración; pero cuando el amor de Cristo nos constriñe a orar, esa es la más noble y la más excelente oración. A menudo nos quejamos de que no sabemos orar, que no tenemos el debido deseo para orar, y que el tiempo que dedicamos a ella parece largo, etc.; pero esto proviene de la falta de amor a Cristo. Démosle paso al amor, y el amor nos constreñirá a orar. Nos alegra estar a solas con verdaderos amigos; y si amamos a Cristo y lo amamos de corazón, estaremos dispuestos a estar a solas con Él, y el tiempo que pasemos en Su compañía, con facilidad no nos parecerá largo. Si amamos a Cristo, siempre tendremos algo que decirle; y si no tenemos nada que decirle, todavía tenemos algo que amar, y eso es orar. ¡Oh, amar y estar en silencio en la presencia de Dios, es una excelente oración!

Sí, mis queridos amigos, no podemos creer cuán excelente maestro de oración es el amor de Cristo, el cual despierta en el corazón del alma perdonada, innumerables e inefables suspiros; ¡ojalá sólo fuera

más cuidadosamente apreciado! Hace que muchos tiernos anhelos asciendan desde el fondo del corazón, frecuente, involuntaria y casi inconscientemente. Aunque los labios estén en silencio, aun así el corazón exclama con sinceridad en un momento: “¡Oh, Dios mío! ¡Oh, mi Señor Jesús!” En otro momento: “¡Soy tuyo para siempre; mi Dios y mi todo!” Una sola de estas sinceras exclamaciones es de más valor a los ojos del Altísimo, y realmente incluye en ella más que una larga oración de otro tipo, una que es dicha a partir de un libro, o que proviene sólo del entendimiento; y la razón es, porque es el lenguaje de la verdad. Estamos dispuestos a decir: “Dime, amiga, ¿de qué libro has aprendido estos hermosos deseos? Me gustaría obtener un libro de oración como ese para mí”. Entonces el alma responde: “El amor de Cristo es mi libro de oración; el amor de Cristo me constriñe a proferir estas exclamaciones”.

El amor de Cristo no sólo es el más excelente maestro de oración, sino también la oración misma. El amor es como un fuego continuo, que descende del cielo sobre el altar del alma, en el templo del corazón, donde el dulce incienso de la devoción silenciosa y espiritual, deliciosa y amablemente asciende del santuario interno en mil actos de alabanza, amor y ofrenda, en actos de elevación y humillación, y de veneración, adoración y admiración del siempre bendito Dios; donde uno solo de esos dichos actos internos de fe y amor, incluye más vida, paz, deleite y bienaventuranza en él, que todo lo que el mundo puede ofrecer. Esto no lo produce el alma por sí misma, ni es capaz de producirlo; entonces, ¿qué lo hace? El amor de Cristo que la constriñe.

*En resumen, el amor de Cristo constriñe al alma más y más, por una bienaventurada atracción, a una completa y eterna unión con el Amado. Ella ha bebido del agua del amor que Cristo le ha dado, y ésta se convertirá gradualmente en el alma, en una fuente de agua que salta para vida eterna. Siente que aquí abajo, ya no hay más felicidad para ella en nada de lo creado y temporal. Todo se vuelve muy extraño para ella y muy inútil ante sus ojos. Todo lo que está dentro de ella anhela a Cristo y la eternidad; y Cristo, el divino centro de atracción, no puede dejarla mucho tiempo aquí en la tristeza; la atrae, y finalmente la toma para Sí mismo: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria”. (Juan 17:24)*

Mis amigos, esta bienaventuranza de la que hemos hablado imperfectamente ahora, está reservada para ustedes y ofrecida a ustedes en Cristo; sí, es para ustedes, y para los más débiles y más desdichados entre ustedes. ¡Oh, mis queridos oyentes, amen a Dios, quien los ama así y los amará eternamente! Ríndanse incondicionalmente a la influencia de este beatificante amor de Dios, que los constriñe y atrae. No le pongan límites a este amor, pues lleva más allá de lo que el entendimiento humano puede alcanzar; y en el que hay mayores maravillas y bendiciones para experimentar y disfrutar durante la vida presente, de lo que la lengua de los hombres o de los ángeles puede expresar.

¡Oh, la lamentable ceguera e ignorancia de la humanidad en general, al ser tan indiferente hacia Dios y tan apasionada en la búsqueda de otros objetivos, y al dejar que el amor al mundo, al pecado y a la vanidad tenga más influencia sobre el corazón que el amor de Cristo! El amor al mundo sólo necesita

hacer una insinuación, y el hombre está inmediatamente alerta; mientras que el amor de Cristo constriñe por mucho tiempo, y sin embargo, las personas no lo siguen ni se rinden a él. ¡Oh, cuántos infelices mundanos se dejan constreñir por el pecaminoso amor al mundo, y son llevados de un pecado, vicio y vanidad a otro! Es como un esclavo, que está tan constreñido por su duro amo, que es casi incapaz de abandonar sus viejos hábitos. Satanás y el amor al mundo lo gobiernan y lo constriñen, y lo conducirán al infierno mismo, si no recapacita a tiempo y se deja constreñir al arrepentimiento por el amor de Cristo.

Por lo tanto, amigos míos, examinemos qué es lo que amamos. ¿Qué tiene el mayor peso para nosotros? ¿En qué objeto pensamos primero en la mañana y con más frecuencia durante el día? De este modo podemos determinar dónde está nuestro tesoro. ¿Comenzamos dejando que el amor de Cristo tome posesión de nuestros corazones; o todavía estamos en nuestro estado natural sin vida y sin amor, sin Cristo y Su amor? ¡Oh, qué indescriptiblemente infeliz estado! ¡Oh, qué terriblemente peligrosa condición! Si no estamos en el amor, estamos en la ira, en el horrible reino de tinieblas, donde la ira de Dios se cierne sobre nosotros, y donde sostenidos sólo por el frágil hilo de la vida, colgamos sobre el abismo sin fondo. ¡Oh, qué miseria eterna morir en tal estado!

¡Oh, almas inmortales! Ustedes están escuchando ahora al amor de Cristo, ¿pero quién sabe por cuánto tiempo? En este momento, Cristo mismo lo proclama, recomienda y ofrece a nuestros corazones. Sí, Jesús los ama a todos ustedes, sin importar cuán pecadores puedan ser, y tengan que confesar que hasta ahora han sido esclavos del pecado y de Satanás. No tienen que perecer, Cristo gustosamente los salvará; Él les ruega. ¡Ah, ríndanse a Él!

Si la miseria y el peligro, si la ira de Dios, el temor a la muerte y el terrible día del juicio, junto con la propia desdicha y perdición eternas, no los constriñen y afectan, entonces dejen que el amor de Cristo lo haga. Déjenme presentar delante de sus ojos al sufriente Salvador. ¡Mírenlo postrado en Su sudor sangriento y terrible agonía de alma, como si estuviera en el piso delante de ustedes, llorando y suplicándoles! ¡Véanlo colgando del madero fatal, en la más grande agonía de alma y cuerpo, con Sus brazos extendidos para recibir a los pecadores que regresan! ¡Mírenlo mostrándoles Sus heridas sangrientas, y encomendándolos a Su gracia y a Su amor! Tan cierto como estas palabras son dirigidas a ustedes, así de cierto es que el compasivo amor de Cristo se ocupa de sus corazones y se hace sentir. ¡Oh, sométanse a Él! ¡Háganlo *ahora*, para que eventualmente, no sea demasiado tarde contemplar a Aquel que ha sido traspasado por los pecados de ustedes! Aférrense al amor, no sea que la ira se apodere de ustedes; aférrense al amor, mientras aún está cerca.

Pero nosotros, que por gracia nos hemos convertido en recipientes de una chispa de este amor de Cristo, estimémosla altamente; es una perla invaluable; y por pequeña que sea esta perla, aun así es de más valor que la totalidad del mundo; y por pequeña que sea la chispa, todavía puede convertirse en un calor ardiente, en una llama del Señor, cuando se aprecia y atiende cuidadosamente. Presérvenla cautelosamente mediante un caminar verdaderamente prudente, eviten toda interacción, amistad y enredo innecesarios

con los hombres de este mundo, y cualquier otra ocasión de tentación. En tales circunstancias, debemos conducirnos como quien camina contra el viento con una candela encendida, o como quien atraviesa un bosque con una joya preciosa; porque los enemigos de nuestras almas, que acechan nuestro tesoro, están en todas partes queriendo emboscarnos. Por lo tanto, debemos estar constantemente en guardia y orar, como el himno que hemos cantado recientemente,

*¡Oh, haznos de noche y de día vigilar,  
para el precioso tesoro del amor con esmero cuidar,  
y ante esas infernales huestes no sucumbir,  
que desde el abismo se levantan con fuerza para perseguir!*

Somos propensos a pensar que esta es una precaución innecesaria, y que cuidaremos bien de nosotros mismos; ¡pero, ah!, no estamos suficientemente familiarizados con las artimañas del enemigo, ni con nuestra propia debilidad a la hora de la tentación. No necesitamos citar el ejemplo de Pedro como una advertencia para nosotros; pues tenemos suficiente experiencia dolorosa de ello a mano. Así que cuidémonos de toda ligereza, desenfreno y de las sugerencias incrédulas de nuestra razón carnal. Sé muy bien que el amor de Cristo nos constriñe a todo lo que se ha recomendado hasta ahora, y nos instruye en ello según nuestra necesidad; ¡pero desafortunadamente, no siempre estamos en un estado adecuado para escucharlo! Por lo tanto, debemos permanecer cerca de nuestros corazones, donde el amor lleva a cabo Su obra, en un estado mental tranquilo, piadoso y recogido.

Ahora, pues, una palabra más de ánimo para todos nosotros, y con esto concluyo. Escuchemos y aceptemos este glorioso evangelio del siempre bendito Dios, que ha sido anunciado a nosotros hoy, aunque en debilidad, pero en el nombre del Señor. Cristo nos ama y continuará amándonos; nos impartirá el poder de Su amor, y junto con él todo lo que es bueno en el tiempo y en la eternidad. Cristo nos ama, nos ama a todos nosotros; entonces, ¿qué estamos haciendo; por qué deberíamos desanimarnos; por qué seguimos dormidos?

Cristo los ama a ustedes, *almas jóvenes*, que en sus florecientes años están buscando algo que amar. ¡Ah, cuánto me afligiría, cuánto se afligiría el Salvador, si se dejaran cautivar por un amor falso y engañoso! ¿No sería para siempre lamentable, si se dejaran seducir, corromper y avergonzar por el amor vano de este mundo; por el amor a aquellas cosas que realmente no tienen nada encantador, nada verdaderamente placentero en ellas; las cuales pronto, muy pronto, se marchitan y causan disgusto y se desvanecen como el humo? Cristo los ama a ustedes, ¿están conscientes de ello? ¿Reflexionan en ello? Sólo para Él les han sido dados sus corazones; sólo para Él les ha sido impartida muy profundamente en sus corazones la noble inclinación a amar. ¡Oh, si supieran correctamente lo que es ser hallado en Cristo y en Su amor, ciertamente se enamorarían y serían cautivados por Su incomparable belleza!

Cristo los ama a ustedes, *corazones arrepentidos, angustiados y temerosos*, y no lo saben, y no lo creen.

Cristo los ama de verdad; ¿continuarán entonces en su abatimiento? ¿No los debería animar este alegre mensaje? Si aún no lo pueden creer plenamente, hagan el intento por una vez; aventúrense como la reina Ester cuando dijo: “Si perezco, que perezca”. Ella se aproximó al rey con temor, y cuando pensó que todo había terminado para ella, el misericordioso cetro le fue extendido y el rey la abrazó. ¡Vengan, entonces, ustedes, temerosas almas, y experimentarán que su suerte no será menos favorable que la de ella!

Cristo nos ama a todos los que como yo, *participamos del llamamiento celestial*. ¿No deberíamos, pues, despertarnos del sueño, levantar los ojos de nuestros corazones, amar a Cristo en reciprocidad, y andar en Sus caminos con la mayor prontitud? ¡Qué honor es para la gente cuando son amadas por un rey o por un príncipe, o por un noble o por un grande, aunque sea con un amor que no le imparte a su objeto nada sustancial o permanente! Y he aquí que Cristo, el Hijo de Dios, nos ama como Su esposa! ¿Deberíamos, entonces, dejar que las locuras sin valor de este mundo capturen nuestra atención? ¿No deberíamos dejar que Su amor nos constriña a desapegar nuestros corazones de todo ídolo y rival indigno, y dedicarlos eternamente a Su amor divino? En el corazón de Jesús, no veo nada más que amor hacia nosotros. ¡Oh, qué vergüenza, qué lástima, que en nuestros corazones se vea algo más que el amor de Cristo!

A partir de ahora, sin embargo, que sea diferente con nosotros. ¿Por qué no terminamos renovando de una vez nuestro pacto de amor con Cristo ahora en Su presencia? ¿Estamos dispuesto a unirnos y a rendirnos de nuevo al más Hermoso entre diez mil, en amor sincero y mutuo, y con asentimiento y consentimiento no fingidos, y quiera Dios, irrevocables? ¿Lo haremos? ¿Es la determinación madura de nuestros corazones? Vamos, entonces, y démosle la mano de nuestros corazones a Jesús, quien está presente con nosotros, y digamos en el espíritu de verdadera devoción y con todo el corazón: “¡Sí y amén!”

*Señor, me rindo de nuevo a Ti,  
dispuesto a renunciar a todo por Ti,  
y juro serte fiel para siempre a Ti!  
Tu hermoso nombre confesaré,  
sin importar lo que el mundo burlón pueda decir,  
y en la fidelidad de Tu pacto confiaré,  
para que en el último gran día me puedas recibir.*